



Aké

THIRTY-FIVE YEARS OF CALIBRE

Akron is a watch brand that has been producing watches since 1975. The brand is known for its high-quality watches and has a long history of craftsmanship. The brand is currently owned by the Akron Group, which is a family-owned business. The brand is known for its classic and elegant designs, and its watches are highly regarded for their accuracy and reliability. The brand is also known for its customer service and its commitment to quality. The brand is currently expanding its presence in the market and is looking for new ways to reach its customers. The brand is also looking for new ways to improve its products and services. The brand is currently in a period of growth and is looking for new opportunities to expand its business. The brand is also looking for new ways to engage with its customers and to build a strong relationship with them. The brand is currently in a period of transition and is looking for new ways to adapt to the changing market. The brand is also looking for new ways to stay relevant and to continue to be a leader in the industry. The brand is currently in a period of innovation and is looking for new ways to create value for its customers. The brand is also looking for new ways to improve its products and services. The brand is currently in a period of expansion and is looking for new ways to reach its customers. The brand is also looking for new ways to build a strong relationship with them. The brand is currently in a period of growth and is looking for new opportunities to expand its business. The brand is also looking for new ways to engage with its customers and to build a strong relationship with them. The brand is currently in a period of transition and is looking for new ways to adapt to the changing market. The brand is also looking for new ways to stay relevant and to continue to be a leader in the industry. The brand is currently in a period of innovation and is looking for new ways to create value for its customers. The brand is also looking for new ways to improve its products and services. The brand is currently in a period of expansion and is looking for new ways to reach its customers. The brand is also looking for new ways to build a strong relationship with them.

Aké ya no es más que un terreno extendido y ondulante. Fue algo más que una mera lealtad a los terrenos de la vicaría lo que dio origen a un enigma, y a un resentimiento, a que Dios escogiera contemplar desde arriba su propia avanzada de religiosidad, los terrenos de la vicaría, desde las alturas profanas de Itoko. Claro que existía el misterio del establo del Jefe, donde vivían los caballos cerca de la cima del cerro, pero más allá aquel camino mareante seguía subiendo y subiendo, de un mercado ruidoso a otro, y contemplaba desde arriba Ibarapa e Ita Aké, y más allá hasta los lugares más recónditos de la vicaría en sí.

WOLE SOYINKA

Aké

Traducción de Fernando Santos

Alfaguara

Sinopsis

Aké ya no es más que un terreno extendido y ondulante. Fue algo más que una mera lealtad a los terrenos de la vicaría lo que dio origen a un enigma, y a un resentimiento, a que Dios escogiera contemplar desde arriba su propia avanzada de religiosidad, los terrenos de la vicaría, desde las alturas profanas de Itoko. Claro que existía el misterio del establo del Jefe, donde vivían los caballos cerca de la cima del cerro, pero más allá aquel camino mareante seguía subiendo y subiendo, de un mercado ruidoso a otro, y contemplaba desde arriba Ibarapa e Ita Aké, y más allá hasta los lugares más recónditos de la vicaría en sí.

Traductor: Santos, Fernando

Autor: Wole Soyinka

©1987, Alfaguara

Colección: Literatura Alfaguara, 225

ISBN: 9788420425276

Generado con: QualityEbook v0.60

AKÉ LOS AÑOS DE LA NIÑEZ

WOLE SOYINKA

Traducción de Fernando Santos

TÍTULO ORIGINAL:
AKE, THE YEARS OF CHILDHOOD

WOLE SOYINKA, 1981

NOTA PRELIMINAR: Las notas a pie de página, señaladas con asteriscos, son las del propio autor. El lector hallará a lo largo del texto varias notas numeradas que remiten al final del libro, en las cuales el traductor explica algunos términos de África occidental que quizá no resulten demasiado familiares.

Aké ya no es más que un terreno extendido y ondulante. Fue algo más que una mera lealtad a los terrenos de la vicaría lo que dio origen a un enigma, y a un resentimiento, a que Dios escogiera contemplar desde arriba su propia avanzada de religiosidad, los terrenos de la vicaría, desde las alturas profanas de Itoko. Claro que existía el misterio del establo del Jefe, donde vivían los caballos cerca de la cima del cerro, pero más allá aquel camino mareante seguía subiendo y subiendo, de un mercado ruidoso a otro, y contemplaba desde arriba Ibarapa e Ita Aké, y más allá hasta los lugares más recónditos de la vicaría en sí.

Los días de niebla, la cuesta que subía hasta Itoko se juntaba con el cielo. Si bien era posible que Dios no viviera efectivamente allí, no cabía duda de que donde primero había descendido era a aquella cima, de que después había dado un único paso gigantesco por encima de los mercados tumultuosos —que osaban vender en domingo— hasta llegar a la Iglesia de San Pedro, y que después había llegado a los terrenos de la vicaría a tomar el té con el Canónigo. Quedaba el pequeño consuelo de que, pese a la tentación de llegar a caballo, no se había parado primero a ver al Jefe, que se sabía era pagano; desde luego, al Jefe nunca lo veíamos en la iglesia más que en los aniversarios de la coronación del Alake. Por el contrario, Dios llegaba directamente a la Iglesia de San Pedro a los oficios matutinos, hacía una breve parada durante los oficios de la tarde, pero reservaba su presencia más exótica y formal para los oficios vespertinos, que en honor suyo siempre se celebraban en idioma inglés. En los oficios vespertinos, el órgano adquiría una sonoridad oscura y ahumada, y no cabía duda de que el órgano iba adaptando sus sonidos normales para acompañar a las respuestas sepulcrales del propio Dios, con su timbre de *egúngún* [Ceremonia ancestral de varias máscaras], a las plegarias que se le ofrecían.

La residencia del Canónigo era la única que podía alojar al Invitado semanal. Para empezar, era el único edificio de un piso de toda la vicaría, cuadrado y sólido como el propio Canónigo, lleno de ventanas negras con marcos de madera. BishopsCourt también era un edificio de un piso, pero en él no vivían más que alumnos, de manera que no era una casa. Desde el piso de arriba de la casa del Canónigo casi se podía mirar directamente a los ojos paganos de Itoko. Estaba en el punto habitado más alto de los terrenos de la vicaría y casi miraba por encima de la puerta principal de éstos. Tenía la espalda vuelta al mundo de los espíritus y de los *ghommids* [Espíritus de los árboles que, según se cree, también pueden vivir en tierra] que habitaban el denso bosque y que perseguían hasta su casa a los niños que se habían aventurado demasiado lejos en busca de leña, setas y caracoles. El edificio cuadrado y blanco del Canónigo era un baluarte contra la amenaza y el asedio de los espíritus del bosque. Su muro trasero demarcaba el territorio de aquéllos y les impedía tomarse libertades con el mundo de los seres humanos.

Las aulas de la escuela primaria eran las únicas que compartían aquella proximidad al bosque, y por la noche estaban vacías. Encerrada por muros rugosos y encalados, por las traseras sin ventanas de las casas, por tómulos de piedras que en vano trataban de oscurecer los árboles gigantes, la vicaría de Aké, con sus tejados de plancha ondulada, tenía el aspecto de una fortaleza. A salvo en su interior, bajábamos o subíamos según nos apetecía por planos imbricados, superpuestos, por

pendientes de peñascos que caían a pico, entre matojos de monte bajo y por en medio de huertos de frutales que aparecían repentinamente. Por todas partes había plantas de quingombó. El aire se llenaba del perfume de los limoneros, las guayabas, los mangos, se ponía pegajoso con la resina del *bumbum* y las secreciones del árbol de la lluvia. Los recintos escolares estaban rodeados por aquellos árboles de la lluvia, con sus anchas ramas que esparcían sombra. Por encima de las acacias se erguían los pinos aciculares, y los bosques de bambú siempre nos ponían nerviosos; si las serpientes monstruosas pudieran escoger, seguro que los matorrales de bambú serían su residencia ideal.

Entre el lado izquierdo de la casa del Canónigo y los campos de juego de la Escuela estaba el Plantío. Era demasiado variado, demasiado profuso para llamarlo jardín, o ni siquiera huerto. Y en él había plantas y frutas que convertían al Plantío en una extensión de las clases de Historia Sagrada, las lecciones o los sermones de la iglesia. Había una planta de hojas moteadas blancas y rojas a la que llamábamos lirio de Cana. Cuando clavaron a Cristo en la Cruz y de sus heridas saltó la sangre, unas cuantas gotas se quedaron pegadas en las hojas del lirio y lo estigmatizaron para siempre. Nadie se molestaba en explicar la causa de las abundantes manchas blancas que también aparecían en cada una de las hojas. Quizá tuvieran que ver con el lavado de los pecados en la sangre de Cristo, que dejaban incluso las manchas más oscuras del alma de una persona blancas como la nieve. También había la fruta de la Pasión, producto de otra parte de la misma historia, y que sin embargo no nos gustaba a ninguno de los niños. Era agradable frotarse la palma de la mano con su turgente piel verde, pero al madurar se ponía de un amarillo marchito, y su tersura se hundía como las caras de los ancianos de ambos sexos a los que conocíamos. Y apenas si era dulce, con lo cual no pasaba por la prueba infalible de lo que era una fruta de verdad. Pero el rey del plantío era el granado, que no era producto de una semilla de la iglesia de piedra sino más bien de la lírica Escuela Dominical. Pues era en la Escuela Dominical donde se contaban las historias de verdad, las historias que vivían realmente por sí solas y que traspasaban la frontera del tiempo de los domingos o de las hojas de la Biblia y penetraban en el mundo de los países, los hombres y las mujeres de fábula. El granado tenía una producción de lo más mezquino. No rendía su fruto, aparentemente duro, sino muy de tarde en tarde, pese a la paciencia con que lo cuidaban las manos y la cara de venas abultadas pertenecientes a alguien a quien sólo conocíamos por el nombre de Jardinero. Jardinero era la única persona en quien se podía confiar para que compartiese aquella rara fruta entre la banda, pequeña y fiel, de observadores del granado, pero aunque nos diera el trozo más pequeño, servía para trasladarnos al mundo ilustrado de la Historia Sagrada. El granado era la Reina de Saba, rebeliones y guerras, la pasión de Salomé, el Sitio de Troya, el elogio de la belleza en el Cantar de los Cantares. Aquella fruta, con su aspecto y su tacto pedregoso, abría las cuevas de Ali Baba, sacaba al genio de la lámpara de Aladino, tocaba las cuerdas del arpa que devolvió la cordura a David, separaba las aguas del Nilo y llenaba nuestra vicaría de incienso procedente del sombrío templo de Jerusalén.

Jardinero decía que sólo crecía en el Plantío. El granado venía de fuera de la tierra del negro, pero algún obispo anterior, un hombre blanco, había traído las semillas y las había plantado en el Plantío. Preguntamos si aquéllo era la manzana, pero Jardinero se echó a reír y dijo que no. Y añadió que aquella manzana tampoco se encontraría en la tierra del negro. Pensábamos que Jardinero era un ignorante. Era evidente que la granada era la única manzana que podía hacer perder a Adán y Eva las delicias del paraíso. Había otra fruta a la que nosotros también llamábamos manzana, suave pero turgente, con una piel de un rosa pálido y bastante jugosa. Antes de que llegara la granada se le había asignado la identidad de la manzana que acabó con la pareja desnuda. El primer mordisco de granada sirvió para desenmascarar a la impostora, a la cual sustituyó.

En la higuera habitaban bandadas de murciélagos, cuyas deyecciones llenas de semillas cubrían las piedras, las praderas, los senderos y los arbustos antes del amanecer. Había un tilo, suave e inmenso, al borde del campo de juegos del lado del recinto del librero, que desafiaba al *harmattan* [

viento muy cálido y seco]; llenaba los terrenos de la vicaría con un concierto infatigable de pájaros tejedores.

Algo terrible ha ocurrido en los terrenos de la vicaría de Aké. La tierra está erosionada, las praderas agostadas y de sus techumbres, que antes eran tan discretas, ha desaparecido todo misterio. Antes, a cada nuevo día aparecía un lugar nunca visto, un montoncillo de piedras, un seto y una colonia de caracoles. El esqueleto del automóvil no se ha movido de su punto de partida, donde los niños nos metíamos en él para hacer viajes a lugares fabulosos; ahora no es más que un cadáver, con sus ojos convertidos en huecos oxidados, su cara de dragón hundida por la pérdida progresiva de los dientes. Del incinerador abandonado, con sus malas hierbas tan grandes y sus serpientes relucientes, no queda más huella que un montón de barro. Las casas supervivientes, casas que formaron los baluartes de la vicaría de Aké, se han convertido en cajas de embalar, en medio de un paisaje vacío, lleno de chirridos, desnudo y sin nervios.

Y también han desaparecido las sensaciones de antes. Incluso las praderas abiertas y los anchos caminos, bordeados de piedras encaladas, lirios y matojos de citronela que cambiaban de naturaleza según las estaciones, según que fuera día de semana o domingo y que fuera mediodía o el atardecer. Y los ecos que rebotaban en los muros de la parte baja de la vicaría iban adquiriendo nuevas tonalidades con las estaciones, cambiaban al irse vaciando las praderas cuando las escuelas cerraban por vacaciones.

Si yo me echaba boca arriba en la pradera delante de nuestra casa, mirando al cielo, con la cabeza en dirección a Bishops Court, cada una de mis piernas apuntaba a los recintos internos de la Vicaría Baja. La mitad de la Escuela Anglicana de Muchachas ocupaba uno de aquellos espacios inferiores, y la otra mitad había pasado a ocupar Bishops Court. La parte inferior contenía las aulas para las niñas más pequeñas, una residencia, un pequeño plantío de papayas, guayabas, algo de bambú y malas hierbas. En la estación de las lluvias siempre se encontraban caracoles. En el otro recinto bajo estaba el librero de la misión, un hombrecillo arrugado, casado con una esposa muy tranquila sobre cuya inmensa espalda todos nosotros habíamos, en algún momento, dormido o contemplado el mundo. Su recinto se convirtió en un atajo hacia la carretera que conducía a Ibará, Lafenwá o Igbéin y su Escuela Media, dirigida por Ransome-Kuti quien vivía en ella con su familia. El recinto del librero contenía el único pozo de la vicaría; en la estación seca nunca estaba vacío. Y sus tierras parecían ser las únicas que producían cocoteros.

Bishops Court, de la Vicaría Alta, ya no existe. A veces aparecía allí el Obispo Ajayi Crowther entre dos arbustos de hortensias y buganvillas, un rostro de gnomo con ojos saltones cuya fotografía oficial habíamos visto por primera vez en el frontispicio de su biografía. El maestro nos dijo que había vivido en Bishops Court, y a partir de aquel momento empezó a contemplarnos entre las plantas siempre que yo pasaba junto a la casa a llevar un recado a nuestra Tía Abuela, la Sra. Lijadu. Bishops Court se había convertido en dormitorio anexo a la escuela de las niñas y en un campo de juego más para nosotros durante las vacaciones. El Obispo estaba sentado, en silencio, en el banco que había bajo el porche de madera sobre la entrada, con las túnicas todas enredadas entre los tallos cada vez más largos de la buganvilla. Cuando los ojos se le convirtieron en meras cuencas me acerqué más a él. Entonces mis ideas se desviaron hacia otra fotografía en la cual él llevaba un traje de cura, con chaleco, y yo me preguntaba dónde mantenía en realidad el extremo de la cadena de plata que le desaparecía en el bolsillo. El me sonreía y decía: «Acércate, que te lo enseño.» Cuando yo avanzaba hacia el porche él iba sacando la cadena hasta extraer un reloj de bolsillo totalmente redondo que brillaba como plata maciza. Apretaba un botón que tenía en la tapa y ésta se abría y no revelaba el cristal y la esfera, sino un espacio profundo lleno de nubes. Después me guiñaba un ojo y éste se le caía de la cara al hueco del reloj. Guiñaba el otro y éste se reunía con su compañero dentro del reloj. Volvía a tapar el reloj, volvía a hacer un gesto con la cabeza y ésta se quedaba calva, le desaparecían

los dientes, y la piel se le iba estirando hasta que quedaban al aire los pómulos blancos. Entonces se ponía de pie y tras volverse a meter el reloj en el bolsillo del chaleco, daba un paso hacia mí. Yo huía a casa.

A veces parecía que Bishops Court quería rivalizar con la casa del Canónigo. Parecía ser una casa-barco, pese a su protección de piedras encaladas y de flores relucientes, a su fachada de madera tallada casi totalmente sumergida entre buganvillas. Y también estaba bajo la sombra de aquellos peñascos omnipresentes, entre cuyas hendiduras crecían milagrosamente árboles altos de grandes copas. Iban llegando las nubes, y los peñascos se confundían en la habitual turbulencia gris de ellas, y después los árboles se mecían adelante y atrás hasta quedar suspendidos sobre Bishops Court. Aquello sólo ocurría cuando había grandes tormentas. Bishops Court, al contrario que la casa del Canónigo, no daba a las peñas ni a los bosques. Estaba separada de ellos por los campos de juego de las niñas, y sabíamos que aquella separación siempre había existido. Era evidente que los obispos no sentían inclinación a desafiar a los espíritus. Sólo podían hacerlo los vicarios. El que el Obispo Ajayi Crowther me hubiera hecho salir muerto de miedo de aquel recinto con sus extrañas transformaciones sólo servía para confirmar que los Obispos, cuando morían, se iban al mundo de los espíritus y los fantasmas. Yo no podía creer que el Canónigo se fuera a ir deshaciendo así ante mis ojos, ni tampoco el Rev. J. J. que había ocupado antes aquella casa, hacía muchos años, cuando mi madre era todavía una niña como nosotros. De hecho, en sus tiempos J. J. Ransome-Kuti había rechazado a varios ghommids; mi madre lo confirmaba. Era su sobrina nieta, y hasta que vino a vivir a nuestra casa, había vivido con la familia del Rev. J. J. También su hermano Sanya había vivido allí, y todo el mundo reconocía que era un *oró*, de modo que se sentía en casa en los bosques, incluso de noche. Sin embargo, en una ocasión debe de haber ido demasiado lejos.

—Ya nos habían visitado antes para quejarse —decía ella—. Claro que no entraban de hecho en el recinto, sino que se quedaban en el borde, donde terminaba el bosque. Su jefe, el que hablaba, lanzaba chispas de la cabeza, que parecía ser una esfera toda de ascuas, no (estoy mezclando dos ocasiones) aquello fue la segunda vez, cuando nos persiguió hasta casa. La primera vez no hicieron más que enviar un emisario. Era muy negro, bajito y de gesto adusto. Vino hasta el patio y se quedó allí mientras nos ordenaba que llamásemos al Reverendo.

»Era como si el Tío hubiera estado esperando aquella visita. Salió de la casa y le preguntó qué quería. Nos amontonamos todos en la cocina a mirar furtivamente.»

—¿Qué voz tenía? ¿Hablaban igual que un *egún-gún*?

—Eso viene ahora. Aquel hombre, ... bueno, supongo que habría que decir que era un hombre... No era del todo humano, y se le notaba. Tenía la cabeza demasiado grande y siempre miraba al suelo. Entonces dijo que había venido a acusarnos. No les importaba que fuéramos al bosque ni siquiera de noche, pero no querían que entrásemos en ninguna parte más allá de las peñas y del bosquecillo de bambú junto al arroyo.

—Bueno, y, ¿qué dijo el Tío? Y no nos has dicho qué voz tenía.

Tinu me echó su mirada de hermana mayor.

—Deja que Mamá termine la historia.

—Quieres saberlo todo. Muy bien, hablaba exactamente igual que tu padre. ¿Estás contento?

No lo creí, pero lo dejé pasar:

—Sigue. ¿Qué hizo el Tío Abuelo?

—Nos llamó a todos y nos dijo que no volviéramos a aquel sitio.

—¡Pero volvisteis!

—Bueno, ya conoces a tu Tío Sanya. Se había enfadado. Para empezar, los mejores caracoles son los que hay al otro lado del arroyo. Así que siguió quejándose de que aquellos *oró* estaban siendo unos egoístas, y diciendo que iba a enseñarles quién era él. Y eso fue lo que hizo. Una semana

después, más o menos, nos volvió a llevar allí. Y la verdad era que tenía razón. Llenamos una banasta y media de los caracoles más grandes que habéis visto en vuestra vida. Bueno, para entonces ya nos habíamos olvidado del aviso, había una luna muy grande, y además ya os he dicho que el propio Sanya es un *oró*...

—Pero, ¿por qué? Parece normal, como tú y como nosotros.

—Todavía no lo comprendes. En todo caso, es un *oró*. Así que con él nos sentíamos a salvo. Hasta que de pronto empezó a brillar a lo lejos una especie de luz, como una bola de fuego. Aunque todavía estaba muy lejos, no parábamos de oír voces, como si en torno a nosotros hubiera un montón de personas que gruñeran lo mismo. Decían algo así como: «Niños tercos e insolentes, os hemos avisado y avisado, pero no queréis escuchar...»

La Cristiana Salvaje miró por encima de nuestras cabezas, frunciendo el ceño para recordar mejor:

«Ni siquiera se puede decir "ellos". Lo único que vi yo fue aquella figura de fuego, y todavía estaba muy lejos. Pero la oía con toda claridad, como si tuviera muchas bocas y me las apretara todas contra las orejas. Y la bola de fuego se iba haciendo cada vez mayor a cada momento.»

—¿Qué hizo el Tío Sanya? ¿Se peleó con él?

—¿Sanya wo ni yen? Fue el primero que se echó a correr. ¡Bo o ló o yá mi, o di kítipá kítlpá! [¡Si no queréis correr, apartaos de mi camino!] Nadie se acordó de aquellos caracoles tan grandes. Aquel *iwin* nos siguió hasta que llegamos a casa. Nuestros chillidos habían llegado antes que nosotros, y toda la casa estaba... bueno, ya os podéis imaginar el jaleo que había. El Tío ya había bajado las escaleras a toda prisa y estaba en el patio de atrás. Pasamos corriendo a su lado mientras él salía a enfrentarse con aquel ser. Aquella vez el *iwin* llegó a pasar del borde del bosque, y siguió adelante como si quisiera seguirnos hasta dentro de la casa, ya sabéis, que no corría, sino que nos perseguía con toda la paciencia del mundo.

Esperamos. ¡Ahora venía lo gordo! La Cristiana Salvaje se quedó pensativa mientras nosotros permanecíamos en el suspense. Después dio un hondo suspiro y meneó la cabeza con una extraña tristeza:

—Ya ha acabado la era de la fe. Entre nuestros primeros cristianos abundaba mucho la fe, de la de verdad, no sólo de esa que consiste en ir a la iglesia y cantar himnos. La fe. *Igbagbó*. Y esa fe es la que produce la verdadera fuerza. El Tío se quedó allí como una piedra, sacó la Biblia y ordenó: «¡Atrás! Vuélvete al bosque que es tu casa. ¡Atrás, te digo en nombre de Dios!» Ejém. Y se acabó. Aquel ser sencillamente se dio la vuelta y se echó a correr, y las chispas le salían cada vez más rápido, hasta que ya no quedó más que un débil resplandor que iba desapareciendo por en medio del bosque —dio un suspiro—. Claro que aquella noche, después de rezar, hubo que pagar el precio. Seis correazos a cada uno. Y a Sanya doce. Y nos pasamos toda la semana cortando la hierba.

Yo no pude por menos de pensar que ya el susto era bastante castigo. Sin embargo, la Cristiana Salvaje, mirando a lo lejos en dirección a la casa cuadrada, pareció advertir lo que estaba pensando yo, y añadió:

—Fe y Disciplina. Aquello era lo fundamental para los primeros creyentes. ¡Bah! Dios ya no crea gente como aquella. Cuando pienso en el que ocupa ahora esa casa... —y pareció recordar que estábamos nosotros allí:

—¿Qué estáis haciendo aquí los dos a estas horas? ¿No es hora de que os bañéis? ¡Lawanle!

Desde una parte remota de la casa, la «Tía» Lawanle replicó:

—Ma.

Antes de que apareciese recordé a la Cristiana Salvaje:

—Pero no nos has dicho por qué el Tío Sanya es un *oró*.

Ella se encogió de hombros:

—Lo es. Lo he visto con mis propios ojos.

Ambos gritamos:

—¿Cuándo? ¿Cuándo?

Nos sonrió:

—No lo comprenderíais. Pero ya os lo contaré alguna vez. O que os lo cuente él la próxima vez que venga.

—¿Quieres decir que lo viste transformarse en oro?

Justo en aquel momento llegó Lawanle y se dispuso a hacerse cargo de nosotros:

—¿No es hora ya de que se bañen los niños?

Imploré:

—No, espera, Tita Lawanle —aunque sabía que era perder el tiempo. Ya nos había agarrado a cada uno de un brazo. Volví a gritar—: ¿Era el Obispo Crowther un oró?

La Cristiana Salvaje se echó a reír:

—Y, ¿qué vais a preguntar ahora? Ah, ya veo. Ya os han hablado de él en la Escuela Dominical, ¿no?

—Yo lo he visto —dije, tirando de la puerta para cerrarla y obligando a Lawanle a detenerse—. Yo lo veo todo el tiempo. Viene a sentarse bajo el porche de la Escuela de Niñas. Lo he visto cuando cruzaba el recinto camino de la Tía Lijadu.

—Muy bien —suspiró la Cristiana Salvaje—. Id a tomar vuestro baño.

—Se esconde entre las buganvillas... —y Lawanle me alejó para que no me siguiera oyendo.

Aquella misma tarde, después, nos contó el resto de la historia. En aquella ocasión, el Rev. J. J. estaba fuera de Aké, en uno de sus muchos viajes a las misiones. Se iba muchas veces, unas a pie y otras en bicicleta, con objeto de mantenerse en contacto con todos los grupos de su diócesis y de difundir la Palabra de Dios. Tropezaba con oposición muy a menudo, pero nada lo disuadía. Tuvo una experiencia aterradora en una de las aldeas de Ijebu. Le habían advertido que no predicase en un día determinado, que era el día de una salida de los *egúngún*, pero persistió y celebró los oficios. El desfile de los *egúngún* pasó mientras estaban en marcha los oficios, y uno de ellos, utilizando la voz de los antepasados, exhortó al predicador a que se detuviera inmediatamente, dispersara a su gente y saliera a rendir homenaje. El Rev. J. J. no le hizo caso. Entonces el *egúngún* se marchó y se llevó consigo a sus seguidores, pero al pasar junto a la puerta principal la golpeó tres veces con su varita. Apenas había salido del local de la iglesia el último miembro de su procesión cuando el edificio se derrumbó. Sencillamente, las paredes se cayeron y el techo se desintegró. Sin embargo, de manera milagrosa, las paredes se derrumbaron hacia afuera, mientras que los soportes del techo cayeron entre los pasillos o salieron volando por cualquier parte, pero no sobre los feligreses. El Rev. J. J. calmó a los fieles, hizo una pausa en su prédica para entonar una plegaria de acción de gracias y continuó con su sermón.

Quizá fuera aquello a lo que aludía la Cristiana Salvaje cuando hablaba de la Fe. Y aquello tendía a confundir las cosas, porque, después de todo, el *egúngún* había hecho que se derrumbara el edificio de la iglesia. La Cristiana Salvaje no hizo ninguna tentativa de explicar cómo había ocurrido aquello, de manera que la hazaña tendía a ser del mismo género que la Fe que movía montañas o que permitía a la Cristiana Salvaje echar aceite de cacahuete de un cuenco de boca ancha a una botella vacía sin verter una gota. Tenía ella la extraña costumbre de suspirar con una especie de éxtasis, y de atribuir la firmeza de sus manos a la Fe y a que daba gracias a Dios. Sin embargo, si se le resbalaba la vasija y se desparramaban una o dos gotas, entonces murmuraba que sus pecados empezaban a pesar sobre ella, y que tenía que rezar más.

Pero si bien el Rev. J. J. tenía la Fe, también parecía compartir la Terquedad con nuestro Tío Sanya. La terquedad era uno de los primeros pecados que aprendimos a reconocer con facilidad, y

por mucho que la Cristiana Salvaje intentara explicarnos por qué el Rev. J. J. predicaba el día en que salían los *egún-gún*, a pesar de los avisos, aquello se parecía mucho a la terquedad. En cuanto al Tío Sanya, no parecía haber muchas dudas acerca de su caso: apenas si se había ido pedaleando el Rev. J. J. para cumplir con sus deberes pastorales cuando él desaparecía en el bosque con uno u otro pretexto y se largaba hacia la misma zona que el *oró* había declarado prohibida. Sus objetivos reales eran las setas y los caracoles, y como excusa obligada utilizaba la de ir a recoger leña.

Pero incluso Sanya dejó de aventurarse por el bosque de noche, pues reconoció que era demasiado peligroso; durante el día y al atardecer no había demasiado peligro, porque la mayor parte de los espíritus del bosque no salían más que por la noche. Madre nos dijo que en aquella ocasión ella y Sanya habían estado recogiendo setas y no estaban separados más que por unos cuantos matorrales. Ella podía oír perfectamente los movimientos de él, y de hecho habían tomado la precaución de mantenerse siempre muy cerca el uno del otro.

De pronto, nos dijo, oyó la voz de Sanya que hablaba con alguien en tono muy animado. Tras escuchar durante un rato, llamó a Sanya, pero éste no respondió. No se oía otra voz que la de él, pero parecía estar hablando en tono amistoso y excitado con otra persona. Entonces ella miró por entre los arbustos y vio al Tío Sanya sentado en tierra y hablando muy rápido con alguien a quien ella no lograba ver. Trató de penetrar en los arbustos próximos con la mirada, pero en el bosque seguía sin haber nadie más que ellos dos. Y entonces su mirada se detuvo en la banasta de él.

Según dijo, era algo que ya había observado ella antes. Siempre ocurría lo mismo, independientemente de cuántos fueran los niños que fueran al bosque a coger caracoles, bayas o lo que fuera; Sanya se pasaba casi todo el tiempo jugando y subiéndose a las peñas y a los árboles. Se iba a vagabundear solo, y dejaba su cesto por cualquier parte. Aquella vez fue como de costumbre. Ella se fue acercando y alarmó a nuestro Tío, que dejó de parlotear e hizo como que estaba buscando caracoles por la tierra.

Madre dijo que se asustó. La banasta estaba llena hasta los bordes, a reventar. También se sentía desalentada, de manera que recogió su banasta casi vacía e insistió en que volvieran inmediatamente a casa. Abrió ella el camino, pero al cabo de un rato miró atrás y pareció que Sanya intentaba seguirla, pero no lo conseguía, como si se lo impidieran unas manos invisibles. De vez en cuando, Sanya se soltaba un brazo y gritaba:

—¡Dejadme en paz! ¿No veis que tengo que irme a casa? He dicho que tengo que irme.

Madre se echó a correr y Sanya hizo igual. Fueron corriendo hasta llegar a casa.

Aquella noche Sanya se puso malo. Rompió a sudar, se pasó la noche dándose vueltas en la estera y hablando a solas. Al día siguiente toda la familia estaba asustadísima. Tenía la frente ardiendo, y nadie podía conseguir que dijera una palabra con sentido. Por fin llegó a la casa una anciana, una de las conversas de J. J., que iba a hacer una visita de rutina. Cuando se enteró de cómo estaba Sanya, hizo un gesto de comprensión y empezó a actuar como alguien que sabe exactamente lo que hay que hacer. Tras averiguar en primer lugar lo último que había hecho antes de caer enfermo, llamó a mi madre y la interrogó. Mi madre se lo contó todo mientras la anciana seguía haciendo gestos de comprensión. Después dio sus instrucciones:

—Necesito un cesto de *agidi* con cincuenta envoltorios. Después me tenéis que preparar algo de *ékuru* en un cuenco grande. Aseguraos de que el estofado de *ékuru* esté preparado con bien de alubias grandes y cangrejo. Tiene que tener el olor más apetitoso posible.

Los niños se dispersaron en varias direcciones, algunos al mercado a buscar el *ágidi*, otros a empezar a moler las alubias para la cantidad de *ékuru* necesaria para acompañar cincuenta envoltorios de *agidi*. A los niños se les hizo la boca agua, pues supusieron inmediatamente que se iba a tratar de una fiesta de apaciguamiento, una *saará* a algún espíritu ofendido.

Pero cuando todo estuvo preparado, la anciana se lo llevó a la habitación en que estaba acostado

Sanya, con una cántara de agua fría y unas tazas, cerró la puerta y ordenó marcharse a todo el mundo de fuera.

—Haced lo mismo que todos los días y no os acerquéis en absoluto a esta habitación. Si queréis que vuestro hermano se ponga bueno, haced lo que os digo. No tratéis de hablar con él y no miréis por el ojo de la cerradura.

También cerró las ventanas y se marchó a un extremo distante del patio, desde donde podía vigilar los desplazamientos de los niños. Sin embargo, poco después se fue quedando dormida, de manera que madre y los otros niños podían pegar las orejas a la puerta y las ventanas, aunque no pudieran ver al inválido en sí. Parecía que Tío Sanya ya no estaba solo. Le oían decir cosas como: «portaos bien, hay bastante para todos. De acuerdo, tómate tú este otro envoltorio... Abre la boca... así... no tenéis que pelearos por eso, aquí hay otro cangrejo... Que os portéis bien, he dicho...».

Y oían ruidos como si alguien pegara en la muñeca a otro, ruidos de platos en el suelo o de agua al ir vertiéndose en una taza.

Cuando la mujer consideró que ya había pasado suficiente tiempo, lo cual ocurrió bastante después del atardecer, casi seis horas después de haber cerrado la puerta de Sanya, fue a abrirla. Allí estaba Sanya, dormido como un tronco, pero esta vez muy tranquilo. Le tocó la frente y pareció quedar satisfecha con el cambio producido. Sin embargo, la familia que había entrado en pelotón con ella no se interesaba en absoluto por Sanya. Lo único que contemplaba, con gran asombro, eran las hojas esparcidas de cincuenta envoltorios de *ágidi* vaciados de su contenido, una gran bandeja vacía que antes estaba llena de *ékuru*, y una cántara de agua casi vacía.

No, no había duda, nuestro Tío Sanya era un *oró*; la Cristiana Salvaje había visto y oído pruebas de ello muchísimas veces. Evidentemente, sus amigos eran del tipo benévolo, o si no él hubiera tenido graves problemas en más de una ocasión, pese a la Fe protectora de J. J. En aquella época, Tío Sanya pasaba muy poco tiempo con nosotros, de manera que no le podíamos hacer ninguna de las preguntas que la Cristiana Salvaje se negaba a contestar. La vez siguiente que vino a visitarnos en los terrenos de la vicaría, advertí lo raros que tenía los ojos, que casi nunca parecía cerrar, sino que siempre miraba frente a sí por encima de nuestras cabezas, incluso cuando nos estaba hablando. Pero parecía demasiado activo para ser un *oró*; de hecho, durante mucho tiempo lo confundí con un jefe local de boy scouts al que dábamos el apodo de Actividad. Entonces empecé a observar a los scouts más pequeños, que parecían ser los más próximos al tipo de amigos secretos que nuestro Tío Sanya podía haber tenido de niño. Cuando formaban círculos con sus caritas tensas en las praderas de Alcé, hacían pequeñas hogueras, intercambiaban señales secretas con las manos y con palitos, con piedras especialmente colocadas unas contra otras durante sus reuniones, creí haber detectado a los amigos ocultos que se habían deslizado invisibles en la casa por las hendiduras de la puerta e incluso del suelo, al lado de las narices ofendidas de la Cristiana Salvaje y de los otros niños de la familia de J. J. y se habían dado un banquetazo de cincuenta envoltorios de *agidi* y un enorme cuenco de *ékuru*.

La Misión dejó los terrenos de la vicaría con sólo el vicario y su catequista, Aké ya no merecía un obispo. Pero incluso el «patio» del Vicario es una mera ruina de lo que fue. El plantío ha desaparecido, hace mucho tiempo que las cabras se han comido las hileras de citronela. La citronela, la cura para las fiebres y los dolores de cabeza: una o dos aspirinas, una taza de infusión bien caliente de citronela y a la cama. Pero su olor era verdaderamente fragante, y normalmente la bebíamos como variante del té corriente. Está aislado, escogido por la edad, aquel monumento cuadrado blanco que, enmarcado en los peñascos, se erguía sobre los terrenos de la vicaría, obligaba a los visitantes a mirarlo cuando pasaban por la puerta del complejo. El dueño de la casa era como un pedazo de

aquellas peñas, negro, enorme, de cabeza de granito y unos pies gigantescos.

Casi siempre lo llamaban Pastor. O Vicario, Canónigo, Reverendo. O, como hacía mi madre, sencillamente, Pa Delumo. Padre prefería llamarlo Canónigo, y lo mismo decidí yo, pero sólo debido a una visita a Ibara. Hacíamos aquellas excursiones con cierta frecuencia: a visitar a los parientes o a acompañar a la Cristiana Salvaje en sus expediciones de compras, o para algún otro objetivo que nunca podíamos comprender. Sin embargo, al final de aquellas excursiones, teníamos como una vaga idea de que nos habían llevado a ver algo, a experimentar algo. Nos quedábamos muy contentos, y naturalmente agotados, pues la mayor parte del camino íbamos a pie. Pero a veces resultaba difícil recordar qué era lo que habíamos visto concretamente. Cuál había sido el objetivo de nuestra salida, con ropa de gala y peinados especiales, y con tantos jaleos y preparativos.

Habíamos subido una cuesta muy empinada y llegado a la imponente entrada: a los pilares blancos y la placa que decía: la residencia. Era evidente que allí vivía un hombre blanco, pues la puerta estaba vigilada por un policía de pantalones cortos y anchos que miraba por encima de nuestras cabezas. La casa en sí estaba bastante más atrás, en un cerro, oculta en parte por los árboles, pero los objetos en que se fijaron mis ojos fueron dos tubos negros de grandes bocas montados en ruedas de madera. Estaban colocados contra los pilares, apuntando hacia nosotros, y al lado de cada uno había un montón de bolas redondas de metal, casi tan grandes como balones de fútbol. Son armas, dijo mi madre, se llaman cañones y se usan para las guerras.

—Pero, ¿por qué Papá llama cañón a Pa Delumo?

Nos explicó la diferencia, pero yo ya había encontrado mi propia respuesta. Era por la cabeza, porque Pa Delumo tenía la cabeza en forma de bala de cañón, y por eso mi padre lo llamaba cañón. Todo el aspecto de los cañones recordaba el de aquel hombre, su fuerza y su solidez. Los cañones parecían inmóviles, indestructibles, y él también. Parecía dominarlo todo; cuando venía a visitarnos él solo llenaba totalmente la salita. Lo único que parecía adecuado para sus dimensiones era la sala grande, pues cuando se hundía en uno de los butacones resultaba más fácil verlo entero. A mí me daban pena sus catequistas y su vicario adjunto o coadjutor —parecía que sus ayudantes también cambiaban de nombre—, pues parecían parodias insípidas y famélicas de él y de un espíritu aparentemente tan pobre que más adelante me recordarían a las ratas de iglesia. De los hombres que venían a nuestra casa y que llevaban cuello eclesiástico sólo nuestro tío Ransome-Kuti —a quien todo el mundo llamaba Daodu— tenía una personalidad comparable e incluso mayor. El aspecto de Pa Delumo me producía un temor reverencial: no dominaba solamente la vicaría, sino todo Alcé, y ello con mucha más eficacia que nuestro Oba, Kabiyesi, a cuyos pies veía postrarse a muchos hombres. A veces me encontraba con clérigos mucho más misteriosos y huidizos, con un aire imponente propio, como el Obispo Howells que vivía jubilado a poca distancia de nuestra casa. Pero el Canónigo era el vicario de San Pedro, y llenaba totalmente los caminos y las praderas cuando bajaba de su cerro a visitar a su rebaño o a pronunciar sus sermones atronadores.

El Canónigo venía a menudo a charlar con padre. A veces la conversación era seria, y otras su risa resonaba por toda la casa. Pero nunca discutían. Desde luego, nunca los oí discutir acerca de Dios como discutía mi padre con el librero o con sus otros amigos. Al principio daba miedo oírlos hablar de Dios de aquella forma. Especialmente el librero, con su voz aguda y su cuello de pavo, parecía estar mal dotado físicamente, para hacer afirmaciones tan despreocupadas acerca de tamaña Fuerza. A veces el Canónigo parecía ser esa Fuerza, de manera que aunque la disputa se realizaba indirectamente, parecía ser muy desigual y peligrosa para el librero. Naturalmente, yo suponía que mi padre gozaba de una invulnerabilidad especial. Una vez que el Canónigo iba paseándose por los terrenos de la vicaría ellos estaban discutiendo de algo que tenía que ver con el nacimiento de Cristo. Hablaban a voz en cuello, y a veces todos a la vez. El Canónigo no estaba separado de ellos más que por la pradera, y cuando se paró de repente me pregunté si había oído e iba a venir a reñirlos.

Pero sólo se había parado para hablar con un niño que iba de la mano de una mujer, que quizá fuera su madre. Se paró a darle una palmadita en la cabeza, con aquella boca enorme abierta en una sonrisa inacabable, y las comisuras de los ojos se le llenaron de arruguitas. También se le arrugó la frente; a veces resultaba difícil saber si estaba contento de algo o le había dado un dolor repentino de cabeza. Llevaba una chaqueta demasiado pequeña, los pantalones sólo le llegaban hasta encima de los tobillos y el cuello clerical parecía estar a punto de estrangularlo. El sombrero de teja, de ala ancha, rebajaba su figura gigantesca, y yo miré rápidamente a ver si era que de pronto había bajado de estatura y me sentí tranquilizado al ver aquellos zapatones que, según me dijo un primo, se llamaban No-Hay-Esa-Talla-en-Londres. Di un rápido vistazo final a su enorme trasero antes de que él volviera a enderezarse y la mano de la mujer desapareciera totalmente de la vista cuando él se la estrechó. Aquellas alternativas entre posibilidades sobrehumanas y una vestimenta corriente y demasiado pequeña me ponían nervioso, y hubiera preferido que fuera siempre vestido con la sotana y la casulla.

La posición favorita de Essay en todas las discusiones era la del abogado del diablo (lo llamaban S. A. por sus iniciales, JE O Jefe de Escuela, o Está-Seguro era lo que lo llamaban sus amigos más cachondos). No sé por qué, pero había muy poca gente que lo llamara por su verdadero nombre y durante mucho tiempo me pregunté si de verdad lo tenía. No tardé mucho tiempo en introducirlo en mi conciencia sencillamente con el nombre de Essay, como uno de esos ejercicios de prosa cuidadosamente estilizados que siguen normas fijas de composición, son productos de la minuciosidad y la elegancia y se escriben con una caligrafía preciosa que sería la envidia de casi cualquier copista de cualquier época. El se sentía verdaderamente desesperado de haber engendrado un hijo que, desde un principio, mostró claramente que no había heredado en absoluto su letra. La misma elegancia exhibía en el atuendo. Sus modales a la mesa eran una fuente de asombro para madre, a quien por el contraste pronto atribuí el nombre de la Cristiana Salvaje. Cuando Essay diseccionaba un trozo de ñame, lo sopesaba cuidadosamente, se lo llevaba al plato, hacía una pausa, le daba la vuelta, cortaba un trozo y lo devolvía a la bandeja, y después iniciaba el mismo ritual con la carne y el estofado, ella meneaba la cabeza y preguntaba:

—¿Tanta importancia tiene un trocito más o menos?

Essay se limitaba a sonreír, procedía a masticar metódicamente, cortaba cada trozo de carne y de ñame como si fuera un ejercicio de geometría, levantaba un poco del estofado con el filo del cuchillo y lo trasladaba a la raja de ñame como si fuera un maestro albañil. Nunca bebía entre bocados, ni siquiera un sorbito. Sin embargo, cuando se ponía a discutir, en seguida, se ponía tan excitado que el librero, que era quien más chillaba de todos, con sus ojillos parpadeantes. Parecía que siempre le estuviera dando el sol en los ojos. El librero traía a casa aquel aura de gallinas de guinea, pavos, ovejas y cabras, animales todos que criaba en su extenso recinto. Constantemente había que salir a recoger las ovejas; o bien un visitante había dejado la puerta abierta por un descuido o aquellos tercos animales habían encontrado otra vez un hueco en las paredes de piedra y adobe. Era un hombre delgado y animado, y siempre proyectaba hacia adelante unos pómulos tensos como el cuero y puntuaba su discurso con gestos parecidos a los de un pájaro. Incluso cuando estaba más agresivo iba con la espalda encorvada y sus dedos se negaban a soltar la gorra de paño que, cuando salía, nunca se quitaba, quizá porque era completamente calvo. Podíamos distinguir su risa, aguda y rasposa, que revelaba unos huecos en la dentadura que, a fin de cuentas, le impartían a la cara el aspecto de una vieja silla de junco.

La mujer del librero era una de nuestras muchas madres; si lo hubiéramos sometido a votación, ella sería la primera de todas, incluida la de verdad. Era una belleza de aspecto bovino, piel negra como el azabache y una bondad inagotable, que sin embargo me metía ideas inquietantes en la cabeza, y todo por culpa de su marido. Al contrario que él, era muy grande, y a veces, cuando el librero desaparecía durante varios días, yo estaba seguro de que ella sencillamente se lo había tragado. Me

sentía muy aliviado cuando veía la cabeza calva de él moverse animadamente por algún lugar de su casa o en la librería. De todas las mujeres que me llevaron a la espalda, ninguna era tan segura ni tan cómoda como la Sra. L. Tenía una espalda amplia, blanda y tranquilizante, que irradiaba el mismo reposo y la misma bondad que le habíamos observado en la cara.

Muchas veces nos quedábamos a dormir en casa del librero. La señora L. enviaba a una criada a informar en nuestra casa de que aquella noche nos quedaríamos a comer y a dormir en la suya, y se acabó. Cuando nos metíamos en líos nos echábamos a correr para ponernos tras ella, y ella nos protegía:

—No no, a quien hay que pegar es a mí...

La Cristiana Salvaje trataba de alcanzar por detrás de ella con el palo, pero la verdad es que ella era demasiado voluminosa. Salvo que el delito fuera especialmente grave, allí acababa el problema. Bukola, su hija única, no pertenecía a nuestro mundo. Cuando proyectábamos nuestras voces contra las paredes de la escuela de la Vicaría Baja y escuchábamos el eco desde muy lejos, a mí me parecía que Bukola era una de las residentes de aquel otro mundo donde la voz se veía atrapada, filtrada, vuelta a tejer y devuelta en copias cada vez menores. Permanecía en el mundo gracias a una serie de amuletos, pulseras, cascabelillos y anillos de cobre oscuro retorcido que la anclaban a tierra por los tobillos, los dedos, las muñecas y la cintura. Ella sabía que era una *ábikú*. Las dos diminutas cicatrices que tenía en la cara formaban también parte de las múltiples formas de anular las inducciones de sus compañeros del otro mundo. Como todos los *ábikú*, era un ser privilegiado, aparte. Sus padres no se atrevían a reñirla mucho tiempo ni muy en serio.

De pronto, volvía los ojos hacia dentro y no se le veían más que los blancos. Lo hacía por agradarnos siempre que se lo pedíamos. Tinu se apartaba, dispuesta a echarse a correr, pues no se sabe cómo preveía que iban a pasar cosas horribles. Yo le preguntaba a Bukola:

—¿Y puedes ver cuando haces eso con los ojos?

—Sólo la oscuridad.

—¿Te acuerdas de algo del otro mundo?

—No. Pero ahí es donde voy cuando caigo en trance.

—¿Puedes caer en trance ahora mismo?

Desde su distancia, bien a salvo, Tinu amenazaba con acusarme a nuestros padres si yo la alentaba. Bukola se limitaba a contestar que sí podía, pero únicamente si yo estaba seguro de que podía hacerla volver en sí.

Yo no estaba muy seguro de poder. Cuando la miraba, me preguntaba cómo se las arreglaba la señora L. con tamaño ser sobrenatural que moría, volvía a nacer, volvía a morir y seguía yendo y viniendo siempre que se le antojaba. Cuando nos paseábamos tintineaban los cascabeles que llevaba en los tobillos para alejar a sus amigos del otro mundo que no hacían más que darle la lata y decirle que fuera a reunirse con ellos.

—¿Es verdad que los oyes?

—Muchas veces.

—¿Qué dicen?

—Nada más que vaya a jugar con ellos.

—¿No tienen a nadie con quien jugar? ¿Por qué te molestan?

Ella se encogía de hombros. Yo me enfadaba. Después de todo, Bukola era nuestra propia compañera de juegos. Una vez tuve una idea:

—¿Por qué no los haces venir a ellos aquí? La próxima vez que te llamen los invitas a venir a jugar con nosotros en nuestro propio recinto.

Ella negó con la cabeza:

—No pueden.

—¿Por qué no?

—No pueden ir de un lado para otro como nosotros. Igual que tú tampoco puedes ir allí.

¡Qué raro era aquel ser privilegiado que, al contrario que Tinu y que yo, e incluso que sus amigos de aquel otro sitio, podía pasar fácilmente de una esfera a la otra! La vi una vez cuando cayó en trance, con los ojos vueltos del revés y los dientes apretados mientras se desmayaba. La señora L. no hacía más que gritar:

—¡Egbá mi, ara é ma ntutu! ¡Ara é ma ntu-tu! [¡Socorro, está quedándose helada!] —mientras le frotaba desesperadamente las extremidades para devolverla a la vida. El librero vino corriendo de la tienda por la puerta de comunicación y le abrió la boca a la fuerza. La criada ya había sacado un frasco del aparador, y los tres juntos le vertieron un líquido en la garganta. La *abikú* no recuperó la conciencia inmediatamente, pero al cabo de un rato advertí que el peligro había pasado. En la casa disminuyó la tensión, la pusieron en la cama y ella se relajó totalmente, con la cara invadida por una belleza que no era natural. Tinu y yo nos quedamos sentados a su lado, mirándola hasta que se despertó. Después su madre le hizo beber una sopa clara de pescado que había estado preparando mientras la niña dormía. Normalmente, todos comíamos del mismo cuenco, pero aquella vez la señora L. pasó algo de la sopa a un cazo más pequeño, al que después agregó un líquido espeso de otro frasco. Era turbio y tenía un olor penetrante. Mientras nosotros íbamos tomando nuestra sopa de un cuenco distinto, la señora L. echaba atrás la cabeza de su hija y le hacía beberse su propia sopa de un solo golpe. Era evidente que Bukola lo estaba esperando; se bebió su mejunje sin quejarse.

Después salimos a jugar. La crisis había pasado totalmente. Sin embargo, la señora L. insistió en que nos quedáramos en el recinto de ellos. Recordé a Bukola el trance en que había caído:

—¿Fueron tus otros compañeros de juegos los que te llamaron entonces?

—No me acuerdo.

—Pero puedes hacerlo siempre que quieras.

—Sí, sobre todo cuando mis padres hacen algo que fastidia. O la criada.

—Pero, ¿cómo lo haces?, ¿cómo es que lo consigues? Ya sé que primero se te ponen los ojos todos blancos...

—¿De verdad? Lo único que sé es que si... por ejemplo, si quiero algo y mi madre dice que no... no pasa todas las veces, no creáis, pero a veces mi padre y mi madre me niegan algo. Entonces, a lo mejor oigo que los otros amigos dicen: «Ya ves, no quieren que estés con ellos, eso es lo que te hemos estado diciendo». Dicen eso, y entonces me da la sensación de que quiero irme. De que de verdad quiero irme. Siempre digo a mis padres que me voy y me voy si no hacen tal o cual cosa. Si no la hacen, entonces voy y me desmayo.

—Y, ¿qué pasa si no vuelves?

—Pero siempre vuelvo.

Aquello me ponía nervioso. La señora L. era una mujer demasiado buena para cargar con una niña tan difícil. Sin embargo, sabíamos que no era cruel; los *abikú* eran así, no podían evitarlo. Pensé en todas las cosas que podía pedir Bukola, cosas que sus padres a lo mejor no se podían permitir.

—Imagínate que un día pides algo y no te lo pueden dar. Como el coche del Alake.

—Tienen que darme lo que les pida —insistió ella.

—Pero hay cosas que no pueden darte. Ni siquiera un rey lo tiene todo.

—La última vez que pasó no había pedido más que una *saará*. Mi padre me dijo que no. Dijo que hacía poco tiempo de la última, así que me desmayé. Me iba a ir de verdad.

Tinu protestó:

—Pero no se puede tener una *saara* todos los días.

—A mí no me hacen una *saara* todos los días —persistió Bukola—. Y la *saara* que pedí aquella vez no era para mí, era para mis amigos. Me dijeron que si no podía ir a jugar con ellos todavía,

debería hacerles una *saara*. Se lo dije a mi madre y ella estaba de acuerdo, pero padre se negó. —Se encogió de hombros—. Eso es lo que pasa cuando los mayores no quieren comprender. Papá tuvo que matar una gallina más, porque tardé más que de costumbre en volver.

Por aquella cara oval y solemne se iban sucediendo los gestos de inocencia y los de autoridad mientras hablaba. La observé muy atento, preguntándome si estaba proyectando otra despedida. Por natural que pareciera todo aquello, también existía una vaga inquietud porque se trataba de un poder excesivo para que lo tuviera una niña sobre sus padres. Recordé todas las caras de los asistentes a la *saara*, los recorridos que hacían la comida y de las bebidas, las disputas repentinas que surgían mientras comíamos y las voces con que los mayores ponían paz; no parecía que había pasado nada raro. Había sido una *saara* como otra cualquiera. Estábamos sentados en grupos en esteras extendidas en el jardín, todos con trajes de fiesta, y Bukola llevaba un vestido especialmente bonito. Estaba comiendo en nuestra estera, del mismo plato, y no se le notaba nada de aquel otro mundo; desde luego, yo no la había visto dar comida en secreto a compañeros invisibles, y, sin embargo, la *saara* era para ellos.

A veces me preguntaba si el señor L. se refugiaba en nuestra casa para huir de la tiranía de aquella niña. Pese a lo aficionado que era padre a las discusiones, sobre cualquier tema del cielo o la tierra, era el librero quien generalmente prolongaba las polémicas hasta que estaba bien entrada la noche. Iba sacando las briznas al esqueleto de las discusiones con unas garras como las del halcón, no cedía en un ápice sino con la mayor renuencia, y sólo para volver a una posición que hacía tiempo había descartado o que había quedado desplazada por nuevos argumentos. Incluso yo me daba cuenta de aquello, y la paciencia exagerada con que hablaba Essay sólo servía para confirmarlo.

Y a veces sus discusiones tomaban un giro aterrador. Un día el librero, Fowokan, que era el subdirector de la escuela primaria, el catequista y otro de los amigos de Essay lo siguieron a casa desde la iglesia. A Osibo, el farmacéutico, le encantaba asistir a aquellas sesiones, pero participaba poco en ellas. Las voces los habían precedido desde hacía rato a la casa, estaban todos sumidos en un ardiente debate, hablaban todos al mismo tiempo y se negaban a reconocer ni una sola cosa. Aquello continuó mientras bebían botellas de cerveza caliente y bebidas refrescantes y agotaban las reservas de chin-chin y galletas de la Cristiana Salvaje, y continuó hasta la hora del almuerzo. Aunque madre meneaba la cabeza desesperada con «esos amigos de vuestro padre» y se preguntaba por qué él lograba tener siempre amigos tan aficionados a las discusiones y a la comida, era evidente que la Cristiana Salvaje disfrutaba con el papel que desempeñaba la casa del Jefe de Escuelas como centro intelectual de Aké y alrededores.

A media tarde repostaban su capacidad oratoria con té y bocadillos y pasteles para la polémica final, pues se acercaba la hora de los oficios vespertinos, y todos tenían que volver a sus casas a cambiarse de ropa. Generalmente era a esa hora cuando el padre de Bukola parecía correr más peligro. Las discusiones iban acercándose al enfrentamiento físico, y el librero, siempre el librero, estaba a punto de convertirse en el chivo expiatorio de algún desacuerdo. Mi lealtad hacia su mujer me creaba un dilema terrible. Me consideraba obligado a ir corriendo a advertirla de que su marido estaba a punto de ser vendido como esclavo, expulsado de Abeokuta, tirado de un aeroplano, defenestrado desde la torre de la iglesia, atado a un árbol en lo más profundo de la noche y a solas con espíritus del mal, enviado a una misión de investigación al infierno o a una misión de paz ante Hitler... lo que siempre era consecuencia peligrosa de una larga discusión y la única forma en que todos decidirían que se podía resolver. Aquel día, los amigos de hecho querían cortarle un brazo al señor L.

—De acuerdo, ¿le digo a Joseph que afile el machete?

La discusión había comenzado a partir del sermón de la mañana. Había recorrido cien caminos diferentes en momentos diferentes y, como de costumbre, los brazos gesticulantes del librero habían

reanimado el debate cuando todos los argumentos se habían agotado. Ahora parecía a punto de perder un brazo. Sin embargo, se defendió. Siempre lo hacía.

—¿Os he dicho que mi brazo derecho me había sido ocasión de caer?

En medio de risas (y aquello era lo más raro, que siempre se echaban a reír), Essay llamó a Joseph para que trajera el machete.

El Sr. Fowokan intervino:

—O un hacha. Lo que esté más afilado.

El señor L. movió las manos agitadamente, con gestos todavía más desesperados:

—Esperad, esperad. ¿Os he dicho que el brazo me había sido ocasión de caer?

—¿Vas a decir ahora que están libre de pecado? —replicó el Catequista.

—No, pero, ¿quién puede decir con toda seguridad que fue mi mano la que cometió el pecado? Y, ¿qué brazo me vais a cortar, el izquierdo o el derecho?

—Bueno... —Mi padre reflexionó algo sobre el asunto—. Eres zurdo. De manera que lo más probable es que fuera tu mano izquierda la que cometió el pecado. ¡Joseph!

—No tan aprisa. Vamos a ver otra vez lo que dijo Dios... si tu mano derecha te es ocasión de caer... observad, *ocasión de caer*... no dice nada de cometer un pecado. Mi mano derecha puede cometer un pecado, o quizá sea la izquierda. Eso lo convierte en una ocasión de caer ante Dios. Pero no significa que *yo* haya caído. Es posible que Dios me considere caído, pero es a El a quien corresponde hacer lo que quiera.

Essay pareció escandalizarse.

—¿Vas a decir ahora que una caída ante Dios no debe considerarse como una caída ante el hombre? ¿Te niegas a ponerte de parte de Dios y en contra del pecado?

El librero tranquilizó rápidamente a Dios:

—No, no me hagas decir cosas que no he dicho. Nunca he dicho eso...

Todos de acuerdo exclamaron:

—¡Muy bien!, en tal caso no perdamos más tiempo.

Ya había llegado Joseph, que estaba esperando junto a la puerta. Mi padre tomó el machete y los otros agarraron al librero.

—¡Esperad, esperad! —rogó él. Yo me volví a Tinu, con la que estaba escuchando desde el rincón de la sala y le dije:

—Uno de los dos tendría que ir corriendo a buscar a la señora L. —Pero ella nunca se interesaba de verdad en aquellas conversaciones, de forma que no podía ver cuando llegaba una discusión a una fase peligrosa.

Essay probó el filo del machete con la punta del pulgar. El librero gritó:

—¡Pero os digo que no me han hecho caer la mano izquierda ni la derecha!

Mi padre suspiró:

—Hoy es domingo, el día de Dios. Imagínate que estás ante El. Eres su siervo, un ayudante respetable de su iglesia de San Pedro. Insistes en que las instrucciones de Cristo han de entenderse literalmente. Muy bien, ahora Dios te pregunta: ¿te ha sido ocasión de caer *alguna* vez tu mano derecha?, ¿sí o no?

Era el tipo de lenguaje que me daba todavía más miedo que la violencia que estaban a punto de infligir al librero. Mi padre tenía la costumbre de hablar como si tuviera relaciones de amistad personal con Dios. ¿Por qué, si no, sugerir que Dios iba a venir a nuestra salita sólo para perseguir al librero? Yo esperaba que en cualquier momento llegara un castigo mucho más terrible de lo que jamás pudiera experimentar el librero en aquel combate desigual.

Tinu se marchó a escondidas. El grupo de la salita estaba riéndose del librero, que luchaba furioso, especialmente con la voz. Las risas de los otros hacían que todo aquello resultara todavía

más perverso. Essay avanzó un poco hacia adelante con el machete raspando el piso de cemento. El librero se soltó de repente, abrió la puerta de golpe y huyó. Con gritos de: «¡a por él! ¡a por él!» se dispersaron todos, pero no se olvidaron de volver la cabeza atrás para dar las gracias a la Cristiana Salvaje por el banquete dominical. Yo salí corriendo por el comedor y el patio de atrás hasta la puerta, a ver la persecución por los terrenos de la vicaría. Terminó donde se separaban los caminos, uno hacia el recinto del librero y el otro hacia la puerta de los terrenos, por la que los demás se dirigirían hacia sus propias casas. Sus risas resonaron en el recinto cuando se despidieron. Yo no aprecié en lo más mínimo su ligereza, pues me sentía demasiado hondamente agradecido porque la señora L. no tuviera ya que lidiar con un marido manco, además de aquella *abikú* tan voluntariosa.

TINU se iba todas las mañanas antes de que yo me despertara. Volvía hacia el mediodía y traía una pizarra con el pizarrín atado. E iba vestida con el mismo uniforme caqui que las hordas de niños de diferentes edades que hormigueaban por el recinto desde la mañana hasta la tarde, ocupados en cien cosas distintas.

A una hora fija de la mañana, uno de los mayores agarraba la cadena que colgaba del campanario, tiraba de ella con un movimiento que parecía de baile y la campana empezaba a tintinear. Inmediatamente los diversos alumnos que jugaban, saltaban, corrían y se peleaban se iban corriendo en diferentes direcciones entorno a los edificios de las escuelas; los más pequeños hacia el aula que estaba en el otro extremo del recinto, donde yo ya no podía verlos. Los alumnos mayores seguían siendo visibles, cerca del edificio principal. Se dividían en varios grupos, cada uno de ellos alineado ante la mirada vigilante de un profesor. Cuando todo estaba en orden, veía a padre aparecer como caído del cielo en el escalón más alto. Pronunciaba un discurso ante la asamblea y después se hacía a un lado. Un miembro del grupo de los mayores daba un paso al frente e iniciaba una canción. Los demás la coreaban y entraban en el edificio de la escuela formados de a dos, al ritmo de la canción.

La canción cambiaba todos los días, pero se elegía de entre un grupo de cinco o seis. Si llegué a tener una favorita, era porque se trataba de la que cantaban con más vigor que otras. Advertí que los días que le tocaba el turno a aquella canción, más que desfilas bailaban. Incluso hasta los profesores parecían afectados, sonreían con gesto indulgente e incluso destacaban a un alumno que cuando llegaba una parte especialmente rítmica hundía los hombros de una manera curiosísima, pero seguía adelante sin romper el ritmo. También era una canción rara, pues la parte principal se cantaba en inglés, pero el estribillo era en yoruba; yo no entendía más que la letra de esta parte:

*B'ina njo ma je'ko
B'ole nja, ma je'ko
Eni ebi npa, omo wi ti're*

*[Si la casa se incendia, tengo que comer
Si la casa la roban, tengo que comer
El niño con hambre, dejadlo que hable.]*

Yo nunca oía que cantaran canciones tan animadas en la otra escuela, cuyo grupo de hecho se limitaba a desaparecer, aunque era a la que iba mi hermana. Nunca la veía a ella entre el grupo que desfilaba; en todo caso, en aquella sección no había nadie de su edad. Mi curiosidad iba en aumento cada día. Ella lo advertía y se aprovechaba y se negaba a responder a mis preguntas, o las respondía de forma incompleta, lo cual no hacía sino aumentar mi curiosidad.

Un día anuncié:

—Voy a ir a la escuela.

Aquello se convirtió en un chiste que pasaba de boca en boca y producía carcajadas inmediatamente. Mi madre me apaciguó, diciendo:

—Espera a tener la misma edad que tu hermana.

El zumbido de las voces, cuando los alumnos habían entrado en los edificios, adquiría matices misteriosos. Por las ventanas abiertas del aula yo veía cabezas muy concentradas y la figura majestuosa de un profesor que se hacía invisible y reaparecía, y que murmuraba fórmulas mágicas

por encima de las cabezas de su atento público. De distintas partes de cada edificio llegaban sonsonetes diferentes, y a veces incluso auténticas canciones, acompañadas al armonio. Cuando terminaban los ritos de puertas adentro salían en diferentes grupos, y hacían juegos, echaban carreras, se distribuían por el recinto a recoger las cosas que había tiradas, barrer los caminos, segar el césped y regar los macizos de flores. Se paseaban con azadas, machetes, escobas y palos, se retiraban a talleres en cobertizos abiertos donde tejían cestos, tallaban trozos de madera y de bambú, amasaban arcilla y la transformaban en objetos de extrañas formas.

Bajo la mirada vigilante de «Tita» Lawanle, yo jugaba solo en la acera delante de nuestra casa y observaba aquellas actividades diversas. Las herramientas del aire libre se volvían a transformar en libros, cuadernos, pizarras, libros bajo el brazo, caji-tas de estaño o de madera, libros metidos en bolsas de rafia, atadas con cuerdas y llevadas en la *cabeza*, o echados a la espalda en bolsos de paño. En frente de nuestra casa estaba la pradera, que utilizaban exclusivamente las muchachas de la otra escuela. Estas formaban círculos, corrían las unas detrás de las otras para entrar y salir de los círculos, se peleaban por una pelota y la metían por un aro de hierro clavado en un tablero. Después también ellas desaparecían en las aulas, sacaban los libros y comenzaban sus propias celebraciones de los ritos misteriosos.

Tinu se puso todavía más desdeñosa. Mi antigua compañera de juegos había entrado en un mundo nuevo y, aunque todavía jugábamos juntos, ahora tenía nuevos trucos a los que recurrir. Todas las mañanas la despertaban antes que a mí, la lavaban, le daban el desayuno y uno de los niños mayores de la casa la llevaba a la escuela. Mis juguetes y mis juegos pronto se hicieron aburridos, y aquella risa me seguía molestando, de manera que no volví a pedir que me llevaran a la escuela como a Tinu.

En cambio, una mañana me levanté cuando la estaban despertando, exigí que me bañaran al mismo tiempo que a ella, desayuné, escogí la ropa que a mi juicio se parecía más a los uniformes que había visto e insistí en que me la pusieran. Había elegido varios libros de los que había en la mesa de padre, pero todavía no los cogí. Me quedé esperando en la salita. Cuando pasó Tinu con su acompañante, dejé que salieran de casa, esperé un momento, después tomé los libros que ya había seleccionado y los seguí. Nuestros padres estaban todavía en el comedor. Seguí a una distancia discreta para que no me vieran hasta que llegáramos a la escuela de párvulos. Esperé a la puerta, miré dónde se sentaba Tinu y después entré y me subí al banco a su lado.

Hasta entonces no me vio Lawanle, que era quien había acompañado a Tinu aquel día. Soltó un grito de alarma y me preguntó qué me creía que estaba haciendo. No le hice caso. Los profesores oyeron el escándalo y entraron en el aula. Yo parecía ser motivo de risas para todos. Me miraron, me señalaron, se agarraron los costados con las manos y se tambalearon de la risa. Después apareció un señor que parecía ser el jefe de la sección de párvulos. Era también amigo de nuestro padre y venía mucho a casa. Lo reconocí y me alegré de que no se echara a reír como los otros. Por el contrario, vino adonde estaba yo y me preguntó:

—¿Has venido a hacer compañía a tu hermana?

—No. He venido a la escuela.

Después miró los libros que yo había sacado de la mesa de padre.

—¿Estos libros no son de tu padre?

—Sí. Quiero aprendérmelos.

—Pero no tienes edad, Wole.

—Tengo tres años.

Intervino Lawanle:

—¿Tres años, wo? No le hagas caso, señor, no cumple tres años hasta julio.

—Casi los tengo. En todo caso he venido a la escuela. Tengo libros.

Aquel señor se volvió al profesor de la clase y dijo:

—Ponlo en la lista. —Después se volvió hacia mí y dijo—: Naturalmente, no tienes que venir a la escuela todos los días; no vengas más que cuando te apetezca. A lo mejor te despiertas mañana y piensas que prefieres jugar en casa...

Lo miré un tanto asombrado. ¡No tener ganas de venir a la escuela! Los mapas de colores, las fotos y otras cosas puestas en las paredes, los punteros de colores, los pizarrines, las pizarras, los tinteros en sus agujeritos redondos, los lápices y los cuadernos de dibujo, un estante lleno de objetos modelados: animales, seres humanos, herramientas; trabajo de rafia y de cestería en diversos estados de terminación, incluso la gran pizarra, con su tiza y su borrador... ¡Que me enseñaran un sitio más atractivo para jugar! Además, yo había establecido alguna vaga relación intuitiva entre la escuela y los montones de libros con los que mi padre parecía comulgar de manera tan religiosa en la salita, y que tenían que quitarme constantemente de las manos en cuanto tuve los brazos lo bastante largos para llegar hasta donde estaban colocados en la mesa.

—Vendré todos los días —declaré muy seguro.

La casa de soltero del Sr. Olagbaju, detrás de la escuela, se convirtió en un segundo hogar a la hora de comer. Parecía que lo que más le gustaba era el puré de ñame, el *iyan*, y yo pronto me convertí en su mejor cómplice. Gracias al mismo *iyan* hice mi primer amigo íntimo en la escuela, Osiki, simplemente porque descubrí que era un aficionado todavía más ferviente al puré de ñame que el Sr. Olagbaju o que yo. Parecía de lo más sencillo llevármelo a casa o a la del Sr. Olagbaju siempre que para comer había *iyan*; además el Sr. Olagbaju también me estaba enseñando a jugar al *ayo*, y para eso hacía falta un compañero de juegos. Me sorprendí un tanto cuando oí decir a mi madre:

—Este va a ser igual que su padre. Trae a casa a amigos a las horas de comer sin advertírnoslo.

A mí aquello no me parecía nada notable; lo más natural del mundo era traer a un amigo a casa cuando había de comida lo que más le gustaba a él. Así que Osiki se convirtió en un compañero inseparable y en uno de los puntos fijos de la casa, especialmente los días que había *iyan*. Una de las criadas compuso una canción sobre él:

Osiki oko oniyan
A ti nwa e, a ko ri e

[Osiki, señor del vendedor de puré de ñame
Te hemos buscado por todas partes sin encontrarte.]

que empezaba a cantar en cuanto aparecíamos, cogidos de la mano, por el camino que venía a casa desde la escuela. Pero el puré de ñame también constituiría el primer motivo de tensión en nuestra amistad.

Había demasiados aspectos del aula y del recinto que absorber en las horas normales de escuela, y además un aula vacía parecía adquirir un carácter totalmente diferente y cambiante de un día para otro. Y así mis nuevos descubrimientos empezaron a hacerme quedar a la hora de comer después de que se fuera todo el mundo. Empecé a quedarme cada vez más tiempo, a pararme ante objetos que adquirirían nuevos significados, formas, incluso dimensiones, en cuanto descendía el silencio sobre su entorno. A veces simplemente me iba paseando entre las peñas, con el único propósito de escalar una superficie difícil cuando no había nadie por allí. Osiki acabó por perder la paciencia. Por lo general me esperaba en casa, incluso mientras Tinu ya estaba comiendo. Sin embargo, aquel día, quizá porque tenía más hambre que de costumbre, Osiki decidió no esperar. Después trató de explicarme que sólo quería comerse la mitad, pero que no había podido pararse. Cuando volví a casa me encontré con los platos vacíos y apenas si pude ver a Osiki que desaparecía detrás de las plantas de

ricino del patio trasero, sin duda con la intención de escaparse por la puerta de atrás. Salí corriendo por la sala y la salita, con los platos vacíos en la mano, me escondí detrás de la puerta hasta que pasó él y luego le tiré los platos. Siguió una persecución, en la que inmediatamente Osiki me sacó de distancia casi toda la longitud del recinto de las escuelas, mientras yo lo perseguía tercamente, inconsolable al ver que aquella distancia iba en aumento, pero sin poder hacer que mis piernas emularan el ritmo de las de Osiki.

Por fin me paré, ya no veía a Osiki, pero, ¡ah, velocidad, ah, rapidez! Hasta entonces yo no había pensado nunca en el fenómeno de la velocidad humana y el paso de Osiki por el recinto parecía ser casi mágico. El efecto óptico de su *dansiki*, que flotaba como si tuviera alas en los costados, también aumentaba la ilusión de que iba volando por encima del suelo. Aquello, más que ninguna otra cosa, hizo que a mi madre le resultara fácil resolver la disputa. Era muy difícil romper con un amigo de escuela que podía volar cuando quisiera de un extremo del recinto hasta el otro. Incluso así, pasaron algunas semanas antes de que él volviera a la mesa del puré de ñame, y únicamente para completar su perfidia haciendo que me quedara sin ir a la escuela por primera vez en mi carrera.

Había una fiesta de cumpleaños para uno de los hijos del Canónigo. No estaban invitados más que los niños de la vicaría, pero transmití el secreto a Osiki y éste apareció en la fiesta vestido con su mejor *buba*. El festejo se había preparado al aire libre, delante de la casa. Advertí que uno de los bancos no estaba bien colocado, de manera que funcionaba como un columpio cuando nos sentábamos en los extremos. Era algo ideal para jugar, de manera que, con la ayuda de algunos de los otros niños, lo llevamos a un terreno todavía más desigual, pusimos la pata de en medio en unas piedras pequeñas y lo convertimos en un auténtico columpio. Nos dedicamos todos a hacer turnos para montar en él.

Durante mucho rato, todo fue sin problemas. Después Osiki se pasó. Era más alto que yo, de forma que yo tenía que hacer mucha fuerza para levantarlo, para lo cual tenía que apoyarme en las manos y tirarme con todas mis fuerzas en el asiento. De pronto, cuando le tocó el turno a él de hacerme subir, se le ocurrió hacer lo mismo. El resultado fue que yo salí catapultado hacia arriba mientras que él caía con tal fuerza que la pata de su lado del banco se rompió. Yo salí volando por los aires, por encima de su cabeza y durante un largo momento vi cómo la residencia cuadrada del Canónigo avanzaba a toda prisa para chocar conmigo. Hasta después de aterrizar no me di mucha cuenta de lo que me habían puesto para ir a la fiesta. Era un *danúki* de seda amarilla y ahora vi con alguna sorpresa que se había vuelto de un color escarlata vivo, aunque todavía no todo él. Pero lo que quedaba de amarillo iba poniéndose rápidamente del nuevo color. Del lado izquierdo tenía el pelo todo enredado y lleno de sangre y de polvo y, justo antes de que desapareciera la tarde y me durmiese, me pregunté si sería posible estrujar la sangre del *dansiki* y volvérmela a meter por en medio de la brecha que había descubierto tenía bajo el pelo.

Cuando me desperté, la casa estaba sumida en el silencio. Yo había pasado en un momento del ruido, los gritos y las risas y el cabalgar en el columpio al silencio y la semioscuridad y las paredes familiares del dormitorio de madre. Pese a los golpes, reflexioné que los cumpleaños siempre tenían algo bueno, y empecé a pensar en el próximo mío. Lo único que me preocupaba era si me habría recuperado lo bastante para ir a la escuela a invitar a todos mis amigos. Me parecía peligroso enviar a Tinu, porque podría decidir invitar a todas sus amigas y llenar mi cumpleaños de chicas a las que yo ni siquiera conocía y con las que no jugaba. Después, había otro motivo de preocupación. Había advertido que en mi clase anterior algunos de los alumnos habían repetido curso y seguían dando las mismas lecciones que habíamos aprendido todos durante el primer año de ir a la escuela. Empecé a temer que si me quedaba mucho tiempo en casa, también me harían repetir con ellos. Cuando volví a pensar en toda la sangre que había perdido, me pareció que de hecho existía la posibilidad de quedarme en la cama todo lo que quedaba de año. Todo dependía de que hubieran recogido o no la

sangre de mi *dansiki* y me la hubieran vuelto a poner en la cabeza. Ahora la levanté y la volví hacia el espejo; resultaba difícil saberlo por culpa del enorme vendaje, pero me sentí totalmente seguro de que la cabeza no se me había encogido de forma alarmante.

Se abrió la puerta del dormitorio y miró mi madre desde ella. Al ver que estaba despierto, entró y la siguió padre. Cuando pregunté por Osiki, me miró de forma rara y se volvió a decirle algo a padre. No estaba seguro, pero me pareció que deseaba que padre dijera a Osiki que no por matarme iba a quedarse con mi parte del *iyán*. Estudié sus rostros atentamente cuando me preguntaron cómo me sentía, si tenía dolor de cabeza o fiebre y si quería algo de té. Ninguno de ellos quería referirse a la cuestión clave, de manera que acabé por decidir que era necesario poner fin al suspense. Les pregunté lo que habían hecho con mi *dansiki*.

—Lo van a lavar —dijo madre, y empezó a machacar media tableta en una cuchara para dárme-la.

—¿Qué habéis hecho con la sangre?

Ella se detuvo y se miraron el uno al otro. Padre frunció un poco el ceño y se adelantó para ponerme la mano en la frente. Negué rápido con la cabeza, sin hacer caso del latido de dolor que aquello provocó.

—¿La habéis lavado? —persistí.

Volvieron a mirarse. Madre parecía estar a punto de hablar, pero cayó en silencio cuando mi padre levantó la mano y se sentó en la cama, junto a mi cabeza. Me miró a los ojos y pronunció un largo:

—No-o-o-o-o.

Me recosté aliviado:

—Porque ya sabéis que no tenéis que hacerlo. No importaría si no me hubiera cortado más que la mano o me hubiera dado un golpe en el pie o algo así, porque entonces no sale mucha sangre. Pero esta vez la vi y había mucha. Y viene de la cabeza. De manera que tenéis que estrujarla y volvérmela a meter en la cabeza. Así puedo volver a la escuela en seguida.

Mi padre asintió con la cabeza, sonriendo.

—¿Cómo sabías que eso era lo que había que hacer?

Lo miré sorprendido:

—Pero si todo el mundo lo sabe.

Entonces me hizo un gesto con el dedo índice:

—¡Aja!, pero lo que tú no sabes es que ya lo hemos hecho. Ya te la hemos vuelto a meter toda, mientras estabas dormido. Te la metí con el biberón de Dipo.

Me convenció.

—Mañana ya estaré listo para la escuela —anuncié.

Me hicieron quedar en casa otros tres días. Volví a las clases con la cabeza toda vendada y procedí a comunicar a mis compañeros favoritos que el próximo acontecimiento importante de los terrenos de la vicaría sería mi cumpleaños, para el cual todavía faltaban unos meses. Los cumpleaños no eran nada nuevo. Había compartido uno con Tinu el año anterior e incluso el pequeño Dipo había visto confirmar su primer año de existencia unas semanas antes de aquel festejo ominoso de la casa del Canónigo. Pero ahora, cuando las curas diarias de mi cabeza prolongaban el aura del último, el Cumpleaños adquirió una nueva dimensión, un significado especial y personal que supuse todos reconocían. De hecho, pensé que se trataba de algo rutinario que le pertenecía a uno, como un elemento natural del crecimiento. El comprender el funcionamiento del calendario se convirtió en parte del orden de los cumpleaños, y observé obedientemente cómo Essay tachaba una fecha tras otra en el almanaque IBUKUN OLU STORES 1938, también conocido como el Santo Jacob, nombre que estaba escrito en letra de imprenta, por algún motivo, en líneas inclinadas, parecidas a la escritura de

mi padre.

El 13 de julio todo estaba listo. Después de la escuela me fui a casa con una docena de mis amigos favoritos, encabezados por Osiki. Todos ellos dejaron las pizarras en la salita y ocuparon la sala. En las caras de los invitados, todos los cuales se estaban comportando muy bien, se leía una anhelante expectativa de comidas y bebidas, de alguna música del gramófono y de juegos y emoción. Ahora que estaban en casa, empecé a sentir una cierta inseguridad acerca de mi papel como festejado y anfitrión; pero ocupé mi lugar entre los demás y esperé a que empezaran a desfilar cosas ricas.

Llevábamos un rato sentados cuando advertí el silencio que reinaba en la casa. Essay seguía en la escuela, madre estaba evidentemente en su tienda con Dipo, que probablemente estaría atado a la espalda de Tita Lawanle. Pero ¿dónde estaban los demás? Ahora que lo pensaba, había previsto que madre estuviera en casa para dar la bienvenida a mis amigos, aunque tuviera que volver a la tienda para atender a sus clientes. También se me ocurrió que Tinu no había venido a casa en absoluto, y que quizá se había ido directamente a la tienda, pues ya la consideraban lo bastante mayor para irse sola. Aquello parecía prometedor: esperaba que en cualquier momento llegara corriendo mi madre por las puertas y compensara el retraso con todo género de golosinas imprevistas.

Salí al patio trasero, con la esperanza de encontrar por lo menos a uno de nuestros primos o detectar indicios de preparativos para el Cumpleaños. No había nadie. La cocina estaba vacía y no se olía ningún plato recién hecho. Di una voz para anunciar que había llegado con invitados y preguntar dónde estaba todo el mundo. Muy extrañado ya, volví al comedor e inspeccioné los aparadores, la mesa... no había nada más que lo de siempre, no había jarras de *chin-chin*, no había *akara*, no había vasos ni tazas dispuestos especialmente, no había tortitas, no había arroz *jol-lof*... sencillamente no había nada fuera de lo corriente. Esta no era la forma en que se comportaban normalmente los Cumpleaños. Pero no parecía haber ningún motivo de alarma. Volví a comprobar la fecha en Ibukun Olu Stores, me convencí de que no me había equivocado y me volví a sentar con mis invitados a esperar a que llegara el Cumpleaños.

Poco después llegó corriendo mi madre, seguida por Dipo atado a la espalda de Tita Lawanle y de otras personas, que llevaban los diversos artículos que las acompañaban a la tienda todas las mañanas. Aquello me impresionó, pues significaba que ya habían cerrado la tienda y todavía era primera hora de la tarde: evidentemente, estaba a punto de empezar en serio el Cumpleaños. Pero cuando ella entró, meneó la cabeza y miró al techo con un gesto bastante raro. Se detuvo en la sala, se quedó mirando un rato a mis amigos, volvió a mirarme, meneó varias veces la cabeza y pasó a la cocina donde la oí dar rápidas órdenes que produjeron el placentero sonido de ollas y pucheros y chirridos de la puerta de la cocina. Hice un gesto de satisfacción a los invitados y les aseguré:

—Está empezando a llegar el Cumpleaños.

Un momento después llegó Tinu a decirme que madre quería verme en la cocina. La encontré con los brazos metidos hasta los codos en harina, que estaba amasando como una poseída. Sin apartar la mirada de la pasta, empezó a decir:

—Vamos a ver, Wole, dime, ¿a qué han venido tus amigos?

Era una pregunta muy rara, pero respondí:

—Hemos venido a comer Cumpleaños.

—Habéis venido a comer Cumpleaños —repitió ella. No sé por qué, Lawanle y las demás ya se habían echado a reír. Madre siguió diciendo—: ¿Te das cuenta de que tú y tus amigos seguiríais sentados en esa sala esperando a «comer tu cumpleaños» si no hubiera venido Tinu a decírmelo?

—Pero hoy es mi cumpleaños —le señalé.

Me explicó con paciencia:

—Nadie lo niega. Ya había planeado yo cocinar algo especial esta noche, pero... mira, sencillamente no se invita a gente a casa sin decírnoslo. ¿Cómo iba yo a saber que ibas a traer

amigos? Ahora fíjate, nos tienes a todas corriendo, tus amigos están sentados ahí, casi muertos de hambre, y dices que los has traído a comer Cumpleaños. Mira, hijo, tienes que decírselo a la gente...

El Cumpleaños resultó ser todo lo que se había esperado de él una vez superada su única limitación decepcionante: el Cumpleaños no ocurría sin más ni más, sino que había que recordarle que ocurriese. Aquel aspecto de su carácter me molestó algún tiempo, era un defecto al cual traté sin éxito de encontrar excusas. El Cumpleaños perdió mucha categoría después de aquello, casi como si hubiera resbalado desde el extremo levantado de aquel ominoso columpio hasta el extremo más bajo y aterrizado hecho un montón, entre otros incidentes rutinarios de la vicaría. Pero había añadido el calendario a mi repertorio de conocimientos. Cuando llegó mi turno de entretener a los reunidos canté:

Ogbon'jo ni septiembre Febrero ni meji din l'ogbon abril, junio, ati noviembre A won iyoku le okan l'ogbon.

Los otros me siguieron y Osiki aportó un ritmo golpeado sobre la mesa que decía ko-ko-ti-ko-ko... ko-ko-ti-ko-ko, que tocaba con tanta facilidad que mi madre le preguntó en broma si había estado tocando el tambor cuando salían las máscaras. Para gran sorpresa de todos, dijo que sí. Reveló que su *agbole* incluso poseía su propia máscara, que recorría el pueblo con las otras en el festival anual de *egúngún*. Cuando Osiki prometió traer a su *egúngún* a visitar nuestra casa el festival siguiente, no pude por menos de sentir que el Cumpleaños había más que compensado su defecto anterior. Los había contemplado por encima del muro del patio, sentado a hombros de Jo-seph. Sabía que los *egúngún* eran espíritus de los muertos. Hablaban con voces guturales y eran más temibles que los secuestradores. Sin embargo, había advertido que muchos de ellos también eran juguetones y les gastaban bromas a los niños. Una vez me había asustado tanto que casi me caí de los hombros de Joseph cuando uno de ellos pasó directamente debajo de la pared, miró hacia arriba y saludó con la mano mientras decía con el tono gutural típico de todos ellos:

—Nle o, orno Tisa Agba [Saludos, hijo del Primer Profesor].

Pero Joseph me explicó que era perfectamente natural que los muertos lo supieran todo de los vivos. Después de todo, en un tiempo habían vivido igual que nosotros y aquel tan amistoso podría incluso haber vivido antes en el recinto. Ahora, el descubrir que Osiki tenía un *egúngún* que salía de su recinto todos los años era casi lo mismo como si también nosotros tuviéramos uno propio. Nos amontonamos en torno a él y le preguntamos si sabía cuál de sus antepasados muertos era.

Negó con la cabeza y dijo:

—Sólo sé que es uno de nuestros antepasados.

—¿Estás de verdad ahí cuando sale del fondo de la tierra?

Dijo que sí:

—Puede mirar cualquiera de nosotros. Claro que tienes que ser hombre. Las mujeres no pueden acercarse.

—Entonces tienes que venir a llamarme la próxima vez —dije—; quiero mirar.

—¿Quieres qué? —era madre, que levantaba la voz, alarmada—. ¿Te he oído decir que quieres ir a mirar un *egúngún* en su recinto?

—Me va a llevar Osiki —dije.

—Osiki no te va a llevar a ninguna parte. Más vale que tu padre ni siquiera se entere.

—¿Por qué no? —pregunté—. También puede venir él. Osiki, ¿verdad que podemos llevarlo? No es como Mamá; también es un hombre.

Mi madre dio un suspiro, meneó la cabeza y nos dejó escuchando los cuentos de Osiki sobre los diferentes tipos de *egúngún*, los peligrosos con hechizos malignos que podían darle a un hombre la epilepsia o algo peor, los violentos a quienes era necesario refrenar con gruesas cuerdas, los *opidan* con sus trucos de magia. Se convertían en cocodrilos, serpientes, tigres y carneros y luego se volvían

a convertir en *egúngún*. Después había los que eran acróbatas, y yo los había visto por encima del muro mientras actuaban en medio de un círculo de espectadores al lado del cenotafio. Daban volteretas de frente y de espaldas, retorcían los brazos y las piernas de las formas más raras, convertían las barrigas en morteros y después iban dando botes sobre el mortero a lo largo de distancias cortas, como si estuvieran haciendo una carrera de morteros. Salvo Giro, el contorsionista mutilado cuya actuación nos habían llevado una vez a ver en el recinto del palacio, estos *egúngún* eran los únicos que parecían tener la capacidad de retorcer las extremidades como les apeteciera.

—¿Puedo yo volver al mundo como *egúngún* si me muero? —pregunté a Osiki.

—Creo que no —me respondió—. Nunca he oído hablar de ningún cristiano que se convirtiera en *egúngún*.

—¿Hablan inglés en el mundo de los *egúngún*? —quise yo saber después.

Osiki se encogió de hombros:

—No lo sé. Nuestro propio *egúngún* no habla inglés.

Parecía importante averiguarlo. Las ventanas de colores que había detrás del altar de la iglesia de San Pedro exhibían las figuras de tres hombres blancos, vestidos con túnicas y que eran evidentemente túnicas de *egúngún*. Llevaban las caras descubiertas, lo cual era lo contrario de lo que hacían nuestros propios *egúngún*, pero a mí me parecía que eso era algo típico del país del que procedían aquellos hombres blancos. Después de todo, Osiki había explicado que había muchos tipos diferentes de *egúngún*. Cuando le pedí su opinión sobre las tres figuras, me interrumpió Tinu:

—No son *egúngún* —dijo—; son los retratos de dos misioneros, y el otro es del mismo San Pedro.

—Entonces, ¿por qué van vestidos como los *egúngún*?

—Son cristianos, no máscaras. Vas a ver como te oiga Mamá.

—Pero están muertos, ¿no? Se han convertido en *egúngún*, por eso llevan esas túnicas. Vamos a preguntárselo a Osiki.

Osiki seguía sin estar muy seguro.

—Yo todavía no me he enterado de ningún cristiano que se convierta en *egúngún*. Nunca he oído hablar de eso. —Después, de pronto, se le iluminó la cara—: Un momento, acabo de acordarme. Mi padre me dijo que hace unos años habían llevado a hombros el *egúngún* de un *ajele*, ya sabes, el Oficial de Distrito que estaba antes aquí.

Me volví triunfante hacia Tinu:

—Ya ves, ahora puedo hablar con esos *egúngún* de la ventana de la iglesia cuando vengan. Estoy seguro de que sólo saben hablar inglés.

—No sabes lo que dices. No eres más que un niño. —Se dio la vuelta despectivamente y nos dejó a los dos.

—No le hagas caso —dije a Osiki—. Sabe que siempre me ha gustado el del medio, el San Pedro. Ya le había dicho antes que era mi *egúngún* especial.

Si primero vas a tu recinto, entonces a lo mejor podemos ir después al cementerio de la iglesia y hacer que salga de la tierra igual que los otros.

—¿Con la cara al aire así? —Osiki parecía escandalizado.

—Claro que no —lo tranquilicé—. Eso no es más que el retrato. Cuando salga de la tierra estará bien vestido. Y yo podré hablar con él.

Osiki parecía preocupado:

—No lo sé. No sé de verdad si va a ser un *egúngún* auténtico.

—Pero acabas de decir que el *egúngún* del Oficial de Distrito salió antes que él en una procesión.

—No es lo mismo... —trató de explicar Osiki, pero acabó por reconocer que en realidad no lo entendía. Por un motivo u otro no iba a ser posible, pero no sabía por qué. Le recordé que el Oficial

de Distrito era blanco y además cristiano, y que San Pedro llevaba ventaja porque estaba cerca de un cementerio. Además, cualquiera que tuviese ojos en la cara podía ver que ya llevaba las túnicas de los *egúngún*, lo cual significaba que ya había participado antes en esos festivales. Osiki seguía indeciso, para gran desilusión mía. Sin su experiencia, yo no sabía ni siquiera cómo empezar a sacar al *egúngún* San Pedro, sin el cual de entonces en adelante el desfile de las máscaras ancestrales de Aké parecería siempre incompleto.

Cuando volví a encontrarme sangrando en las praderas de la escuela de párvulos, apenas un año después, traté de verme como una máscara tuerta, llevada por Osiki por los caminos de la vicaría a visitar mi antiguo hogar y sorprender a Tinu y Dipo al pronunciar sus nombres. El accidente ocurrió una vez que los chicos mayores estaban segando la hierba. El resto de nosotros se limitaba a jugar por el patio de las escuelas, o se había ido a casa a terminar allí el día. Osiki debería haber estado segando la hierba con los demás, pero se había convertido en mi protector oficioso, que me llevaba a casa o a la casa del señor Olagbaju después de la escuela o me traía desde casa, como si no hubiera yo ido a la escuela sólo hacía casi dos años. Aquella tarde estábamos jugando juntos y él me perseguía dando vueltas en torno a la escuela de párvulos. Yo ya estaba adquiriendo un sentido de la velocidad, nada comparable al suyo, pero podía eludirlo más rápido de lo que él podía girar cada vez que alargaba los brazos para cogerme. Acababa yo de dar la vuelta a la esquina de la escuela cuando por el rabillo del ojo vi que subía hacia mí una hoja de metal. Bajo ella había una figura agachada que me daba la espalda. Eso fue todo lo que tuve tiempo de ver. Al instante siguiente sentí que la hoja se me clavaba al lado del ojo, que el día desaparecía en medio de un torrente escarlata y yo caía hacia adelante, de bruces, cegado. Oí gritos por todas partes. Cuando me di la vuelta y me llevé las manos a la cara, quedaron inmediatamente empapadas en el mismo líquido cálido y espeso que había acompañado a mi voltereta en el jardín del Canónigo.

Me quedé inmóvil, sin notar ningún dolor. Lo único que pensé fue que si no me quedaba así, de espaldas, el ojo se me caería al suelo. Entonces pensé que esta vez quizá me muriese de verdad; como evidentemente había perdido un ojo, traté de recordar si había visto alguna vez una máscara tuerta entre los *egún-gún* a los que mirábamos por encima del muro. Oí el sonido de unos pies de adultos que corrían hacia mí. Reconocí las voces de profesores, sentí que me levantaban y que me llevaban al aula y después me ponían encima de una mesa. Oí que el señor Olagbaju mandaba a alguien a buscar a mi padre.

En medio del ruido y la confusión deduje que me había metido directamente en el camino hacia arriba de un machete blandido por un alumno que estaba cortando la hierba, de espaldas a mí. Oí cómo el pobre chico pedía a Dios que lo salvara del estigma de convertirse jamás en un asesino. Uno de los profesores le dijo que cerrase la boca y acabó por echarlo. Cuando oí la voz de mi padre se me ocurrió que podía abrir el ojo ileso, pues hasta entonces me había portado como si el golpe me hubiera dado en los dos ojos, y no en uno. Me quité la sangre del ojo izquierdo y me puse a parpadear. En torno a la mesa había un semicírculo de profesores que me miraba como si yo ya fuera una máscara, del tipo *opidan*, a punto de transformarse en otra cosa. Me toqué para asegurarme de que no había ocurrido ya eso, dado lo extraño de las expresiones de todos aquellos pares de ojos.

—¿Cómo ha pasado? —preguntó mi padre mientras examinaba la herida. Una babel de voces trató de explicarse.

Le pregunté:

—¿Estoy ciego?

Todo el mundo gritó al mismo tiempo:

—¡Estáte quieto, Wole! ¡No te muevas!

Repetí mi pregunta, advirtiéndome ahora que no me estaba muriendo, pero preguntándome si estaría obligado a convertirme en un mendigo como los ciegos que llegaban a veces a la vicaría, de

la mano de un niño, a veces no mayor que yo. Se me ocurrió entonces que nunca había visto a un niño que llevara de la mano a otro niño ciego.

Alguien preguntó:

—¿Dónde está ese Osiki?

Pero Osiki había desaparecido. Osiki, cuando yo caí herido, había seguido corriendo en la misma dirección que llevaba en aquel momento. Yo estaba seguro de que había corrido a una velocidad superior incluso a la fenomenal suya de siempre. Algunos de los chicos mayores habían tratado de atraparlo (yo no sabía por qué), pero Osiki los superaba en cuanto a correr rápido como el viento. Podía verlo, y aquella visión me llevó una sonrisa a la cara. También me hizo abrir el ojo herido y, para gran sorpresa mía, podía ver con él. Se escucharon grandes respingos de las caras preocupadas, que ahora se iban apretando a mi lado para ver por sí mismas. La piel estaba cortada hasta el rabillo del ojo, pero el ojo en sí estaba ileso. Incluso la hemorragia parecía haber parado. Oí que un profesor murmuraba: «¡Imposible!», mientras que otro exclamaba: «¡Olorun ku ise!» [¡Alabado sea Dios!]. Mi padre se limitó a dar un paso atrás y quedarse contemplándome, con la boca abierta en un gesto de incredulidad.

Y entonces me sentí muy cansado, pareció que una neblina me tapaba los ojos y me dormí.

YO no podía subir solo la escalera, pero ya sabía dónde estaba. Me bastaba con seguir el ruido de los pies para saber a dónde ir cada vez que el ruido de un acontecimiento llegaba a la casa desde Aké. Era una escalera de hierro y a veces había cuatro o cinco personas de la casa que se subían a ella al mismo tiempo a mirar y hacían comentarios sobre el acontecimiento. No hacían caso de mis esfuerzos por subir a la escalera con ellos, pues decían que era peligroso.

Entonces, un día, Joseph se apiadó, me subió a hombros y así fue como eché mi primera mirada por encima del muro de nuestro patio. Seguí al grupo de bailarines del camino que pasaba junto al cenotafio, detrás de la iglesia, y después desaparecía, según dijo Joseph, en dirección al palacio. Yo había reconocido la iglesia y el cenotafio. También había reconocido otro elemento del paisaje, que era la gran puerta de los terrenos de la vicaría. Entonces comprendí que los muros externos de la vicaría se sucedían continuamente y sólo en algunos lugares dejaban huecos para puertas y ventanas. Sentado en el hombro de Joseph, seguí hacia la izquierda el muro en el que estábamos apoyados, vi que se fundía con la pared del almacén donde se guardaban las cántaras y las ollas (tanto de guisar como para los trabajos de jardinería de mi padre), después desaparecía en la pared del cobertizo de la leña y los pollos, después de lo cual se convertía en el muro de un pequeño nicho que servía para las plantas más jóvenes del jardín de padre, después en la pared del cuarto de baño, y por último en la de la cocina. Desde allí pasaba a rodear el recinto del catequista, envolvía el resto de su casa y después se volvía a convertir en una pared lisa hasta que la rompía la puerta de los terrenos de la vicaría. Después pasaba a la pared de la escuela de muchachas de abajo, antes de interrumpirse en la esquina que constituía la fachada de la librería, único edificio de la vicaría que daba a la calle.

A lo largo del camino había esparcidas unas cuantas ventanas, ventilaciones simbólicas, puestas muy altas en las paredes, casi debajo del techo de chapa ondulada. Pero, en general, los muros continuaban ininterrumpidos, adornados en algunos sitios por las ramas que se inclinaban sobre ellos, ramas de plátano, de guayabo, o de las plantas de hojas amargas como la frondosa, cuyas hojas me rozaban la cara en aquel momento. Entonces quedó claro que en los terrenos de la vicaría vivíamos en un pueblo para nosotros solos, y que Aké era todo lo demás que se extendía ante mi vista. Aquel otro pueblo, Aké, estaba conectado por los techos oxidados, igual que el nuestro lo estaba por los muros. Los únicos edificios exentos eran los especiales, como la iglesia o el cenotafio. Todos los demás estaban conectados sin solución de continuidad.

Así que la siguiente vez que llegaron los ruidos no me molesté en luchar por conseguir un espacio en la escalera, a la que de todos modos no me dejaban subir. Ahora ya sabía dónde estaba la puerta por la que pasaba yo camino de la iglesia, de la mano de Lawanle, de Joseph o de Mamá. También había comprendido que para ver mucho mejor bastaba sencillamente con salir de las puertas y mirar desde allí. Al llegar a la puerta me sorprendió verla cerrada; todavía más me molestó el ver que no podía llegar hasta el cerrojo de madera con que se abría. Entonces oí afuera voces animadas: evidentemente había otros que habían tenido la misma idea antes que yo. Empecé a dar de golpes en la puerta y alguien me la abrió.

Eran todos desconocidos. Nunca había visto aquellas caras antes. Me pregunté si eran paseantes que se habían subido a los escalones que llevaban a la puerta para ver todavía mejor. Me pareció que me miraban con aire un tanto inseguro, pero me dejaron pasar a la primera fila, y no nos hicimos caso los unos a los otros ante la visión de la banda de la policía, que era la causa de toda la animación. Llevaban unas fajas de brillantes colores, unos peces de un rojo brillante de los que colgaban borlas y unos chalecos que parecían bordados. El bombo que llevaba a la cintura el primero

de aquellos hombres tenían un tamaño increíble; yo me temía que a cada paso el hombre se cayera de bruces, pero él golpeaba aquella piel blanca con un dominio total, mientras seguía mirando rígido al frente. Con los brazos iba trazando floreos en el aire, hacía un molinete con los palillos terminados en forma de porra y después daba de golpes con ellos en los costados. Por delante de él iba un hombre que jugaba con una maza enorme, la tiraba al aire, hacía que diera una serie de vueltas y luego la volvía a recoger cuando caía. Una vez incluso la cogió con las manos a la espalda, lo cual le valió un enorme rugido de la multitud. En medio de los músicos salía un enorme tubo de latón brillante; la cara del que soplabla en él parecía a punto de reventar. Emitía notas tan profundas como las del bombo, pero la tensión visible en la cara del que lo tocaba era muy superior a la de los tamborileros.

Tuve una sensación extraña. Cada vez que resonaba el bombo parecía que sus vibraciones se me metieran en el estómago y después volvían a salir a reunirse con el bombo. Escuché atentamente y *sentí* cada vez que llegaba aquel *bum*, ya no me cupo duda: evidentemente aquello me lo causaba el bombo; no me cupo duda de que a todo el mundo le afectaba igual. Vi que algunos chicos seguían a la banda, varios de ellos inmediatamente detrás de ella, imitando el paso de los policías, mientras otros los seguían por un lado, a los bordes del camino. No parecían ser mucho mayores que yo, y en seguida me sumé a ellos. Al contrario que los desconocidos de la puerta, ninguno de ellos pareció darse cuenta de mi presencia. Me quedé con el grupo de atrás, aunque me cuidé de imitar los gestos de los otros. No me parecía decoroso, y los policías parecían ser lo bastante serios como para enfadarse.

Pasamos junto a la librería y vi que había acertado: la fachada estaba exactamente donde lo había calculado yo mientras estaba sentado en los hombros de Joseph. Pero entonces pasó algo muy raro: después de la librería, el muro se extendía hasta otra zona que yo nunca había visto hasta entonces. Al cabo de poco rato cambiaba totalmente, quedaba tapado por casas y tiendas y desaparecía para siempre. Aquello desequilibró mi visión anterior de la estrecha relación existente entre los terrenos de la vicaría y Aké. Yo esperaba que la pared estuviera por todas partes; ahora me debería encontrar con que fuera de los muros de los campos de juego de las escuelas, estaban visibles los tejados de la escuela primaria, después los de la de párvulos, el campo de cereales de las tierras de las escuelas, y quizá el cementerio. No se veía nada de eso. Por el contrario, había tiendas y edificios de un piso. Y por todas partes había letreros: ESTUDIO FOTOGRAFICO AKINS: RETRATISTA EDUCADO EN LONDRES, y después, en letras más pequeñas: Pasa y Convéncete. Había filas de fotos en las dos hojas de la puerta abierta del estudio, y el propio fotógrafo estaba sentado en un banco de la calle, con las piernas cruzadas y un pañuelo al cuello, fumándose una pipa. Lo reconocí porque había ido una vez a casa a tomar fotografías de Dipo cuando nació éste. Yo creía que los fotógrafos hacían todo su trabajo en las casas de la gente, y me sorprendí al descubrir que también tenían sus propias tiendas.

Hice una nota mental de que tenía que empezar a aprender a montar en bicicleta cuando pasamos al lado de un alquiler de bicicletas, cuyo propietario estaba arreglando un tubular. En aquel momento se ponía en marcha un principiante cuyos pies apenas llegaban a los pedales, ayudado por un maestro que no era mayor que él, pero que parecía estar lleno de instrucciones. El muro de la vicaría había desaparecido para siempre, pero ya no importaba. Los fragmentos simbólicos de Aké que llegaban a nuestra casa a veces, o que exhalaban sugerencias de su carácter en aquellos encuentros dominicales en la iglesia, estaban empezando a aparecer en sus formas y tamaños verdaderos.

Una vez por semana, y a veces con mayor frecuencia, Lawanle o Joseph salían con una gran jofaina llena de maíz y volvían con él molido y sumergido en agua. Entonces empezaba toda una serie de operaciones con calabazas, coladores, cestos y unas ollas enormes. Todo acababa cuando se ponían las ollas en un rincón oscuro de la cocina, bien tapadas. A medida que iban pasando los días, exhalaban un aroma cada vez más maduro de fermentación. Pasaba una semana y al cabo de varias

pruebas gustatorias y olfativas surgía de la oscuridad una de las ollas, de la que se extraía una pasta suave y blanca que a su vez se agitaba en agua caliente para obtener el *ogi* matutino, mixtura de sabor neutral que parecía gustar a todo el mundo, menos a mí. El *akara* que lo acompañaba, o el *jogi*, el *moinmotn* o el *leki*, ya eran otra cosa. Sólo de pensar en aquello se me hacía la boca agua. Pero lo que no podía comprender yo era cómo el *ogi*, que llevaba tanto tiempo de trabajo misterioso, podía gustarle a nadie.

Ahora advertía que el trabajo que entrañaba era incluso mucho más de lo que yo creía, lo cual hacía que el *ogi* fuera todavía peor, en mi apreciación de sus pretensiones al gusto. Pasábamos al lado de una tienda chica en la que resonaba una máquina que hacía moverse una cinta, con ruido suficiente como para compararla a la música de la banda de la policía. Junto a la puerta esperaba un grupo de mujeres con sus jofainas llenas de maíz, y comprendí que allí era donde iban Joseph o Lawanle en aquellas excursiones semanales. Había una jofaina colocada bajo un gran embudo puesto boca abajo. De pronto empezó a caer en la jofaina aquella pasta blanquecina y áspera, igual a la que traía Lawanle a casa. Entonces todas empezaban a refinada y a dejarla sentarse durante unos días. A madre le encantaba el *omi'kan*, el líquido agrio y fermentado que se formaba en la parte de arriba después de asentarse. Aseguraba que tenía facultades curativas, sugerencia que a mí no me atraía nada. Las medicinas y la comida tenían vidas separadas, y nunca deberían mezclarse.

Según parecía, la señora blanca, almidonada y encapuchada, que a veces venía a vernos con bolsas de pastillas, también vivía en un recinto. Porque allí, con grandes letras grabadas en las puertas de un muro de piedra, había unas palabras que decían: Srta. Mc-Cutter, Clínica de Maternidad. Esa fue la primera palabra que me causó problemas aquel día. Nosotros la llamábamos sencillamente Srta. Makota, y nadie había sugerido antes que ese nombre se escribiera distinto. Sin embargo, lo de «Clínica de Maternidad» no me dejó duda de que allí era donde vivía la señora. Me pregunté si debía sorprenderla con una visita, pero decidí que no, por temor a que no me fuera posible atrapar a la banda.

Una vez o dos me pregunté si no me estaba alejando demasiado de casa. Sin embargo, me tranquilizaba el hecho de que una parte de mis observaciones acerca del pueblo se mantuviera intacta: las casas seguían pegadas las unas a las otras. Encontrábamos cada vez más edificios exentos, igual que la iglesia y el cenotafio, pero seguían unidos, aunque ya no fuera por las techumbres, sino por las vallas que los enlazaban. Se tocaban por unas partes o por otras. Yo no sabía por qué debía tranquilizarme tanto aquello, pero a lo largo del recorrido me seguía sintiendo perfectamente en casa.

Llegamos a la comisaría de policía, a poca distancia de la casa de McCutter, y yo supuse que la banda se iba a detener allí. Ni siquiera miró hacia la comisaría, sino que siguió desfilando con las trompetas resonando y los trombones reluciendo al sol. La composición del grupo de niños que me rodeaba parecía cambiar a cada momento. De pronto desaparecía del grupo una cara, únicamente para verse sustituida por otra que aparecía por el camino, como algo preestablecido. Se me ocurrió que al quedarme en el desfile quizá estuviera privando a alguien de su lugar en él, pero nadie me dijo nada; por el contrario, todos los rostros parecían estar absortos en la música, el desfile, el simple disfrute. Seguí desfilando con los demás.

Al llegar junto a la primera encrucijada nos encontramos con otro cartel, que leí. Este decía: SRA. T. BANJOKO. COSTURERA EDUCADA EN LONDRES. En vano busqué un letrero de «Pasa y te convencerás». En su lugar había otro que decía: «Pregunta Dentro por la Propietaria, Academia de Costura Banjoko». Parecía innecesario preguntar «dentro», dado que la escuela de costura estaba en marcha ante nosotros, en el camino. Todas las niñas llevaban uniformes azules, e informes que me hicieron pensar que la primera tarea de las alumnas consistía en hacerse sus propios vestidos antes de aprender a coser. A nosotros nos hacía la ropa Mamá, y yo no recordaba haber visto nunca a Tinu

vestida con nada tan informe. La señora que estaba sentada a la máquina parecía responder al papel de Propietaria, cuyo significado yo sólo podía imaginarme. Nunca me había encontrado hasta entonces con una palabra tan difícil, y me hice una nota mental de preguntar a mi padre cuál era la diferencia entre ella y la más fácil de maestra.

Había muchas. La propietaria tenía la espalda vuelta decididamente al espectáculo callejero, y las niñas comprendían que ellas estaban obligadas a hacer lo mismo. De todos modos, advertí que todas, sin excepción, echaban miradas curiosísimas hacia el camino. Sus caras obedientes relucían en una conspiración momentánea con nuestro grupo que desfilaba detrás y al lado de la columna, y yo me sentí elevar en el aire, vinculado en secreto a aquellas pobres esclavas de la máquina de coser. La bruja de la tarima de instrucción no se daba cuenta de nuestros contactos furtivos; sin embargo, yo sentí que debió de advertir una pérdida de atención, pues se dio la vuelta, pareció ver el desfile por primera vez y después se volvió hacia sus alumnas con aire claramente enfadado y de reprimenda. Las niñas se reagruparon entre risas, pero atentas. Una, que era la que más se había reído, nos dijo adiós con una mano a la espalda, y casi todos nosotros agitamos las manos en respuesta, y algunos de los más atrevidos incluso gritaron un saludo o un pequeño insulto a la tirana que no les dejaba unirse al grupo. La banda seguía sin hacer caso del tumulto en su derredor y a sus espaldas. Seguía impertérrita, soplando y tamborileando, los címbalos de cobre brillaban y entrechocaban, y el sudor bañaba al pobre que iba envuelto en aquella enorme red de tubos que subían en curva hasta el cielo y que se abrían con labios lisos y bocas llenas por encima del hombro del músico.

Ahora ya sabía yo dónde había visto un tubo así. Era igual que la foto del gramófono nuestro, en la que ladraba un perro, debajo de la cual estaba escrito: LA VOZ DE SU AMO. Tinu y yo habíamos rechazado hacía tiempo la historia de que la música que salía del gramófono la hacía un perro amaestrado para cantar que estaba encerrado dentro de la máquina. Nunca veíamos que nadie le diera de comer, de manera que hubiera tenido que morirle hacía mucho tiempo. Todavía no había encontrado yo un medio de abrir la máquina, de manera que el misterio persistía.

Al llegar a la encrucijada, uno de los brazos del indicador de caminos decía: LAFENWA; el otro: OG-BEIN, IBARA. El desfile se adentró por este último. Antes de llegar a Ibara nos tropezamos con un mercado. Allí había mujeres esperando junto al camino, y más que salían corriendo de sus puestos cuando llegamos. Los puestos se extendían, inacabables, al lado derecho del camino, y había mercancías amontonadas en taburetes bajos o en mesas puestas especialmente para ese fin. Titubeé; ¡parecía imposible que hubiera tantas cosas en el mundo! Me puse al lado de la banda para ver más allá de ella; no se percibía ninguna encrucijada y, de todos modos, me dije que si no me quedaba demasiado tiempo en el mercado, podría volverme a reunir con el desfile sólo con seguir el ruido que hacía. Me volví con los ojos muy abiertos al mercado. Había pimientos de todas las formas y todos los tamaños colocados en profusión en bandejas de madera y de esmalte. Había montones de *gari*, que dejaban chiquitos a los tazones que se sacaban a la hora de cocinar para convertirlo en *eba* en el agua caliente. El olor penetrante del ñame molido me asaltó la nariz mucho antes de verlo, amontonado en bandejas de calabaza. ¡Y la SAL! Seguro que nadie, ni siquiera todo Aké, podría comerse tanta sal, aunque pasaran cien años, pero había montones de ella en un puesto tras otro. Después venía toda una serie de tubérculos, verduras, pescado y cangrejos secos, después los puestos de la carne, donde había hombres que blandían unos cuchillos brillantes y largos de doble filo, entre las tajadas de carne, que se quitaban las moscas con una mano o le daban coscorriones a un muchachito por quedarse sesteando mientras las moscas iban a la carne. El carnicero era alguien tan mágico en su propio terreno como el policía que jugaba tan maravillosamente con la maza. A cada momento parecía que se iba a cortar los dedos de una mano, pero no, el cuchillo relampagueaba exactamente entre dos dedos, y en la tabla caían dos pedazos de carne perfectamente seccionados.

Me pareció que pasaba mucho tiempo antes de que desaparecieran los puestos de comida y

cedieran el terreno a los de ropa, material de costura, juguetes, incluso pequeñas papelerías en las que había perfectamente colocados plumas, gomas, tinteros y cuadernos.

Y entonces me detuve de repente y di un paso atrás. Estaba frente a la *cabeza* reducida de un animal, que colgaba de un estante bajo de madera debajo de uno de los puestos. Hasta entonces no me di cuenta de que seguía unida al cuerpo. Estaba seca y disecada. Y había más. Seguí mirando a lo largo del estante, bajé la mirada a la mesa que había debajo y vi calaveras, nada más que calaveras blancas, sin carne ni piel, con cuencas grandes y vacías en lugar de ojos y narices. También había cortezas y hojas secas. Era la fila más rara de puestos de todo el mercado, con su surtido de huesos, cuentas, trozos de hierro, polvos de color en montoncitos, paquetitos atados en hojas, frascos llenos de los líquidos más raros, y cortezas y hojas que se podían ver dentro de los frascos. También había serpientes y ratones secos. Las mujeres de aquellos puestos eran mucho más viejas y estaban sentadas inmóviles, impertérritas a la música de la banda, que había hecho a las más jóvenes salir a la calle. De vez en cuando salía una mano marchita del interior oscuro de los puestos, con un espantamoscas entre los dedos, que describía un lento círculo por todo el puesto. Me sentí sorprendido al ver aquellos pechos lisos y vacíos y recordé de pronto que no era de buena educación quedarse mirando. Volví la vista a otra parte.

¿Eran aquellas las brujas de las que tanto habíamos oído hablar? Nunca había visto antes un pecho tan liso; no parecía humano. Pero cuando volví a mirar a las bandejas, reconocí cortezas y raíces parecidas a las que compraba padre, metidas en frascos y botellas en las que se las dejaba empaparse días y días. Era lo que nos daban para algunas enfermedades. Algunas las tomábamos en fechas que se les comunicaban misteriosamente a padre o a madre. Y había otras cortezas que se hacían hervir en ollas enormes. Una vez, después de unas fiebres, tuve una erupción. Recuerdo que todos los días me lavaban con el contenido de aquellas ollas. Las hierbas y las raíces llegaban a casa en cestas, y después se hervían y se dejaban a enfriar. A mí me frotaban con ellas, me daban a beber líquidos muy fuertes de otras jarras y me llevaban a la cama. O si no, había píldoras de la Srta. McCutter, de Oke Padi, o de otra parte, y cucharaditas de fluidos desagradables que salían de frasquitos muy bien etiquetados. Muchas veces se administraban juntos los remedios de ambos tipos, o se turnaban de un día a otro. Parecía como si no importase que uno estuviera enfermo o no; siempre teníamos que tomar de lo uno o de lo otro; lo único que variaba eran los intervalos. No me tranquilizó nada el aspecto de aquellas mujeres, que parecían estar tan arrugadas como las hierbas y las raíces que había en sus bandejas. Ahora las pócimas me parecían como fluidos de sus propios cuerpos, pues me resultaba imposible concebir que por ellos corriera la sangre, y desde luego no una misma sangre del mismo color que había visto yo cuando me hacía una herida en un pie con una piedra.

La que estaba más cerca me miró de repente y yo le devolví la mirada. Entonces sonrió. Si no lo hubiera hecho, quizá le habría formulado yo las preguntas que me corrían por la cabeza. Pero su cara, que no se parecía nada a las caras de los vivos cuando estaba inmóvil, se convirtió de repente en la cara de las cabezas reducidas que colgaban por encima de la de ella. Me di la vuelta y me eché a correr hasta que logré alcanzar a la banda. Me martilleaba la cabeza, más de miedo que de cansancio, pues me había venido la idea de que no existía ninguna seguridad de que aquellas cabezas fueran verdaderamente de animales. Podían ser las cabezas de niños que se habían metido atolondradamente demasiado cerca de los puestos de las brujas. Reflexioné que de todas formas nunca me habían gustado aquellas pócimas que nos daban a beber; ahora tenía buenos motivos para rechazarlas.

Para mi gran sorpresa, el siguiente signo indicador que encontramos también decía LAFENWA; estaba en una encrucijada, no en un cruce corriente como el último. Otras dos aspas decían: IGBEIN, IBARA, y después LANTOROJ mientras que AKE señalaba nuestro punto de procedencia. Ya habíamos pasado el camino de Lafenwa; yo no sabía cómo interpretar aquellas señales tan confusas,

pero era otra cosa que preguntar a mi padre cuando volviera a casa.

Era lógico que los Ransome-Kuti vivieran en un recinto escolar, igual que mi padre. Kuti era el director, y advertí al pasar junto al letrero de ESCUELA MEDIA DE ABEOKUTA que estábamos pasando al lado del recinto donde enseñaba él. Ahora traté de recordar cómo había explicado mi padre la diferencia entre Director y Jefe de Escuelas, pero lo único que me quedaba en la cabeza era que cuando terminara en San Pedro tendría que ir a la Escuela Media. Al pasar junto a los muros de piedra del recinto no vi ningún motivo para seguir esperando. El edificio principal estaba en el interior del recinto, y había un camino ancho que llevaba a aquella mansión de piedra erguida sobre anchos pilares de arquería y profusamente cubierta de buganvillas, igual que Bishops-Court en los terrenos de la vicaría. Pero era mucho más imponente que aquel otro edificio, más imponente que BishopsCourt y que la residencia del propio Pa Delumo juntas. Metí la cara entre los barrotes de hierro y me pregunté si no debería entrar de inmediato y continuar mi educación allí. Entonces recordé que era sábado, de manera que no había clases. El lunes sería otra cosa, y ahora ya podía encontrar el camino sin problemas.

Sin embargo, cuando me reuní con la procesión creí comprender ya la diferencia entre un director de escuela media y un jefe de escuelas. Sólo un director de escuela media podía mandar en una escuela tan enorme e imponente como la que acababa de ver yo. De todos modos, esperaba que el hecho de ser el hijo de sólo un jefe de escuelas primarias no me impediría obtener un puesto en la otra; en todo caso, el director de ésta venía mucho a nuestra casa. Madre lo llamaba Tío y a nosotros nos alentaban a imitarla. Yo prefería su otro nombre: Daodu. Encajaba con el aspecto de aquel hombre, con su voz profunda y sus gestos enérgicos. Se desplazaba en la única bicicleta a motor que yo había visto, con su *agbada* flotando en el aire a ambos costados.

Un día se cayó muy cerca de nosotros, en Aké. De haber estado mirando por encima de la pared en aquel momento, lo hubiéramos visto. Lo llevaron a nuestra casa, donde oí a alguien explicar que la *agbada* flotaba a ambos lados, como de costumbre, hasta que una manga quedó atrapada en los radios de la rueda. Desaparecieron todos en la habitación de padre, mientras madre volaba por toda la casa. Hirvieron agua, prepararon vendas y gasas, pero después llegó una enfermera que desapareció en la habitación y volvió a salir con mi padre.

—Tenemos que llevarlo al hospital. La quemadura que tiene en el muslo es bastante grave.

Oí que padre murmuraba algo de que la máquina se le había caído encima, de manera que la quemadura se la debía haber producido el tubo de escape caliente. La enfermera dijo que mi padre había hecho bien al cubrir la herida con vaselina. Volvió a salir de casa, a nosotros nos llevaron a la parte de atrás y nos cerraron la puerta de la sala. Se oyeron desplazamientos ruidosos, puertas que se abrían y se cerraban y después el silencio. Cuando salimos, el paciente se había ido y con él habían ido padre y madre. Cuando Daodu salió del hospital se compró un coche y nunca volvió a montar en el velomotor. Koye, su primer hijo, a quien nos dijeron que llamáramos Primo Koye porque era mucho mayor que Tinu y que yo, empezó al cabo de poco tiempo a venir a nuestra casa con recados o de visita. Nos enteramos de que el coche de Daodu era el tercero que había en todo el pueblo. El primero pertenecía al propio Alake, el otro a un Jefe rico que vivía en Toku. Parecía que ni siquiera el Oficial de Distrito inglés tenía uno. Se desplazaba en motocicleta o a caballo.

Me sentí bastante animado al alejarme de la Escuela Media; estaba resuelto que yo iría allí. Pero también descubrí que me gustaban los Kuti. El aprender bajo el magisterio de Daodu prometía ser una aventura. Aquella sensación alegre me ayudó a subir la cuesta de Ibara, que era tan pronunciada que por primera vez las piernas me sugerían el cansancio. Ya estaba yo pensando que tendría que sentarme a un lado del camino a descansar cuando llegamos a otro recinto con filas ordenadas de casas, casas pequeñas como chozas, que sin embargo estaban construidas de hormigón y techadas con planchas de hierro. El sargento que encabezaba la columna rugió una orden y la banda hizo variación

y entró en el recinto. Marchó directamente hacia el más largo de los edificios, hasta el terreno que había delante de él, y allí volvió a formar en respuesta a órdenes que le iba dando el sargento. Todavía estaba formada de a dos, pero ahora los hombres se apretaron más y empezaron a marcar el paso. Me mantuve a la misma distancia de ellos que cuando entraron en el recinto, y de hecho había frenado mucho mi velocidad al llegar, de manera que en realidad no estaba lejos de la puerta. Sonó una orden, paró la música con un último redoble del tambor y un choque violento de címbalos. El aire se quedó inmóvil.

Y entonces descubrí una cosa. Estaba solo. El grupo desordenado y harapiento de niños que había venido siguiendo a la banda con bromas, imitaciones e incluso gritos de órdenes, había ido desapareciendo uno por uno. Luego me di cuenta de que no había visto a ninguno de ellos ni oído ninguna de sus voces alegres desde hacía un rato. Habían desaparecido todos y no quedaba nadie más que yo. Y entonces descubrí otra cosa. Advertí, con la mayor naturalidad, que no sabía dónde estaba.

El sargento dio media vuelta, gritó unas frases en un idioma muy extraño a alguien que estaba oculto dentro del edificio. Entonces salió aquella persona, con un uniforme impecable. Lo primero que me sorprendió de él fue que era un albino. Al instante siguiente comprendí que no era albino en absoluto, sino un hombre blanco. También que, al contrario que los policías del desfile, llevaba zapatos. Llevaba un uniforme sencillito, de color caqui, de modo que comprendí que también era un policía. Sin embargo, su aspecto se parecía muy poco al de la banda. Se quedó en los escalones de su oficina mientras el sargento gritaba otra orden más, que hizo ponerse muy firmes a los de la formación. Luego gritó otra y pareció que éstos descansaban. Después el sargento continuó en el mismo idioma, dentro del cual conseguí comprender algunas palabras inglesas y algunos topónimos. Parecía estar «dando la novedad» de algo, que tenía que ver con el «Palacio del Oba» y todo aquello terminó con un «sin novedad» y «a sus órdenes». El hombre blanco dijo unas palabras, el sargento dio dos gritos más y la banda rompió filas y cada uno de los hombres se marchó en dirección diferente, salvo el sargento. Este se quedó con el oficial blanco y siguieron hablando; fue durante aquel diálogo cuando el hombre blanco levantó la vista y me vio.

Yo estaba cansado, de eso ya estaba seguro. Por lo tanto, la idea de echarme a correr inmediatamente cuando el hombre levantó la vista, me vio, me señaló y le dijo algo al sargento, se quedó en mera idea. Ni siquiera sabía hacia dónde correr. El sargento también miró, se dio la vuelta y empezó a avanzar hacia mí. Entonces probablemente me hubiera echado a correr, por cansado que estuviera, pero el oficial blanco lo detuvo y se adelantó él, con el sargento unos pasos a su espalda. Yo retrocedí instintivamente un paso hacia la puerta, pero el hombre sonrió, levantó ambas manos en un gesto que no acabé de comprender y se acercó. Cuando estaba a mi lado, se agachó y con el acento más raro que yo hubiera oído jamás, preguntó:

—¿Kini o fe nibi yen? [Literalmente: «¿Qué tú quietes ahí?»].

Me di cuenta de que pretendía decirme algo en mi propio idioma, pero no tenía sentido, de manera que miré al sargento con gesto impotente y pregunté:

—No comprendo. ¿Qué dice?

El oficial abrió mucho los ojos:

—Ah, sabes idglés.

Asentí.

—Bied. Eres buy listo. Te pregudtaba qué quieres. ¿Ed qué puedo servirte?

—Quiero irme a casa.

Cambió una mirada con el sargento:

—Buedo, eso está buy bied. Y ¿dódde está tu casa?

Yo no entendía por qué se empeñaba en hablar por la nariz. Hacía que resultara difícil entenderlo, pero si me esforzaba, podía entender lo que decía. Le dije que vivía en Aké.

—Tiene una iglesia muy grande —añadí—, justo al lado de nuestros muros.

—Aja, cerca de la idgesia. Dibe, ¿cobo te liabas?

Supuse que me preguntaba cómo me llamaba y le dije:

—Me llamo Wole.

—Wode. Bied. Y ¿cobo se Haba tu padre?

—Mi padre se llama Jefe de Escuelas.

—¿Cobo?

—Mi padre se llama Jefe de Escuelas. Algunos lo llaman Essay.

No sé por qué, aquello lo divirtió mucho, lo cual me pareció ofensivo. No había ningún motivo para que cómo se llamara mí padre fuera causa de tantas risas. Pero el sargento reaccionó de manera distinta. Casi se le salieron los ojos de las órbitas. Advertí entonces que era muy diferente de las personas mayores que había visto yo hasta entonces. Tenía en la cara cicatrices largas, muy diferentes del tipo que solíamos encontrar en Aké. Y cuando hablaba tenía la voz como la de los comerciantes hausas que traían cosas a casa para cambiar por ropa vieja y toda una mezcla extraña de cosas. Era un procedimiento raro y que para mí no tenía sentido. Ponían sus mercancías en el suelo frente a la casa y me resultaban tan curiosas que había que arrancarme de allí. Había figuras de cobre, caballos, camellos, bandejas, cuencos, ornamentos. Había figuras que se balanceaban en un pedestal, equilibradas por pesos que llevaban al final de unas varitas metálicas curvadas. Nosotros las hacíamos dar vueltas y vueltas, pero nunca se caían de su pequeño pedestal. La casa se llenaba del olor de cuero nuevo cuando sacaban los pufs, los bolsos, las zapatillas y los tahalíes repujados. Traían frascos en fundas de cuero, con tapones de cuero, amuletos que colgaban de tiras de cuero, manuscritos, cuentas de cristal, pomos de perfume con nombres exóticos (nunca se me olvidó, desde la primera vez que la leí, aquella etiqueta: Bint el Sudán, con su dibujo de un guerrero con turbante junto a un camello arrodillado. Una doncella velada le ofrecía un cuenco de fruta). Aquellas frutas no se parecían a ninguna de las que había en el Plantío, y Essay dijo que se llamaban dátiles. Yo no lo creí; los dátiles eran los números que aparecían en el calendario de la pared, así que supuse que era una de sus bromas.

Una vez o dos mi padre intentó ofrecerle dinero, pero el comerciante de turno ponía dificultades:

—No, yo gustar hace cambio.

Le sacaron camisas y pantalones viejos, chaquetas desechadas con agujeros en los sobacos, pero Hace-cambio (que es como lo empezamos a llamar) recibió aquellos desechos de ropa a cambio de su auténtico cuero «marroquí».

—Mira, jefe, no mentira. Mira, auténtico cuero marrocos. Bueno para ti, hombre grande, tú necesita cartera cuero para llevar pápela. Auténtica. Pon una más camisa. O pantalone.

Y la voz del sargento era tan parecida que tenían que ser hermanos. Quedé aún más convencido cuando oí que decía:

—Si tú hijo jefe escuelas Alcé, yo sabi sitio. Pero ¿qué tú hace aquí?

Los dos se volvieron hacia mí. Yo no tenía respuesta a la pregunta. Después el hombre blanco preguntó:

—¿He has perdido?

—Iba siguiendo a la banda —expliqué.

El oficial hizo un gesto de comprensión, como

si ahora todo quedase claro. Se volvió hacia el sargento y le pidió que le sacara la bicicleta. El sargento saludó y se marchó. Pero el oficial seguía intrigado por algo. Me puso una mano en el hombro y me llevó hasta la oficina.

—¿Cuántos años tienes?

—Tengo cuatro años y medio.

—¡Cómo! —dijo en voz muy alta, y después se calló y volvió a mirarme—. ¿Estás seguro?

Asentí. Me miró más de cerca y dijo:

—Sí, claro. ¿Y has venido andando desde Aké? ¿De dónde saliste?

—Del cenotafio. Había otros niños, pero se marcharon.

Llegamos a su oficina y me hizo sentar en una silla.

—¿Tienes sed? —preguntó mientras sacaba una botella de zumo de naranja. En la mesa había una jarra de agua y él mezcló las dos cosas en un vaso. Me lo bebí hasta la última gota.

—¿Quieres otro vaso? —No esperó a una respuesta y volvió a hacer su mezcla y a pasarme el vaso. Este siguió a su predecesor con igual rapidez. Empecé a sentirme mejor. Contemplé la oficina por primera vez, estiré las piernas y me interesé por los papeles que había en la mesa. Reconocí una revista que mi padre recibía todas las semanas. Contemplé al hombre con más interés.

—Estás leyendo la revista de mi padre.

—¿Cuál? —preguntó asombrado.

—Esa. «Horas de Ocio».

—¡De verdad! ¿Dices que es la revista de tu padre?

—Sí. Una nueva todas las semanas.

La abrió rápidamente y buscó algo en las páginas.

—¿Quieres decir que es el director?

Yo no podía comprenderlo. Repetí:

—Una nueva todas las semanas.

Y entonces el hombre sonrió y asintió:

—Ya entiendo, ya entiendo.

Me estaba empezando a entrar sueño. Llegó el sargento con la bicicleta. Medio dormido, sentí que me ponían en la barra y que empezaba el camino lleno de baches. Apenas si me di cuenta cuando llegué a casa y unas manos me levantaron y me pasaron a otros brazos. Parecía que la cabeza me pesara una tonelada cuando traté de despertar y responder a la babel de voces que escuché a mi alrededor. Sentí que la inmensa extensión de la cama del dormitorio de mi madre se levantaba hacia mí para acogerme en aquella habitación tan fácil de reconocer por el olor a *bri* y alcanfor. Y entonces me quedé dormido como un tronco.

Me desperté en medio de una semioscuridad nebulosa. Poco después comprendí dónde estaba. También sentí un enorme vacío en el estómago y me bajé de la cama para ir a la cocina a ver por la hora qué comida tocaba. Cuando abrí la puerta me sumergió una oleada de voces humanas. Toda la salita estaba llena de personas mayores, y todos parecían estar hablando muy excitados. Entonces me di la vuelta y me acerqué a aquel ruido. Al pasar por la sala abrí la cortina de la puerta de comunicación, y de pronto todo se quedó en silencio. Se volvieron a mí cien pares de ojos y me pregunté qué pasaba. En medio del silencio dije lo único que estaba pensando:

—Tengo hambre.

Se les abrieron las bocas a todos. Después la mujer del librero rompió el silencio. Dio una palmada en señal de asombro y exclamó:

—¡Eh, eh! ¡Omo nía! ¿Lo habéis oído? Tiene hambre.

Siguió una babel de voces, casi todas ellas haciendo eco a la mujer del librero. Yo no podía entender por qué les causaba tanto asombro el que tuviera hambre. En todo caso, parecía que ya se acercaba la noche, y yo no había comido en todo el día. Después oí que intervenía la voz de mi padre, y éste parecía estar sonriente:

—Bueno, parece lo natural que tenga hambre. ¿No la tendríais vosotros después de haberos ido andando desde Aké hasta Ibara?

Oí que alguien decía:

—¡Sí, pero la forma en que lo ha dicho! —y entonces me abrazó la mujer del librero que casi me ahogó entre sus enormes pechos.

—¡Dadle de comer a mi niño! —gritó—. Mamá, ¿por qué lo matas de hambre? Mi marido y señor dice que tiene hambre y tú no saltas a darle de comer. Muy bien, pues me lo llevo a casa y le doy de comer yo.

Y antes de que pudiera comprender lo que estaba sucediendo, me había puesto a su espalda, se había dado la vuelta a la túnica para ceñirme bien seguro contra ella y se había puesto a cantar y bailar. Y de pronto todo el mundo cantaba con ella, y reía y voceaba a gritos. Sólo una persona seguía sentada en su silla, aparentemente impasible ante todo aquello, y era madre, que estaba sentada con la barbilla apoyada en la mano, contemplándome. De vez en cuando meneaba la cabeza, daba un gran suspiro y después hacía un gesto de asentimiento. La señora del librero dijo:

—Miradla. Supongo que preferiría que siguiera vagabundeando por esas selvas de Abeokuta. JE, dame un palo, por favor. Creo que le conviene una dosis de su medicina favorita.

Padre rió y dijo:

—Buena idea. Voy a buscar el palo. —Lo sacó de donde estaba al lado de su silla y se lo pasó a la mujer del librero. Al momento siguiente mamá se había levantado y estaba dando saltos. Todo el mundo parecía estar tan animado que resultaba extraño ver a hombres y mujeres mayores que daban saltos por toda la casa igual que los niños que habían desfilado al son de la música de la banda de la policía hasta que decidieron abandonarme. No me enteré de cuándo sacaron por fin la comida, porque había vuelto a dormirme a la espalda de la mujer del librero. A la mañana siguiente me desperté en su cama, un poco mareado y curiosamente alegre. Tenía vagamente en la cabeza, incluso cuando me senté a comer el mayor desayuno que jamás hubiera visto, la sensación de que no sabía por qué había sido yo la causa de tantas emociones la noche anterior y de que en cierto sentido, había pasado a ser alguien muy diferente de quien era antes del desfile.

CHAPOTEÉ, le agarré la mano a Nubi y traté de arrancarle la esponja con todas mis fuerzas. Al principio me había limitado a apartarle la mano una vez tras otra, pero el único resultado era que me seguía sofocando con agua, espuma de jabón y unas fibras rasposas. Nubi no estaba dispuesta a ceder. Si hubiera sido Joseph...

Me quité el jabón de un ojo y vi que Nubi había dado un paso atrás y me miraba.

—¿Vas a dejarme que te lave o no?

—Deja que me lave yo la cara. . —¡Tú! —rió desdeñosa—. Pásate la mano por encima de la cabeza, que te vea yo.

La obedecí. Aquello parecía ser una prueba de algo. Quizá, si lo lograba, me dejara la cara en paz.

—Por encima del todo. Así.

Me pasé el brazo por encima de la cabeza y traté con todas mis fuerzas de seguir su ejemplo. Ahora ella jugueteaba con los dedos con el lóbulo de la oreja izquierda, se tapó la oreja totalmente y la hizo desaparecer en la palma de la mano.

—¿Ves la diferencia ahora?

Pregunté:

—¿No lo hago bien?

Más risa desdeñosa:

—¿No ves ninguna diferencia?

—¿Qué es lo que no hago bien?

—No es lo que no haces bien. Es lo que no haces. Mírame la mano. Me pasa por encima de la cabeza y tapa la oreja completamente. ¿Lo ves? Ahora mira la tuya. Apenas si te llega por encima de la cabeza.

Aquello parecía ser muy importante, pero yo no comprendía a qué se refería. Seguí mirándole la mano, y después la oreja que aparecía y desaparecía bajo ella.

—Esa diferencia explica por qué tengo que bañarte yo. Si te crees que porque te han dejado ir a la escuela ya eres un chico grande, es que todavía te falta mucho por aprender. Hay cosas que no te pueden enseñar en la escuela. Ahora, vamos.

Avanzó esponja en mano. Yo persistí:

—Joseph me deja lavarme la cara.

—Mamá dice que tengo que bañarte, y no sé más. No ha dividido tu cuerpo en pedazos, unos para ti y otros para mí.

Metió el cubo en el cuenco con la mano izquierda', sacó el agua y avanzó para mojarme la cabeza. Yo me agaché.

—¡Mira lo que haces! Estás desperdiciando agua. ¿Sabes lo que te va a hacer Mamá cuando se lo diga?

Yo huí al rincón del cuarto de baño. Advertí demasiado tarde que me había dejado atrapar.

De todos, modos, luché desesperadamente. Cuando me levantó el cuenco por encima de la cabeza con todo su contenido, di un manotazo y lo desvié. Nubi se quedó empapada y aquello pareció enfadarla.

—¡Mira lo que has hecho ahora! —y actuó a tal velocidad que no tuve tiempo de protegerme la cara. Como por arte de birlibirloque me dio en la cara un trapo enorme y mojado que me atravesó todos los poros a gran velocidad, pero que sobre todo me tapó la nariz.

Me apretó los dedos en la cabeza y siguió apretando mientras me frotaba la cara sin dejar que entrase nada de aire. Cuando traté de morderla, lo único que encontraron mis dientes fue un bocado de la esponja, de manera que recurrí a lo que me dictaba la desesperación, flexioné una rodilla y en aquel instante de respiro, le golpeé con la cabeza en el estómago. Oí que gritaba:

—¡O pa mi o! —y al momento siguiente se oyeron por toda la casa gritos de:

—¿Tani yen?

—¿Tani ló gun nbe yen? ¿Tani? [¡Que se matan! ¿Quién es? ¿Quién ha gritado? ¿Quién?]

—Y después se oyeron pies que corrían.

Me quité a toda velocidad el jabón con las dos manos, parpadeé y vi a la Cristiana Salvaje enmarcada en la puerta. Meneó la cabeza a un lado y al otro, estupefacta como de costumbre. Ahora yo tenía verdadero miedo de que fuese ella a tomar la situación en sus manos.

—Ya ha acabado —dije—. Ya me ha bañado.

—Me ha dado con la cabeza —se quejó Nubi, agarrándose el estómago.

—Deja de exagerar —cortó Mamá.

—Sí, Ma —y Nubi se enderezó inmediatamente.

—Vas a echar abajo la casa con tus gritos. ¿Quieres asustarnos a todos?

—No, Ma. Pero no quería dejarme que le frotase la cara.

—Ya me la has frotado —recordé a todo el mundo—. No has hecho nada más que frotármela desde que vine a bañarme. Casi me matas de tanto frotar, ¿qué más quieres frotar? Tinu todavía está esperando para bañarse.

De pronto me sentí a salvo: la Cristiana Salvaje estaba sonriente, y dijo a Nubi:

—Bueno, llama a Tinu. En todo caso ya tienen los dos edad para empezar a bañarse solos.

—Sí, sí, eso ya lo he dicho yo antes. No la necesito a ella ni a Joseph.

—Pero tienes que bañarte delante de ellos, para que se aseguren de que lo haces bien.

Asentí. No parecía una concesión muy grande que hacer. Por si acaso, añadí:

—No los necesito, de verdad. La verdad es que ya me he lavado antes cuando Joseph estaba demasiado ocupado. Joseph me mira después y dice que estoy perfectamente limpio.

—De acuerdo, pues; pero no entiendo por qué le tienes tanto miedo al agua, cuando naciste en julio.

Ahora yo me estaba aclarando el resto del jabón.

—Pero no le tengo miedo al agua —protesté.

—¿No? Mira cómo te estás enjuagando. Tienes jabón por toda la cara, pero ni siquiera te las has tocado.

Inmediatamente me tiré un cuenco de agua por la cabeza. Como de costumbre, algo fue mal. Era lo que solía pasar cuando me caía agua en la cabeza o en la cara. Al instante siguiente yo estaba espurreando agua y quitándome aquello que me picaba en la cara, tratando de respirar.

Incluso en medio del avispero que me había salido en torno a las orejas cuando el agua comenzó a torturar mis sentidos como siempre, oí a la Cristiana Salvaje que se reía al marcharse.

Hablaron del asunto durante el desayuno. Ella empezó diciendo:

—Este hijo tuyo... no sé lo que le pasa con el agua, pero parece que no se lleva muy bien con ella. ¿Sabes lo que ha pasado esta mañana?

Hablaban de aquello como si yo no estuviera delante. Era otra de sus costumbres extrañas, pero ya había advertido yo que parecía característica de casi todos los mayores: hablaban de sus hijos como si éstos no estuvieran presentes. Nosotros nunca hablábamos de ellos cuando podían oírnos. Mientras los escuchaba desde la mesa de los niños, meneé la cabeza para negar enfáticamente. Si era que no comprendían. Yo estaba convencido, como de costumbre, que ya había descubierto la falla de su argumentación.

—Wole está meneando la cabeza —observó Essay.

Mi madre se echó a reír:

—¿Vas a negar que incluso cuando tú mismo te echaste el agua por la cabeza...?

—No, pero no le tengo miedo al agua. Si se lo tuviera, ¿cómo es que me gusta salir a ducharme cuando llueve? —y di un golpe con la cuchara en el cuenco de *eko*, haciendo que saltaran unas salpicaduras.

—Cuidado, señor Abogado. No desperdicie usted la comida —amonestó mi madre.

—No voy a ser abogado. Voy a casarme con la señora Odufuwa y ser pastor protestante.

—Ah, con que ahora es la señora Odufuwa, ¿eh? ¿qué ha sido de la Tita Gbosere?

—No ha venido a vernos —expliqué—. La señora Odufuwa pasó mucho tiempo con nosotros por Pascua. Es muy buena.

Essay pasó un rato sopesando el problema.

—Bueno —dijo por fin—. Quizá no le tengas miedo a la lluvia. Pero eso no significa que no le tengas miedo al agua.

Madre nos miró a los dos, dijo «To ó» [¡Bien, bien!] y se dispuso a irse a su tienda. Su actitud indicaba que sabía exactamente el tiempo que llevaría esta discusión y que tenía cosas más importantes que hacer.

—¿No es la lluvia lo mismo que el agua? —pregunté.

—Toda la lluvia es agua, pero no toda el agua es lluvia.

La Cristiana Salvaje suspiró con unos gestos de la cabeza adecuadamente solemnes: «¡Ngh-hunnh!» y dijo que le llevaran su bolso wosi-wosi al dormitorio antes de irse a la tienda.

—Pero no puede haber lluvia sin agua —protesté.

Padre asintió:

—Cierto. Pero puede haber agua sin lluvia.

—El agua vino de la lluvia para empezar ¿no?

—Ah, ahí es donde te equivocas. La verdad es que la lluvia viene del agua. Es el agua la que hace que haya lluvia.

Me estaba metiendo en honduras. Mi primer triunfo se había disipado hacía tiempo; entonces me acordé de la Biblia.

—Y, ¿qué pasó en la Biblia? —pregunté— ¿no las creó Dios por separado?

—Bueno, vamos a ver. Ve a la sala y trae la Biblia.

Me bajé de la banqueta y traté de pensar a toda velocidad lo que decía la Biblia sobre aquel tema. La elección de pasajes que nos obligaban a aprender de memoria no incluía versículos del Génesis, o por lo menos a mí no se me ocurría ninguno.

Recogí la Biblia y volví al comedor. Después de dársela volví a mi mesa a recoger mi cuenco de *ekó* y luego me reuní con él a la suya y me senté en la silla de madre. Hacía rato que había terminado mi *akara* y contemplé el plato en forma de barquito que todavía contenía cuatro o cinco de sus *akara*. Vio a dónde estaba mirando y me sonrió, pasándome el plato.

—Fíjate —siguió diciendo— que vas a ver que la Biblia sólo cuenta una parte de la historia. Después de que Dios creara tales y cuales cosas, todavía les dejó que reaccionaran las unas y las otras a su propio estilo. Existen las que llamamos leyes de la naturaleza, y ahí es donde interviene la cuestión de cómo se forma la lluvia.

Aquello parecía una complicación innecesaria. Aspiré aire entre los labios al morder un *atarodo* reciente y verde que la Cristiana Salvaje había frito con los *akara*. Toda la cuestión se debería haber resuelto con saber en qué orden habían creado la lluvia y el agua. Entonces recordé:

—Muy bien. Entonces, ¿por qué ha estado todo el pueblo rezando para que lloviera? ¿No significa eso que Dios sigue creando la lluvia cuando quiere?

Padre reflexionó un momento:

—Recuerda esto. Incluso después de haber creado las cosas de la tierra y haberles dado sus propias leyes de funcionamiento, como es el Creador, todavía puede intervenir; por ejemplo, puede acelerar los procesos o frenarlos.

En aquel momento salió de su dormitorio a la sala la Cristiana Salvaje para despedirse, y oyó lo que acababa de decir Essay. Se fue meneando la cabeza con aquel asombro perpetuo suyo ante la paciencia infinita de Essay:

—Pero, cariño, ¿estás seguro de que puede comprender todas estas discusiones que le permites?

Después volvió a entrar y vio que yo me había cambiado de mesa y que además me había apropiado de los *akara* que le sobraban a Essay. Con un rápido movimiento, agarró el plato, lo tapó y lo puso en el cesto que ahora llevaba la criada en la cabeza. Como sabía yo perfectamente, aquello formaría parte de su «bocadillo».

—Ya me parecía que esta discusión se estaba animando mucho. No sabía que lo que le hacía bailar la lengua era la akaralógica y la atarodimensión —y me levantó de la silla—. ¡Llévame esto! —me puso una bolsa en la mano y comprendí lo que significaba aquello. Era sábado. Como no había escuela, quería que fuese a trabajar yo a la tienda.

—Tengo deberes —protesté.

—Te los traes a la Jenda.

Dejé la bolsa en el suelo y me fui a buscar los libros a la «despensa».

—No deberías darle tantas alas, cariño. Le gusta demasiado discutir. ¿Sabes lo que le dijo el otro día al sacristán? El domingo pasado, en los oficios de la tarde. Estaban charlando él y ese nuevo amigo suyo, el hijo de Edun. Entonces se les acercó el sacristán y los riñó. ¿Sabes lo que replicó este hijo tuyo?

—¿Qué dijo?

—Dijo que con tod? la gente que había en la iglesia cantando y rezando, cómo podía el sacristán demostrar que estaba hablando él. ¿Te imaginas? ¡Decirle al sacristán que demostrase que estaba hablando él! Estoy segura de que si el sacristán le hubiera hecho caso, todavía estarían en la iglesia discutiéndolo, así es este chico.

Me paré detrás de la puerta, horrorizado. Essay le daba mucha importancia a las denuncias de mal comportamiento en la iglesia o en la Escuela Dominical. ¿Cómo podía haberme hecho aquello el sacristán? El contárselo a la Cristiana Salvaje era tener la seguridad de que Essay se enteraría tarde o temprano. Me quedé inmóvil y pegué el ojo a la ranura de la puerta, mientras escuchaba.

—Bueeeeno —oí que decía él—, pues sabes que resultaría bastante difícil de probar...

La Cristiana Salvaje suspiró:

—Ya lo sabía. Sabía que lo defenderías si se trataba de una discusión. No sé ni siquiera por qué me he molestado en contártelo. Después de todo, le viene de ti. ¿Dónde está? ¿Se ha llevado mi bolso?

—Ahí lo tienes, en tu silla.

—¡Oh sí!; vamonos —le dio un empujoncillo a la criada—. Dejaré que se quede aquí, que te dé la lata con sus discusiones. En todo caso, en la tienda no hace más que molestarme con todas esas preguntas tontas: ¿Por qué tienes más barriga que mi padre? ¿Estás embarazada como la organista? Sí, esas son las cosas que pregunta, por si nadie te lo ha dicho.

—¿De verdad? —y se echó a reír a mandíbula batiente—. ¿Cuándo fue eso?

—Pregúntaselo a él. Es tu hijo. Orno, vámonos. Me esperan mis clientes. —Dio un empujón a la criada y salió de la casa. Yo me quedé donde estaba. Ei que Essay se hubiera reído no significaba con toda seguridad que no fuera a reñirme. Se quedó inmóvil en su silla. Advertí que estaba escuchando. Por la ranura de la puerta no le veía más que un pedacito de la espalda. Pero sabía que estaba escuchando a ver si yo hacía ruido en la «despensa». Los dos nos sabíamos de memoria aquel juego.

Yo no sabía por qué, pero Essay no se movería hasta que lo hiciera yo. Bastaba con una pisada, una tos, con que cayera algo, con que chirriase la puerta. Hasta que yo anunciara mi existencia, él se quedaba simplemente inmóvil, probablemente buscaba un palillo con una mano y, con una mirada distante, muy alejada de su entorno, empezaba a limpiarse los dientes. Con elegancia. Yo me quedé pegado al suelo sin casi respirar.

Y, claro, empezaron las oraciones. Había otra forma de terminar aquel enfrentamiento, y era que llegase un visitante. Essay tenía una memoria larga, incluso deliberadamente prolongada. Formaba parte de su maldita paciencia. Días o semanas después de que el culpable hubiera olvidado su falta, al cabo de muchas semanas en las que Essay incluso le había dado golpecitos en la espalda por haberse portado especialmente bien, por haber tenido algún éxito o alguna iniciativa, por un recado hecho bien pese a ser complicado, por tener buenas notas en la escuela, etc., Essay convocaba al olvidadizo.

—Eh... ah, sí, Bunmi.

—Sí, señor.

—Mm, ejem. Hace tres semanas te dijeron que fueras a Itoku, ¿no? ¿Te acuerdas?

—Sí, señor.

—Mm, ejem. Y el camino de Itoku pasa últimamente por el recinto del librero, ¿no?

Silencio, resignación o un primer sudor.

—¿Te han comido la lengua? He dicho que para ir a Itoku últimamente hay que pasar por el recinto del librero, y naturalmente no se puede salir del recinto del librero sin pasar algún tiempo en robarle unos cuantos mangos, ¿no?

En silencio traté de medir la magnitud de mi delito y de comparar lo grave que era hablar en la iglesia con retrasarse al hacer un recado para llevarse unos cuantos mangos. La escala no era tranquilizante. Recé todavía más para que llegara una visita, aunque sabía que aquello quizá no significara más que un aplazamiento de un arreglo doloroso. ¡Y justo entonces tenía que ponerme a estornudar!

—¡Wole!

—Sí, señor.

Y en aquel momento llegó el sonido de unas pisadas fuertes al lado de casa. A ellas siguió la voz de la Cristiana Salvaje:

—Cariño, ¿estás en casa?

—Sí, aquí estoy.

Madre habló con alguien que estaba fuera:

—Pasa, pasa. Siéntate, voy a decirle que venga a verte. —Cruzó la sala, mientras yo me encogía detrás de la puerta inseguro de que aquello fuera exactamente el respiro por el que yo había rezado. Advertí, y no por primera vez, que Dios tenía la costumbre de no responder en absoluto a las oraciones de uno o de responderlas de una forma que no era exactamente la pedida.

—Alabado sea Dios, por el camino me he encontrado con el Sr. Adesina. Me preguntó si ibas a estar en casa esta tarde, porque quería verte... Pensé que más valdría que te viera ya, ¿te parece?

—¿Se trata de su trabajo con el Sínodo?

—¿Es que piensa alguna vez en otra cosa? No hace más que darme la lata en la tienda y siempre le digo que venga a verte. ¿Le da miedo venir? Esta vez me lo he traído a rastras. Si le hubiera dejado venir por su cuenta, seguiría dando vueltas en torno a la vicaría hasta el anochecer.

—¿Por qué lo has traído? No voy a modificar mi respuesta: no lo voy a defender. No se le puede confiar dinero.

—Muy bien, pues díselo tú, cariño. Yo ya se lo he dicho cien veces, pero no lo acepta. Que lo oiga de tu propia boca.

Pasaron los dos a la salita. Yo les seguí cuando todo quedó en silencio en el comedor, y me paré

a sacar una miga de *akara* del plato de Essay y llevármela a la boca.

Con el mismo gesto ya habitual llevé la mano al palanganero que había en la pared de la izquierda del comedor. La mano entró silenciosa en la jofaina, sacó una cantidad diminuta de agua y me rozó los labios en un solo movimiento fluido. Casi al instante recibí una enorme bofetada, que casi me hizo caer encima de la silla de Essay.

—Bueno.

Estaba mirándome enfadada:

—Creí que ya te habíamos curado de ese hábito.

La Cristiana Salvaje tenía la costumbre de llegar como caída del cielo. Durante un momento pensé que todo aquello era muy injusto. Me había curado de aquel hábito. Tenía que reconocer que el gesto era el mismo que cuando constituía un «problema», pero esta vez me había limitado a lavarme los dedos del resto de *akara*, gesto que normalmente se completaba cuando también se limpiaba uno los labios. Después, tras reflexionar un momento, me sentí aliviado. A lo mejor, el golpe era por comerme aquella miga de *akara* que, a juicio de ella, podía significar gula, lo cual merecía algo más que una mera bofetada. Ni siquiera lloré cuando procedió a tomarme la mano derecha entre las suyas y a apretarme los dedos hasta hacerme daño.

—Que no te vuelva a pescar.

Después se puso a hacer lo que la había hecho volver. Sacó una taza de té para el visitante y quitó el cubreteteras. Me recordé a mí mismo en silencio que no debía volver a dar nunca la impresión de que había vuelto al ritual que antes hacía constantemente con el palanganero, y que había hecho volverse loca a toda la casa.

También se lo advertí al palanganero con una patada; después de todo él era la fuente del «hábito» que había hecho movilizarse a toda la familia para curarme de él. Aquel palanganero era otra cosa de las presencias misteriosas que había en la casa, y estaba lleno de miles de recovecos, de estantes y cajones. Entre cucarachas que huían, saquitos de sal,, tabletas, frasquitos, jabones y platos descascarillados se mezclaban con paquetes de permanganato de potasio, trozos de alumbre, glucosa y diversas levaduras. Igual que todos los demás muebles, servía para más objetivos que el que le daba su nombre. Y, en mayor medida que todos los demás era... un HITO. El interior de la casa se definía por donde se encontraba él: ...está en el rincón del palanganero... debajo del palanganero... estaba pasando junto al palanganero... me tiró contra el palanganero... estaba yo limpiando el palanganero...

Hasta los ratones habían adoptado la costumbre de escapar de la despensa por el camino más corto que los llevaba por detrás o por debajo del palanganero.

Era más alto por detrás que por delante, de forma que cuando Essay levantaba la tapa en las raras ocasiones en que estaba cerrado y la echaba atrás sobre los goznes, la tapa se iba elevando hasta llegar a la altura de él y luego incluso más arriba, y eso que a nuestros ojos Essay era un hombre muy alto. A mí me parecía una suerte que el mueble estuviera donde estaba. Si no hubiera habido una pared en que apoyar la tapa, nada hubiera podido impedir que el resto del mueble cayera volcado hacia atrás sólo por el peso de la tapa.

La palangana en sí estaba asentada en un gran agujero que había en la plataforma que constituía la tapadera de la parte interior, por debajo de la tapa principal, y a mí siempre me había parecido, cuando contemplaba la oscuridad de la parte baja del aparador, que la visión de las cucarachas cuando miraban hacia arriba aquella enorme superficie de esmalte blanco debía de ser igual a lo que veían las ratas que corrían por la gran letrina de pozo cuando las nalgas de algunas de las personas mayores llenaban el agujero que había en la caja encima de ellas. Ambos agujeros parecían ser aproximadamente del mismo tamaño, pero salvo en eso no se parecían en nada. La parte baja del aparador tenía una puerta separada que se abría a lo largo de un eje horizontal y se cerraba con un frágil gancho metálico. Sus dos cajones alojaban todos los objetos que desaparecían de la despensa o

que no podían encontrar un espacio en la mesa del comedor, el tocador del dormitorio de la Cristiana Salvaje, el alféizar de la ventana al lado del sitio de mi padre a la mesa del comedor o el aparador pequeño que tenía detrás y donde guardaba él sus sales de frutas, su cepillo de dientes, una botella de aquel misterioso «elixir» que a veces reemplazaba a su palito de mascar cuando se limpiaba los dientes, y bolas de algodón. Todos los demás objetos familiares domésticos residían en el palanganero.

Tras pensar mucho en el extraño ángulo que adoptaba la tapadera, llegué a la conclusión de que las pulgadas de más que tenía la parte de atrás eran para dejar sitio al reborde adicional en el que se colocaban, además de la pastilla de jabón, todos los demás objetos que no hallaban cabida en la parte baja del aparador. La búsqueda de cualquiera de los objetos de un grupo concreto, objetos como un frasco de aspirina o una pastilla exótica de jabón, solían empezar y terminar en el palanganero.

El «hábito» había aparecido sin que yo me diera cuenta. En cuanto a Essay... A él no se le escapaba nada. Un día iba yo de la salita a la despensa, camino que me llevaba entre el palanganero y la mesa que ocupaba él en el comedor, cuando me gritó:

—¡Quieto!

Me paré de golpe.

—¿Por qué has hecho eso?

Yo no sabía lo que había hecho.

Me estudió atentamente:

—Muy bien. ¿De dónde vienes ahora mismo?

—Iwaju-ile [La salita de delante, la entrada.]

—Y ahora ibas a la despensa, ¿no?

—Sí, señor. Iba a buscar un libro.

—Ya entiendo. —Se quedó pensando un momento—. Ahora vuelve atrás. Siéntate un minuto a tu mesa. Al cabo de un minuto vete a la despensa exactamente igual que haces siempre.

Al cabo de un minuto estaba haciendo yo aquel giro de noventa grados junto al palanganero cuando volví a oír la orden:

—¡Quieto!

Me quedé inmóvil. Pese a lo rápido que había llegado la orden, era demasiado tarde para su objetivo, fuera el que fuese. Volvió a estudiarme atentamente.

—Vete otra vez. Esta vez, cuando te diga que te pares, te quedas exactamente en la posición en que estás. No muevas la cabeza, el hombro, nada. Si tienes un pie delante del otro, quédate exactamente así. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—No quiero ni siquiera que te vuelvas hacia mí. Ve a la despensa como vas normalmente. No cambies de paso ni nada. Esta vez, quizá ni siquiera te diga que te pares, y si te lo digo quizá no sea en el mismo sitio. Te puedo gritar QUIETO en cualquier momento del camino. ¿Está claro?

Claro, sí, pero muy misterioso. Yo no podía comprender de qué valía todo aquello y traté con todas mis fuerzas de recordar cómo andaba. Me parecía que no había cambiado nada en mi modo de andar, pero, ¿quién podía decirlo? Sólo Essay.

Esperé que aquella vez la orden me la diera en un sitio diferente, pero no. Llegó exactamente en el mismo sitio y obedecí sus instrucciones, esperaba yo, a la letra. Y ahora, ¿qué?

Tenía un brillo de satisfacción en la cara. Se arrellanó en la silla y me contempló un largo rato. Hizo un lento gesto de asentimiento.

—¿Qué haces con la mano en la boca?

¿La mano?, ¿la boca? Eché mentalmente la mirada atrás con rapidez.

Era cierto. Tenía la mano apoyada levemente en la boca, algo a la izquierda de la cara. Y lo raro

era que estaba húmeda. Me la aparté de la cara. No cabía duda: tenía los dedos húmedos.

—¿No sabes lo que haces cada vez que pasas junto a ese palanganero?

—No, señor. —Aunque ahora me habían empezado a llegar vagas visiones de un extraño rito lustral. Tenía el recuerdo de un brazo que se alargaba por su cuenta, metía la mano en la palangana... sí, creía comprender ahora lo que había observado pacientemente Essay. La sensación fresca y húmeda de los labios me confirmaba el resto de aquel movimiento. Al pasar junto al palanganero la mano izquierda volaba adentro, se metía y me volvía a los labios, de izquierda a derecha. Cuando me di cuenta de aquello varias veces después, me pregunté si podía ser un tipo de locura.

Llevaba bastante tiempo haciéndolo, y la cura llevó igual de tiempo. Se ordenó a cada persona de la familia que me vigilara, me pegara un grito justo antes de hacerlo o me denunciara si ya era demasiado tarde. Entonces me obligaban a pasar varias veces junto al palanganero. A Joseph le encantaba ir de puntillas detrás de mí y hacerme dar un salto mortal cuando imitaba la voz de Essay y me gritaba que me detuviese. Si no estaban ni padre ni madre, Lawanle o Nubi o cualquiera de los «primos» trataba de asumir su papel de instructor. Incluso Tinu, que no me llevaba más que un año y unos meses, participó en el asunto. Yo sentía una enorme necesidad de encerrarlos a todos ellos, empezando por Nubi, en el oscuro interior del palanganero y echarles por las cabezas el agua sucia que contenía.

Volvieron las lluvias. El harmattan, cuando la piel se secaba y las jarras de vaselina, mentolato y pomada se vaciaban a toda velocidad, desapareció de la memoria hasta el año siguiente. Un hábito que se había iniciado con el harmattan, cuando yo pasaba junto al palanganero y me humedecía la piel reseca de los labios, también desapareció con aquella estación y jamás volvió. No me pregunté durante demasiado tiempo cómo era que se había convertido en aquel gesto tan espontáneo y rápido; había otros hábitos a los que acostumbrarse y después abandonar por la fuerza o sustituir por otros antes de que llamaran la atención de Essay o de la Cristiana Salvaje, siempre vigilantes.

Nunca descubrí cómo fue que Adesina había perdido su puesto con el Sínodo, ni si alguna vez lo recuperó. Se fue de casa, igual que tantos otros antes que él, entristecido y lacrimoso. Echó una última mirada implorante a la Cristiana Salvaje, que se había mantenido en la periferia de la conversación; normalmente, ni siquiera se habría quedado allí, pero el Sínodo, no sé por qué, también la afectaba a ella, por tratarse de un asunto de la iglesia. Oí cómo decía al hombre al que no se le podía confiar dinero las mismas palabras obedientes que ya había aprendido yo a esperar:

—Bueno, ya sabes, esa es la decisión del Jefe de Escuelas. No podía pedirle que actuara en contra de su conciencia.

HASTA el baobab se ha ido encogiendo con el tiempo, y sin embargo yo había imaginado que aquel baluarte sería eterno, más allá de las perspectivas en crecimientos de una niñez ya desaparecida. Su anchura se ha ido encogiendo con el tiempo, y las ramas ya dan poca sombra. Existía un nombre que se daba al campanario de la escuela, por lo menos una descripción, un lugar en la familia de las cosas físicas, y lo recuperé sin ningún esfuerzo: el Hijo Único de la Torre de la Iglesia Allá Lejos. Sólo que ahora incluso la distancia entre el campanario y la torre de la iglesia se ha reducido. La torre de la iglesia, blanca como un pilar de sal, sigue dominando a los mangos, al árbol *orombeje* del patio de la iglesia, también al cenotafio que, pese a estar fuera de los muros de la iglesia, parecía pertenecer a la misma familia ampliada de San Pedro. La torre de la iglesia queda a veces enmarcada contra la carretera empinada que lleva a Iberokodo y da albergue a techumbres enanas oxidadas a sus costados. Aké, Ibarapa, Itoko, y después por la cuesta hacia Mokola, el barrio hausa, antes de llegar a Iberokodo en sí. La colmena de chozas marrones, de casas con cenefas de color de rosa y anaranjadas, se interrumpe abruptamente antes de llegar a la cima y en su lugar aparecen el muro ordenado y las anchas puertas de los establos del jefe. Escondidos en las faldas de la colina a ambos lados del camino están los mercados gemelos de Ibarapa, mercados de noche y de día, el de la noche a la derecha y el de día a la izquierda. Nada de esto ha cambiado.

Pero las cosas más íntimas sí. El baobab, los campanarios, los campos de juegos y los caminos. Incluso Jonás. En la Escuela Dominical, el profesor miró por la ventana en busca de inspiración, señaló hacia un montón de piedras que había cerca, pero las rechazó. Al otro lado del edificio de la escuela, fuera de nuestra vista, había un peñasco que nuestras pisadas habían ido alisando. Parecía cubrir la tierra, al menos vista desde el extremo del aula de los pequeños, hasta el cementerio que había fuera de los terrenos de la vicaría en el extremo más alto, el punto más distante de la puerta principal.

—¿Os acordáis de donde vamos a modelar arcilla? La ballena que se tragó a Jonás era mayor que esa peña.

Los empollones manifestaron su acuerdo:

—Sí, las ballenas son enormes.

—Mayores que casas.

—Mayores hasta que barcos.

—Mayores que un avión.

Habíamos oído alguna vez el zumbido de un aeroplano, e incluso habíamos visto aquella mancha que se movía en el cielo. Una mano empujó hacia mí una hoja de papel. Leí:

—La casa de mi padre es mayor que una ballena.

A mí, en realidad, me daba igual, pero repliqué: «¡Mentiroso!»

No quise leer su respuesta, pues ya me sentía bastante aplastado. Aquella era mi peña, mi peña particular y privada. Y ahora el maestro de la Escuela Dominical la había convertido en propiedad común de aquellos mentirosos, presumidos y adulones. Se había metido en un lugar privado, uno entre muchos. Diferente de aquel lugar para dormir, comer y vivir que pertenecía por igual a Essay, a la Cristiana Salvaje, a los hermanos, a parientes y semiparientes u «orno odo» (vaga expresión que designaba algo entre criado y allegado), Jonás era mi habitat propio y totalmente secreto. Y ahora el maestro de la Escuela Dominical había convertido a Jonás en algo de la Biblia.

Pues a partir de entonces aquella presencia paciente y plácida, hasta entonces anónima, se convirtió en Jonás. Para siempre. Su misterio quedó enredado en un mundo de increíbles relatos

bíblicos, mientras que antes no la afectaban ni siquiera las actividades diarias de modelar arcilla en su inmenso cuerpo, utilizando el agua de lluvia que había ido recogiendo en múltiples cavidades ovaladas. Preguntábamos quién las había hecho, aunque en realidad no sentíamos ninguna curiosidad. Pero las clases de modelado nunca afectaban a las vidas íntimas que compartíamos Jonás y yo durante los fines de semana, porque los escolares se iban a casa, mientras que yo me quedaba en los terrenos de la vicaría y podía ir a ella para escalar sus empinados costados y hundirme sobre su ancha espalda en la más total inmovilidad. En el recinto había otros peñascos, peñascos con matojos de bambú, con pendientes suaves por las que todos nos resbalábamos dando gritos. Jonás estaba desnuda, solitaria y era mía. Hasta que el maestro de escuela la convirtió en un cuento de hadas. ¡Mira que una ballena ir a tragarse a alguien y guardárselo en la barriga! Aquello no parecía del todo imposible, pero sí pertenecer a un mundo de fábulas, de la imaginación, de la lámpara de Aladino y del Ábrete Sésamo. Mientras que antes... Sufrí la experiencia de la desaparición de un confidente único, la pérdida de una presencia repleta que me abrazaba.

Otra era el guayabo, no el árbol frondoso y generoso que había junto al grifo comunitario, a la sombra de la residencia cuadrada y chata del pastor protestante. Este otro estaba a alguna distancia, cerca del edificio de la escuela de párvulos. Estaba protegido contra las piedras y los palos, porque por lo general sus frutos estaban más cerca del suelo y, en todo caso, no daba mucha fruta. Pero sí tenía grandes hojas carnosas de color verde oscuro, y una de sus ramas estaba tan cargada que casi tocaba el suelo. Aquel guayabo tenía una cierta afinidad con la temporada de las lluvias, nada auténticamente tangible, salvo que no parecía ser plenamente él mismo salvo durante las lluvias. Bajo aquellas nubes cargadas, realizaba la doble hazaña de existir y al mismo tiempo retirarse a un mundo interno de espíritus benévolos del follaje, de estar mojado lleno de una vitalidad turgente, en silencio pero sabiamente comunicativo. Eso era lo que ocurría con el paso del tiempo. Y lo mismo con Jonás en cierto sentido, pero el guayabo tenía aquella seguridad indefinible de tragarse el tiempo, de hacer que dejara de existir. Yo salía a escondidas de nuestra casa por la mañana y de pronto ya era de noche, y sin embargo no recordaba haber hecho nada más que estar subido entre las ramas. Miraba a Joseph, o a Nubi que subían por el camino bordeado de piedras. Naturalmente, más tarde a Nubi la bautizaron, igual que a todos los cristianos que venían a la familia. A partir de entonces, tuvimos que llamarla por su nombre de pila: Mary. Subía por aquel camino ancho, y primero se daba la vuelta hacia el estanque donde sabía que solíamos jugar, tirar guijarros lisos para que fueran dando saltos sobre la superficie cubierta de material en putrefacción, o sencillamente quedarnos contemplando los patos. Subía secándose la frente con la punta suelta de la falda y llamándome. Pertenecía a otro mundo, pero éste se hacía totalmente real cuando ella, experta, tiraba de mí desde donde estaba subido:

—Espera, que esta noche te van a dar caña.

Yo iba a trompicones todo el camino para mantener la misma velocidad que ella, que por fin me miraba algo preocupada.

—¿No sabes empezar a tiritar?

—No tengo frío.

—¿Quién te ha preguntado si tenías frío?

—Me has preguntado si no sabía empezar a tiritar.

—Idiota. *Ódé*. Esta tarde ha llovido. Cualquiera podría acatarrarse.

—Pero yo no —era verdad que había llovido. Ahora me acordaba de que me había refugiado en el aula vacía. Me tocó la ropa.

—Por lo menos no te has mojado. Si te hubieras mojado, sería peor para ti. Pero no entiendo por qué no viniste a casa cuando paró de llover, en lugar de irte a sentar en ese árbol.

Por fin comprendí.

—Podría decir que no pude venir por la lluvia, ¿no?

—¡Qué idiota! Hace dos horas que paró de llover. Por eso me envió Mamá a buscarte. Todos creíamos que habías pasado el tiempo en la casa.

—Pero le dije a Joseph que iba a ir al recinto de las escuelas.

—Ya se lo dijo. Pero te has quedado muy tarde. Es una pena que no tengas fiebre. Por lo menos te van a poner de cara a la pared.

Evidentemente, Nubi era muy astuta. ¿Habría hecho ya ese juego antes? Se lo pregunté tímidamente.

Se echó a reír:

—Te olvidas de que las medicinas de Mamá no son muy agradables.

—Pero tú ya has hecho antes como que tenías fiebre, ¿no?

—Escucha, tonto. Haces demasiadas preguntas.

—No, dímelo. —Era verdad que quería saberlo.

—Yo no tengo que hacer como que me echo a temblar cuando veo que Mamá me va a dar una paliza. Empiezo a temblar en cuanto me entero que está esperando a empezar. Aunque te parezca mentira, es ella la que pregunta si tengo fiebre. No se ha enterado de que uno puede empezar a temblar nada más que de pensar en ese látigo.

—¿Entonces dices que sí?

—Claro, idiota. ¿Qué harías tú?

—Pero tú siempre tienes temperatura —insistí. La Temperatura era otra de las palabras mágicas. Si la Cristiana Salvaje decía que tenía uno Temperatura, uno tenía Temperatura. Como nosotros cocinábamos en un hogar abierto, siempre me pregunté cómo era posible no descubrir una Temperatura si se ponía la palma de la mano en la frente de cualquiera de nosotros en aquella cocina sin ventilar. A veces observaba yo que a Essay no le impresionaba tanto la Temperatura.

Nubi reconoció que nunca había comprendido del todo lo de la Temperatura. Pero era bueno tenerla, y ella siempre la tenía cuando hacía falta.

—¿Crees que tengo Temperatura? —Me daba la vaga impresión de que quizá fuera posible, porque yo había ido corriendo para seguirla. Me tocó en la frente.

—Ni hablar. Creo que te va a tocar una tunda.

Pero los muros han conservado sus voces. En el aire resuenan voces familiares, voces del otro lado de las vigas. Isara era nuestra segunda casa: la casa natal de Essay. Todos los abuelos eran Padre y Madre, y no sé por qué los pronunciábamos como si estuvieran escritos con mayúsculas. Allí las vigas estaban ahumadas y no tenían la estera acostumbrada en el techo. Había objetos en los rincones del techo, objetos envueltos en hojas o en cueros. Algunos no eran tan misteriosos, pues muchas veces Padre subía la mano hasta uno de aquellos envoltorios, que parecía revestido con la materia acumulada a lo largo de cien años de sequía. Pero de allí salían cosas nada enigmáticas, como nueces de cola, o rapé. Isara era otro tipo de casa, que nos retrotraía al pasado de diversas formas. Todos los rincones estaban llenos de años. La pátina de los antepasados revestía todos los objetos, todas las caras humanas. Nuestros parientes de más edad contaban los años de manera diferente que los de Abeokuta, que eran parientes del lado materno. No me gustaban la laterita, las casas de adobe, los pisos enlucidos con abono, las manos de las viejas teñidas con añil; a mí me fastidiaba el contacto con manos transformadas por el brillo del añil. Y también era en Isara donde veíamos tantos tatuajes de añil verdoso en los brazos y los cuerpos de las mujeres.

El Año Nuevo significaba Isara. El cerdo ahumado, el aroma del humo de la madera, el polvo rojo de la estación seca, el bálago seco. El Año Nuevo era vino de palma, *ebiripo*, *ikokore*... un cierto tipo de amor y de protección más firme, hecho añejo por la tierra. Isara estaba lleno de amenazas no sospechadas, como cuando Padre sacó otro de aquellos bultos ominosos de las vigas, y resultó ser

caza ahumada, conservada de tal modo que parecía que no hubiera pasado el tiempo por ella. Nuestras mujeres eran más negras en Isara, mucho más negras. Los bubas, las faldas y los chales también eran de aquellos diversos matices de añil, aunque a veces uno se encontraba con un chai blanco, o con un tocado amarillo luminoso que dejaba la cara de quien lo llevaba sumida en una sombra todavía más antigua.

Yo no podía comprender por qué las vigas de Padre en Isara estaban tan desnudas, y al mismo tiempo tan llenas de sorpresas, mientras que las techumbres de nuestra casa en la vicaría, pese a lo bien aislada que estaba, carecía de todo misterio, salvo los correteos de los ratones. A veces intervenían las termitas. De pronto se nos caía en las cabezas la estera que tapaba el cielorraso: las termitas habían estado trabajando en silencio y nadie sospechaba que se encontraban por todas partes. Se sacaba de debajo de la cama una caja de papeles olvidada hacía tiempo y nos encontrábamos con que su contenido estaba destrozado por las termitas. Entraban en el techo a lo largo de una grieta invisible en la pared y se ponían al trabajo. De pronto quedaban al aire las planchas de hierro; entre el techo de zinc y la estera no quedaba nada. De hecho, la techumbre a veces provocaba ideas jugosísimas de una visita nocturna de Padre, impaciente por nuestra visita del Año Nuevo, que había escondido sus bultos misteriosos en el techo para que durasen todo el tiempo de espera. Era una idea inquietante, enervante. Por fin llegó la hora de verificarla.

No lo había planeado, aunque muchas veces me dedicaba a observar intensamente las esteras, lleno de expectativas. La primera percepción de que algo iba mal fue cuando se produjo un ruido estruendoso, auténticamente ensordecedor. Era el fin del mundo. Algo golpeó contra la estera y un instante después otro sonido, sordo pero fuerte, anunció que algo había pasado por allí y golpeado las planchas metálicas del techo.

Pero la definición de aquellos ruidos vino mucho después, pues para entonces yo ya estaba en el suelo, porque la explosión me había sacado alarmado de la silla. También me creía paralizado y me negaba a moverme: me habían matado de un tiro, no existía otra explicación para la celeridad de mi caída a tierra ni para la ausencia de dolor ni la total claridad de mis sentidos. Evidentemente, había alcanzado una dimensión celestial. Además, JE estaba en su dormitorio en aquel momento; yo estaba esperando a que saliera cuando ocurrió. No había nada que se moviera, de forma que no podía ser su dormitorio, cuya puerta seguía viendo yo con tanta claridad.

Volvieron a quedar enfocados los momentos anteriores. Sí, había estado sentado en la salita, bajo el reloj de porcelana. Había ocupado la silla en que se sentaban las visitas que necesitaban hablar con mi padre. La escopeta de aire comprimido de este último, estaba apoyada en la pared, y yo sentado en la silla junto a la puerta, esperando a que saliera con objeto de acompañarlo como de costumbre. Al igual que Jonás, al igual que el Guayabo y que el campanario, Essay-de-caza era otra experiencia privada mía. Nunca decía nada, yo lo seguía, a veces le llevaba la escopeta y recogía los pájaros que mataba, casi siempre palomas silvestres. A veces caían un halcón o un milano, una ardilla e incluso una vez un pequeño *emo*. Recordé los nervios que siguieron cuando cazó un ave rara, jamás vista antes, quizá migratoria. Pasábamos por el recinto escolar desierto y llegábamos a los bosques circundantes. Ante nosotros se erguían los peñascos, y él los escalaba cuidadosamente, tras pasarme la escopeta. Cuando llegábamos a una plataforma firme, él me pedía la escopeta y yo subía tras él. Nos quedábamos sentados a esperar. O bajábamos por el otro lado y entonces volvíamos por una ruta totalmente distinta, por el camino que recorría el muro de la escuela y entraba por la puerta principal. A veces el librero o el catequista se quedaban un rato con él, mientras yo seguía adelante con lo cazado aquel día.

Ahora, pegado al suelo, me flotaron por la mente escenas de excursiones anteriores, pues estaba seguro de estar muerto. Quizá hubiera caído en algo que soñaba a menudo mientras acariciaba la culata de la escopeta. Quizá hubiera encontrado el gatillo con la mano. Entonces me resultó evidente

que no había muerto, de manera que, naturalmente, aquel terror se vio sustituido por otro. De hecho, hasta entonces no había sentido ningún miedo. La aceptación de la muerte me había sido fácil; muy diferente era la idea de cómo reaccionaría mi padre ante mi descuido.

Me puse en pie como pude, pero despacio. Seguían sin oírse ruidos en el dormitorio. ¿Me lo habría imaginado todo? Estaba seguro de haber oído el chirrido de la puerta. Sería típico de él, pensé, mirar por entre la puerta y ver mis reacciones. La escopeta seguía apoyada en la pared, y al apretar el gatillo ni siquiera la había tirado al suelo. Me asaltó la nariz el olor de algo que se quemaba y me rasqué contra una silla para sofocar un estornudo. Aquella vez no me cabía duda: había algo que se movía detrás de la puerta. Miré fijamente al reloj de porcelana, asombradísimo de que no hubiera recibido un impacto. La boca del cañón seguía apuntando directamente a su base. La faz del reloj estaba decorada por un molino de viento y dos mujeres con faldas muy anchas y unos sombreros muy raros y ajustados. Al otro lado de la faz, que tenía forma de rombo, una bandada de pájaros volaba sobre los campos. Por primera vez, y durante un breve momento, me pregunté si mi padre había comprado el reloj por los pájaros. Todos los dibujos eran azules. La porcelana tenía aspecto frágil. ¿Podría escapar yo a una paliza?

Está mirando, pensé. Quizá se cree que estoy herido. De manera que aquello pasó a convertirse en otra posibilidad y empecé a buscar rastros de sangre. Nada. Y seguía sin oírse nada en su dormitorio. Pero yo lo conocía. El era todo lo contrario de la Cristiana Salvaje, que en un caso así ya habría venido corriendo. Primera idea: ¿Está herido? Al ver que está ileso una serie de golpes diez veces más letales de lo que pudiera ser el paso de una bala por la carne. Desde luego, más desorientadores. En cambio, JE podía continuar con sus planes anteriores, como si no hubiera ocurrido nada. La excursión de caza, a casa, a cenar, una conversación intrascendente, visitas, discusiones sobre cómo la Guerra estaba predestinada. La oración de la tarde y después...

—¡Wole!

No, no iba a ir de caza con él; que formulase su castigo como quisiera, pero a mí no me iba a mantener en suspenso, corriendo a su lado, llevándole la escopeta y recogiendo lo que había cazado, como si no fuera a pasar nada. Fuera lo que fuese lo que estuviera planeando detrás de aquella puerta... Me levanté de un salto y salí por la puerta antes de que él pudiera ni siquiera levantar la voz. Poco después me hallaba jadeante, tendido sobre el lomo de Jonás, con un ojo atento al sendero por el que tenía que pasar si seguía teniendo ganas de salir de caza.

Siempre iba a pasar algo en cualquier momento que significara la muerte «de este hijo tuyo», como parecía creer fervientemente mi madre. Y la amenaza más persistente a mi existencia en Aké parecía ser la de soñar despierto o quedarme pensativo. Averigüé que la forma en que ella describiera aquello dependía de la gravedad de la falta que había causado la lesión. No perdía ninguna oportunidad de recordar a Essay la necesidad de curarme de ella antes de que fuera demasiado tarde, de manera que ahora me puse a desear que se presentara y pudiera verla reaccionar a la noticia de que su profecía casi se había cumplido. La oía decir: «Ya te lo he dicho antes, de manera que no voy a decir más.» Para seguir, un momento después, hablando de los peligros de que un niño se pasara tanto tiempo pensando. No era la única. Sabíamos de padres que llevaban a sus hijos a ver a los «médicos indígenas» para curarlos del mismo problema.

Ahora ya me sentía auténticamente preocupado; parecía que, después de todo, la Cristiana Salvaje tuviera razón. Sólo había habido otra cosa que me hubiera convencido de prestar atención a lo que decía: el incidente del rosal. Estábamos todos en el patio y ella estaba cocinando, lo cual significaba que toda la familia estaba ocupada en prestarle ayuda con cosas de poca importancia: sostener una cuchara o una taza, recibir una bofetada si el fuego se apagaba o si la olla se derramaba. Salvo que se metiera en especial conmigo, yo lograba eludir la participación en aquel desorden, para lo cual generalmente me iba a leer en la salita, o incluso sencillamente me hacía invisible, porque me

ponía a terminar los deberes en ese mismo cuarto. Existía un reconocimiento general de que yo tenía unas tareas especiales en la casa. Tenía que participar algo en la cocina, pero en realidad no era más que una participación simbólica, muy inferior, por ejemplo, a la de Tinu, o a la de cualquiera de los «primos» que vivían con nosotros. Una de esas tareas especiales, que había escogido yo mismo y que me gustaba, consistía en cuidar del jardín de Essay. Me encargaba de regar las plantas, cortar los tallos muertos y ahuyentar a las arañas para que no tejieran sus telas en torno a los ricinos. Las rosas eran las que más cuidados necesitaban. Yo era muy cruel con las cabras que a veces lograban penetrar nuestras defensas para mordisquear las flores. Lo mínimo que se podía hacer era cerrar la puerta y luego darles de pedradas y de palos. Una vez casi matamos a pedradas a una cabra. Se quedó jadeante y sangrando en el sendero chico que llevaba a la puerta. Uno de nuestros primos había tenido demasiada buena puntería y la piedra había sido mucho mayor que las que, por acuerdo tácito, utilizábamos normalmente.

Cuando por fin abrimos la puerta, la cabra estaba demasiado débil para salir. Nos sentimos aterrados, le empezamos a echar encima agua fría, luego tiramos al pobre animal al otro lado del escalón. Cerramos la puerta y la miramos por una rendija, mientras rezábamos para que se recuperase y se marchara antes de que volviera Essay. Este estaba de acuerdo con que expulsáramos a las cabras, no con que las encerrásemos y las asesináramos. Para inmenso alivio nuestro, el pobre animal por fin se puso en pie y salió a trompicones inciertos. Al día siguiente había vuelto a los terrenos de la vicaría. Si hubiera vuelto a entrar en nuestro jardín, la habría matado.

Mi padre era el único que actuaba con más celo que yo para custodiar las flores, como descubrió, para su pesar, uno de los subordinados de JE. Aquel doloroso episodio le hizo adquirir un apodo: «Lé-móo» (¡vuelve a pegarla!), y también hizo a nuestros vecinos y colegas de Essay asombrarse del carácter de aquel extraño ser que era el Jefe de Escuelas, que era capaz de imponer una exigencia imposible con tamaña determinación.

Odejimi, el maestro, pensó al principio que era una broma típica de JE, error que cometía mucha gente dada la forma tan tranquila en que el Jefe de Escuelas decía exactamente lo que quería decir. El maestro acababa de llegar a la escuela, con una rosa en el ojal de la solapa. Mi padre admiró la rosa y después le preguntó, en tono muy normal, de dónde la había sacado.

—Pues de tu jardín, naturalmente, Jefe.

Essay no cambió de tono cuando dijo:

—Ah, ya me pareció que la reconocía. Veo que te gustan las rosas.

—Sí, desde luego, señor. Y tengo que felicitarte. La verdad es que tienes un jardín maravilloso. No lo sabía o lo hubiera visitado más a menudo.

—¿Ah, sí?, ¿y cómo descubriste que yo tenía' un jardín?

—Iba dándome un paseo y vi que tenías la puerta abierta. Vi las flores por allí y no podía dar crédito a mis ojos. Jefe, la verdad es que tienes unas flores muy bonitas.

—Gracias —dijo Essay. Y ahí quedaron las cosas.

Cuando terminaron las clases envió a buscar a Odejimi:

—Ah, sí, tu rosa. No recuerdo exactamente quién dijiste que te había dado permiso para arrancar una rosa de mi jardín.

Odejimi pareció quedarse estupefacto y después corrigió el error:

—Ah, no. Nunca dije que nadie me diera permiso.

Mi padre puso un gesto de sorpresa:

—¿De verdad?, ¿quieres decir que sencillamente te metiste en mi jardín y agarraste lo que te apeteció?

—Exactamente, Jefe. Quiero decir, que espero que no te importe. —El Sr. Odejimi estaba empezando, con mucho retraso, a darse cuenta de lo que pasaba.

—En absoluto —le aseguró mi padre. Pero ahora preferiría que la devolvieras. Ya sabes, al mismo sitio donde la encontraste.

Sucedió un largo silencio. Odejimi se olvidó durante un momento de la sintaxis y pareció tartamudear:

—Eh... ¿a devolverla, Jefe? ¿Quieres decir al jardín, devolverla al... al jardín tuyo?

—Sí, por favor; es decir, si no te importa.

—Naturalmente, Jefe. La... la verdad es que siento mucho que te hayas molestado. Tendría que haberte pedido permiso.

—Está bien. Basta con que la devuelvas a su sitio y nos olvidamos del asunto.

Odejimi lanzó una sonrisa, aliviado porque no iba a haber consecuencias más graves. Recogió sus libros y se puso en marcha rápidamente hacia nuestra casa. Essay lo contempló hasta que recorrió la mitad de la distancia y después lo siguió. Con su extraordinario sentido del tiempo, logró encontrarse con Odejimi exactamente cuando éste salía por la puerta de atrás. Odejimi estaba sonriente.

—Ah, veo que ya has acabado —observó Essay.

—Efectivamente, Jefe; la he dejado en el tiesto.

—Muy bien. Vamos a ver qué tal le va, ¿eh?

Odejimi, un tanto extrañado, siguió a su jefe a la escena del delito. Allí caía sobre el borde del tiesto, estaba la rosa marchita. Essay contempló largo rato el objeto y después ladeó la cabeza ligeramente hasta descubrir el tallo del que procedía.

—Pero inicialmente estaba en aquel tallo, ¿no?

—Ah, sí —confirmó Odejimi, con voz animadísima por su deseo de no contradecir—. Aquel fue exactamente el tallo del que la... eh, saqué.

—Muy bien. ¡Lé-móo!

—¿Cómo dices, Jefe?

—He dicho, Le-móo —y con esa última orden Essay se dio la vuelta y entró en la casa. Se puso tranquilamente a realizar las tareas que normalmente hacía a esa hora, sin hacer más caso al maestro.

Yo había vuelto corriendo a la escuela para advertir a Tinu y a Dipo. Juntos contemplamos cómo aquel pobre hombre abría y cerraba la boca igual que los peces cuando los traían, todavía vivos, los pescadores a casa. Inmediatamente lo volvimos a bautizar: ahora era el Sr. Lé-móo.

Lé-móo por fin hizo algo: con la rosa portada cuidadosamente en la mano, entró en la casa. Mi padre estaba en su dormitorio. Lé-móo se quedó en la salita frente a la puerta que daba al dormitorio. Durante un momento pensamos que cometería la locura más absoluta: seguir a mi padre al dormitorio, pues parecía estar lo bastante perplejo como para ser capaz de hacer cualquier cosa allí mismo. Sin embargo, se limitó a carraspear para señalar su presencia.

—Con permiso, Jefe. Esto, señor... señor Jefe.

Essay no hizo ninguna tentativa de disimular que efectivamente estaba en la habitación. Durante casi una hora Le-móo se quedó en el mismo sitio con la flor muerta en la mano. De vez en cuando, para indicar que seguía allí, decía: «Jefe, si se me permite explicar, Jefe...», «si se me permite una palabra, señor

Jefe»; «por favor, Jefe, me pregunto... si quiero decir, si se me permitiera...».

Pasó una hora hasta que Essay salió de la habitación. El espacio contra la pared al lado de la salita y las sillas dispuestas contra la pared al lado de la sala no era lo bastante ancho para que cupieran dos personas al mismo tiempo, y abrió mucho los ojos para manifestar una exasperación contenida al encontrarse con un perfecto desconocido que le cortaba el paso en su propia casa. Lé-móo se aplastó contra el borde de la mesa, pero Essay no trató de pasar. Por el contrario, esperó. Al maestro le llevó otro segundo entero darse cuenta de que estaba a punto de alargar la lista de sus

pecados y dio un salto atrás, lleno de excusas, tropezando con las palabras y con los pies. Essay no le hizo caso y salió al patio. Echó un vistazo al tiesto, miró a Odejimi, que lo había seguido hasta allí, y lanzó una sonrisa apretada y apenada que llevó al profesor a pasarse la lengua por los labios, lleno de miedo. Era una sonrisa que todos conocíamos, acompañada por un gesto con la cabeza de un lado a otro. En la despensa dimos volteretas con una emoción febril, pues habíamos reconocido el comienzo de una lección larga y difícil para el culpable profesor. Nos arrellanamos en nuestros asientos de primera fila, preguntándonos qué iba a ocurrir ahora.

En algún momento de la hora siguiente Lé-móo debió de pasar por una transformación mental, pues lo siguiente que hizo fue tratar de devolver la rosa arrancada al tallo. Empezó por quedarse un rato largo inmóvil, mirando al vacío. Después se volvió hacia el tiesto, andando como un sonámbulo, y una vez más colocó la rosa encima del tallo y apretó los dos extremos como para juntarlos. Cuando soltó la rosa, ésta cayó en tierra. Fue una gran desilusión. Al ver cómo miraba fijamente al vacío y cómo hacía gestos raros con la boca, habíamos llegado a la conclusión de que estaba preparando un hechizo, contra Essay o contra la rosa. Quedó claro que era esto último cuando sostuvo la flor contra el tallo, y nosotros nos dispusimos a dar gritos de ánimo, por pensar que aquella vez iba a funcionar. Fracásó, y Lé-móo se quedó mirando al tiesto, después levantó la cabeza y se la agarró con las manos mientras gritaba angustiado:

—¡Ye e! ¡Mo k'éran! [¡Ay! ¡Vaya problema!]

De pronto me dio pena.

Al momento siguiente estaba otra vez erguido y animado. Se le habían iluminado los ojos con una GRAN IDEA y salió corriendo de la casa como un poseído. Nos sentimos hondamente desilusionados. Sin duda Odejimi, maestro a las órdenes de JE, tendría que ser más inteligente. ¿Podía ser ésta la gran idea que se le había ocurrido? ¿Echarse a correr? Nadie podía escapar a Essay, y desde luego mucho menos alguien que se había metido con sus rosas.

No nos enteramos del auténtico carácter de su inspiración hasta que volvió de la tienda la Cristiana Salvaje, a la que seguía Odejimi. Este había ido a solicitar la ayuda de madre para apaciguar la ira del Jefe de Escuelas. El trayecto desde la tienda hasta la casa, que era un mero paseo de diez minutos, debe de haberles llevado una hora, pues Lé-móo insistía en postrarse ante ella a cada paso, retorciéndose las manos y repitiendo que si madre no hacía algo por él, era hombre muerto. Aquella lenta procesión continuó hasta el patio de atrás, donde la Cristiana Salvaje inició sus preparativos para la comida de la tarde. Le prometió cien veces que haría todo lo posible, pero Odejimi no quedaría satisfecho hasta que ella, fuera como fuese, llevase inmediatamente a Essay allí y consiguiera que le dijese que estaba perdonado-. La Cristiana Salvaje envió por lo menos a cuatro de los niños en todas las direcciones a espiar lo que estaba haciendo Essay, y hasta entonces no se tranquilizó el pobre hombre que obstaculizaba las operaciones culinarias de madre al ofrecerse a hacer cualquier cosa, comprendido agitar la sopa. Hubo que arrancarlo de la piedra de moler y al final se le envió al rincón más alejado del patio, con una botella de limonada y un plato lleno de chin-chin. Se los llevé yo y, como comprendí perfectamente su estado de ánimo, le hablé con amabilidad:

—Seguro que no tienes ninguna gana de comer.

—Ah, sí, no; quiero decir que sí, que no. Por favor, dale las gracias a Mamá, pero sí, quiero decir que le digas que no, gracias. Muy amable. Una mujer muy amable. ¿Ha llegado ya JE?

Tinu estaba esperando a la vuelta de la esquina. Nos repartimos el chin-chin y nos bebimos la limonada. A mi juicio, él ya había expiado su culpa y no me seguían interesando más sus inquietudes. Después de todo, no podíamos perseguirlo por el patio como si fuera una cabra.

Cuando Odejimi se marchó de la casa era casi media noche, y estaba agotado y arrepentido. La Cristiana Salvaje no se había enfrentado con el tema inmediatamente; se limitó a servir a Essay su cena, haciendo como que no comprendía el motivo de la rápida inspección que hizo él del patio a su

regreso ni la forma en que apretaba los labios cuando no vio a Lé-móo por ninguna parte. Después, se quedó encerrada con él durante una hora. Al salir envió algo de comer a Lé-móo, que no se había movido de su escondite en el patio. Tuvo que ir ella misma y obligarlo a comer, para gran desencanto nuestro.

Sonó la campana para las oraciones de la noche. A mí no me cabía ninguna duda de que Le-móo estaba arrodillado, rezando mucho al mismo tiempo que la familia, pero por sí mismo. Después de las oraciones, Essay se quedó sentado en la salita, leyendo. No dio ningún indicio de saber que Lé-móo estaba en el patio. Cuando la casa cayó en un silencio total, Essay fue por la sala al patio. Oí que gritaba:

—¿Está ahí Odejimi?

Aquel infeliz despertó asustado de su sueño y respondió inmediatamente:

—Presente, Jefe —y fue a trompicones hacia donde estaba Essay. Repitió—: Presente, Jefe, aquí estoy, Jefe; lo siento mucho, Jefe.

Entonces se oyó la voz tranquila y mesurada de Essay:

—¿No tienes una cama para irte a dormir? —Un silencio, y después—: Bueno, buenas noches. Cierra bien la puerta al salir.

Cuando oí que pronunciaba mi nombre una voz estrangulada, cuyo sonido era casi idéntico a las primeras tentativas de escape del agua de las tuberías después de las primeras sequías del harmattan, comprendí que sobre la casa había caído un desastre increíble. Volví a tierra asustadísimo, pues Essay había aparecido ante la puerta de fuera y por su cara corrían gestos desusados de horror, incredulidad e intensas emociones. Essay, el JE frío y calculador, me señalaba con un gesto tembloroso y hube de reconocer que, por increíble que pareciera, la voz que había pronunciado mi nombre era verdaderamente la suya.

Yo llevaba en la mano un tallo de *ewedu*. Me apoyaba en el barril cortado por la mitad y lleno de tierra, que era el lecho de los rosales nuevos a los que tanto tiempo y cariño había dedicado yo. Estaban empezando a aparecer los primeros capullos, y dos o tres de ellos ya habían empezado a abrirse. Lo raro era que ahora estaban hechos trizas, destrozados por mis propias manos. Si la Cristiana Salvaje no hubiera obligado a sus ayudantes a pasarse el tiempo yendo de un lado a otro, o a esperar a que ella les diera sus órdenes, habría visto mucho antes lo que estaba pasando y me habría hecho volver en mí. Pero estaba sentada en un taburete bajo, ocupada con sus ollas y sus pucheros, y casi todos los niños me estaban dando la espalda. Cuando Essay traspasó el umbral de la puerta del comedor, el panorama que vio por encima del grupo de cocineros fue el siguiente: su Jardinero Ayudante Número Uno estaba inclinado contra el barril, y con el tallo de *ewedu* en la mano izquierda estaba cavando en el rosal, con un gesto hipnotizado de estar mirando al vacío. Los pétalos recientes y frescos yacían heridos en su lecho, en medio de un amasijo de espinas y ramas. Hasta las hojas estaban rotas, había estámenes cortados por la mitad en los filamentos, las partes carnosas yacían deshechas encima de las hojas de los cálices, los tallos más jóvenes estaban levemente rozados por los golpes ligeros, pero persistentes, de una batuta de *ewedu* con la que había estado yo dirigiendo mentalmente una música. El desastre era total. A la luz del día, en presencia del gran número de personas que, como por arte del diablo (porque nada más que eso podía explicarlo) estaban colocadas de tal forma que no podían ni ver ni sospechar ni avisar, yo había atacado por vía de hecho las rosas de Essay y les había infligido heridas mortales.

Por lo menos, Lé-móo había tenido algo que tratar de volver a poner en la planta; pero, ¿qué se podía hacer en un caso así?

Nunca quise tanto a la Cristiana Salvaje como en aquel momento. En respuesta al rugido de dolor de su marido, levantó la vista y vio cuál era la situación. Exhaló un blando «Aja» e hizo un gesto de compasión. Al momento siguiente Essay recorrió a saltos la distancia que nos separaba y me

agarró en su punto favorito: en el lóbulo de la oreja, sólo que esta vez no sólo estaba pellizcando para hacerme daño, sino que estaba tratando de levantarme en vilo por la oreja. La Cristiana Salvaje actuó rápidamente. Fue una de las escasas veces de su vida en que se injirió en las decisiones disciplinarias de su marido, y llegó hasta quitarle las manos de mis orejas e implorar:

—Cariño, tendrías que *saberlo*. Seguro que estaba soñando. Aja, ¿no es él quien se pasa todo el tiempo cuidando del jardín? No se daba cuenta de nada. No sabía lo que estaba haciendo.

Los rugidos de Essay fueron disminuyendo hasta quedarse en hondos suspiros, y después empezó a respirar normalmente. Pareció calmarse. Volvió a contemplar sus plantas destrozadas, meneó la cabeza en un gesto de autoconmiseración y se marchó de la escena.

La Cristiana Salvaje suspiró:

—Algo habrá que hacer antes de que te mates o incendies la casa.

ME quedé en la estera, haciendo como que estaba dormido. Ahora tenía una nueva diversión matutina: mirar por la ventana cómo hacía gimnasia él. En la pared, junto al espejo, estaba clavado un cartel. Essay hacía todo lo posible por imitar al gimnasta blanco que estaba fotografiado en el cartel en toda una serie de posturas y contorsiones. Actuaba con la mayor calma y precisión, incluso en los movimientos más difíciles. «Adentro... Afuera... Adentro... Afuera...», mientras respiraba hondo. Se inclinaba, se tocaba las puntas de los pies, hacía flexiones laterales, rotaba el torso sobre su eje. Abría las manos y las cerraba, levantaba primero un brazo y luego otro, como si de cada uno de ellos le colgaran pesas invisibles. Le surgían ordenadamente gotas de sudor, que se iban juntando en riachuelos disciplinados. Por último recogía la toalla: había terminado la sesión.

Después recogía del alféizar el palillo de marcar y una taza, se pasaba el palillo por una fila de dientes impecables, se frotaba bien por entre las muelas, y luego arriba y abajo por los dientes. Escupía un poco en la taza. De vez en cuando gruñía una respuesta al saludo de un paseante. Alguna vez que otra accedía a devolver una frase a un vecino de paso, una frase con palabras inteligibles, pero a mí me parecía que aquello le costaba un esfuerzo.

Al cabo de un rato recogía la toalla, se ataba las puntas de la falda en un nudo a la cintura o se las ataba al cuello y salía de su dormitorio. Yo seguía el ruido que iban haciendo sus zapatillas por la casa y hasta el patio, por donde se daba un paseo, se paraba a examinar sus rosas y recogía algunos pétalos marchitos. A veces resonaba su voz que llamaba a alguien para que le hiciera un recado, probablemente que le trajese las tijeras para podar una rama seca. A menudo se limitaba a quedarse inmóvil entre sus plantas y a mirar a lo lejos por entre las flores.

La habitación daba una sensación de orden polvoriento, al contrario que el dormitorio de la Cristiana Salvaje. Este era una explosión de aromas, un olor-cilio permanente a partos, enfermedades, tartas, pasteles y pequeñas mercaderías. Iban desde el olor penetrante y embriagador a *aso bké*, hasta las bolas de alcanfor, pasando por centenares de ungüentos. Algunas de las gentes de la familia, entre ellas una criada ya mayor, se seguían haciendo pis en la esterilla de dormir por la noche, de manera que en el aire siempre había un leve olor a orina. En todo caso, si uno de los niños se ponía enfermo, inmediatamente se lo trasladaba de la esterilla en el suelo al enorme lecho con dosel de ella, donde el colchón seguía absorbiendo los efectos de una vejiga cuya educación había quedado temporalmente descuidada debido a una fiebre extraña. Después, se ponía el colchón al sol durante todo un día, pero nunca perdía aquel olor acre que llenaba la habitación incluso cuando ambas ventanas estaban abiertas de par en par.

La cama de la Cristiana Salvaje era el doble de grande que la de Essay, o por lo menos eso parecía. Tenía unos pomos enormes de cobre en sus cuatro columnas, y los barrotes que había a la cabecera y los pies de la cama tenían unas bolas, también de cobre, que se podían desatornillar. No sé muy bien por qué, el raíl que había al pie de la cama había desaparecido totalmente, lo cual nos ahorra muchos castigos. Ahora, cuando destornillábamos las bolitas del extremo sobreviviente, jugábamos con ellas y las perdíamos, siempre podíamos conseguir otras de repuesto del raíl de desecho que estaba escondido en el gran desván.

La gran cama de dosel con aquellas bolas brillantes y el inmenso tocador eran los únicos muebles del dormitorio que aspiraban a tener una forma definible. Todo lo demás que había en la habitación, estaba decidido, incluso fanáticamente, establecido en contra del orden o la permanencia en cualquiera de sus formas. Había envoltorios amontonados debajo de la cama, había cestos llenos de jabón, bandejas llenas de latas de sardinas, arenques, paquetes de azúcar, varas de paño,

alcanforeros redondos, y paquetes cuadrangulares de manteca de *ori* envuelta en hojas, o paquetes de jabón negro, de fabricación local. En los alféizares de las ventanas había jarras de dulces, hechos en casa e importados, como las mentas de Trebor, junto a viejos folletos, biblias, libros de himnos religiosos y libros viejos. En un rincón estaban amontonadas latas herméticamente cerradas de keroseno, aceite de palma, aceite de cacahuete, cuencos esmaltados de *gari*, de alubias y de maíz seco... Mi padre llegaba a la habitación en busca de algo, miraba en su derredor, renunciaba y salía meneando la cabeza con un gesto de paciente desesperación.

La superficie de la cómoda se señalaba por la misma profusión de desorden, sólo que sus habitantes pertenecían a una especie diferente de la caverna insaciable que había debajo de la cama, en los rincones del cuarto o en los alféizares. Los residentes autorizados eran los joyeros, las cuentas sueltas, las pulseras, los pendientes y otros ornamentos, una Biblia con tapas de cuero, libros de himnos y de oraciones, todos ellos con marcapáginas de seda. También había platos decorados en altorrelieve, como la cicatriz en la cara de un *ara-oke*, y otras curiosidades complicadas, que se multiplicaban en épocas de festivales, o cuando llegaban visitantes de lugares lejanos. Pero, por la noche, se creaba suficiente espacio en el suelo como para extender una estera en la que dormía un grupo en mutación constante de niños (a veces llegaban a ser hasta 12, pues no había una coleccionista más ávida de niños necesitados que la Cristiana Salvaje, con el apoyo tácito de su marido). Nunca la oímos decir que no a los padres, tutores o parientes que traían a sus pupilos a «recibir educación», o sencillamente para que tuvieran cuidado de ellos. Algunos se escapaban, pero lo único que conseguían era que los volvieran a traer a casa. Algunos llegaban con las cabezas todas tiñosas, con los estómagos hinchados por la mala alimentación, con los pies comidos por el pian y con piojos en el pelo. Otros llegaban bien vestidos y lavados, con cajas llenas de ropa nueva y los bolsillos llenos de dinero para sus gastos.

—¿Para qué son todos esos portamantas? —preguntaba la Cristiana Salvaje con gesto engañosamente inocente, pero sin engañar a nadie.

—Bah, no son más que unas mudas.

—Ya entiendo. Bueno, déjale dos camisas y un par de pantalones cortos, un *dansiki* para ir a la iglesia, y el resto te lo llevas. En cuanto al dinero, que no se quede con nada. Si necesita dinero de bolsillo, que venga a pedírmelo.

El dormitorio de la Cristiana Salvaje revelaba el carácter mismo de los niños a los que daba ella acogida: se hacía la guerra a sí mismo y al mismo tiempo creaba una sensación de integración. Era como si fuera el dormitorio, y no sus padres de verdad, el que hubiera engendrado a esta familia, la hubiera echado al mundo únicamente para reabsorber a todos y cada uno de los niños y convertirlos en niños de la casa. En la calma y la intimidad del dormitorio de mi padre yo me preguntaba acerca de aquellos otros padres que los abandonaban de buena gana en la casa del «jefe-deescuelas» y su mujer. Me pregunté lo que opinaba mi hermana acerca de todo aquello, al no poder disfrutar de la intimidad que tenía yo gracias a mi posición privilegiada en el dormitorio de padre. Dipo era todavía muy pequeño. Como también era varón, yo esperaba que más adelante se sumara a mí en *nuestro* cuarto; parecía lo correcto.

Era un cuarto polvoriento debido a la acumulación de papel: revistas viejas, cuadernos, archivos, carteras de cuero viejo y baúles metálicos, zapatos de cuero cuidadosamente ordenados. Dos veces al año Essay reducía el volumen de papel al encender una hoguera de la que arrancábamos catálogos satinados y revistas misteriosas que después estudiábamos. Pertenecían a un mundo diferente, irreal. Cuando yo levantaba la colcha que caía hasta el suelo, miraba a ras de tierra en torno a las cajas de cartón y los baúles, todos ellos en espera de la siguiente purga, y me preguntaba si sabían que iban a terminar en una hoguera.

El cuarto estaba lleno de motitas de polvo atrapadas en el rayo de sol que entraba por la ventana.

A la luz de éste yo examinaba la librería con sus estantes bien ordenados. Ya me había adentrado yo en una parte de su contenido y dejado asombrado incluso a Essay ante mi apetito para los libros, pero ni siquiera él sabía hasta dónde había hurgado yo en su biblioteca. Me había dedicado, sin que nadie me lo dijera, a quitarle el polvo a su dormitorio, tarea que por fin le quité a Joseph, que era el encargado de ella. La mitad de mi hora de trabajo se dedicaba a devorar sus libros. La Cristiana Salvaje no perdía una sola oportunidad de exhibirme ante sus visitantes y, al principio, yo no necesitaba que me dijeran nada para empezar la exhibición. Pero después se empeñó en que también participara en aquello Tinu y en criticar lo poco que sabía, en comparación, ésta. En lugar de ponerme contentísimo cuando me invitaban a leer algo, me empecé a sentir incómodo y después dolido. Tinu era mi mejor compañera de juegos, y entre nosotros se había ido estableciendo un vínculo protector que no se mostraba más que cuando ella estaba dolida o se sentía amenazada. Yo consideraba que el ayudarla a ella a hacer sus tareas era igual que hacer las mías; no veía la diferencia ni comprendía por qué Essay consideraba necesario hacer preguntas ideadas evidentemente para atraparla en falta. Pero el mayor crimen era criticarla delante de extraños.

Lo que la Cristiana Salvaje consideraba el mayor crimen era otra cosa: consistía sencillamente en manifestar «émí ésü», el espíritu del diablo, en cualquier momento, pero cuando era más imperdonable era cuando había visitas. El catálogo de «émí ésü» era enorme, y comprendía la demostración de la más mínima prueba de «desobediencia» a las órdenes de uno de los padres. Ninguno de los hijos de JE y de su esposa, ninguno de sus pupilos, ningún «orno odo» podía cometer tamaño crimen; por desgracia, algunos tenían unas caras que los traicionaban incluso antes de que se formara la idea de desobedecer. La Cristiana Salvaje me insistía constantemente en que yo era el principal de ellos. Entonces recurrí a no encontrar los libros con los cuales había de demostrar mi inteligencia ante las visitas, empecé a tener fiebres repentinas que por desgracia nadie se creía, pues no iban acompañadas de «Temperatura». Bukola era la única niña conocida mía que podía manipular sin esfuerzo la «Temperatura», y en su caso siempre en sentido opuesto: sencillamente empezaba a ponersele frío el cuerpo. Como yo carecía de su talento, me dediqué a desaparecer cuando me ordenaban que encontrase un libro y me exhibiera delante de las visitas.

Tenía un aliado. No era más que un gesto pasajero, y Essay nunca se permitió más que una sola vez revelar su desaprobación. También es probable que en realidad no le importara cuando la exhibición se realizaba entre su «propia gente» (como su grupo de debates), pero por lo menos una vez lo pesqué haciendo una mueca de desagrado y después darse la vuelta para disimularlo. Mis desapariciones empezaron a hacerse más atrevidas, los libros no se encontraban, la puerta del dormitorio de Essay quedaba cerrada misteriosamente no se sabe cómo y la llave desaparecía. Me hice temerario, y aquello empezó a parecer lo normal.

Entonces busqué modos de dejar que la familia comprendiese que padre y yo vivíamos en un mundo aparte. La Cristiana Salvaje observaba el abandono progresivo de la participación en el ordenamiento general de la familia y me lo permitió. Las palabras «Papa me ha dado tareas» eran definitivas y no permitían discusión. Pero aquel aparente triunfo no llegó sin profundos temores. No es que yo percibiera una batalla, sino que se estaban trazando líneas de demarcación, pero incluso éstas exigían un cierto desafío que iba en aumento un día tras otro. Yo me lo negaba a mí mismo, pero sabía que estaba produciéndose: el trato de que era objeto mi propia hermana no fue sino el primer acontecimiento que me lo hizo percibir con inquietud.

En el fondo, yo sentía que marchaba en línea recta hacia un castigo terrible. No podía definir cómo me lo había merecido ni cómo impedirlo. La canción del cuento que me había contado mi padre la noche anterior me volvió a la cabeza como una advertencia especial:

*Tere gungun maja gungun
tere
Igba o lese
Tere gungun maja gungun
tere
Igba mi l'awun o
Tere gungun maja gungun
tere*.*

*[La calabaza no tiene brazos.
Tere gungun, etc.
La calabaza no tiene piernas.
Pero la calabaza persigue a la tortuga.*

Claro que la tortuga mentía. El decir que no veía manos ni pies en la causa de su terror era típico de su carácter mentiroso. Pero la visión de calabazas que rompían sus ataduras en el campo y empezaban a perseguirla por las piedras y los ríos debe de haber sido de lo más enervante. La canción me parecía mucho más adecuada a mi propio caso: cada vez que la Cristiana Salvaje me acusaba de estar poseído de «émi ésü», yo me sentía simplemente estupefacto de que nadie más pareciese compartir mi profunda sensación de injusticia. Después de todo, no era yo quien había provocado la situación. En la siguiente expedición recorrí el bosque con un ojo temeroso atento a cualquier cosa que pareciera bulbosa. En los campos o los bosques de la vicaría no había calabazas, pero sí baobabs con sus frutas ovaladas y aterciopeladas, de la forma y el tamaño de piedras de moler. Las veía lloverme encima y después perseguirme por el bosque. Si la Cristiana Salvaje rezaba lo suficiente, quizá pudiera ocurrir aquello.

De pronto vi el cartel de la gimnasia; aquello ofrecía una escapatoria a mis temores. Me puse en pie y empecé a imitar algunas de las posturas del gimnasta.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

Acababa de entrar Lawanle. Aquella intrusión era imperdonable.

—¿No sabes que tienes que llamar antes de entrar en el cuarto de Papá?

—¿Desde cuándo eres tú Papá? —y siguió avanzando por la habitación.

—¡Sigue siendo *nuestro* cuarto! —insistí.

—No va a serlo mucho tiempo —dijo—. Ya sabes que te estás haciendo mayor.

—¿Qué importa eso?

—Ya te enterarás cuando llegue el momento —dijo con un encogimiento de hombros—. Ahora vamos. Mamá está preguntando lo que haces todavía en la habitación. ¿Por qué no te has bañado todavía?

—¿De qué me voy a enterar?

—Ay, Dios mío, vamos. ¿Es que siempre tienes que responder a una pregunta con otra? Eso es lo que te pasa, que te gusta demasiado discutir; te crees otro Papá, ¿no?

—¿De qué me voy a enterar?

Ella canturreó:

—De que en esta casa va a haber algunos CAMBIOS.

—¿Qué cambios?

Lawanle soltó una de aquellas risas desdeñosas suyas:

—Alguien va a enterarse muy pronto.

—De acuerdo, ya no me interesa. Te puedes guardar tus secretos.

Me llevó a un rincón de la sala y me preguntó:

—¿No te ha contado Papá que iba a salir de viaje?

—¿A dónde?

—Ya lo ves. Siempre es un error responder ni siquiera a una sola de las cosas que preguntas. Lo único que se consigue es que preguntes otra cosa.

Mentí:

—Ya sabía que iba a salir de viaje porque anoche me contó un cuento más que de costumbre. Es lo que hace cuando va a estar fuera algún tiempo. En realidad me contó dos más, pero me quedé dormido a la mitad del último.

—Entonces debería haberte dicho a dónde se iba de viaje.

Ya estábamos cruzando la sala y acercándonos al patio, de manera que la conversación no podía continuar.

Mientras me lavaba en el cuarto de baño, me sentí enfermo de aprensión. Lo que había dicho Lawanle no había hecho sino aumentar la inquietud que últimamente me invadía de manera subrepticia: aquellas frases que empezaban en la lengua de madre pero que nunca terminaban, la desaprobación pasajera de algún privilegio que me concedía Essay, la forma de fruncir los labios cuando yo me iba con mi estera a su habitación, mientras que Tinu, los primos y todos se tiraban a la estera común. Yo odiaba la estera común, según comprendí de repente; era algo más que meramente sentirme especial en el cuarto de Essay. La odiaba con una vehemencia que iba más allá de que alguno de los otros, mucho mayores que yo, todavía mojaban la estera. Sencillamente, yo prefería estar solo.

Mi padre se fue de viaje; yo me trasladé al dormitorio de la Cristiana Salvaje. Esperé su regreso con un tipo diferente de preocupación: su regreso sería el momento de la verdad. La primera noche de su regreso hice un gesto para volver a mi lugar habitual de las noches, pero me lo impidió la voz de mi madre que decía tranquilamente:

—Wole, ¿por qué no duermes con los demás esta noche? No debes abandonarlos sólo porque haya vuelto tu padre. Y tu hermanito pequeño está acostumbrándose a bajarse a dormir contigo.

En la oscuridad analicé aquel tono. ¿Iba a ser sólo una expresión simbólica de que a mí me gustaba estar con los demás? No me creía en absoluto que la Cristiana Salvaje se preocupara por los sentimientos de Ladipo; aun así, me permití abrigar la esperanza de que la recuperación de mi puesto quedara aplazada sólo durante una noche. A la siguiente se reanudarían las relaciones normales.

A la noche siguiente me acosté en mi estera en la oscuridad y lloré. El traslado era permanente. Y no se podía confundir la media sonrisa un tanto culpable de confirmación que vi en la cara de mi padre.

Ladipo iba creciendo muy rápido en su cuna. Había nacido con una energía ruidosa y excesiva que constituía otro motivo para alejarse lejos del dormitorio materno. Hacía mucho tiempo que había iniciado sus esfuerzos por salirse a gatas de la cuna, y lo había logrado alguna vez, casi siempre a costa de caerse al suelo, de desesperado que estaba por reunirse en la estera con nosotros. Se me ocurrió entonces que aquel niño no había nacido con ningún sentido común, si de verdad quería abandonar la paz y la seguridad de su cuna para sumarse al montón de cuerpos que había en la estera. El dormir allí producía los sueños más extraños. Me caía un árbol encima del cuerpo y yo me despertaba alarmado: era un brazo o una pierna que alguien me había puesto encima. Otros de los dormilones eran guerreros veteranos del sueño: si se dormían era únicamente para *ja'run'pa*, para combatir en guerras tremendas que los llevaban de un extremo a otro de las esteras; segando y echando a rodar cuerpos a su paso, para terminar por la mañana cabeza abajo o milagrosamente de vuelta a su puesto inicial. Por la noche me despertaba tras un violento combate con serpientes pitón que se me habían agarrado a todas las extremidades, o aparecía sofocado bajo monstruos pegajosos de un pasado mítico, sin poder lanzar el grito de socorro que me surgía en la garganta.

Nada podía perturbar el reposo absoluto de aquellos guerreros ni de las otras víctimas de sus campañas. Dormían y roncaban tan tranquilos toda la noche, dirigidos desde la cama por el contrabajo estentóreo de la Cristiana Salvaje. Cuando uno se despertaba a media noche, los ruidos de la habitación eran como los de la fábrica de conservas del Blaize Memorial, a donde nos llevaron una vez para que viéramos cómo una serie de monstruosas guillotinas, motores y cintas sin fin, pistones y calderas humeantes roncaban, eructaban, escupían, tronaban y emitían chorros medidos de líquidos que entraban en las latas y los frascos, y limpiaban, rajaban, pelaban y enlataban pomelos, naranjas, guayabas y peras.

Por las mañanas solía haber discusiones acerca de quién era el que había dejado una o dos manchas de humedad en la estera. La Cristiana Salvaje era especialista en aclarar aquel pequeño enigma y pronunciaba su fallo con tanta facilidad detectivesca que bordeaba en lo místico, habida cuenta de las posiciones impre-decibles en que se encontraban los sospechosos por la mañana, lejos de la escena del delito. Gradualmente comprendí que existía una forma y un olor característicos creados por las secreciones de cada ser humano, cuyo secreto sólo podía ser conocido de los padres, incluidos los adoptivos. En cuanto a estos últimos, mis únicas dudas eran acerca de si el secreto se transmitía de forma misteriosa o formaba parte de las notas sobre la personalidad de cada uno de ellos que traían los padres verdaderos de cada «primo» o «prima» cuando lo entregaban a los nuestros.

—Tienes que vigilarlo, señora. No es que robe, no. Nunca lo he cogido con ese terrible hábito. Pero es perezoso, ay, perezosísimo. Esa papaya que cuelga de ese árbol ahí, que ni siquiera tiene suficiente energía para apartarse cuando la pica un pájaro, no es ni la mitad de perezosa que este maldito que tienes aquí delante —y continuaba, golpeando con el dedo en la cabeza del muchacho, que no sabía qué hacer—. Mira esa papaya medio comida, en eso es en lo que se convierten las cabezas de los niños cuando no las usan. Te decimos que estudies, pero no quieres estudiar. Quieres convertirte en un *alaaru* que lleva paquetes por medio penique en la estación de Iddo. Mira, si no trabajas ahora con la cabeza ni siquiera vas a tener una cabeza en la que poner un paquete porque se hundiría. Se te convertirá el cerebro en pulpa y te lo picarán los pájaros cuando estés durmiendo, como esa papaya medio deshecha que ves ahí...

Aquel era el último deber público que cumplía la madre antes de abandonar al mal estudiante. Pero después, al marcharse, recordaba invariablemente un último detalle que siempre tenía que comunicar en voz baja. Por mucho que lo intentáramos escuchar Tinu o yo, nunca lográbamos enterarnos de cuál era aquel secreto estrictamente-entre-padres. La madre que abandonaba al niño se hacía a un lado, casi de modo culpable, y desde luego de manera muy furtiva, junto con la Cristiana Salvaje, y entonces se producía una conversación breve, intensa, unilateral, con vistazos directos al que iba a cambiar de casa. Tras mucho pensar en el problema de la estera común, no era posible otra conclusión que en aquella charla secreta era en la que pasaban de una madre a otra las características del charquito de orina del recién llegado.

Las diversiones de las calles públicas solían alcanzar hasta los terrenos de la vicaría. Los ruidos llegaban mucho antes: seguíamos su rumbo y en unos minutos sabíamos si el acontecimiento iba a pasar cerca de nosotros, en cuyo caso corríamos a la escalera y a otros puntos improvisados que nos permitían una visión de Aké por encima del muro de la iglesia contra el que casi me había matado. Ahora ya podía subir corriendo la escalera con los demás. Si el espectáculo llegaba por la cima del camino de Itoko hacia Aké, que subía hasta casi el cielo, entonces daba la vuelta al recinto de la iglesia y seguía hacia el palacio; mantenía un rumbo recto al pasar junto al cenotafio del guerrero

Okenla y en torno a la librería hacia Igbein y la Escuela Media de Kutu; o, lo cual era lo mejor de todo, pasaba directamente bajo nuestras narices a lo largo de la carretera sin asfaltar que había entre el recinto de la iglesia y nuestro muro, y después torcía a la izquierda hacia el Aafin o a la derecha en dirección del Hospital General. Según de qué se tratara, la vicaría recibía también aquellos huéspedes ruidosos; sin embargo, los funerales no nos visitaban, aunque a veces eran muy parecidos a bodas o a salidas de las sociedades de baile.

Abría el camino el vehículo funerario, tirado por los deudos; a veces el lugar de éstos lo ocupaba un caballo, pero aquello no era muy frecuente. El ataúd estaba tapado por coronas hechas de ramas trenzadas de palma en las cuales se introducían las flores. Si se dirigía a San Pedro, la campana de la iglesia empezaba a doblar unos minutos antes de que se viera el cortejo, con tañidos solemnes y aislados a intervalos de treinta a sesenta segundos. Casi podíamos sentir las lentas pisadas por el terreno, acompañadas por los chirridos de las ruedas del vehículo al girar. Muchas veces aparecían en silencio, cada cara con gesto de pena, de compasión o de conciencia de la ceremonia de que se trataba, y estas últimas eran fáciles de detectar. Había otras que se dedicaban a examinar una tarjeta que se había soltado de la corona, que fruncían la boca con un gesto inmutable y que volvían para decir algo a intervalos exactos a las personas que verdaderamente estaban de luto. Al llegar a la iglesia se descargaba el vehículo y un grupo de hombres llevaba su contenido al interior. Siempre parecía raro que, pese a todos los funerales que se celebraban en San Pedro, nadie hubiera ideado jamás una forma cómoda de sacar el ataúd del vehículo, subirlo los pocos escalones que había, pasarlo por el pasillo entre los bancos y depositarlo en los dos que habían cruzado enfrente del altar. El ataúd siempre parecía pesadísimo, independientemente de quién fuera el muerto; los que lo transportaban se encorvaban bajo su peso y siempre estábamos esperando a que uno de ellos tropezara y el ataúd cayera de golpe. Eso no ocurrió nunca.

Sin embargo, había otras procesiones que cuando llegaban a los oficios eclesiásticos ya llevaban un clérigo ensotonado que iba cantando un himno o entonando los estribillos de oraciones u otras cosas y que encabezaba la procesión o la cerraba. Aquellos cánticos eran tranquilos y moderados como procedía. No eran nada en comparación con la «escena que seguía al entierro en sí, inmediatamente después de los oficios en la iglesia. La fila de mujeres solemnes que iban llorando, con sus tiosos compañeros, se rompía y se desparramaba por la calle en medio de danzas extasiadas. Las manos que habían ido cruzadas de manera tan formal frente a los deudos hacían animados adioses a todos los que estaban junto al camino, como si cada uno de ellos representara al pariente al que acababan de enterrar. Aparecían como caídos del cielo trompetas, clarinetes, tambores, panderetas y trombones, todo dependía de lo anciano o lo importante que hubiera sido el muerto. Incluso el vehículo vacío parecía verse afectado por aquellas contorsiones enloquecidas, lo cual no era de sorprender, pues los dos hombres que seguían llevándolo de la lanza también se habían dedicado a bailar enérgicamente. Parecían tener sus propios movimientos especiales: unos pasos a la derecha, después a la izquierda y vuelta a un rumbo recto; después tiraban hacia arriba la lanza del vehículo y antes de que bajara se volvían para mirar al resto de la procesión y entonces seguían bailando hacia atrás mientras continuaban tirando del vehículo. Las mujeres eran las que tenían pulmones más potentes, y cantaban con toda su energía, sin moderar los movimientos de sus nalgas:

He o, ile o

He o, ile o

Baba)Iya) re'le re

He lo lo tarara

Baba re'le re

Ile lo lo, ko s'ina

[A casa, a casa,
El viejo se ha ido a casa Directamente
El viejo se ha ido a casa,
A casa va y no se perderá.]

Había un espectáculo que no nos agradaba. De hecho, salvo para los chicos de la calle que lo seguían, los espectáculos de aquel tipo no tenían nada de festivo. Cualquiera fuese la forma que adoptaban, su elemento principal era el siguiente: un chico o una chica culpable de algo, con la prueba de su transgresión atada al cuello o puesta encima de la cabeza. Después, el tutor o el padre o la madre le daban de vez en cuando con el látigo del castigo. Cuando pasaban por las calles se alentaba a los vagos y a los golfillos a sumarse a la procesión, mientras gritaban y cantaban a voz en grito. Iban recogiendo latas y cajas por el camino, y hacían una serie de músicas a cuyo son debía bailar el culpable; muchas veces era éste el que dirigía la canción y la masa cantaba el estribillo. Casi todas las veces, aquella pobre persona humillada era una muchacha, cosa que me causaba una cierta impresión.

Quizá fuera la única ocasión en que la bondadosa Sr. L. se ganó mi desagrado silencioso. Su criada padecía el mismo tipo de incontinencia que afligía a la mayoría de los primos y los criados de nuestra casa. Una mañana miramos a la calle, atraídos por los ruidos del ritmo habitual, producido con palos y latas en los terrenos de la propia vicaría. Los ruidos llegaban del recinto del librero y pronto distinguimos las siguientes palabras:

Toóle, Toóle, a f'ókó itó borí Suúle suúle fóko nüdi [Moja la cama, moja la cama, Se tapa la cabeza con un orinal Se caga en la estera y se limpia con fibras.]

Y entonces la vimos. Llevaba en la cabeza la estera manchada y enrollada y la procesión iba de casa en casa, en cada una de ellas hacía una parada y la chica tenía que hacer su baile de la vergüenza. En cada casa la Sra. L. hacía un gesto y la música se interrumpía brevemente:

—Miradla. Tiene dieciséis años y todavía se moja en la estera como una recién nacida. No sé qué hacer con ella, Tita. Es que no sé qué hacer con ella. Tiene ya edad para pensar en casarse, pero ¿dónde va a ir si moja la estera y el cobertor? Mirad qué cosa tan fea, tan sin espíritu, tan poco atractiva. En todo caso, ¿quién va a mirarla y a querer meterla en su casa? Ni siquiera parece saber que el mercado de maridos no está para la gente así... ¡Cierra la boca! —y caía e] látigo sobre la chica lloriqueando, le daba en los hombros, en la espalda y en las piernas para hacerla saltar, de modo que sin necesidad de que nadie dijera nada, se reanudaba la charanga al ritmo de los saltos que daba ella.

—¿Te he dicho que lloriquees? ¡Baila, atoo'le! ¿Te crees de verdad que impresionas a nadie con tantos lloros? ¡Vamos, canta! Te están tocando el tambor niños que podrían ser tus hijos y que dejaron de mearse en la cama hace años. Pero tú no tienes vergüenza, de manera que baila cuando te tocan el tambor.

La duración de aquello dependía de la resistencia del padre o tutor o de que éste se encontrase por casualidad con alguien lo bastante compasivo, fuera en una casa o en la calle. Cuando llegaron aquella vez a nuestra casa, la Cristiana Salvaje salió a mirar hasta que juzgó que ya se podía apaciguar a la Sra. L. Entonces hizo que se detuviera el tamborileo y el cántico y con un gesto convocó a la criada a que se acercara.

—¿Te gusta esto a ti? —preguntó.

La criada parecía estar atónita, o quizá ni siquiera oyó la pregunta. La Sra. L. levantó el látigo:

—Creo que se ha vuelto sordomuda. Déjame que le abra un poco las orejas.

La Cristiana Salvaje hizo un gesto para frenarla. La Sra. L. dejó caer el brazo y continuó el sermón:

—¿Te gusta esto a ti? ¡Mira que tener que llevar por las calles así, a tu edad! ¿Está bien que una chica mayor siga mojando la estera? Eso es lo que te he preguntado.

—No, Ma, no está bien.

—¡HABLA EN VOZ ALTA!

La criada dio un salto del susto y volvió a encontrar su voz para hablar a distancia:

—No, Ma, no está bien. No está bien.

—Muy bien. Pero ¿sabes que todo esto es por tu propio bien? ¿Que te están ayudando para que no vayas a hacer el ridículo en otra parte?

—Sí, Ma, sé que es por mi propio bien.

—¿Vas a tratar de cambiar?

—Voy a cambiar, Ma. Prometo por todo el poder de Dios que voy a cambiar.

Aquella conversación duró un rato y terminó con un breve sermón. La Cristiana Salvaje se volvió entonces a la Sra. L. y «tomó sobre sí el resto del castigo». La Sra. L. hizo una reverencia, la criada se hincó de rodillas en tierra y dio las gracias, los chicos de la calle empezaron a marcharse comprendiendo que se había acabado la diversión. Yo me quedé mirando a la Sr. L. y la criada, colocada detrás de ella, que volvían en medio del silencio que había vuelto a invadir los terrenos de la vicaría, y me pregunté si la criada volvería a mojar la estera aquella noche. La-wanle decía que aquel sistema siempre funcionaba, pero únicamente si además quien estaba en falta cocinaba el nido de la mantis religiosa y se lo comía. Lawanle decía que a uno de los primos le había preparado por lo menos una docena de nidos de mantis religiosa, más una pócima especial preparada conforme a la receta de una vieja de Ibarapa. Ella misma la había utilizado con éxito hacía varios años. Todo el mundo estaba de acuerdo en casa en que la Cristiana Salvaje no aplicaba el tratamiento necesario. El enviar a los culpables a la cama sin cenar no iba a resolver nada; lo único que hacían era comer más en la última comida que les daban, que no podía ser después de las cinco de la tarde. Y en todo caso, ¿quién iba a vigilarlos todo el tiempo para asegurarse de que no bebían agua para engañar el hambre cuando se iban a la cama? Aquello era asunto para *babalawo* [El sacerdote del oráculo; el adivinador] y éste, según insistía Lawanle, probablemente prescribía el mismo método que empleaba la Sra. L.

Cuando la Sra. L. trajo su espectáculo hasta nuestra casa, de hecho ya había logrado redimirse ante mis ojos. No había que mirar muy de cerca para ver que de hecho pegaba los latigazos muy flojitos. Por si me quedaba alguna duda bastaba con mirar a la Cristiana Salvaje para confirmarlo: era evidente que ésta se sentía divertida por los latigazos que la Sra. L. consideraba punitivos. En todo caso ella *conocía* a la Sra. L. Si hubiera sido la Cristiana Salvaje la que daba los latigazos, la criada no habría dado saltos cortitos, sino que habría llegado hasta el cielo con cada uno y seguiría bailando incluso cuando le dijeran que se parase.

En otros espectáculos parecidos en que el delito era más grave, como el robar, se alentaba a los chicos de la calle a que participaran en los latigazos ai culpable. El robar la carne de una olla de la sopa se consideraba algo especialmente horrible, aunque yo no podía comprender por qué. Si cuando se atrapaba al ladrón éste ya se había tragado la prueba de su delito, se le obligaba a llevar la olla de la sopa en la cabeza y se le embadurnaba la boca con el aceite de la olla. Aquellas salidas podían continuar un día tras otro. Los denunciadores nunca parecían cansarse, hasta tal punto se sentían ofendidos aquellos custodios de la olla de la sopa. Yo pensaba que después de todo, si ya se ha comido la carne, por mucho que baile y que le den de latigazos no se va a recuperar. Y un pedazo de carne siempre parecía demasiado pequeño e insignificante para incitar a salir a la calle a tanta gente. Aquella tarde, mientras la Cristiana Salvaje preparaba la cena y nosotros estábamos con ella llevándole unas cosas y sosteniéndole otras, la conversación pasó a la exhibición matutina. La Cristiana Salvaje amenazó concuras parecidas a nuestros primos que mojaban la estera y a otros tipos de transgresores. Como era lo que esperaba ella, interpretó que mi expresión era

desaprobatoria.

—Wole está planeando meter la mano en la olla, por eso desaprueba.

Yo negué que desaprobara.

—O quizá ya lo ha estado haciendo, sólo que no lo hemos pescado.

—Y si lo pescas seguro que te convence con sus argumentos de abogado —advirtió Joseph.

—A mí, no —prometió la Cristina Salvaje—. Es su padre el que tiene toda la paciencia. Cuando le dé un golpe en cuanto abra la boca, pronto va a ver que yo no acepto tonterías.

—En todo caso —contribuyó uno de los primos—, si Wole roba algo sería más bien el tofi o el azúcar o la leche en polvo o la oval tina o cosas así.

Miré desafiante a aquel primo. Su gesto no revelaba nada, pero me pregunté qué sabría. Evidentemente, nada. Si hubiera sabido que había ido sacando regularmente de la lata de Lactogén, seguro que ya me habría chantajeado. Cuando destetaron a Dipo y éste empezó a comer alimentos sólidos, se había quedado en un rincón de la despensa, olvidada, la gran lata de Lactogén. Yo había adquirido una pasión por aquella golosina en polvo, que me parecía tener el gusto más exquisito del mundo: blando, suave, ligero al paladar. No se trataba meramente de robar un puñado de cada vez; me había apropiado de toda la lata que nadie recordaba y la había escondido entre otras cosas diversas que había en la despensa, de entre las cuales la sacaba de vez en cuando para satisfacer mis apetitos.

Pasó por lo menos un mes antes de que se descubriese la lata. Pero entonces nadie recordaba cuánto quedaba en ella durante el año o más transcurrido desde la última vez que se abrió. Si yo no hubiera estado tan desesperadamente enviciado habría comprendido que la Cristiana Salvaje sentiría sospechas ante aquella larga desaparición y se mantendría atenta al nivel del polvo que contenía. Pronto se vieron confirmadas sus sospechas, de modo que convocó a todo el mundo, hizo preguntas y pronunció una advertencia general. Hubiera debido bastar con eso. No sólo era que ella se había declarado en guerra, sino que además evidentemente planeaba algo ejemplar contra el temerario ladrón cuando se le atrapara. Quizá ya sabía quién era el ladrón de leche y sabía que aquello se había convertido en un hábito. A la Cristiana Salvaje le daban misteriosamente corazonadas certeras. Pero yo estaba enviciado. Aun así, pasó una semana antes de que yo renunciara a toda resistencia, observara dónde estaba todo el mundo y me lanzara sobre la lata. La Cristiana Salvaje, a quien yo acababa de ver preparando unas verduras en el patio, abrió un poco la puerta de la despensa y asintió:

—Muy bien, de manera que eras tú. Eso me parecía. Siempre lo he sabido.

Lo creí. Normalmente, ahora me habría dejado inconsciente con una lluvia de golpes. Esta vez estaba desusadamente tranquila. Y visiblemente autosatisfecha, como si hubiera llegado un momento anhelado desde hacía tiempo. Su autosatisfacción me inquietaba, pues parecía ser superior a la magnitud del delito. Volví a tener la incómoda sensación de haberme metido en una trampa.

—Esperaremos a que llegue tu padre. Cuando haya terminado contigo vas a venir a comerte mi propio castigo.

Me quedé solo en la despensa y empecé a pensar en escaparme. No era sólo la cuestión de que me hubieran cogido, sino de que además todo aquello parecía demasiado preparado, como si todo el mundo estuviera esperando a que llegara aquel momento preciso, y cada uno hubiera representado un pequeño papel para lograr que así fuera. Había una cosa que no iba a ocurrir: yo no iba a constituir un espectáculo para nadie, ni en los terrenos de la vicaría ni en las calles de Aké. Una vez más, me sentí asombrado ante la desproporcionada atención que se prestaba a una lata de leche en polvo cuya existencia se había olvidado durante tanto tiempo. Yo la había colocado bajo mi protección personal durante casi dos meses y había llegado a considerarla mi botín privado. Me decidí: me escaparía y primero vaciaría el Lactogén en el suelo como expresión final de protesta.

Pasé furtivamente de la despensa al dormitorio y a la salita, donde estaban casi todos mis libros,

los metí en una bolsita y esperé a que llegara el momento oportuno para escapar. Essay volvió de la escuela y, como yo había previsto, la Cristiana Salvaje se encerró inmediatamente con él en su cuarto para comunicarle el terrible descubrimiento. Aquel era el momento oportuno y salí de puntillas por la sala a la salita. Un momento más y me habría ido, pero se oía claramente lo que estaban diciendo en el dormitorio, y primero titubeé y después me paré a escuchar. Mi madre estaba evidentemente disgustada porque Essay no se iba a ocupar personalmente del delito. Lo oí gruñir:

—Deberías haberle dado unos golpes. ¿Por qué me molestas?

Y ella replicaba:

—Pero debe de haberse terminado la mitad de esa lata. Recuerdo muy bien el nivel que tenía la última vez que la utilicé con Dipo. Estaba casi llena. La acababa de abrir cuando a él le empezaron a dejar de gustar la leche y esas cosas.

Essay insistió imperturbable:

—Entonces castígalo por la lata entera. Sigo sin comprender por qué no le diste un par de golpes.

La Cristiana Salvaje sabía cuándo se encontraba en un callejón sin salida. Se marchó de la habitación corriendo, a tal velocidad que tuve justo el tiempo suficiente para tirar la bolsa por encima de la parte baja de la puerta a la acera. Cuando me sacó al patio con ella no pude pensar más que en el bulto delator caído en la acera con mis libros y mi ropa preferidos. Gritó que le trajeran el palo, y antes incluso de que llegara éste me encontré dando saltos por el patio eludiendo bofetadas y patatas, derribado por las unas y echado a rodar por las otras. Hasta el último momento seguí temiendo y esperando que tratara de trasladar el acontecimiento fuera de nuestro propio patio. Mentalmente ensayaba el rápido movimiento hacia abajo, el agarrón al bulto de mis posesiones y después una carrera continua por los terrenos de la vicaría, por las calles, sin dirigirme a ninguna parte, sino a todas partes, lejos de una familia cuyas sutiles hostilidades habían empezado a dolerme de verdad. Ahora yo echaba la culpa de mi expulsión del dormitorio de Essay a toda la familia. Entre las muchas ideas extrañas que me llenaban la cabeza durante la paliza había una que me decía con total seguridad que yo tenía razón. Sospechaba desde hacía mucho, mucho tiempo que yo ya no tenía lugar en aquella casa. La certidumbre llegaba y permanecía entre una multitud de otras ideas. Estas me llenaban la cabeza sin ningún orden particular, sin ninguna tentativa de resolverse, probablemente nada más que para ayudarme a olvidar el dolor real de los golpes. Sólo que resultaban más dolorosas que los golpes. Cuando éstos terminaron, decidí que lo mejor sería seguir adelante con mis planes iniciales, recoger mi bulto y buscar fortuna lejos de los terrenos de la vicaría.

Cuando salí después, no mucho después, el bulto había desaparecido. Joseph lo había encontrado, lo había recogido y había devuelto el contenido a su lugar. No supe cómo interpretar su acción cuando reconoció que había sido él, pero me pareció que era típico de su carácter.

Aquella misma noche, cuando toda la casa dormía y la Cristiana Salvaje estaba sacudiendo el techo con sus ronquidos, fui de puntillas a la despensa y me llené la boca de leche en polvo. Al cabo de un segundo había vuelto a la estera. En la oscuridad, dejé que el polvo se fundiera, se disolviera lentamente y me fuera llegando a la garganta en pequeñas dosis. Por la mañana ya no me quedaba ningún dolor de los golpes de la tarde anterior.

ERA imposible predecir los cambios. La casa, los invitados, los parientes, los visitantes casuales, los parientes pobres, los «primos», la gente de paso se veían invadidos por un cierto ritmo, por un estado de ánimo, todo ello reconocido en una pauta tangible de sensaciones, ¡y entonces ocurría! Ocurría alguna cosa sin importancia o, lo que era más frecuente, no pasaba nada, nada que yo pudiera advertir, ni mucho menos comprender, ¡y de pronto todo cambiaba! Las caras conocidas adquirían expresiones diferentes y actuaban de modo distinto. Aparecían facciones que no existían antes, desaparecían otras que se habían convertido en algo inseparable de nuestra existencia. Todos los seres humanos con los que entrábamos en contacto Tinu y yo, ¡CAMBIABAN! Incluso Tinu cambiaba, y empecé a preguntarme si yo también cambiaba, sin saberlo, igual que todos.

—Si empiezo a cambiar me lo dirás, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo? —me contestó.

—¿No te has dado cuenta?, Joseph, Lawanle, Nubi y todo el mundo cambia. Papá y Mamá han cambiado. Hasta el Sr. Adelu ha cambiado.

El Sr. Adelu era uno de nuestros visitantes más frecuentes. En comparación con otros, no tenía nada de notable. Eso hacía que fuera peor el que el Sr. Adela cambiara. Ahora yo ya no abrigaba mejores esperanzas acerca del librero.

Pero de vez en cuando sí que lograba detectar la causa. El nacimiento de Dipo causó uno de aquellos CAMBIOS, que de hecho empezó mucho antes de su llegada. No había nada que observar en la Cristiana Salvaje, que en aquella época no tenía nada de salvaje, salvo que había empezado a abultarse. Yo no podía saber entonces si comía mucho o no, pero parecía normal que los mayores crecieran en la dirección que mejor les pareciese. Yo mismo esperaba crecer algún día hasta alcanzar la estatura de mi padre, pero no tenía prisa. Lo curioso era que Essay pareció cambiar mucho más (en sus hábitos) que la Cristiana Salvaje, que se limitaba a seguir abultándose y abultándose. En todo caso, al final de aquel cambio apareció un hermanito llorón, dotado de una energía superabundante, y en cierto sentido aquello explicaba todo lo que había ocurrido antes. Essay dejó de tener aquella expresión preocupada, a la que sustituyeron unas sonrisas y unas risas incesantes. La casa pareció hacerse más flexible en todos los sentidos. No hacían más que llegar visitantes, y yo cada vez buscaba más un refugio en Jonás para tratar de escapar a aquellos cambios ruidosos.

A veces, los cambios eran triviales, domésticos. De pronto los muebles de la sala afectaban de algún modo a la Cristiana Salvaje y desaparecían, pero para reaparecer con un orden nuevo. Las horas del intervalo transcurrían en la búsqueda de las chinches que se habían alojado en los cojines de la sala. Se exploraban cuidadosamente las costuras de las fundas de los cojines, se calentaba una aguja a la llama de una vela y después: un chisporroteo y se acabó la chinche. Después había que encontrar sus huevos, pasarles suavemente la llama por encima y oír cómo emitían breves chisporroteos, explosiones sordas que terminaban con una mancha chamuscada. Cuando reaparecían las butacas y los taburetes en los que se sentaban los mayores a beber, era que se había producido un CAMBIO. Algunas veces no reaparecían y pasaban al almacén que había en el patio de arriba o a la salita, donde se sentaban a descansar los visitantes recién llegados mientras se llamaba a Essay. Incluso las homilías inmutables, bordadas, enmarcadas y acristaladas cambiaban de sitio en las paredes. Yo miraba hacía arriba esperando ver **RECUERDA A TU CREADOR EN LOS DÍAS DE TU JUVENTUD** y me encontraba con **EBENEZER**:

HASTA AQUÍ NOS HA AYUDADO EL SEÑOR.

A veces, sencillamente se había cambiado de lugar un pie o dos el clavo del que colgaba la

homilía, para que mirase hacia la fachada o hacia la trasera. Las consecuencias eran graves. Significaban que ya no se podía ver a Essay reflejado mucho antes de que llegara a casa, desde el momento en que traspasaba la puerta de la escuela primaria y salía al ancho camino que llevaba casi directamente a la puerta de los terrenos de la vicaría. Era visible cuando había recorrido dos tercios del camino, cuando se reflejaba en HONRAR PADRE Y MADRE, momento en el cual había que renunciar a toda travesura. Ya dentro de la casa en sí, RECUERDA A TU CREADOR recogía su reflejo cuando salía del dormitorio y echaba a revolotear las cortinas que nunca faltaban. Aquello ponía fin a las maldades que estuviéramos haciendo en el comedor a las horas de las comidas. Muchas veces estudiábamos en la salita, donde el material que de verdad nos interesaba se podía esconder rápidamente en el escritorio en el momento en que Essay, tras terminar de jardinear en el patio de atrás, aparecía reflejado en EL SEÑOR ES MI PASTOR, pertinentemente rodeado por los ricinos que crecían profusamente justo al lado de la ventana del comedor. Aquellas homilías enmarcadas nos salvaban la vida, y tratábamos con todas nuestras fuerzas de devolverles sus funciones de espionaje. Si no podíamos cambiar de posición el clavo, recurríamos a desequilibrar el marco, para lo cual acortábamos la cuerda por un lado o colocábamos pedazos del nido de una avispa doméstica detrás del marco. Si se descubría aquel barro seco, no causaría ninguna sorpresa, pues las avispas domésticas hacían sus nidos en los techos, y allí se quedaban hasta que alguien decidía arrancarlos.

Se producía el CAMBIO en cuanto a los sitios en que dormía cada uno. No sólo yo. De pronto se expulsaba a todos del dormitorio de la Cristiana Salvaje. La sala se convertía en el nuevo dormitorio; se ponían a un lado las sillas, la mesa del centro quedaba en el rincón, se extendían esteras y se colocaban almohadas para quienes las usaban. Por la noche, si Essay quería beber un vaso de agua tenía que ir abriéndose camino en medio de los cuerpos desparramados. Aquel cambio era agradable. En la sala había mucho más espacio, y ya no se despertaba uno con la nariz aplastada contra un saco de alubias pintas.

Los CAMBIOS se producían a veces por una noticia. Aunque no quisiera uno ponerse a escuchar, casi era imposible no oír lo que se estaba conversando en cualquier parte de la casa. Los visitantes llegaban, hablaban, discutían o suplicaban, pedían u ofrecían algo a Essay, por lo general a Essay, pero a veces también a la Cristiana Salvaje. Algunos eran perfectos desconocidos; entraban en la órbita de JE una vez y luego desaparecían para siempre. Pero siempre se llevaban con ellos una parte de aquellos gestos de confianza, gestos acostumbrados, claves y confidencias que nos arraigaban en el interior de las paredes de la casa de JE. Aunque al principio era imperceptible, advertíamos que alguno de nosotros era objeto de más atención, o que por el contrario no se nos hacía caso. Había un nuevo idioma que aprender, una nueva relación física con las cosas y con la gente. Una o dos veces pensé que toda la casa estaba a punto de prepararse para un viaje, para desarraigarse totalmente de Aké. Pero nadie podía decirme a dónde, ni cómo, ni por qué, y nunca nos mudamos.

Pero incluso el CAMBIO actuaba muchas veces de manera incoherente. Hasta que nació Folasade, yo creía que el CAMBIO era algo que le ocurría a una o más personas de la familia y que luego se les pasaba igual que la Temperatura. El de Folasade fue permanente. Llegó después de Dipo y, al contrario que él, era una niña muy callada. Y después empezó a gritar y a agitarse en la cuna desde la mañana hasta la noche y tenía despierta a toda la casa. No era que se negara totalmente a comer, pero era de poco comer. Cuando sólo tenía diez meses podíamos percibir en su mirada el esfuerzo que le costaba. Cuando le agarrábamos la mano entre los barrotes de la cuna, se aferraba al dedo que se le ofrecía con todas sus fuerzas y seguía agarrada. Después daba una sacudida repentina, se le llenaban los ojos de dolor y empezaba a llorar otra vez.

Nuestros padres se pasaban horas en el dormitorio de Essay; los oíamos hablar pero no

distinguíamos lo que decían. Hablaban en voz muy baja. Mandaban a buscar a la niñera y la interrogaban. Ella hablaba en voz alta, y le preguntaran lo que le preguntasen, lo negaba. Era vehemente y tomaba por testigo a Dios. Repetía una vez tras otra: «No ha pasado nada, no ha pasado nada en absoluto, señor.» Salía del dormitorio con un gesto decidido, ofendida por aquellas falsas sospechas o acusaciones.

Llevaron a Folasade al hospital. La llevaron por la mañana y no volvió hasta media tarde. Tenía el pechito envuelto en escayola desde los sobacos hasta el culito. Aquella vez, la Cristiana Salvaje no la llevaba a la espalda, sino en brazos, envuelta en un chal.

Seguía llorando de vez en cuando. Pero muchas noches sencillamente se quedaba despierta. Yo me levantaba de la estera, me arrodillaba junto a la cuna y miraba en aquellos lagos silenciosos que eran sus ojos. No parecía reconocermé. Folasade siguió días y días acostada de espaldas; la levantaban para darle de comer, la mudaban y luego la volvían a llevar a la cuna o, cada vez más a menudo, a la cama de nuestra madre, recostada y rodeada de almohadas. Se quedaba tan inmóvil que las almohadas parecían superfluas. Folasade se quedaba inmóvil y miraba el techo.

Un día me encontré con la niñera que estaba sentada sola y llorando. Ya había advertido yo que desde hacía algún tiempo cada vez estaba más sola. Los demás no le dirigían la palabra. Vi que a su lado había un plato de comida intacto. Cuando le pregunté qué pasaba, me asustó al echarse a llorar con todavía más intensidad, de manera que tardé mucho tiempo en entender lo que decía entre sollozos:

—Juro que no la dejé caer. Juro por Dios que nunca la he dejado caer. La he cuidado y nunca se me cayó de las manos, lo juro.

Estaba sentada en los escalones que llevaban al almacén del Patio Alto, bajo una de las ventanas del dormitorio de madre. Entonces oí que se abría la ventana. Cuando miré hacía arriba vi la cara de la Cristiana Salvaje; nunca he visto antes ni después tal concentración de pena y rabia al mismo tiempo como entonces, cuando miró a la niñera llorosa. Había abierto la ventana de golpe, sin el menor disimulo. Vi entonces que debía haber oído a la niñera, que la había estado vigilando. Es posible que lo que la decidiera a enfrentarse con ella aunque fuera en silencio, justo entonces, fuera el sonido de mi voz. La niñera miró hacia arriba y la vio. Se le secaron las lágrimas instantáneamente.

Aquella noche volvieron a convocar a la niñera. Esta vez, el interrogatorio llevó varias horas. Yo me dormí antes de que terminase. Por la mañana habían desaparecido la niñera y su equipaje.

Y también Essay y la Cristiana Salvaje. Y también Folasade. Lo que hubieran oído decir por fin a la muchacha les había hecho volver directamente al Hospital Católico de Ita Padi. Durante su ausencia no reinó la alegría en la casa, sino únicamente la preocupación. La marcha de la niñera, la desaparición de nuestros padres con la niña auguraba algún acontecimiento de gran importancia, pero no sabíamos qué era. Fue Joseph quien reveló que la niñera había hecho las maletas aquella noche y él mismo la había acompañado a su salida de la casa, conforme a instrucciones de Essay. No sabía a dónde habían ido con la niña, pero había mirado por encima del muro cuando pasaron, y la dirección que tomaron parecía sugerir el hospital de Ita Padi.

Cuando volvieron, no había cambiado el aspecto de Folasade, no habían cambiado sus gestos cuando la pusieron en la cuna. La Cristiana Salvaje pasaba cada vez más tiempo en el cuarto de Essay, incluso cuando éste estaba en la escuela. Se quedaba en la cama o de rodillas, rezando. Rezaba mucho.

Una mañana sus gestos parecieron algo más decididos que antes. Llegó a la casa un hombre del cual sólo sabíamos que era Carpintero (tenía el taller en la esquina del camino, junto al muro de nuestra iglesia), con una cajita cuadrada de madera. Mi padre la llevó al dormitorio de la Cristiana Salvaje.

Por la puerta oí que ésta decía:

—Creo que primero deberían verla los niños, ¿no te parece?

Siguió una breve conversación confusa y después nos llamaron.

Folasade estaba amortajada con un vestido blanco largo que le tapaba el yeso y le llegaba hasta los pies. Tenía los ojos cerrados y estaba inmóvil, igual que llevaba desde hacía varias semanas. Miré a Tinu, que estaba impasible. Al lado estaba la Cristiana Salvaje, con una sonrisa triste y dulce y diciendo cosas que yo no podía comprender, sólo que no teníamos que estar tristes porque a Folasade ya no le dolía nada:

—Ya veis, ha dejado de sufrir.

Volví a mirar a Tinu. Esperaba que ella dijera o hiciera algo, sobre todo que hiciera algo, porque después de todo era la mayor. Pero Tinu seguía mirando al cadáver, miró una vez lentamente a nuestros padres y después continuó con su estudio mudo e inexpresivo de nuestra hermana.

De pronto, dentro de mí todo se hizo pedazos. Una fuerza que no procedía de ninguna parte me llevó hacia la cuna y me puse a aullar. Cuando me levantaron, me puse a combatir la voz tranquilizadora de mi padre y a llorar desesperadamente. Me sentí absorbido en un lugar perdido cuya causa o definición me escapaban. Todavía no lo comprendía, e incluso en medio de aquellas lágrimas vi la cara asombrada de la Cristiana Salvaje, y oí su voz que decía:

—¿Pero qué comprende él de esto? ¿Cómo puede comprenderlo?

No hubo ningún CAMBIO después de la marcha de Folasade, ninguno en absoluto. Yo esperaba a diario un cataclismo de proporciones inconcebibles, pero nunca ocurrió. Si la casa se hubiera agarrado por sus propias raíces y hubiera subido hacia el cielo, yo no me hubiera sorprendido, pero no pasó nada. La normalidad era casi abrumadora, y empecé a sospechar que existía una conspiración entre nuestros padres para asegurar que en esta ocasión en que un CAMBIO hubiera sido tan razonable, e incluso necesario, no ocurriría.

Como si no importase, como si no significase nada en absoluto que Folasade no sólo hubiera muerto, sino que hubiera decidido irse el mismo día de su primer cumpleaños.

Las estructuras más frágiles de Aké, hechas de adobe sin cocer, no podían resistir a las lluvias de julio y agosto. Las planchas de hierro ondulado se veían penetradas por el viento, que las arrancaba, las lanzaba sobre otras techumbres, dejaba que la lluvia encontrase el punto más débil de las paredes, disolviera el adobe y destruyera las casas. Pero a veces la primera que actuaba era la lluvia: encontraba la grieta en medio del delgado revestimiento de cemento, y lo empapaba todo hasta los cimientos, y entonces la casa se derrumbaba sobre sus ocupantes. Un superviviente empapado y tembloroso, con un charco cada vez mayor a sus pies, se presentaba en nuestra salita y contaba la historia del desastre. Lo llevaban al cuarto de atrás, lo desnudaban mientras Essay buscaba en sus baúles algo de ropa vieja y la Cristiana Salvaje preparaba una taza de té bien caliente, casi acaramelada de azúcar y leche, y un trozo de pan blanco bien untado de mantequilla.

Aunque la casa se había derrumbado en Aké propiamente dicho, lejos de los terrenos de la vicaría, el *agbara* que corría frente a nuestra acera elevada sobre el nivel del suelo traía ahora consigo todos los restos de aquella casa y las caras de sus víctimas, una después de la otra. Unas vigas impregnadas de humo chocaban con frascos de medicina, seguía un orinal y a caballo de él la muñeca de un niño, blanca, de ojos azules y pelo dorado. Estaba sentada con una pierna levemente elevada y un brazo apuntando al cielo.

La Sra. Adetunmbi llegó nada menos que desde Ikereku, desconsolada. Incluso cuando estaba ya en la salita iba corriendo de un lado para otro, retorciéndose el chai, y de hecho sus gestos eran más bien como si estuviera intentando lavarse las manos con el chal. «E gba mi, e gba mi»... «había dicho que iba a buscar leña y no ha vuelto. Hace cuatro horas que pararon las lluvias, pero todavía no ha

vuelto... e gba mi o, Jefe de Escuelas, e gba mi...»

¿Pero qué quieres que haga el Jefe de Escuelas? Las lluvias se habrán parado, pero el agbara sigue corriendo y creciendo. Mamá, acabo de ver que pasaba flotando junto a nuestra puerta la cara de tu hija; no hice nada para detenerla.

—¿A dónde vas? —La Cristiana Salvaje había abierto la ventana cuando yo pasaba a su lado.

—Sólo al recinto de las escuelas.

—¿Para qué?

—A coger algunas guayabas. Después de estas lluvias habrán caído muchas.

—Dile a Bunmi que vaya ella. Tú no vas a hacer más que atrapar un resfriado.

—No puede. Es mi guayabo.

—¿Estás loco? —casi explotó la Cristiana Salvaje—. He dicho que no vas a ninguna parte.

¡Vuelve aquí!

Volví y me quedé con las piernas abiertas. Ella siguió mirándome, de manera que me llevé las manos a la espalda.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Ya te he oído, Ma. Iba a volver a leer mi libro.

—Y ¿qué se dice cuando te hablan?

—Sí, Ma.

Una larga mirada de advertencia:

—Quítate de mi vista.

—Sí, Ma.

Atrapé a Bunmi cuando ésta salía por la puerta de atrás:

—Si tocas mi guayabo sus *iwin* vendrán a visitarte de noche.

—Basta ya; ya ves que ni siquiera sabes nada de los espíritus. El que vive en los árboles es el *oró*, no el *iwin*.

—Toca el árbol y ya verás quién tiene razón. Te he advertido.

—Lo que pasa es que estás celoso porque Mamá no te deja ir a coger las guayabas.

—Ni siquiera las que han caído al suelo, te aviso. Tócalas y ya verás.

Cuando volvió, denunció mis amenazas a la Cristiana Salvaje. Más tarde, durante la cena, vi que ésta me miraba de vez en cuando. Cuando Essay terminó de comer, ella anunció en voz alta y mirándome todo el tiempo.

—Ahora quiero que vayamos a hablar de...

Essay gruñó:

—Bueno, está bien.

Bunmi me señaló a la nariz con el dedo:

—Ahora vamos a ver a quién le toca el palo esta noche.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho de malo ahora?

—Eres un terco. Cuando le conté lo que me dijiste dijo que te estabas poniendo demasiado terco. Dijo que se lo iba a contar a Papá.

—Sólo por decírselo, esta noche te van a venir a ver tanto los *iwin* como el *oró*.

Fui a la salita a leer y a esperar que me llamaran en cualquier momento. Me di cuenta de que no me preocupaba mucho.

—¿Qué estás mirando?

—Te miro a la nariz.

—Voy a decirle a Mamá que has vuelto a ser maleducado.

—Uno no puede ser maleducado más que con los mayores. ¿Quién te crees que eres?

—La mala educación es la mala educación, y se acabó. Mamá dice que tenemos que acusarte si te

portas mal.

—¿Te he tratado mal yo? —pregunté.

Bunmi se me quedó mirando con el mismo gesto de asombro:

—¿Qué te pasa, Wole? ¿Por qué quieres pelearte con todo el mundo?

—Déjame en paz.

Pero no querían dejarme en paz. Parecía que hubieran recibido instrucciones de alguien, pero sencillamente era que no querían dejarme en paz. Bukola era la única con la que me sentía a gusto. En cuanto podía, me escapaba a casa del librero. Bukola sabía estar en silencio. Incluso cuando hablaba, transmitía un mundo de silencio en el cual encajaba yo. Recogía guijarros y los sopesaba en las manos, pensativa. Comía como si estuviera comiendo con *otra* gente. Yo la contemplaba atento y buscaba algo que respondiera a unas preguntas que apenas si se formaban. Se deslizaba sobre la tierra como un ser que apenas si se dignara aceptar la presencia de otros. Ella era la única con quien yo encontraba algo de paz.

Yo siempre sabía cuándo la Cristiana Salvaje iba a hablar de mí con Essay, porque aquello se percibía sencillamente en su vaharada de hostilidad. Entonces yo no titubeaba y me iba a escuchar. A veces era Tinu quien venía a llamarme. Otras veces, Nubi o Joseph me informaban contentísimos, como para aterrarme. Yo pasaba tranquilamente a su lado y luego apretaba la oreja contra la cortina.

—No es nada nuevo —estaba diciendo la Cristiana Salvaje—, siempre ha tendido a ser pensativo.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse.

—Pero eso no es sano. Cuando no tenía más que a Tinu como compañera de juegos, no era demasiado grave. Pero desde hace unos años tiende a irse por ahí solo. Y ahora esto...

—Debe de ser por lo de Folasade —comentó Essay—. Ya se le pasará.

—Y después pasa tanto tiempo solo contigo. Eso es lo que verdaderamente lo ha apartado del resto de la familia.

—Así que ahora tengo la culpa yo...

—No te estaba echando la culpa a ti, cariño. Lo único que quiero es que no le demos más alientos. Sobre todo porque se está haciendo muy terco.

—No me había dado cuenta de que fuera tan terco.

—Tú te pasas la mayor parte del tiempo fuera de casa y no lo ves. Y, claro, los niños no van a venir a contártelo.

Todo aquello terminaba con una promesa de Essay de vigilarme más de cerca.

—Hay que hacer que deje de estar tan encerrado en sí mismo —persistía mi madre.

—De acuerdo, de acuerdo.

Vinieron a vernos los Odufuwa, pero aquello no me animó demasiado. La Sra. Odufuwa era sencillamente, y sin que lo pudiera discutir nadie más que el hombre más ciego y menos sensible del mundo, la mujer más guapa de la Tierra. Yo no le tenía rencor a su marido; después de todo, era mi padrino, de modo que no debería constituir un obstáculo a que yo me casara con aquella diosa cuando fuera mayor. La seguía por todas partes mientras ella se paseaba por el jardín con su marido.

Ella ponía apodos a todo el mundo, pues, como «esposa» de la casa no podía llamarnos a los niños por nuestros nombres, o por lo menos no podía hacerlo a quienes habían nacido en la casa antes de que ella se convirtiera en esposa de la familia. Así que Tinu era «Obinrin Jeje», la muchacha amable, lo cual yo consideraba una elección de lo más aguda, y no hacía sino confirmar lo inteligente que era la Sra. Odufuwa. Después venía yo que, era Lagilagi, el Leñador. Antes de que yo pudiera ni siquiera empuñar el cuchillo de la verdura, había insistido en ayudar a Joseph cuando éste partía leña con un hacha. La diosa había observado mis esfuerzos, y el apodo se me pegó. Había empezado a llegarnos la idea del poderío mundial de Hitler. La raza alemana había adquirido una

reputación temible y belicosa, y era inevitable que a Dipo se le pusiera el nombre exacto: ¡Jamani!

La diosa y su marido avanzaban pausadamente entre las flores; yo los seguía. Por allí andaba Joseph, preparando unos troncos para leña. La Cristiana Salvaje estaba cerca, en la periferia. Yo me limitaba a seguirlos, a pararme cuando se paraba Odufuwa, a tocar las rosas del rosal donde acababa de olerías ella un momento, a acariciar con la mano el ricino que había rozado ella con su manga. Y entonces apareció de repente Jamani para fastidiarlo todo, y no iba andando, sino contoneándose y dándose volteretas y saltos delante y detrás para volver a aparecer siempre muy por delante de los paseantes. Observé sus gracias con la diversión indulgente del hermano mayor.

La Sra. Odufuwa se dio la vuelta, me miró y dijo:

—Lagilagi, tengo entendido que trabajas tanto como tu padre con estas flores.

Saboreé aquel momento e hice que el sonido de su voz me recorriese la cabeza una vez tras otra. Entonces llegó la voz abrupta de Joseph que decía:

—¿Qué Lagilagi? No deberías llamarlo más así, señora. No sabe hacer nada. Es tan perezoso que es incapaz de quitarse una mosca de la nariz hasta que le han empezado a salir gusanos.

En primer lugar, me pregunté cómo era que Joseph, que era de Benin, había aprendido de repente aquella jerga yoruba tan familiar. Era un *kobokobo* y seguía hablando yoruba con acento propio incluso al cabo de tantos años en nuestra casa. Y, sin embargo, ahí estaba insultándome en el estilo más puro de los mercados yorubas, sin ningún problema. Y sin ningún motivo. Me quedé mirándolo con la boca abierta.

—¿Es verdad eso, mi Lagilagi?

Apareció Dipo dando saltos y Joseph lo señaló:

—Mira a su hermano, que casi tiene tres años menos. Es mucho más duro que ese al que llamas Lagilagi. Apuesto a que Dipo ya puede levantar esa hacha y ponerse a partir leña.

Di un paso adelante sin titubear, levanté el hacha y la clavé en un tronco que había al lado.

Entonces intervino la Cristiana Salvaje.

—Lo único que sabe hacer es meterse en rincones él solo: leyendo, siempre leyendo. Hace como que está ocupado con los libros porque no sabe hacer nada más que eso.

Me sentí dolido. ¿Qué había hecho yo? ¿Por qué trataban de rebajarme ante mi futura esposa? Miré de la una a la otra y estaban sonriendo, riéndose de mí.

De pronto apareció Nubi. Algo se estaba cocinando, algo se había preparado sin que yo lo supiera, pero yo era el centro de todo aquello. Entonces Nubi dijo:

—Si ve una pelea, se echa a correr. Se echa a llorar en cuanto le tocan, como si todo el mundo quisiera pegarle —rió desdeñosa—. Bah, ¿quién quiere matar a nadie? Si lo tocas se desmaya, y después se muere totalmente de miedo. ¿Yo? No, gracias, que se vaya a correr a las faldas de sus libros.

Me pregunté de quién estaban hablando. Todo lo que estaban diciendo a mi alrededor sonaba como si estuvieran leyendo las conclusiones de un estudio científico, de forma que no podían estar más que hablando de alguien y de cosas concretas que ese alguien hacía o dejaba de hacer. Ese alguien parecía ser yo, pero no podía reconocerme a mí mismo en lo que decían. Joseph de pronto detuvo a Dipo a la mitad de una voltereta, lo alzó en brazos y le volvió la cabeza para que me mirase:

—Apuesto a que Dipo le puede dar una paliza.

—Claro que sí —dijo la Cristiana Salvaje—. Seguro que le pega hasta que tenga que rendirse.

Lo único que me preocupaba era ver lo que decía a todo aquello la Sra. Odufuwa. ¿Se creía lo que estaban diciendo? Estaba con su marido junto al guayabo enano con una sonrisa estupefacta en la cara, y no pude por menos de pensar lo injusto que era someterla a un espectáculo tan desagradable.

Nubi sugirió:

—¿Por qué no probamos? Seguro que Dipo lo vence en un momento.

Dipo, que era incapaz de resistirse a cualquier sugerencia de pasar a la acción, empezó a cerrar los puñitos. Adoptó una actitud de pelea y se puso a bailar de un lado para otro en una danza de guerra de su propia creación.

¡Jamás lo había visto tan nervioso! Sonaron gritos de ánimo de todas partes, mientras yo me quedaba inmóvil, con un interés paternalista ante aquellas bobadas. Era como un gnomo, de lo animado y lo contento que estaba de ser el divo y estar en medio de un grupo de mayores atentos a él. Pero entonces, sin ninguna advertencia, sólo las palabras de Joseph: «Vamos Dipo, dale una lección», aquel ser pequeño y compacto se me echó encima, haciendo molinetes con los puños. Su mero impulso me obligó a retroceder y a partir de aquel momento ya no pude distinguir entre las diferentes causas que me hacían zumbar las orejas.

Oí a lo lejos voces, protestar, recriminaciones. Había pasado algún tiempo, pero no sabía cuánto. Hubo un período de total vacío durante el cual no recordé nada, sólo la tormenta de rabia que me corría por las venas. Pero después sentí manos bajo los brazos, manos fuertes, desesperadas, incluso temblorosas bajo los brazos, que combatí con igual desesperación. Después reconocí la voz de Joseph:

—Wole, ¡o to, o to! [¡Basta, basta!] ¿quieres matarlo? —dichas con su extraño acento de Benin.

Y la voz de la Cristiana Salvaje, más tranquilizadora y al mismo tiempo más preocupada que nunca:

—Wole, te estábamos tomando el pelo, tendrías que haber recordado que es tu hermano menor. Ay, ay, pasara lo que pasara, no tendrías que haberte puesto violento con él.

Se me cayó el cielo encima. Me puse a temblar con tal violencia que la Cristiana Salvaje me llevó la mano a la frente y pareció inquietarse. A lo lejos se oía llorar a Dipo. Lo habían llevado al comedor, donde ahora lo estaban consolando con dulces y zumo de frutas. La Cristiana Salvaje volvió la cabeza en dirección a aquel ruido, y una vez más le advertí una expresión extraña en los ojos. Me pareció que estaban llenos de dolor y de confusión, y también de miedo. En todo caso, era una madre diferente de la que era la última vez que la vi.

—Pero, ¿por qué? —se repetía, como si hablara sola—. No era más que una broma. ¿Querías matarlo? Sabes que no es más que un niño, no tendrías que haberlo tomado tan en serio.

Los chillidos de Dipo ya iban bajando de tono, y Joseph salió de la casa. Quizá fuera mi imaginación, pero me pareció que deliberadamente se mantenía alejado de mí. Sin embargo, lo que dijo no permitía ninguna duda acerca de lo que estaba pensando. A fin de asegurar que era lo más insultante posible, ni siquiera pretendió dirigirse a mí; de hecho, entonces comprendí por qué se había mantenido a distancia de mí.

—Supongo —dijo sin dirigirse a nadie en especial— que el hermano mayor está muy contento de sí mismo. Ni siquiera sé por qué nos hemos molestado. Deberíamos haber dejado que matara a su propio hermano, que era lo que quería. —Soltó un soplando deliberadamente prolongado—. ¿Shee-aaw? Hay gente que ni siquiera sabe comportarse como hermanos mayores.

La Cristiana Salvaje lo hizo callar, pero yo no advertí ninguna diferencia entre las actitudes de los dos. Me sentía abrumado por un solo hecho: en el mundo de los mayores no existía ni justicia ni lógica. Yo había imaginado que el ofendido era yo. Todavía no estaba seguro de lo que había ocurrido, salvo que me habían tenido que arrancar violentamente de un personajillo gritón que era mi hermano. Pero también recordaba con toda claridad que no era yo quien había provocado la situación. Yo también había disfrutado como los demás con las payasadas de Dipo, hasta que éste se me tiró encima como un cohete. ¿Qué había hecho yo de malo? Pero así eran las cosas. Todo el mundo se había unido a considerarme culpable de una tentativa de fratricidio, y yo no podía buscar consuelo en ninguna parte.

En todo caso, aquello bastó para que la Cristiana Salvaje se esforzara por hacerme comprender

algo en relación con el episodio. Tras las oraciones normales de la tarde me llamó al dormitorio y, como solía hacer ante cualquier problema que tuviera con los niños, trivial o crítico, me hizo arrodillar y rezar una oración especial con ella. Después me habló. Me advirtió de los peligros de permitir que el diablo se interpusiera entre uno y su amor y preocupación naturales por el resto de la familia. Me dijo que era muy fácil caer en posesión del diablo. La frase *emi esu* la repitió una vez tras otra, y empecé a preguntarme verdaderamente si no sería cierto que había estado poseído por el alma del diablo. Algo significaría aquel período de «vacío» que había casi olvidado.

Dipo era favorito de Tinu y mío. Con su energía y su humor nos divertía constantemente. Además, todavía no lo consideraban lo bastante mayor para castigarlo, de manera que muchas de nuestras travesuras se las atribuíamos a él. Siempre estaba dispuesto a confesar que era él quien había roto un jarrón que Tinu o yo habíamos hecho caer durante una pelea, o a reconocer que había dejado entreabierto una puerta por la cual habían entrado las cabras. Más adelante, al irse haciendo más listo, exigía un pago por sus servicios: un trozo de carne, un caramelo o un pedazo más de ñame. Aprendió tan bien a obtener pagos (preferiblemente por adelantado) que decidimos que acabaría encargado de la tienda de la Cristiana Salvaje e iría a la cárcel por especulador. ¿Podía aquel Dipo nuestro haberme puesto tan enfadado como para no saber yo lo que estaba haciendo? La idea resultaba muy alarmante.

Por lo que me dijeron Joseph y los otros, acabé por deducir que había seguido golpeándolo mucho después de haberlo tirado al suelo, llorando, e incapaz ya de defenderse. Yo lo negaba fervientemente. Pero, claro, también existía aquel *emi esu* que la Cristiana Salvaje trataba de exorcizar con sus constantes oraciones. ¿Sería verdad que podía apoderarse de un niño sin que éste lo supiera? Si hubiera alguna forma de advertir cuándo estaba tomando posesión de uno, se podrían adoptar las precauciones necesarias. Yo había perdido la fe hacía mucho tiempo en la eficacia de las oraciones de la Cristiana Salvaje. Había varios de sus pupilos por los que rezaba día y noche. Los llevaba a la iglesia y rezaba por ellos, encontraba cualquier excusa, cualquier oportunidad de arrastrarlos al altar y rezar por ellos. Y ellos seguían robando, mintiendo, peleándose o haciendo lo que quiera que fuese contra lo que rezaba ella. Parecía que la escala de tamaña perversidad debía de estar más allá del remedio de las oraciones, pues los dos tenían para ellos solos toda la iglesia, y a Dios no lo distraían otras voces procedentes de la misma dirección. No me cabía duda de que las oraciones funcionaban para la propia Cristiana Salvaje, pues parecía quedarse encantada con ellas, y decía que sus oraciones siempre recibían respuesta. No ocurría lo mismo con el resto de nosotros que habíamos permitido la llegada de *emi esu*, y era muy poco lo que ni siquiera ella podía hacer al respecto.

Resolví protegerme contra aquello en el futuro, por lo menos protegerme contra lo que parecía una especie de violencia imposible de recordar. Y dé hecho, se me ocurrió una explicación menos inquietante: que no había hecho más que lanzarme contra todo el mundo de torturadores y que Dipo había tenido la mala suerte de hacer su danza de guerra en aquel preciso momento. Había otro motivo de solaz. Esperé un poco preocupado al momento en que se comunicara lo ocurrido a Essay, pero nunca se lo dijeron. Por el contrario, tuve la clara sensación de que estaban actuando con mucho cuidado para asegurarse de que él no supiera lo que había ocurrido.

LLEGARON trabajadores a la casa. Pusieron líneas de puntas finas con pequeñas abrazaderas en las paredes. Aquellas líneas daban la vuelta a los rincones y las puertas y enlazaban con cables que había fuera tendidos entre grandes postes. La presencia de aquellos trabajadores me recordó otra invasión. Cuando terminaron aquellas actividades que recordé ya no necesitábamos lámparas de petróleo, faroles de keroseno ni velas, o por lo menos ya no los necesitábamos dentro de la casa. Apretábamos un botón y la habitación se llenaba de luz. Las instrucciones de Essay eran muy estrictas: él y la Cristiana Salvaje eran los únicos que podían dar la orden de apretar aquellos botones. Recordé que nos llevó algún tiempo relacionar el fenómeno de la bombilla luminosa con el botón, de lo bien que mantuvo Essay su engaño. Él pretendía que era cosa de magia: lograba fácilmente que nos quedáramos contemplando la bombilla de cristal mientras él murmuraba su conjuro. Después entonaba solemnemente:

—Hágase la luz.

Entonces soplabla en la dirección de la bombilla y así encendía la luz.

Pero por fin lo pescamos. No resultaba demasiado difícil advertir que siempre se quedaba en el mismo sitio y que aquel sitio estaba convenientemente al lado de un pequeño objeto blanco y negro que había surgido en la pared cuando se fueron los trabajadores. Pero la prohibición se mantuvo. Aquella luz mágica era cara y había que utilizarla con prudencia.

Ahora los trabajadores estaban empezando a poner hilos por las paredes y nos preguntábamos qué nueva magia produciría aquello. Esta vez no había bombillas ni botones nuevos en las paredes. En cambio, trajeron a la casa una gran caja de madera que instalaron encima del aparador, desplazando al viejo gramófono, que ahora tenía que contentarse con uno de los estantes más bajos del mismo mueble. La cara de la caja parecía estar hecha de seda gruesa y trenzada.

Pero las funciones seguían siendo las mismas. Claro que no era necesario colocar un disco negro, ni darle a una manivela, ni cambiar una aguja, lo único que hacía falta era dar la vuelta a otro botón para que salieran ruidos. Sin embargo, al contrario que el gramófono, no se podía obligar a la caja a hablar ni a cantar en cualquier momento. Iniciaba su monólogo a primera hora de la mañana, y lo primero que tocaba era «Dios Salve al Rey». La caja se quedaba muda a primera hora de la tarde volvía a ponerse en marcha a media tarde y después, hacia las diez o las once de la noche, volvía a cantar «Dios Salve al Rey» y se quedaba dormida.

Como la caja hablaba sin cesar y no parecía tener ningún interés en recibir una respuesta, pronto se ganó el nombre de *As'oromagb'esi*. Se añadió un verso más a una cancioncilla que se había inventado cuando llegó la electricidad. Aquella cancioncilla había hecho honor por fin a la gente de Lagos, primer lugar donde se había roto el sagrado monopolio del uso del paraguas que tenía la realeza:

Elektiriki ina oba Umbrella el'eko As'oromagb'esi, iro oyinbo [Luz del gobierno, electricidad Paraguas para la gente de calidad La radio mentira del blanco en cantidad]

A unas horas fijas, la caja traía las noticias. Las Noticias se convirtieron en seguida en un objeto de adoración para Essay y varios de sus amigos. Cuando iba llegando la hora, en aquel club ocurría algo. Independientemente de lo que estuvieran haciendo, venían corriendo a nuestra casa a escuchar al Oráculo. Bastaba con verle la cara a Essay para saber que le quitaría la piel a túrdigas a cualquiera de los niños que hablara mientras él estaba escuchando Las Noticias. Cuando estaban presentes sus amigos, la sala, sumida en su obscuridad normal, parecía un santuario, lleno de caras fascinadas que escuchaban atentamente, casi sin respirar. Cuando La Voz se callaba, todas las caras se volvían

instintivamente al sacerdote. Essay reflexionaba un momento, hacía un comentario largo o corto y a continuación estallaba una babel de voces agitadas. El gramófono cayó en el olvido. Las voces de Denge, Ayinde Bakare, Ambrose Campbell, una voz tan profunda que yo creía que sólo se podría producir mediante un truco especial de La Voz de su Amo, pero que padre me aseguró pertenecía a un negro llamado Paul Robeson, todas ellas quedaron relegadas al montón de polvo que se fue acumulando en la sección del gramófono. Los villancicos, las canciones de Marian Anderson, cosas extrañas, como un disco en el cual un hombre no hacía más que reírse todo el tiempo, y la única concesión a un enorme coro de voces europeas: el Coro del Aleluya, quedaron todos ellos enterrados para siempre en el mismo estante. Ahora las voces cantaban, sin que se les dijera nada, desde la nueva caja. Una vez irrumpió aquel viejo amigo, el Coro del Aleluya, por la cara membranosa de la caja, y hubimos de reconocer que sonaba mejor y más realista de lo que jamás había logrado reproducir el viejo gramófono. Lo más curioso de todo lo que traía la radio, sin embargo, eran las peleas de una familia que se transmitía todas las mañanas para gran diversión de una multitud cuya risa llenaba la caja. Tratamos de imaginarnos dónde ocurría aquello. ¿Salía aquella familia a la calle y seguía allí con sus interminables peleas, o era que siempre había una multitud de vagos en torno a la casa de la familia y miraba por las ventanas y les daba gritos de ánimo? Tratamos de imaginar a cualquiera de las familias de Aké que conocíamos, que estuviera dispuesta a revelar así sus secretos, pero la idea era inconcebible. Pasó algún tiempo, y fue únicamente gracias a escuchar siempre con gran atención, antes de que empezara a preguntarme si aquella emisión diaria era distinta de las obras cortas que a veces representábamos en la escuela el día de la concesión de premios. Y también empecé a reaccionar a aquella forma tan extraña de humor.

Quien monopolizaba la caja era Hitler. Tenía su propio programa para él solo, y no se sabe cómo, pese a lo lejana que parecía aquella guerra iniciada por él, nos sentíamos cada vez más absorbidos en la zona del peligro, que era cada vez mayor. Hitler se acercaba a casa día a día. No pasó mucho tiempo antes de que la consigna Ganar-La-Guerra sustituyera a algunos de los saludos que se intercambiaban a voces Essay y sus amigos. Los peluqueros locales inventaron un nuevo peinado que se sumó al repertorio de Bentigo, Chicas-Seguidme, Oju-Aba, el Peinado del Misionero y otros. Las mujeres añadieron también el peinado Ganá-Guerra a sus peinados, y las que poseían los puestos locales de alimentación utilizaron aquella frase como respuesta general a las denuncias de sisas en el peso de lo que servían. Essay y sus corresponsales competían entre sí para ver cuántas veces se podía utilizar el mismo sobre en sus cartas. Se pintaron de negro las ventanas sin dejar más que unos puntos en blanco por los que mirar, quizá a fin de dar la alerta a tiempo cuando llegara Hitler marchando por el sendero. Se llevó a cabezas de familia a los tribunales y se los multó por dejar una luz encendida fuera de sus casas por la noche. Y para recargar aquel ambiente lleno de temores, voló sobre Abeokuta el primer aeroplano; emitía un fuerte zumbido que hablaba de Armagedón, e hizo que los cristianos fueran corriendo a las iglesias a rezar y a aplacar la ira de Dios. Otros se limitaron a cerrar sus puertas y ventanas y a esperar el fin del mundo. Únicamente quienes ya habían oído hablar de aquellas cosas, y las pandillas de chiquillos lo contemplaron fascinados, y fueron corriendo por los campos y las calles, siguiendo a aquel milagro volador hasta donde pudieron, gritando saludos, haciéndole señas con las manos hasta que desapareció, y después volvieron a casa a esperar su próximo advenimiento.

Una mañana Las Noticias informaron de que había estallado un barco en el puerto de Lagos y había muerto parte de la tripulación. La explosión había sacudido la isla, reventando ventanas y hecho saltar tejados. La laguna estaba en llamas, y los lagosianos se apiñaban en los bordes de la laguna maravillados ante aquel extraño augurio: fuegos enormes que daban saltos frenéticos por encima de la superficie del agua. Era verdad que Hitler se acercaba. Sin embargo, nadie parecía estar muy seguro de lo que había que hacer cuando por fin llegase.

Había una excepción: Paa Adatan. Todas las mañanas Paa Adatan se presentaba ante la tienda de la Cristiana Salvaje, frente al Aafin, y se pasaba el día entero delante de los muros de éste. Atado a la cintura llevaba un largo machete en su vaina y varios cinturones llenos de amuletos. En el brazo izquierdo, por encima del codo, llevaba un pequeño cuchillo hausa, también envainado, y en los dedos llevaba anillos ennegrecidos de alambre y cobre (sabíamos que eran de tipos diferentes: *onde*, *akaraba* y otros). Si Paa Adatan le daba a un adversario una bofetada, el hombre caía a sus pies echando espumarajos. La otra mano la reservaba para las situaciones en las que estaba en inferioridad numérica. Bastaba con que Paa Adatan diera una bofetada a uno o más de sus atacantes y todos se ponían a pelearse entre sí. El cinturón con los amuletos garantizaba, naturalmente, que las balas disparadas contra él se desviarían y darían la vuelta para herir al tirador en el mismo punto de su cuerpo donde él había creído, que iba a herir al guerrero inmortal de Adatan.

Paa Adatan patrullaba la zona del Aafin, furioso porque nadie quería aceptarlo en el ejército y enviarlo a enfrentarse personalmente con Hitler, para poner fin a la guerra de una vez por todas.

—Ay, Mamá Wole, estos ingleses sólo quieren para ellos gloria. Ellos no quieren hombre negro ganar guerra y terminar esta bobada Hitler de golpe. Ahora mira. Hitler ya bombardea nosotros Lagos y ellos no pueden defendernos —escupió airado el jugo rojo de su nuez de cola en el suelo—. Cuando vengan, Mamá, ellos van a saber lo que es medicina hombre negro. Yo pongo montón muertos junto muro de palacio, ellos van decir ellos hacen guerra aquí, mucho tiempo antes sepan lo que guerra país tontos. Ah, eh... Mamá —dijo buscándose en los bolsillos de la ropa—, Mamá Wole yo olvido traer mi bolsa, eh, mira hombre grande como yo, olvido mi bolsa casa. Y yo no tengo comida nada nada desde mañana...

Un penique cambió de manos. Paa Adatan saludó, sacó la espada y trazó una raya en el suelo en torno a la fachada de la tienda.

—Esto por si ellos vienen mientras yo como mi *eba* por *buca*. Si tratan cruzar esta línea fusiles se convierten escoba en su mano. Ellos empiezan barrer este suelo hasta vuelta mía. Que lo intenten y se enteren si no.

Una vez seguí a Paa Adatan para verlo a la hora del desayuno. La vendedora ya sabía lo que quería y le puso delante cuatro montones de eba envueltos en hojas, mucho estofado y un solo trozo de carne, que estaba como una isla medio sumergida en medio del estofado. Paa Adatan no tocó la carne hasta haber demolido aquella cantidad prodigiosa de eba, cada uno de cuyos pedazos era mayor de lo que yo me hubiera podido comer en una comida entera. Cuando había llegado a la mitad, el estofado se le había secado. Paa Adatan carraspeó mucho, pero la mujer no le hizo caso, por último dijo:

—Hm Iyawo.

Silencio.

—Iyawo.

La vendedora se dio la vuelta, enfadada:

—Quieres arruinarme. Todos los días lo mismo. Si todo el mundo se tragase el estofado como tú, ¿cómo te crees que puede una ganarse la vida con la venta de eba?

—Ah, no te enfades con mí, Iyawo. Pero este estofado me diste hoy no es Gana-Guerra.

La mujer se dio la vuelta en el taburete, con el cucharón ya lleno, y le echó el contenido en el plato:

—Solo tú quejas. Mismo todos días.

—¡Dios bendiga, Dios bendiga! Es hijoputa Hitler. Cuando guerra termine vas a ver. Vas verme como soy, un hombre serio.

La mujer soltó un respingo, pues estaba acostumbrada a la promesa. Paa Adatan se puso a comer, terminó los montones que quedaban, después levantó el trozo de carne y de pronto se lo lanzó

a la boca, mordiéndolo con los dientes como un perro al que han tirado un pedazo de carne cruda. Los músculos de la mandíbula y del cuello se le ponían tensos mientras iba masticando la carne, daba golpes en la mesita baja y profería el siguiente desafío:

—¡Que venga! Que venga donde quiere cerca este palacio de Alake y así como le voy a agarrar cabeza en boca y la arranco.

Se levantó, se ajustó la cuerda con la que llevaba atados los pantalones y se dio la vuelta para irse.

—Llama, Iyawo, tú no preocupes por ellos si vienen, ya como tu *buca* para mi protección: Aafin, la tienda de Jefescuela esposa, Centenary Hall, mi amigo peluquero en tienda y esa tienda cigarrillos de Iya Aniwura. Si cualquiera hombre de Hitler se acerca ti, olerá pimienta. ¡Diles que eso dice Paa Adatan!

Con la cabeza erecta y el pecho desafiante reanudó su patrulla.

Un día se paró en el camino un convoy de camiones militares, justo delante de la fila de tiendas en la que estaba la nuestra. Inmediatamente salieron huyendo en todas las direcciones niños y mujeres, y las madres levantaban del suelo a sus hijos pequeños y a los de otras que andaban por allí. Los hombres se metieron en las tiendas y en los portales y miraron afuera, preparados para lo peor, dispuestos a echarse a correr o a suplicar que les perdonasen la vida. No eran los soldados de siempre, que estaban destinados en el cuartel de Lafenua. Eran los célebres «bote», reconocibles por el tipo de gorros que llevaban. Se decía que venían del Congo y tenían fama de salvajes y de forajidos. La gente decía que se entraban en las tiendas, agarraban lo que querían y se marchaban sin pagar, que secuestraban a mujeres y niños y violaban a las primeras y se comían a los segundos. El llamar «bote» a alguien se convirtió en un insulto imperdonable; el acercarse a ellos era la mayor locura del mundo.

Yo estaba en la tienda con la Cristiana Salvaje, a quien naturalmente no le interesaba la reputación de los bote. Como todas las demás tiendas cercanas habían cerrado las puertas o se habían vaciado, vinieron a la nuestra y pidieron que les vendiéramos lo que necesitaban: galletas, cigarrillos, latas de comida, bebidas refrescantes y dulces. Yo me subí a los estantes para ir bajando las cosas y pasárselas a la Cristiana Salvaje. De pronto oí un ruido que sólo cabía definir como el rugido de una docena de leones ofendidos. Por el espacio que había entre las cabezas de los soldados y por encima de la ancha puerta vi la figura de Paa Adatan, con la cara transfigurada por su expresión de vencer o morir. Iba desnudo hasta la cintura, los pantalones abombados que solía llevar se los había subido a partir de las pantorrillas y se los había metido en la cintura. Vi que llevaba en una mano la espada desenvainada, y en la otra una *seré* * a la que iba diciendo cosas y después trazó con ella un lento círculo.

Pequeña calabaza con facultades mágicas.

Los soldados se dieron la vuelta, se lo quedaron mirando y después se miraron los unos a los otros.

La Cristiana Salvaje había oído y reconocido la causa de la conmoción, pero no hacía caso.

Paa Adatan los maldijo:

—¡Hijoputas! ¡Animales sin nación! Bote Banza. Vosotros no mejores que Hitler. ¡Salir de tienda para luchar como hombres!

Los soldados no parecían entender una sola palabra, pero era imposible no comprender aquellos gestos. Se susurraron algo entre sí en su extraño idioma, levantaron las cejas y se encogieron de hombros. Después volvieron a entrar en la tienda y siguieron haciendo sus compras. Tres o cuatro de ellos se quedaron sentados en la acera delante de la tienda a mirar.

La Cristiana Salvaje, cuya visión bloqueaban los soldados, no podía ver en absoluto a Paa Adatan. Al intensificarse las imprecaciones de éste, se preocupó y me preguntó qué pasaba.

—Ahora está bailando —le informé.

Efectivamente, Paa Adatan había empezado una danza de guerra. Cantaba a todo grito:

Ogun Hitila d'Aké Eni la o pa Bote [La guerra de Hitler ha llegado a Aké. Hoy mataremos a estos bote.]

Algunos de los soldados se quedaron mirando, mientras que otros seguían comprando todos los comestibles que había en la tienda. La Cristiana Salvaje infló los precios por lo menos hasta el doble de lo que solía cobrar, pero a ellos no les importó. Por el contrario, incluso me dieron un paquete de sus propias galletas, que eran gruesas, dulces y corruscadas. Todo el tiempo hablábamos por señas, con muchas sonrisas, encogimientos de hombros y gesticulaciones con las manos.

El problema empezó cuando trataron de salir. Paa Adatan dejó de cantar, trazó una raya en el suelo y los desafió a que la traspasaran. El mismo se retiró unos pasos atrás de la raya, dio un salto y se lanzó sobre ella, con la espada apuntada al frente, se detuvo abruptamente en la raya apoyado sólo en una pierna, se balanceó sobre la pierna, giró y volvió al punto de partida, desde el cual repitió el proceso una vez tras otra.

Ahora los soldados estaban atónitos. La Cristiana Salvaje por fin salió a empujones a reñir a Paa Adatan:

—¡Basta, Paa, basta! Son nuestros amigos. Les estás impidiendo que se vayan a pelear con Hitler.

—Son bote —replicó Paa Adatan—. Ellos e Hilter lo mismo. Míralos. ¡Cobardes! —blandió su *seré* hacia ellos— bajar esas cosas ladrones o te dois mensajes que llevar a Hitler.

Aquello terminó en seguida. Dos de los soldados que se habían quedado en los camiones llegaron de puntillas detrás de Paa Adatan. Le cogieron los brazos por detrás y le quitaron la espada y la *seré* y le inmovilizaron los brazos a los costados. Paa Adatan los combatió como el feroz guerrero que efectivamente era. Los tiró al suelo, siguió combatiendo por en medio de la oleada de cuerpos que se lanzó sobre él, los tiró al suelo con él y siguió peleando. No parecían darse golpes, todo era como en la lucha libre y resultó ser una lucha titánica. Paa Adatan combatió como alguien que sabía que el destino entero de Aké dependía de sus brazos, sus piernas y su torso. Era un terreno áspero que había que capturar y después asegurar árbol por árbol, cota por cota, roca por roca. Se le sentaron en los brazos y las piernas, con grandes jadeos y sudando mucho, gritando órdenes y juramentos en su extraño idioma. Después trajeron una cuerda y lo ataron. Ni siquiera entonces se rindió.

Después los soldados formaron un círculo y se secaron el sudor y lo observaron. Estaban asombrados, meneaban las cabezas y buscaban alguna explicación en las caras de quienes habían ido saliendo uno por uno de las tiendas, las ventanas, los rincones y las esquinas cuando Paa Adatan inició su actuación. Sin embargo, nadie podía hablar con ellos, aunque algunos asintieron con la cabeza cuando un soldado se volvió a los espectadores, se llevó un dedo a la cabeza y arqueó las cejas.

Paa Adatan, atado, logró sentarse, miró a sus capturadores y meneó la cabeza:

—Oh ma se oh . La gloria de Egbaland caída en polvo.

Ahora llegaban corriendo del palacio algunos *ogboni*, que se habían enterado del accidente. Su presencia pareció significar para los soldados que allí existía alguna autoridad, de modo que, con señas y gestos, les traspasaron a ellos toda la responsabilidad por Paa Adatan, les entregaron la espada y la *seré*, volvieron a subir a sus camiones y se marcharon. Entonces se inició un debate. ¿Había que llamar a la policía? ¿Sería prudente desatar a Paa Adatan? ¿Habría que llevarlo al Hospital Mental de Aro? Discutían a gritos mientras Paa Adatan seguía atado y sentado, impasible.

Por fin; la Cristiana Salvaje se hartó. Salió de la tienda, me dijo que la ayudara y empezamos los dos a desatar a Paa Adatan. Inmediatamente se oyeron exclamaciones de miedo y de protesta, pero no hicimos caso. Uno de los hombres trató de impedirlo físicamente. Ella se levantó, se irguió en toda su estatura y los desafió a que la volvieran a tocar una sola vez. Yo corrí a su lado y llamé a aquel

hombre cosas que en otras circunstancias me hubieran significado una bofetada inmediata de la Cristiana Salvaje. Pero intervino uno de los jefes ogboni, reprendió a aquel hombre y se puso él mismo a terminar la tarea de deshacer los nudos que quedaban en las cuerdas.

Paa Adatan, ya libre, se levantó lentamente. La multitud dio unos pasos atrás. El alargó la mano para recibir su espada y la volvió a envainar. Después tomó su *seré*, la tiró al suelo y la aplastó con un talón. La explosión fue fuerte; alarmó a los espectadores, que se echaron todavía más atrás, asustados. El se marchó lentamente. Andaba con una dignidad triste y tranquila. Tomó la dirección de Iporo y fue desapareciendo a medida que el camino iba bajando antes de hacer una curva muy pronunciada en torno a Centenary Hall. Nunca lo volví a ver.

También hacia aquella época desapareció para siempre otro de los aspectos permanentes de nuestras vidas. Essay y la Cristiana Salvaje coleccionaban vagabundos. Parecía ser un aspecto permanente de nuestra vida en Aké: con muy pocos intervalos, siempre había un adulto que aparecía sin previo aviso, aparentemente caído del cielo, se convertía en parte de nuestras vidas y después desaparecía sin que nadie diera ninguna explicación. A veces ocurría que madre tuviera algo que ver con la repentina evaporación de los vagabundos de Essay.

La Cristiana Salvaje se quedaba en su tienda casi todo el día y, para algunos de los vagabundos de Essay, aquél era el momento oportuno para caer sobre su protector y amigo. Antes de marcharse, ella se aseguraba de que en la mesa estuviera el desayuno de su marido: bolas de *akara* y *ogi*; *moin-moin* y *agidi*; pan, tortilla y té; o ñame hervido y tortilla o estofado de pescado: el desayuno podía consistir en cualquiera de estas combinaciones. Pero la verdadera delicia era aquella golosina maravillosa: *leki*, hecho de alubias pintas peladas y molidas con aceite de pipas de melón, el reparto de una cucharada del cual podía causar hostilidades que duraban una semana en la familia. Yo tenía un punto de vigilancia entre las patas del aparador. En la familia estaba entendido que cuando yo ocupaba aquella posición, me hacía cargo del plato de Essay y de lo que quedara en él. Pero el plato en sí era sacrosanto. Es decir, hasta que entró en la casa Quieres-Decir-Yo-u.

Todos aprendimos a imitar su extraño acento y nos divertíamos entre nosotros y con la Cristiana Salvaje con imitaciones que hacían morir de risa a sus amigos. Aunque parezca extraño a mí me parecía que la incursión de Quieres-Decir-Yo-u en nuestras vidas era compensación suficiente por la forma en que desaparecían los restos de aquellas golosinas que dejaba padre en su plato, siempre que me observaba mirándolo fijamente desde las patas del aparador para ver cómo él movía las mandíbulas de forma mecánica. A mí me producía una impresión dolorosa cuando los restos que había eran de *leki*, pero por lo general la forma en que Yo-u completaba constantemente nuestro repertorio de imitaciones de sus matices vocales y de sus parpadeos lo compensaba de sobra. Tinu y yo, y más tarde incluso Dipo, competíamos para reproducir sus variaciones sobre la reacción de sorpresa a una pregunta típica de la hospitalidad normal:

—¿Has desayunado ya?

—¿Yo-u? No-u.

Era bajo, de piel bastante clara y tenía la cabeza pequeña y cuadrada. El horario normal de JE se iniciaba cuando iba a la escuela a la ceremonia de apertura y después volvía a casa para desayunar con calma. Para entonces, la Cristiana Salvaje ya estaba en su tienda. Yo-u llegaba a la casa antes de que mi padre se fuera a la escuela o de que volviera a desayunar. Se quedaba sentado en la silla que había debajo del reloj de porcelana de la salita, agarraba una revista o un libro y los hojeaba. Cuando madre estaba fuera del pueblo, llegaba incluso más temprano, a veces mientras mi padre estaba haciendo la gimnasia en su habitación. No nos reíamos delante de JE, pues sabíamos muy bien cuales

serían las consecuencias de burlarnos de un invitado. Después, claro, lo imitábamos abiertamente.

Por fin llegaba padre de su dormitorio, del cuarto de baño, de su paseo por el jardín o de vuelta de la escuela, saludaba cortésmente a su huésped y se ponía al desayuno. Había épocas, especialmente durante las vacaciones, cuando desayunaba tarde, que se quedaba sentado largo rato a su escritorio de la salita para terminar algún trabajo y luego iba a comer un desayuno que ya se le había enfriado. A veces charlaba con su huésped, iniciaba un debate entre moderado y apasionado sobre la política del día, las noticias y los rumores de la guerra o alguna agitación local. Nosotros esperábamos. A veces nos cansábamos de esperar a que se iniciara la actuación de Yo-u y enviábamos a alguien a recordar a Essay que tenía listo el desayuno. O a preguntar si quería que le recalentaran el *ogi* o el potaje de alubias. Nunca dudábamos de que sabía los motivos de nuestra solicitud, pero él siempre reaccionaba normalmente, preguntaba qué había de desayuno, y después, antes de pedir que se llevara a la mesa *moin moin* o *akara*, se volvía hacia su visitante y le preguntaba:

—¿Has desayunado ya?

Entonces Yo-u sacaba la cara de la revista en que la tenía hundida mientras Essay planeaba el desayuno. Levantaba la vista, asombrado, y al principio miraba en cualquier dirección, salvo aquella de la que con tanta claridad había llegado la pregunta. De pronto advertía su error, se volvía hacia quien la había hecho y comprendía visiblemente que aquella pregunta, por sorprendente que fuera, se le había hecho a él. A aquello seguía un respingo rápido, a medida que la sorpresa de la pregunta, que jamás podría habersele hecho a él, le iba grabando en la cara un gesto de gran sorpresa. Y entonces era cuando llegaba la respuesta predecible y ritual:

—Ah, ¿quieres-decir-yo-u? No-u.

La primera parte de la respuesta duraba una fracción de segundo, pese a que exageraba mucho las vocales. En cambio, la segunda, el «No-u», que alcanzaba la escala más alta, era como el maullido de un gato. Y aquello era lo que nos hacía caer en paroxismos de risa y taparnos las caras con los cojines de las butacas tras las que nos escondíamos. Quieres-decir-Yo-u seguía hojeando su revista y padre seguía con su trabajo hasta que se anunciaba el desayuno para dos. Entonces Essay se levantaba, lo esperaba y avanzaban juntos solemnemente hacia el comedor, donde al mismo tiempo que You exhibía todas las muestras de comer con tan buenos modales como su anfitrión, sin embargo, procedía a erradicar cualquier idea que tuviéramos nosotros de que los modales elegantes en la mesa significaban forzosamente lo contrario de un buen apetito, falacia en la que habíamos caído a fuerza de observar cómo comía Essay. Otras veces yo me preguntaba si aquello, aquella diversión efímera, merecía la pena, ¡especialmente los días en que significaba perdernos las sobras en forma de pasta de alubias con aceite de pipas de melón!

La Cristiana Salvaje solía servir las porciones de su marido y suyas en la misma bandeja, incluso cuando ella iba a comer por separado. Tenía un sentido estético de la comida: determinados alimentos iban bien con determinadas bandejas, y cuando había *leki*, siempre utilizaba una de porcelana en forma de barqui-chuela, de una blancura casi luminosa. La llenaba hasta unos tres cuartos de su profundidad y limpiaba cuidadosamente los bordes de toda posible mancha antes de enviarla a la mesa. Como tenía que llegar temprano a la tienda, hacía que su desayuno se lo enviaran, es decir, su desayuno *de verdad*. Porque la Cristiana Salvaje no se andaba con bromas con el estómago. Empezaba el día con una especie de desayuno de degustación, un predesayuno igual, en cantidad, a lo que comía mi padre en toda la mañana. Después, la criada le preparaba su desayuno de verdad, conforme a las instrucciones recibidas. Unas dos horas después llegaba lo que ella calificaba de sus «onces» o bocadillo: una especie de Comidita de Consolidación. Esta consistía en lo que quedaba en los platos del desayuno de padre, más cualquier cosa de los puestos de comida cercanos que le pareciese apetitosa. Los días en que había *leki* siempre esperaba con grandes ansias la Comidita de Consolidación.

Pero un día, ¡ay!, no hubo Comidita de Consolidación. De ello se había encargado Yo-u.

Hasta entonces Quieres-Decir-Yo-u había sido motivo de risa. La Cristiana Salvaje todavía no lo había visto, pues nunca estaba en casa debido a la tienda, el cobro de deudas y las salidas de compras, tanto en el pueblo como fuera de él. Las imitaciones que hacíamos de él se convirtieron hasta tal punto en parte de la vida de la familia que la Cristiana Salvaje incluso llamaba a Essay para que viniese a ver la actuación de sus hijos. Aquello lo cambió todo. La Cristiana Salvaje era muy paciente. Planteó el asunto con su estilo inocente habitual: una esposa cuyas rutinas domésticas se habían visto perturbadas y no quería sino preguntar cuál podía ser la causa. A la mitad de la cena dijo:

—Espero que el *leki* de esta mañana estuviera bueno.

Aquella mañana padre había vuelto de la escuela pero lo habían llamado para que volviera antes de empezar el desayuno. Dejó a la mesa a su invitado, quien procedió a terminar el *leki* hasta la última brizna. Nubi, furiosa, había denunciado aquella exageración de glotonería a la Cristiana Salvaje.

JE ni siquiera sabía lo que habían servido de desayuno:

—Ah, ¿había *leki*? Hice que los niños me preparasen algo. Tuve que volver corriendo a la escuela...

Ella fingió sorpresa:

—Si es que son tontos. Ahí se ha quedado el *leki*. ¡Joseph! —Joseph llegó corriendo—. Joseph, ¿dónde está el desayuno que preparé para tu padre? ¿Por qué no lo has puesto en la mesa?

Contra el fondo de una serie de «ejem-ejem-ejem» se oyó la voz de Nubi:

—Lo pusimos en la mesa, Ma. Se lo comió todo el invitado de Papá.

Madre abrió mucho los ojos:

—¿Ah, sí? Cariño, no me habías dicho que tenías un invitado. Hubiera preparado más.

—Bueno, no importa. De todos modos, cuando volví ya no tenía hambre.

Siguieron cenando. Unos momentos después preguntó ella:

—¿Quién era, cariño?, ¿lo conozco yo?

—Eh, bueno..., un viejo amigo. No creo que lo conozcas.

Ella meneó la cabeza con gesto bienhumorado:

—Debe de ser un amigo muy raro. ¿Quieres decir que un amigo se comió todo tu desayuno y no te dejó nada?

—Bueno, no importa —dijo Essay tratando de quitarle importancia al asunto—. Los niños me prepararon algo.

La Cristiana Salvaje era demasiado astuta para seguir insistiendo en el asunto. Pero ya había hecho su advertencia. Cuando estuviera dispuesta, se ocuparía de aquel maleducado.

Este se convirtió en un elemento fijo de la casa durante las vacaciones de mediados de año. Las lluvias le dieron suficiente excusa (aunque él no necesitaba ninguna), pues a veces llovía sin parar durante semanas enteras. A nadie se le podía ocurrir rechazar a un individuo con aquel tiempo, y en todo caso Yo-u no tenía muchas ganas de irse. Empezó a quedarse para el almuerzo, y después para la cena siempre que madre estaba de viaje a algún sitio o no había vuelto a tiempo para la cena de Essay. Pero por fin el asunto llegó a su conclusión.

La Cristiana Salvaje había servido el almuerzo para Essay, ella misma y dejado algo por si llegaba un huésped inesperadamente. A Yo-u ya no lo considerábamos un huésped, de manera que cuando llegó y vio los platos vacíos y preguntó qué invitados había tenido Essay, contestamos sin mentir que nadie. Essay todavía no había llegado a casa.

—Niños, ¿vais a decirme que vuestro padre se comió él solo todos estos platos? —dijo amenazante.

Con las cejas arqueadas como Yo-u cuando manifestaba sorpresa, respondimos a coro:

—¿Quieres-Decir-Papá? No-u.

—Ya entiendo —suspiró la Cristiana Salvaje—. De manera que ha sido otra vez él.

Y nosotros pasamos a imitar las últimas variaciones.

—¿Quieres algo de comer?

—¿Yo-u? Oh, no-u en realidad. Pero quizá tú sí...

—En tal caso, vamos a comer algo.

—Oh-u, bueno-u... Sí, Jefe de Escuela-us.

—¿Te apetece cenar algo?

—Yo-u... oh-u, bueno-u... no-u, salvo-u que...

—Voy a ver lo que han preparados los niños...

Pero la Cristiana Salvaje ya no se divertía con aquello. Vimos que se le iluminaba la cara con la luz de las batallas en los ojos y sentimos un poco de pena por Yo-u, que había permitido que un exceso de codicia terminara con el auténtico placer que nos causaba su presencia en la casa. Ahora ya era algo más que el hecho de que este invitado la privase incluso de sus propias especialidades. Sabía que Essay no comía mucho era un anfitrión muy cortés; de ello se seguía que no estaba comiendo lo suficiente. A la siguiente vez que volvieron a comer juntos, miró a padre y le preguntó:

—Pero, cariño, ¿estás seguro de que estás comiendo lo suficiente?

—Naturalmente. ¿Es que te parezco subali-mentado?

—No, pero... Bueno, mañana te voy a hacer ese tipo de potaje de ñame que tanto te gusta. ¿Qué te parece?

—¿Cuál dices?

—El que se hace con *ororo* y que queda un

poco caldoso. Y como es lógico utilizaré parte del cerdo ahumado que nos acaba de enviar Padre de Isara...

—Ah, bueno, bueno.

—Cariño, ¿me escuchas? Quiero estar segura de que comes lo suficiente.

—Naturalmente. ¿Por qué no? Mañana no voy a salir. Sí, es una buena idea.

Siguió un breve silencio. Ella se preparó para el momento de la verdad:

—¿Esperas visitas mañana al mediodía?

Deliberadamente hicimos que nuestro susurro fuera audible: «¿Yo-u? no-u». JE hizo como que no había oído nada.

—No-o-o-o. Claro que a lo mejor viene el Sr. Adelu, pero... No, no espero a nadie.

—Bueno, si tienes algún invitado a la hora de comer, ¿podrías mandarme a buscar a la tienda? Quiero decir que siempre podrías tomar otra cosa por la tarde y dejar el potaje para la noche. Lo voy a hacer especial y, después de todo, es el cerdo ahumado que envió Padre de Isara.

—Sí, sí, claro. Como quieras.

Ella lo organizó todo con Nubi. En cuanto llegó Yo-u, Nubi fue corriendo a informarla y ocupó el lugar de madre en la tienda. Aquel día, nosotros nos quedamos esperando en la salita, muy ocupados con nuestros estudios. No leímos ni una página. Llegó la Cristiana Salvaje. Yo-u saltó de su silla, como un perfecto modelo de cortesía tradicional. Se inclinó a besarle la mano.

—Bo-uenas tardes, Senyo-ura.

Con una sonrisa afilada, la Senyo-ura respondió con una frase de cortesía. Essay, al otro extremo de la mesa, sofocó una pequeña sonrisa; intuía cuándo estaba en marcha una conspiración. Sospechamos que se iba a limitar a dejar que los acontecimientos siguieran su curso.

—Se me ocurrió que podía venir para encargarme yo misma de tu potaje —explicó ella—. Los niños podrían estropearlo, y Padre envió ese cerdo tan rico especialmente para ti.

—Pero, ¿y la tienda...?

—Bueno, Nubi puede encargarse prácticamente de todo. En todo caso hoy se va a vender poco, por la lluvia. Voy a preparártelo.

Yo-u no reveló ni con el más mínimo gesto su interés por la conversación, pues seguía con la cabeza hundida en el libro y muy concentrado. Nosotros nos dábamos pellizcos por debajo de la mesa. ¿Qué estrategia habría decidido ella?

A la salita nos llegaban los ruidos y los olores de los preparativos, pero dudo que a ninguno de nosotros se nos hiciera la boca agua aquel día. Con las cabezas hundidas en los libros mirábamos, sin embargo, al hombrecillo que estaba sentado ante nosotros. Por fin sonó la voz de la cocina:

—¡Woleee!

—Ma.

Cuando pasé al lado de los otros recibí codazos; todos estábamos de acuerdo en que había llegado el momento. Al llegar al comedor vi que ya estaba puesta la mesa para dos personas. También había una bandejita con un platillo de galletas y un vaso.

—Ve a decirle a ese señor si prefiere ginger ale o zumo de naranja.

Hice lo que me decían. Aquella vez, su sorpresa fue auténtica.

—¿Yo-u? Yo-u, no-u tiene impo-urtancia. Dile a la senyo-ura que cualquier co-usa, gracias.

Entonces, la Cristiana Salvaje eligió por él. Al pasar la bandeja se preparó a llevarla ella misma.

Aquello me extrañó. Yo-u volvió a ponerse en posición de firmes. Le puse la bandeja en la mesa que había a su lado.

—O-u, la Senyora es tan amable. Y tienes que ayudarme a dar las gracias también al Jefe de esco-uelas. El Senyo-ur So-uyinka es muy ho-ospitalario-u. Un verdadero-u caballero-u, si se me permite decirlo-u.

Ella le lanzó una sonrisa dulcísima.

—No merece la pena.

—Pero-u, sí, sí, sí. Es to-udo-u amapilidad, do-uta-do-u de cualidades que escasean mucho-u.

Madre le concedió cinco minutos más de cortesía y después interrumpió:

—Espero que lo excuse usted durante algún tiempo...

—Naturalmente, Senyo-ura, naturalmente...

—Han surgido unas cuestiones importantes de familia...

—Aaaaah, aaaaah...

—Problemas de familia —con una sonrisa, y después miró a padre—. Cariño, sé que hoy estás tan ocupado que quizá pudiéramos hablar de las cosas mientras comes.

Para entonces ya había vuelto yo a mi asiento. Uno de los primos escribió en su cuaderno: diez/diez, con lo cual le daba calificativo de sobresaliente a su actuación, veredicto que todos apoyamos. Essay se levantó, reconoció su derrota y murmuró una excusa. Yo-u se puso en pie de un salto («claro-u, claro-u») y no volvió a sentarse hasta que ambos salieron de la salita.

Madre retuvo a Essay en el comedor durante casi dos horas y habló de prácticamente todos los temas del mundo. Yo-u masticó sus galletas con sus buenos modales de siempre, pero, sin embargo, desaparecían con aquella velocidad contradictoria cuya mecánica siguió siendo un misterio que seguimos tratando de resolver mucho tiempo después de que Yo-u hubiera desaparecido de nuestras vidas. Naturalmente, él no renunció con facilidad. Volvió a aparecer al día siguiente y al otro, pero su adversaria había dejado instrucciones, y la llamaban. A partir de entonces entraba en casa por la puerta de atrás, de manera que Yo-u no se enteraba de su presencia hasta que oía su voz que nos llamaba a uno de nosotros. Aquello presagiaba la llegada de una bandeja con galletas y zumo de naranja. Ella ya no se presentaba en absoluto en la salita, sino que se limitaba a enviar un recado a padre para que le «permitiese un momento». Yo-u se condujo correctamente hasta el final, con profusas expresiones de agradecimiento, pero consumía la hospitalidad que recibía como un

incidente agradable de su vida. Por fin desapareció y para la casa su ausencia fue una gran pérdida.

La primera vez que nos enteramos de que teníamos un tío llamado Dipo fue cuando llegó sin previo aviso al patio un hombre elegante y con gafas vestido de uniforme de oficial del ejército. Nos echamos a correr. Nunca había ocurrido nada igual y, con todas las alarmas de guerra, a nadie le cupo duda de que efectivamente había llegado Hitler y estaba a punto de embarcarnos y vendernos como esclavos. Essay estaba fuera del pueblo. La Cristiana Salvaje estaba en su tienda; ninguno de ellos nos había advertido de la próxima llegada de un visitante. No lo oímos pasar por la puerta principal, la salita ni la sala, de manera que nos fuimos corriendo al Patio Alto y unos cuantos nos atrincheramos en el almacén, mientras otros se iban a la letrina. Dos de los primos y yo subimos corriendo la escalera y nos tiramos boca abajo en el techo, listos para tirarnos de un salto a la calle, del otro lado, si Hitler nos perseguía hasta allí. Sin embargo, de momento no hicimos nada por el estilo. Por el contrario, fuimos arrastrándonos, reptando, hasta que pudimos mirar del otro lado del tejado, que daba al patio.

El desconocido no nos persiguió. Por el contrario, se quedó donde estaba y pareció balancearse un poco. Daba la sensación de que tuviera las gafas fundidas con los ojos, de manera que lo que más me asombró era que en el centro de la cara le brillaba un par de faros, como los de un coche. Sus lentos balanceos contribuían a darle un aspecto irreal, y empecé a cambiar de opinión acerca de su verdadera identidad; ahora pensé que quizá fuera un fantasma. Y entonces levantó la cabeza, empezó a balancearse con más intensidad y estalló:

—¡Hijos de puta! ¿Dónde están?

El desconocido dio unos pasos adelante y ya no cabía duda; ya habíamos visto otros borrachos antes. Fuese Hitler, un fantasma o el propio diablo, era evidente que el desconocido estaba borracho. Siguió adelante y llegó hasta el patio en la misma dirección por la que habíamos huido nosotros. Entonces vio una de nuestras enormes cántaras de agua, enterrada bastante hondo en el suelo y parcialmente abierta. Era la cántara favorita de la casa. Estaba protegida tanto por una pared como por dos arbustos espléndidos de ricino a cada lado; el agua que contenía era fresca y tonificante a todas horas del día. El desconocido fue hacia la cántara, se tambaleó, se desabrochó la bragueta y empezó a orinar dentro.

Tanto yo como los dos primos que, desde nuestra atalaya, habíamos sido testigos de aquel acto inmencionable de profanación, lanzamos gritos de horror. Era algo que no nos cabía en la imaginación. Ya habíamos visto a algún visitante que salía tambaleándose al patio e iba de rosal en rosal, tratando de reunirse con sus compañeros de la salita por la puerta de la cocina, e incluso que se caía cuando trataba de desabrocharse la bragueta en el cuarto de baño. ¡Pero ponerse a orinar en una cántara de agua!

Un instante después bajábamos la escalera a igual velocidad que la habíamos subido. Mientras le gritábamos insultos, nos pusimos a tirar de él y a golpearlo con todas nuestras fuerzas. Con la mano que no estaba ocupada en guiar su miembro se deshizo fácilmente de nosotros.

—¡Largo de aquí, golfillos birmanos!

Era la primera vez que oía yo esa expresión, pero no me esperé a averiguar qué significaba aquello de «golfillos birmanos». Le salté a la espalda y aterricé con tal fuerza que lo catapulté hacia adelante. La tapadera de la cántara cayó hacia atrás y él se quedó con la cara metida en la cántara, que estaba medio vacía, pero aquel mismo movimiento me hizo saltar por encima de su cabeza, de manera que caí como pude y me quedé atrapado entre la cántara y la pared. Los primos lo habían agarrado de una pierna y estaban tirando de él hacia atrás mientras pedían ayuda a gritos.

Los vecinos llegaron casi al mismo tiempo que los otros niños que se habían escondido en el Patio Alto. Vieron al hombre uniformado que estaba caído junto a la cántara y se echaron atrás. Yo había logrado salir de mi corta prisión y gritaba a voz en grito:

—¡Es este Hitler! ¡Está orinando en nuestra cántara!

Pero Hitler estaba inmóvil, estaba totalmente sin sentido. Lo dejaron allí y se quedaron haciendo guardia.

Poco después llegó madre de la tienda; alguien la había mandado llamar. Reconoció al desconocido inmediatamente y exclamó:

—¡Pero si yo creía que todavía estaba en Birmania!

Los vecinos la ayudaron a llevarlo a la cama, después de hacer que nos fuéramos para darle un aspecto decente. La Cristiana Salvaje se pasó la cena meneando la cabeza de un lado a otro y se negó a responder a nuestras preguntas, salvo para decir:

—Es vuestro Tío. Se alistó en contra del parecer de toda la familia... Siempre ha sido una persona difícil... —Pero no quería decirnos cómo se llamaba.

A la mañana siguiente, cuando nos levantamos, nuestro Tío Dipo ya estaba despierto. Una vez limpio, tenía un aire muy elegante e imponente, incluso vestido de civil, y estaba comiendo su desayuno, sentado en la silla de Essay. Cuando volvimos de la escuela, se había ido. A nuestras preguntas, la Cristiana Salvaje no replicaba sino que había vuelto imprevistamente de permiso y ahora se había ido a su nuevo destino. La cántara se vació, se limpió; después la frotaron por dentro con todo un frasco de Dettol y la dejaron vacía unos días. Luego volvieron a frotarla con jabón otra vez, la enjuagaron y la dejaron a secar. Hasta entonces no volvió a su lugar para guardar el agua fresca de toda la casa, pero nunca volví a beber agua de ella sin hacer una mueca para mis adentros.

Nuestro propio Dipo siguió haciéndose cada vez más enérgico y travieso, y no había cosa que lo arredrara. Un día desapareció. Su ausencia pasó inadvertida varias horas. En casa nos creíamos en general que estaba en la tienda con la Cristiana Salvaje; naturalmente, ésta no tenía idea de que pudiera estar en ninguna parte más que en casa. Desapareció poco después del desayuno y de haber recibido unos golpecitos suaves por alguna travesura. Para nuestro hermano era un mundo nuevo aquello de que lo pegaran, lo castigaran de cara a la pared o lo hicieran «agacharse», lo cual significaba que el delincuente tenía que quedarse apoyado en una pierna, levantar la otra e inclinarse hacia adelante y apoyar un dedo en tierra. El otro brazo tenía que quedar, en penitencia, apoyado en la espalda. Otro de los castigos más frecuentes era ponerse de pie con los brazos estirados, paralelos al suelo. Si le flaqueaba un brazo recibía un palmetazo en los nudillos, igual que, cuando el castigo era agacharse, la tentativa de cambiar de pierna le significaba al delincuente unos golpes bien fuertes en la espalda. Teníamos un «primo» cuyas maldades, no se sabe bien por qué, lo obligaban a agacharse constantemente. Acabó por acostumbrarse tanto a aquella postura que a veces se quedaba dormido en ella.

Dipo había presenciado cómo todos los habitantes de la casa padecían naturalmente una u otra forma de castigo. El ver cómo castigaban a todo el grupo de niños lo había preparado, en su inocencia, para confesar travesuras que nunca había cometido, porque todavía era demasiado pequeño para que lo castigaran. Cuando le llegó su momento, Dipo no comprendió que había acabado para siempre aquel período maravilloso de su vida. Dipo desapareció. Toda la familia cayó en el caos durante unas horas hasta que un viajero lo trajo a casa. Dipo, tras pasearse por Abeokuta durante la mayor parte del día, había logrado llegar a una estación de transportes. Pero cuando trató de subirse en el camión, tanto el conductor como los pasajeros no pudieron evitar el darse cuenta de que parecía ser demasiado pequeño para viajar solo. Empezaron a hacer preguntas, llamaron a un policía (entre tanto, habían engañado al niño para que se bajara y entrara en una tienda de al lado), y, por último, Dipo volvió a casa acompañado por aquel viajero compasivo.

No supimos la interpretación que hacían nuestros padres de la aventura, ni nos preocupaba; para el resto de la familia, Dipo se convirtió instantáneamente en un héroe. Parecía tan vulnerable cuando regresó llevado por sus progenitores que mi primera sensación fue de miedo por él. Nadie con un aspecto tan indefenso debería haberse visto impulsado a arrostrar los peligros de tamaña aventura. Entonces empecé a preguntarme si nuestros padres dejarían que aquello afectara a su forma de recurrir excesivamente al palo por cada infracción; no los afectó. En cuanto a Dipo, al día siguiente estaba otra vez dando saltos como un loco, como si nunca le hubiera pasado nada. Su comportamiento no revelaba huella alguna de la aventura ni de sus consecuencias. Empezamos a considerarlo como una especie de ser aparte, evidentemente indestructible. Quizá un año más tarde, mucho después de la visita del misterioso Tío, la Cristiana Salvaje anunció que Dipo iba a cambiar de nombre y llamarse Femí. Explicó que llevaba algún tiempo pensando en eso, porque los niños llamados Dipo siempre resultaban ser difíciles e ingobernables. Casi todos se quedaron indiferentes al cambio de nombre, pero yo hube de disimular mi propio asombro. Una vez más sentí una confusión impotente: ¿es que los mayores sabían alguna vez lo que querían? No parecía posible que ésta fuera la misma Cristiana Salvaje que no hacía tanto tiempo había pinchado a Dipo y que, con la complicidad de Joseph y de Nudi, lo había hecho lanzarse contra mí. ¿Y ahora le cambiaba de nombre sólo porque había reaccionado demasiado bien a sus propias provocaciones? Me pasé varias semanas pensando en aquel problema; cada vez que lo llamaban por su nuevo nombre, me volvía a sentir estupefacto.

Pero el soldado de fortuna tenía por fin un nuevo nombre. Pese al cuidadoso silencio que mantenía la Cristiana Salvaje al respecto, decidí que no podía llamarse más que Dipo. Cuando la nueva entidad, Femi, ingresó en la familia, el Tío Dipo se sumó a la procesión de desconocidos que marcaban nuestras vidas con su vivida presencia y luego se marchaban y no se los volvía a ver. Fue quien menos duró, pero cual un auténtico Dipo, el más repentino y tempestuoso.

EN Isara estaba entendido que los hijos del Jefe de Escuelas no se postraban en señal de saludo; nuestro acompañante siempre se encargaba de ello. Cuando llegaban los hijos del Jefe de Escuela a pasar la Navidad y el Año Nuevo, había que llevarlos a todas las casas, cuyos residentes se hubieran sentido mortalmente ofendidos de lo contrario. En las calles nos encontrábamos con parientes, amigos de la familia, figuras arrugadas y antiguas de Isara, jefes, hacedores de reyes, sacerdotes y sacerdotisas nativos, los ancianos de *osugbo* que lo perforaban a uno totalmente con la mirada y luego se echaban atrás en espera del homenaje habitual. Nos presentaban: éramos los hijos de Ayo (por fin estábamos en un lugar en que a Essay lo llamaban naturalmente por su nombre), los hijos de Ayo, que acababan de llegar para celebrar *odun*. El anciano esperaba, nuestro acompañante sonreía y explicaba:

—No saben postrarse, por favor no te sientas ofendido.

Las reacciones eran diversas. Algunos se sentían tan impresionados ante aquellos forasteros a los que efectivamente se había oído conversar con sus padres en la lengua del hombre blanco, que rápidamente negaban que jamás hubieran esperado una forma de saludo tan provinciana. Otros, menos, especialmente los ancianos cuyas pieles habían adquirido el brillo de aquellos *etü* oscuros y densos, se limitaban a ponerse bien erguidos, soltar un gruñido y marcharse. Más adelante los ablandaría el *Odemo*, el jefe de los nobles de Isara, a quien podían llegar sus quejas. Quizá el hecho de que fuéramos parientes de aquella casa real aliviaba la sensación de injuria, según podíamos observar cuando volvíamos a encontrarnos con los mismos ancianos, que sonreían con más indulgencia y convertían sus ceños en arrugas de diversión ante los extraños objetos que un hijo del país había engendrado en alguna tierra distante. Y quizá ya les habían llegado las noticias de un encuentro embarazoso en el palacio.

El primer domingo de nuestra estancia, tras los oficios religiosos, acompañé a Essay al palacio del *Odemo*. Cuando entramos en la sala ya estaban sentados varios de los jefes, de manera que había algunas caras que yo no había visto nunca antes, entre ellas la de un desconocido que llevaba muchas cuentas y corales, una falda de *aso-oke* y evidentemente no era de Isara. Hablaba y actuaba más bien como colega de los jefes más importantes, e incluso se comportaba como si fuera el igual del *Odemo*.

Entramos, el *Odemo* me puso en sus rodillas y me hizo una serie de preguntas acerca de la escuela, surgieron las exclamaciones habituales de: «A-ah *orno Soyinka*, wa nube wa *gbwo*» [Ah, hijo de Soyinka, ven a darnos la mano] y alargaron las manos.

Kabiyesi me dejó en tierra. Fui a dar las manos a todos los reunidos. Aquel hombre de aspecto majestuoso y muy alto estaba junto a un aparador y se abanicaba la cara lánguidamente. Cuando llegué a su lado me contempló desde su gran estatura y rugió en una voz tan estentórea que me hizo tambalear:

—¿Qué es esto? ¿*Orno tani*?

Un coro de voces replicó: «*Orno Soyinka*», señalando hacia mi padre, que ya estaba hablando con el *Odemo*. El desconocido levantó el labio superior con un gesto de desdén. Con el mismo rugido que antes ordenó:

—¡*Dbbalé!*

La respuesta de la sala fue un murmullo bien humorado de: «...pero claro, es que no sabes, son 'ara Egba', los hijos del Profesor, ni siquiera saben postrarse».

El desconocido lanzó una mirada de fuego. Dejó de mirarme a mí, y contempló a Essay, después

a los jefes, después otra vez a mí y después al *Odemo*.

—¿Por qué NO?

Yo ya me había recuperado del impacto de su voz y de su presencia, que verdaderamente intimidaba. Ahora ya sólo sentía un frío resentimiento ante su presencia en aquel lugar y, por último, su elección de Essay como enemigo. Yo nunca había pensado mucho en aquella cuestión de postrarse, salvo que, en los caminos polvorientos y rojos de Isara, con sus abundantes heces de perros y de niños, no parecía que el postrarse fuera una forma muy limpia de saludar. Sabía que no me hubiera importado en lo más mínimo postrarme ante Padre, o ante el *Odemo*, o de hecho ante algunos de los ancianos sentados en la sala de recepción del *Odemo* o ante quienes iban a casa de Padre a beber para dar gracias a los dioses por nuestra feliz llegada. Pero hubiera intentado cualquier truco del mundo para evitar postrarme en aquellas calles cuyo polvo se le pegaba a uno a la ropa, al pelo, a la piel, sin necesidad siquiera de arrastrarse por el suelo ni de poner la nariz en un charco de orina humana o canina. Sin embargo, ni siquiera Essay ni su Cristiana Salvaje podrían hacerme postrar ante aquel desconocido arrogante, ¡aunque ellos mismos cambiasen de opinión!

Probablemente fue el hecho de que habíamos llegado directamente de los oficios dominicales lo que me sugirió aquella respuesta, pues desde luego no era una justificación que jamás se me hubiera ocurrido antes, ni que hubiera oído utilizar en ninguna discusión. Me oí decir a mí mismo, con la sensación de que me limitaba a señalar algo evidente:

—Si no me postro ante Dios, ¿por qué voy a postrarme ante ti? Tú eres un hombre igual que mi padre, ¿no?

Aquello produjo el silencio más largo que jamás hubiera oído yo en una asamblea de personas mayores. *Odemo* rompió el silencio con un largo silbido que terminó con un juramento: «¡O-o-o-o-o-oro baba o!», y volviéndose a Essay preguntó:

—¿E mi su'wo re ko? [¿Eso se lo has enseñado tú?]

Mi padre negó con la cabeza e hizo con las manos abiertas un gesto de que él no tenía nada que ver. La voz del *Odemo* me había hecho volverme a mirarlo, y después a mirar por toda la sala hacia una sorprendente identidad de expresiones en los rostros de todos los presentes. Me sentí repentinamente confuso, salí a toda prisa de la sala y me volví corriendo a casa.

Al final de aquellas vacaciones, Essay decretó que empezáramos a postrarnos siempre, no sólo en Isara, sino en nuestra casa de Aké.

El *Odemo* solía visitarnos en Aké, y sus visitas eran motivo de grandes emociones. Essay se consagraba tanto a él que nosotros nos tomábamos las mayores libertades, pues sabíamos que disponía de poco tiempo para nosotros. Aparte de él, el único visitante que era objeto de la atención absoluta de Essay era Daodu, salvo que éste jamás se quedaba a pasar la noche. Sin embargo, a nuestros ojos el *Odemo* era sencillamente un íntimo amigo de Essay, y nada más. Eran las mujeres comerciantes las que traían a Aké el sabor, el aroma y el tacto de Isara. Solían llegar a última hora de la noche, como una caravana de gentes curtidas, con cestos repletos y sacos de fibra en las cabezas. Estaban llenos de carnes ahumadas, paños y ungüentos locales, *gari*, harina de ñame, incluso latas de aceite de palma. Llegaban hacia la medianoche, encendían sus hogueras en el patio, cocinaban y no se mezclaban con los demás. La Cristiana Salvaje les llevaba más comida, y Essay las iba visitando una por una para recibir recados y noticias de su casa. Los modales reservados de aquellas mujeres nos impresionaban mucho, pues no hacían ninguna tentativa de convertirse en parte de la familia. En todo el tiempo, sólo dos de ellas pasaron a la salita para hablar con Essay, y después averiguamos que eran tías suyas. Resultaba increíble que Essay tuviera tías, no parecía posible que pudiera estar cargado con otros parientes así. En todo caso, nunca las llamaba Titas.

Llegaba entonces a la casa un sonido nuevo, el ronco dialecto de Ijebu, que hacíamos todo lo posible por imitar. Cuando Essay conversaba con las visitas, apenas si comprendíamos una o dos

frases, y eso con suerte. Parecían hablar un nuevo idioma, no el yo-ruba que nosotros hablábamos sin pensarlo. En torno a las hogueras que encendían en el patio, aquel sonido llenaba la noche como si fuera un extraño canto religioso, no muy distinto de los cánticos de los *ogboni*, que a veces llegaban a nuestra casa desde su centro de reunión del Aafin. Se limpiaba el almacén del Patio Alto y se les prestaba para que lo ocuparan durante su estancia, pero salvo que hiciera mal tiempo, extendían sus esteras al aire libre y allí dormían.

Por la mañana se marchaban antes de que nos despertáramos. Regresaban con los sacos y los cestos vacíos, pues habían vendido todas las cosas en el mercado para cuya fecha habían previsto su llegada. Al día siguiente visitaban las tiendas y compraban otras cosas que se llevarían a vender en Isara. Se marchaban al amanecer del tercer día y dejaban detrás un olor a humo y añil.

Yo había esperado ir a Isara andando; por el contrario, fuimos a la estación con nuestros cargamentos y subimos a un camión. Pero el camión no iba a Isara, sino que se paraba en Iperu, de manera que todavía quedaban siete millas para terminar el viaje. Tras esperar casi medio día a que llegara otro transporte, Essay decidió que fuéramos a pie. Nos dividimos el equipaje- y nos pusimos en marcha. Entonces fue cuando recordé por qué había imaginado yo que el camino de Abeokuta a Isara era un mero paseo: ¡era lo que recorrían las vendedoras todos los días de mercado! Se ponían en marcha al amanecer con sus pesadas cargas y se pasaban el día entero andando hasta llegar a nuestra casa por la noche. ¡No parecía posible! Pregunté a mi padre si las mujeres me habían dicho la verdad y dijo que sí, que lo hacían a pie. A veces, me dijo, les llevaba dos días, sobre todo si tenían demasiadas mercancías que transportar. Por el camino se paraban en una aldea y allí descansaban aquella noche. Traté de pensar cuánto tiempo nos había llevado el viaje en camión, pero no tenía idea. Ya no me sentía cansado. Dipo iba atado a la espalda de una criada. Me fui poniendo nervioso al acercarnos a nuestra otra casa, a la casa de aquellas mujeres de piel oscura que se atareaban todo el día en preparar carnes ahumadas y paños tejidos y que hablaban en un idioma como de cántico. Casi estábamos a la entrada de Isara cuando apareció un camión, pero seguimos andando muy contentos y entramos en Isara en medio de una nube del polvo más rojo que pudiera existir en la superficie de la Tierra.

Fueron aquellas comerciantes itinerantes, nuestras huéspedes en la sombra de Aké, quienes ahora salieron corriendo para guiarnos y explicarnos su mundo. Se regocijaron de estar en contacto con nosotros en su propio territorio y explicaban orgullosamente quiénes éramos a los espectadores sorprendidos, y nos facilitaban el paso con quienes parecían hostiles. Se peleaban por nosotros y actuaban de forma muy posesiva. De ser por ellas nos hubieran estado dando de comer desde la mañana hasta la noche, pero en este aspecto la Cristiana Salvaje actuó con su mayor rigidez y se negó a que aceptáramos comida fuera de las paredes de la casa de nuestro abuelo. Aquello iba más allá de su mera oposición a la GULA. Tenía un miedo morboso a que nos envenenaran.

Parecía que nuestros parientes de Ijebu tenían fama de envenenadores, y de poseer mil y una formas de hacer daño a un enemigo por medios mágicos. Nos enseñaron formas y medios de evitar un apretón de manos, pues por las manos se podía infligir todo género de enfermedades. Volvía uno a casa sencillamente y empezaba a quedarse seco. Así fue como perfeccionamos la técnica de hacer una reverencia con las manos a la espalda: cuanto más persistente fuera un mero conocido en ofrecernos las manos, más decididamente manteníamos las nuestras a las espaldas, mientras hacíamos reverencias respetuosas y mirábamos al suelo constantemente. Aquello se convirtió en un juego, y Tinu y yo comparábamos notas después sobre las tácticas evasivas.

Por mucho que nos lo ordenaran, era imposible mantenernos alejados del caravanseraí cuando llegaba a Aké. La Cristiana Salvaje no se enteraba de las múltiples visitas nocturnas que les hacíamos en el patio, de las preguntas con que las bombardeábamos ni de cómo disfrutábamos tanto con la carne ahumada como con las humeantes historias que nos contaban, tan diferentes en tono incluso de

las más emocionantes que narraba Essay. Ahora, al visitarlas en sus propias casas, observé con tristeza cómo desaparecía una gran parte de su misterio. Las chozas de adobe de Padre tenían muy pocos muebles, su guardarropa no consistía en más que dos o tres agbada, unos pocos bubas y pantalones para diario, gorras y sus túnicas de jefe, aunque ninguna de aquellas prendas, salvo las de trabajar la tierra o ir de caza, tenía remiendos ni estaba gastada. Las casas de aquellas comerciantes nos deprimían, era imposible disimular su pobreza. Bajo su alegría ante nuestra presencia advertíamos ahora la tensión de la lucha por la supervivencia, por una vida que consistía en viajes de cuarenta millas cargadas con mercancías. Se ponían en nuestro honor su único «vestido de orgullo» cuando venían a sacarnos de paseo, y ese mismo vestido volvía a aparecer en el festival más importante del año, el del Año Nuevo, y después, según supimos, desaparecía hasta el siguiente festival.

Isara no era la aldea más saludable del mundo. Existían *salanga* comunitarias, letrinas muy hondas y generalmente bien mantenidas. Pero parecía aceptarse que los niños pudieran soltar sus excrementos en cualquier parte, después de lo cual se llamaba a los perros callejeros que correteaban en gran número para que se los comieran. Si no los había cerca, se llenaban de moscas hasta que por fin se secaban, o unos pies inconscientes resbalaban sobre ellos por la noche, o los aplastaban las bicicletas o los escasos camiones que pasaban por allí. Y entre las viviendas había terrenos sin cultivar a los que se tiraban las heces, o donde se acucillaban los adultos para dejarlas directamente. A nosotros nos resultaba un motivo constante de asombro que a aquellas personas mayores no les importase que las vieran, a pleno día, con las nalgas vueltas hacia el suelo. Tras una tarde dedicada a contemplar a los orfebres y los plateros, los senderos y las calles se convertían en una contaminación del festín visual que me había dado yo en los talleres de los artesanos de Isara. Yo sustituía a los aprendices en los fuelles y sostenía los crisoles para recibir sus metales fundidos. De vuelta a la calle, el ruido y la peste constituían un contraste terrible con el silencio y la pureza de aquellos movimientos que habíamos observado. A menudo, la idea de los obstáculos que había que eludir me hacía quedarme en casa o en la de Padre. La de éste, de adobe y sencilla, estaba limpia, lo cual para nosotros representaba la normalidad. Una vez pregunté a Essay por qué no podíamos llevar a Isara a aquellos inspectores de sanidad que aparecían sin aviso previo en las casas de Aké, aunque sólo fuera mientras estuviéramos nosotros. Essay pareció mirar en su derredor, nervioso, como para asegurarse de que no me había oído nadie. Después me hizo prometer que no se lo volviera a recordar hasta que regresáramos a los terrenos de la vicaría.

Padre me había prometido muchas veces llevarme a sus campos, pero tenía bastantes cosas que hacer en relación con la temporada de los festivales, de manera que sugirió que pidiese a Hermano Pupa que me llevara a los suyos. Era un paseo al que no estaba dispuesto a renunciar, y la vida se convirtió en un tormento para Hermano Pupa hasta que decidió pedir permiso a la Cristiana Salvaje. Era vecino nuestro y tenía una barbería a unas puertas de distancia de donde nos alojábamos nosotros. También por la cabeza se podían transmitir pócimas nocivas, de manera que el que la Cristiana Salvaje nos llevara a casa de Hermano Pupa para que nos hiciera nuestro corte de pelo especial de Navidades y Año Nuevo constituía una medida de su intimidad con la familia. El conseguir que me permitiera ir con él a sus tierras a pasar un día entero no era tan fácil, pero Hermano Pupa tenía un sentido flexible del humor, que se adaptó enseguida a las debilidades de la Cristiana Salvaje. Y, naturalmente, existía además la autoridad de Padre, que pesaba mucho, siempre que él se encontrara en el sitio justo y en el momento exacto. De modo que por fin, con la garantía adicional de un primo de verdad, que era de los mayores de mis amigos de Isara, un día al amanecer nos pusimos en marcha hacia las tierras del Hermano Pupa.

—Vamos, ara Alcé —gritó mientras esperaba en la calle—, te voy a llevar a clase. —Me entregó un machete para que lo llevara y me dijo—: Este es tu lápiz. El cuaderno de tareas te espera al cabo de

una hora de camino. ¿Estás listo?

Jamás había estado yo más listo. Di un salto y caí entre él y Yemi, mientras aspiraba el rocío matutino. Todavía no se había movido el polvo, y el rocío del harmattan disimulaba el olor de las calles, que para el mediodía sería fétido.

El cálculo del tiempo que había hecho el Hermano Pupa fue exacto y el camino duró precisamente una hora. En las tierras había una choza, cuyo contenido nos proporcionó un desayuno rápido antes de ponernos a trabajar para limpiar una parcela nueva, reforzar los cercos con la azada y recoger fruta en una banasta. El harmattan era un período de sequía, y yo no podía comprender por qué aquí todo estaba tan verde y la tierra era blanda y fértil. El Hermano Pupa explicó que toda aquella zona estaba regada por un gran río, uno de cuyos afluentes habíamos cruzado por el camino. De vez en cuando fingía alarma: «¡Cuidado con ese escorpión!» y me hacía pegar un salto enorme. Cuando ya no logró seguir asustándome, desapareció en silencio entre la maleza, reapareció detrás de mí y me pasó una rama húmeda por la nuca.

—Muy bien —dije—. No me eches la culpa después sí me creo que eres una serpiente y te doy con el machete.

Fue a Yemi a quien le tocó encontrarse con la única serpiente que vimos aquel día. Se había subido a un árbol de la nuez de cola a cortar algunas cápsulas. Apenas había empezado, y todavía estaba subiendo hacia la rama donde estaba la mayor concentración de cápsulas, cuando oímos que nos decía, en voz tan baja que apenas si la oímos:

—¡Hermano!

—¿Qué dices? ¡Yemi!

Hubo unos momentos de silencio y después oímos que Yemi se desplazaba entre las ramas con evidente cautela y en otra dirección. El Hermano Pupa se sentía extrañado y gritó enfadado:

—¿Qué haces? Las nueces de cola no están por ahí.

Pasaron unos momentos más y oímos a Yemi, que ya estaba totalmente oculto por las frondosas ramas:

—Hay una serpiente, enorme, retorcida en la rama donde están las nueces de cola. Creo que es una *agbadu*.

Yo miré aterrado al Hermano Pupa. Este no estaba nada nervioso. Gritó a Yemi:

—¿Se mueve?

—No, pero me está mirando.

El Hermano Pupa se echó a reír:

—¿Y qué te creías que iba a hacer? ¿Creías que te iba a ver que subes hacia ella y luego se iba a echar una siesta? Ahora, escucha, ya te has separado del tronco, ¿no?

—Naturalmente —y pensé que Yemi parecía irritado—. Está en esa dirección, al otro lado del tronco.

—Muy bien. Escucha. No vuelvas hacia el tronco. Mira hacia abajo y dime si hay una rama que pueda cargar con tu peso.

Se produjo una pausa y oímos el roce de hojas cuando Yemi apartó las ramas:

—Sí que la hay.

—Muy bien. Así no tienes que tirarte al suelo y partirte una pierna. Bájate a esa rama y no hagas ningún movimiento repentino. Bájate igual que si no hubiera ninguna serpiente mirándote.

Yemi hizo la maniobra que le habían ordenado. Yo no podía evitar sentir miedo por Yemi y enfadarme con el Hermano Pupa. Este se podía permitir el tomarse las cosas con calma. No era él quien estaba en el árbol.

Al momento siguiente llegó de golpe un cuerpo entre las hojas. Yemi había perdido el equilibrio o se había encontrado con una rama menos resistente de lo que él pensaba. Por suerte, aterrizó en un

sitio en que el suelo era blando, y en seguida se puso en pie, hablando a toda prisa:

—Hermano, es enorme. ¡Es monstruosa! Eso no es una serpiente, es un brujo, lo juro. Es un brujo.

Hermano Pupa rezongó:

—Ah, ¿sí?, ¿quieres buscarme unas cuantas piedras? Pero primero tienes que decirme dónde está exactamente, para que pueda vigilarla.

Seguimos a Yemi hasta un punto debajo del racimo de nueces de cola. Yemi tenía razón. No me llevó mucho tiempo identificarla, porque aunque era igual que una rama gruesa del árbol, era negra, del color del azabache brillante, y le temblaba un poco el cuerpo, aunque aquello quizá fuera imaginación mía.

El Hermano Pupa asintió satisfecho:

—Muy bien. Me estaba preguntando qué íbamos a comer con nuestros ñames al mediodía.

Creí que estaba de broma y dije:

—Las serpientes no se comen.

Me miró y vi que se le alumbraban lentamente los ojos.

—Ah, me olvidaba orno del Profesor. Los hijos del Profesor no comen esas cosas. Comen pan con mantequilla.

—No, no comemos eso. Pero las serpientes no se comen.

—Bueno, pronto lo veremos. Yemi traeme el machete, y tú, orno del Profesor, sigue vigilando la serpiente. Creo que me voy a hacer yo mismo los palos que necesito. Yemi, vete a traer las piedras.

—¿Qué hago si se baja de un salto? —pregunté.

—Le hablas en inglés —dijo Hermano Pupa, y se fue.

Me pasé los diez minutos que me dejaron solo contemplando la serpiente. Era gorda y estaba tranquila. No parecía que fuera a bajarse de un golpe, pero yo en realidad no conocía las costumbres de las serpientes. Las que habíamos visto en Alcé generalmente ya las habían matado antes los mayores, mucho antes de que llegara yo a donde estaban. Había visto pasar reptando a algunas vivas y entonces me había echado a correr y comunicado su presencia a los mayores. En todo caso, ninguna de las que yo había visto era de un tamaño ni siquiera parecido al de ésta.

Por fin volvieron. Contemplé los preparativos metódicos del Hermano Pupa. No pude evitar el pensar que era el mismo enfoque que había aplicado para obtener permiso de la Cristiana Salvaje para que fuera yo a pasar el día a sus tierras con él. Essay ya estaba preocupado con tantas cuestiones cívicas, recibía visitas constantes o estaba asistiendo a reuniones en alguna parte, de manera que incumbía a la Cristiana Salvaje el vetar incluso las propuestas más inocuas. Pero Hermano Pupa estaba decidido, y en todo caso yo no lo dejaba en paz. Ahora aplicó el mismo método lento para sacar a aquella serpiente de su rama: primero fue colocando las piedras por tamaños, rechazando algunas, dejando otras a un lado (según resultó) para mí. Lo mismo hizo con los palos, que sopesó con la mano y recortó cuando eran demasiado largos, y después dejó a un lado un tronco largo y terminado en forma de porra.

Una vez satisfecho, seleccionó el lugar para el ataque y explicó:

—No vamos a exponernos a que las piedras de Wole reboten en esta rama y nos caigan en la cabeza, ¿verdad?

Me volví hacia él, pero siguió diciendo rápidamente:

—Sigue atento a ese animal.

Por fin, ya satisfecho, me hizo llegar al montón de piedras más pequeñas y dio sus últimas instrucciones:

—Tiro yo primero. Después sigue Yemi con sus piedras y Wole liquida a la serpiente con sus guijarros. Repetimos el procedimiento hasta que la serpiente caiga donde está el comité de recepción.

¿Lo comprendéis los dos?

Asentí, pues ya se me había contagiado su ardor.

El Hermano Pupa lanzó el primer palo. Voló entre las pocas hojas que nos separaban de ella y golpeó a la serpiente en la mitad del cuerpo, con lo cual la sacó de su siesta y casi la hizo caer de su lecho. Cuando la serpiente se lanzó hacia adelante, la detuvo la pedrada que asestó Yemi a una rama que tenía en frente. Casi inmediatamente silbó por el aire otro de los palos del Hermano Pupa, que no había esperado a que me llegara el turno a mí.

Lancé mi guijarro al mismo tiempo que Yemi el suyo, y vi que el mío apenas si llegaba a la altura de la rama más baja antes de empezar a caer en tierra.

—Muy bien, muy bien. Con nuestro gran cazador inglés, nunca nos va a faltar carne.

Los dos mantuvieron aquel tiroteo incesante. La serpiente estaba desorientada: unas veces avanzaba y otras retrocedía, subía al punto más alto del árbol, pero las piedras y los palos la encontraban allí. Yo ya había renunciado hacía tiempo a contribuir con mis guijarros, pues estaba convencido de que lo único que había pretendido el Hermano Pupa era que no me sintiera excluido. Me dediqué a contemplar los fútiles esfuerzos de la serpiente por escapar. Por fin se lanzó hacia abajo. Entonces vi que el Hermano Pupa ya había agarrado el palo más grande con la mano izquierda. Cuando la serpiente cayó, se lo pasó a la derecha y se lanzó encima de la serpiente antes de que ésta pudiera recuperar sus reflejos. El primer golpe le dio en el cuerpo, y el segundo le resonó directamente en la cabeza. Se retorció con una energía increíble y empezó a agitarse en todas las direcciones. El Hermano Pupa le volvió a golpear en la cabeza y luego se apartó unos cuantos pasos.

—Dame el machete —ordenó.

Yemi fue a dárselo, pero él añadió:

—No, no, dáselo a Wole para que me lo traiga.

Estaba demasiado cerca para mi gusto de donde se seguía retorciendo la serpiente. Tomé el machete y titubeé. Después vi que en todo caso él estaba entre la serpiente y yo. Antes de que la serpiente se me pudiera lanzar encima (como parecía sentir grandes deseos de hacer) tendría que pasar sobre el Hermano Pupa. Sin embargo, le pasé el machete cautelosamente, alargando mucho el brazo.

Negó con la cabeza:

—No, no, orno Profesor. Cuando entregues a alguien un machete o un cuchillo, agárralo siempre por la hoja. Quiero decir que tienes que agarrarlo de forma que no te cortes, pero estar seguro de que la persona a quien se lo das lo recibe por el puño y no por la hoja. Así es como lo hacemos en el campo.

Obedecí.

—Eso es. Todavía lograremos que te conviertas en un campesino.

—Voy a ser médico —dije.

—Me parece muy bien —respondió, mientras le cortaba la cabeza a la serpiente de un solo golpe—. Pero de todos modos puedes tener unas tierras. Después de todo, yo soy barbero y tengo tierras.

Aquello no se me había ocurrido nunca. Y entonces me acordé de Essay:

—Papá es Jefe de Escuelas, pero también es jardinero.

—Ya lo ves. Se crió aquí. —Le tiró el machete a Yemi, que sabía lo que había que hacer sin necesidad de que se lo dijeran. Recogió la cabeza con la hoja del machete, se fue a un lado y empezó a cavar un agujero.

—¿Por qué la plantas? —pregunté.

—Esto lo tienes que recordar. La cabeza de la serpiente sigue siendo peligrosa incluso después de habérsela cortado. Alguien podría pisarla y entonces quedar envenenado igual que si le hubiera mordido una serpiente viva. Siempre hay que enterrarla muy hondo, y preferiblemente lejos de los

caminos,

Yemi había escogido la base de un árbol grande, entre las raíces. Después, el Hermano Pupa escogió uno de los ñames que tenía en la choza y me lo dio.

—¿Sabes pelar ñame?

—A veces los cocino yo. Para toda la familia.

—Muy bien. Yemi va a hacer una hoguera mientras yo despellejo la serpiente. Como tú no comes carne de serpiente, tendrás que comerte tu ñame con aceite de palma.

Nos pusimos a preparar la comida. Arrancamos unos cuantos pimientos, preparamos algo de verdura, salieron de aquella choza tan bien provista un frasco de aceite de palma y otros condimentos y, al cabo de una hora, el aroma de un estofado chisporroteante de carne de serpiente se había superpuesto a la fragancia de las hojas verdes de aquel campo. Cuando el estofado ya estaba casi listo, Yemi levantó la vista.

—Hermano, ¿por qué no usamos el mortero?

—¿Quieres decir que hagamos puré de ñame? —dijo Pupa con aire inocente.

Yemi asintió:

—Conozco a algunos que se pueden pelear con sus mejores amigos por el puré de ñame.

—Ah, yo no conozco a nadie así. Pero, sí, hagámoslo todo lo mejor posible. Hay algunos que nunca habían pasado un día en el campo.

Protesté:

—Tenemos unas tierras en el camino de Osie-le, justo al lado del pueblo. —Era verdad. Yo había acompañado a Essay allí una o dos veces, pero casi todo el trabajo lo hacía un campesino empleado de mi padre.

—Bueno, como ya te he dicho, tu padre se educó aquí. Su padre es agricultor. Pero sé que su trabajo no le deja mucho tiempo para tener tierras como éstas. Quiero decir: ¿has pasado alguna vez semanas enteras en nuestras tierras?

Negué con la cabeza.

—Ya ves. Y, ¿has pasado alguna vez una noche en ellas?

—Nunca —reconocí.

—¿O has hecho un estofado como éste o comido ñame al aire libre?

—No tenemos un cobertizo como este tuyo.

—Aja, eso es lo que digo. Si la mujer del Profesor lo hubiera consentido, habríamos pasado la noche aquí.

Me aferré encantado a aquella idea:

—Podemos quedarnos. Mañana puedes decir que la noche cayó muy pronto y que decidimos pasarla aquí.

El Hermano Pupa negó con la cabeza:

—Si no estamos de vuelta al anochecer, seguro que manda a un grupo en busca nuestra. Vamos, ayuda a Yemi con el agua caliente y vamos a moler el ñame. Tengo hambre.

La verdad era que yo también. Cuando empezamos a comer, yo estaba seguro de que no iba ni a tocar la carne de serpiente. Sin embargo, cuando pusieron el estofado en un plato, me asombré al ver que la carne no era viscosa y moteada, sino de un color blanco muy atractivo, turgente, pero de aspecto tierno, con la consistencia del pollo o el conejo. Decidí probar un poco y me volví a asombrar al comprobar que el sabor también era entre pollo y conejo. En silencio di gracias por haberme librado por los pelos de privarme de una golosina tan imprevista. Además, era algo de lo que presumir cuando volviera a Aké, pues estaba seguro de que serían muy pocos mis compañeros de estudios que pudieran decir que jamás habían comido serpiente. El Hermano Pupa hizo un gesto de aprobación ante el apetito con que atacé ahora la carne y me puso más trozos en mi lado del plato.

Un breve descanso después del almuerzo, para dar al sol algún tiempo de «quemar menos» y terminamos de quitar las malas hierbas de la parcela y dejar que llegara la luz a las plantas nuevas de cazabe. Después nos pusimos en marcha hacia casa con bolsas de ñame, un cesto de naranjas y algunas verduras y pimientos.

Pero no habían acabado las «clases» del día. Estábamos a mitad de camino de casa y cerca de una encrucijada cuando oímos un grito humano. El Hermano Pupa se detuvo, nos hizo una seña de que nos mantuviéramos en silencio y escuchó. Era un grito constante de alguien que sufría. Llegaba ininterrumpido, y gradualmente fue reduciéndose la distancia entre aquel ruido y nosotros. Yo oía que se iba acercando cada vez más por el camino que estábamos a punto de cruzar, que era una voz de hombre y que sonaba como cuando un niño sigue llorando mucho después de que le hayan pegado, un grito largo y constante provocado por un sufrimiento cuyo momento más grave ya ha pasado.

Por fin vimos al que gritaba y dimos un respingo. Tenía la cara, los brazos y el cuello hinchados a un tamaño doble del normal. No era una hinchazón distribuida por igual, sino una serie de bultos por todas partes, del tamaño de *awuje*. El hombre venía por el camino arrastrando los pies. Miraba al frente y ni siquiera pareció vernos. De la boca entreabierta salía aquel gemido incesante, como si hasta la boca y las cuerdas vocales hubieran quedado debilitadas.

El Hermano Pupa hizo un gesto de compasión:

—Es de la aldea de allá. Ya le queda poco camino.

—¿Qué es lo que le ha podido hacer eso en la cara? —pregunté.

—Las abejas —replicaron los dos al tiempo—. Debe de haberse echado a correr —añadió Yemi.

—Bueno, y, ¿qué iba a hacer? —pregunté—. ¿No te hubieras echado a correr tú?

—Ah, no. Es lo que no hay que hacer. Hay que tirarse en seguida al suelo y alejarse rodando.

—Y, ¿qué pasa si hay mucha vegetación y no se puede rodar?

—Entonces te aprietas todo lo que puedas contra el suelo —aconsejó el Hermano Pupa—. Te aprietas con todas tus fuerzas a la tierra y te echas a rodar. No te pones de pie y no te echas a correr. Te aprietas contra el suelo y te echas a rodar. Aunque caigas sobre espinas, te quedas pegado allí y te echas a rodar.

Hacia el final de nuestra estancia hice como que iba con nuestras nuevas parientes, las comerciantes y logré sumarme a una expedición de caza de mi propio grupo de edades. Como de costumbre, tenían más años que yo. Nuestras armas eran tiragomas, piedras, palos y todo lo que encontramos a mano. El jefe era Jimo. Dividió el grupo en batidores y tiradores. Naturalmente, a mí me pusieron con los batidores. Yo ya había cazado con un tiragomas en Aké uno o dos lagartos, e incluso un pajarito, pero no podía aspirar a la misma categoría que Jimo y sus amigos, que muchas veces mataban a una ardilla en marcha con un disparo del tiragomas. Sin embargo, estaba decidido a comportarme como un excelente batidor. Mientras avanzábamos en fila por entre la maleza, yo metía un palo, en cada agujero, vareaba cada matorral de aspecto sospechoso y sacudía los árboles. Inflaba los pulmones para gritar igual que los otros:

—*Gbo, gbo, gbo, gbo; gba, gba, gba, gba.*

Jimo y los tiradores, con tiragomas, piedras y palos dispuestos, esperaban al otro extremo del terreno que habíamos escogido. Avancé hacia otro matorral, lo sacudí e inmediatamente recibí en recompensa un agudo dolor en la frente. Siguió otro casi inmediatamente y entonces las vi. Era un nido de avispas airadas que bajaban a castigar al intruso. En el mismo momento de echarme a tierra pensé que el Hermano Pupa hubiera estado orgulloso de mí. Me resonaba en la cabeza el eco claro de sus instrucciones y las obedecí como si aquello fuera una sesión de entrenamiento, mientras pensaba

la suerte que era el habernos encontrado, hacía apenas dos semanas, con la víctima de la cara hinchada. Volví a experimentar aquella sensación de delicia por hallarme bajo alguna protección especial; en Isara aquel era un estado de ánimo constante e indiscutible, y nada podía ni siquiera amenazar con modificarlo.

Jimo anuló el resto de la expedición. Yo no había recibido más que dos picotazos y protesté, pero él se mantuvo impertérrito. Aquello podía causarme fiebre, dijo, y entonces le echarían la culpa a él.

Según parecía, todo el mundo ansiaba fervientemente que no se lo acusara de ningún accidente que sufriesen los hijos del Profesor. Sin embargo, yo me sentía demasiado satisfecho de haberme salvado, gracias a una lección que me habían dado en tal momento que parecía ser casi un augurio, algo sobrenatural, como para molestarme ante aquella actitud irritante de la que éramos víctimas por la singular desgracia de ser los «hijos del Profesor». Llegué a casa muy orgulloso de mis heridas y no las exhibí a Profesor y Esposa, sino a aquel otro pariente que se había convertido en mi compañero de conspiraciones, que verdaderamente representaba para mí a los hombres de Isara con todo su vigor áspero y misterioso, cuyo complemento femenino había advertido yo antes en las comerciantes.

La cabeza de Padre era casi idéntica a la del Canónigo, salvo que más pequeña, pero compensaba su tamaño con la energía que irradiaba. Parecía pétrea, verdaderamente impenetrable. Yo creía de verdad que ni siquiera un disparo podía penetrar en aquella cabeza, que si le llegaba una bala, ésta rebotaría contra aquel blindaje redondo y hermético. Pese a que tenía mucho pelo, la cabeza de Padre daba la impresión de ser lisa, con la lisura de los blindajes de acero. También era mucho más bajo que su hijo, pero de cada pulgada irradiaba tal fuerza que dominaba sin esfuerzo a todos los que se le acercaban. Casi nunca se hablaba de ello, pero yo sabía que tenía las mismas creencias que los *oghoni* de Aké, que los sacerdotes y las sacerdotisas de los diversos cultos y misterios contra los cuales la Cristiana Salvaje y sus correligionarias marchaban a veces en procesión en algún fin de semana especial del año, predicándoles la palabra de Dios en las plazas de los mercados, en las calles, en sus casas. La ocasión escogida para aquellas expediciones era el aniversario de la llegada de los misioneros a Egbaland; su misión era perpetuar el espíritu de aquellos misioneros y atraer a unos cuantos cristianos más a la fe.

En el fondo de mi alma, yo temía por Padre. No veía cómo podía escapar al asalto religioso de Aké cuando empezaran a caer sobre él aquellas fuerzas: las de Essay meramente basadas en el ejemplo y alguna conversación tranquila de vez en cuando, las de la Cristiana Salvaje basadas en silencios elocuentes y preparativos ostentosos para los festejos de Navidad que pertenecían sólo a los cristianos. El Año Nuevo era para todos, pero la Navidad tenía sus propias mil y una reuniones, actos, comuniones, reuniones para rezar tanto en casa como en espacios cerrados o abiertos de los que se excluía a los no iniciados. La Cristiana Salvaje tenía un estilo propio de «excluir» a los infieles, especialmente a aquellos a cuya familia pertenecía.

De momento, sin embargo, Padre parecía indiferente a la palabra de Dios. Cuando narré el incidente de las abejas y la coincidencia con la advertencia anterior no dijo, como hubiera hecho la Cristiana Salvaje: «Los caminos del Señor son inescrutables», sino que por el contrario observó:

—Ogun protege a los suyos.

Ya había oído yo aquel nombre antes. Le dije:

—Ogun es el diablo de los paganos, que mata a la gente y es enemigo de todos.

—¿Es eso lo que te enseñan? —preguntó.

—Sí. ¿No es verdad?

Padre se rascó la barbilla y me miró con ojos penetrantes. Después me hizo la pregunta más imprevista:

—¿Te pegan alguna vez tus compañeros de juegos?

Le dije:

—A veces. Pero sobre todo les da miedo pegarme, porque soy el hijo del Jefe de Escuelas.

—¿Es eso lo que les dices cuando quieren pegarse contigo? ¿Que no deben ni tocarte porque eres el hijo del Profesor?

—No, no lo digo yo; lo dicen ellos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo dicen?

—Me chasquean los dedos y me dicen: «Tienes suerte. Si no fueras el hijo del Jefe de Escuelas, hoy habrías tenido que tragar tierra.» Creo que tienen miedo de que los echen de la escuela si me tocan.

—¿Y tú? ¿Crees que Ayo haría eso?

—No. Lo que no saben algunos es que si nosotros nos pegamos, nos castigan. Cuando volvemos a casa con la ropa rota o alguien les cuenta que nos hemos pegado con alguien, nos castigan. —Y entonces me pregunté qué pensaría él de esa situación, que siempre me había parecido manifiestamente injusta—. ¿Qué te parece, Padre? Nos pegan fuera y cuando volvemos a casa nos vuelven a pegar. No está bien, ¿verdad?

A Padre le chispeaban los ojos mientras se reía para sus adentros. Salvo que los tenía mucho más grandes y más brillantes, hacía con los ojos lo mismo que el Canónigo: se le ponían en las comisuras unas arruguitas que le llegaban casi hasta las orejas cuando se sentía divertido. Entonces se levantó y se acercó hacia la fresquera, de donde sacó un barrilito de vino de palma. No esperé a que me pidiera que le acercase las calabazas del aparador. Seguía explicando:

—Dicen que los únicos que se pelean son los niños mal educados, que es obra de Satanás. Y encima toda la gente de Aké sabe que si nos metemos en una pelea nos castigan en casa, de manera que a los que no van a nuestra escuela no les importa. No tienen miedo de que los castiguen en la escuela. Nos provocan y nos dicen que nos peleemos si nos atrevemos. Nos dan un golpe a toda velocidad y se echan a correr. O nos echamos a correr nosotros.

Me miró atentamente:

—¿Estás seguro de que no te echas a correr porque son mayores que tú?

—Bueno, de todas maneras, todos son mayores. Creo que nunca me he peleado con nadie de mi tamaño. —Después me acordé y añadí—: Salvo una vez con Dipo. —Me sentí muy avergonzado—. Pero me provocaron ellos, incluida Mamá. —Volví a ver mentalmente toda aquella escena y se la conté y pregunté—: Padre, ¿no son muy lógicos, verdad? ¿Cuando nos peleamos fuera de casa nos castigan y luego provocan a mi hermano en contra mía!

Padre se rascó los pelos de la barbilla.

—Ya lo comprenderás más adelante. Lo que querían hacer era bueno, pero lo hicieron mal.

Llenó mi calabaza hasta la mitad y la suya hasta los bordes. Quitó la espuma de un soplido y se lo bebió todo de una vez. Yo fui sorbiendo mi parte y seguí mirándolo a la cara en espera de sus comentarios. Hizo una mueca.

—Este tipo es un perezoso. Le he dicho que si no sube más arriba del arroyo para hacerme el vino, no voy a dejar que siga trayéndolo a esta casa. El árbol del que ha sacado esto ya está fatigado; de hecho, todos los árboles que hay en la parte baja de los campos de Larelu están demasiado cansados, pero él es demasiado perezoso para remontar la corriente media milla. —Meneó la cabeza para enfatizar lo que decía—: Muy bien, ya me encargaré de él ¡Alakori!.

De todos modos, volvió a llenar la calabaza, sacó un *orogbo*, aplastó la piel entre los dedos y la mordió.

—Así se disimula un poco el sabor. Ahora vamos a continuar. Tu padre quiere que vayas a esa escuela del hombre blanco que hay en Ibadan. ¿Lo sabías?

—¿A la Escuela Superior del Estado? Sí, ya me lo ha dicho. Pero no he terminado más que la Clase Tres. De manera que todavía falta mucho tiempo.

—Según los planes de tu padre, no falta tanto. Ayo no cree que se deba dejar que los niños maduren físicamente antes de empezar a forzarlos mentalmente. —Frunció el ceño de pronto—. Espera. ¿Has dicho que estabas en la Clase Tres?

—Bueno, acabo de pasar a la Clase Cuatro.

Hizo lentos gestos de asentimiento con aquella cabeza blindada, como la de un lagarto macho.

—Sí. Eso es lo que estaba diciendo tu padre. Al final del año que viene habrás terminado con la Cuatro. Después, quiere que vayas a la escuela secundaria. Dice que es en este Año Nuevo, el que vamos a empezar ahora, cuando tienes que presentarte al examen de tu nueva escuela.

—Sí. Tengo que hacer los exámenes de la Escuela Media de Abeokuta y de la Escuela Superior del Estado.

Volvió a hacer un gesto de asentimiento:

—Y, si no me engaña la memoria, ahora tienes exactamente ocho años y medio. ¿Es así?

—Sí. Padre.

—Entonces, si apruebas para ir a esa Escuela Superior, tendrás que irte de casa a un internado.

Estarás solo por primera vez en tu vida. Lejos de tus padres, cuando tengas nueve años y medio. ¿Es así? ¿Voy contando bien?

Le aseguré que sí y empecé a comprender a dónde llevaba todo aquello. Me dispuse a disentir de él y a asegurarle de que no me daba miedo irme de casa, que de hecho estaba deseoso e incluso desesperado por irme de casa. No quería que fuese a protestar a Essay que yo era demasiado pequeño.

—Te parece que es demasiado pronto para irme de casa, ¿verdad, Padre?

—No. Los niños se marchan de casa también para otras cosas, no sólo por los libros. No, estaba pensando que quizá los otros fueran demasiado mayores. Mira, incluso en la escuela de Ayo, en Abeokuta, donde hace mucho más tiempo que el hombre blanco le abrió los ojos a la gente, ¿no te has dado cuenta de que tus compañeros de clase son mucho mayores?

Hube de reconocer que sí, pero lo tranquilicé:

—Pero siempre soy mejor que ellos en clase. No tengo problemas.

—Sí, ya me lo ha dicho tu padre. Pero todavía no entiendes lo que te digo. Aquí la gente no va a la escuela secundaria directamente desde la primaria. No se lo pueden permitir. Lo más frecuente es que pasen a la Clase Sexta de primaria, donde les dan ese certificado que llaman Modifica.

El término «Modificado» había ingresado en el folklore de la educación como objetivo final de la educación académica de los aspirantes a maestros de primaria, inspectores de sanidad, revisores de tren, etc. Sonreí, pero Padre me interpretó mal.

—No es cosa de risa. Con Modifica pueden trabajar, ahorrar lo suficiente y después ir a la escuela secundaria, donde intentan, intentan e intentan llegar a la Clase Ocho. Ahí es donde termina la mayoría de ellos. Son pocos los que logran llegar a los últimos Diez Libros. Ahora, ¿entiendes de lo que te hablo? Si crees que tus compañeros de la escuela primaria son ya mucho mayores que tú, imagínate cómo van a ser en las escuelas secundarias. Serán hombres: ¡gara-pa-garapa! Algunos incluso estarán ya casados y tendrán uno o dos hijos escondidos en alguna parte. Estarás compartiendo las clases con HOMBRES, ¡no con muchachos! —se volvió a frotar los pelos de la barbilla y rió—: Cuando lleguen ya tendrán jabón y hoja de afeitar.

Cuando paró de reír, volvió a ponerse solemne:

—Bueno, pues nuestro Ayo tiene grandes ambiciones para ti. Quiere enviar a su hijo al combate y, puedes creerme, el mundo de los libros es un campo de batalla, es un campo de batalla todavía más duro que los que conocimos nosotros. Entonces, ¿cómo lo prepara? Le llena la *cabeza* de libros. Pero lo que se aprende en los libros, especialmente si se aprende bien, no hace más que crear otras

batallas. ¿Lo sabías? ¿Crees que esos hombres van a estar contentos cuando tú, que podrías casi ser su hijo, empieces a derrotarlos? ¿Eh? Ya me dirás. ¿Ha hablado Ayo de esto contigo alguna vez?

Ahora yo ya me sentía totalmente alarmado. Una ocupación tan sencilla como la de meter la cabeza en los libros y aprobar los exámenes estaba adquiriendo proporciones ominosas. Padre vio que me había impresionado y me volvió a llenar la calabaza.

—Bébetelo vino, es muy flojo. Aunque te bebieras toda la calabaza grande, Eniola no podrá quejarse de que te estoy con virtiendo en un borrachín.

Aquello era lo otro que pasaba con él: Padre era una de las pocas personas que llamaban a la Cristiana Salvaje por aquel nombre. Los dos Ransome-Kutr, Daodu y Bere, y el *Odemo*, también la llamaban así, o Moroun, igual que uno o dos de los parientes que aparecían como caídos del cielo de vez en cuando y desaparecían con la misma rapidez. Para los demás, se llamaba Mamá Tinu, o Mamá Wole, o Iyawo Jefe de Escuelas. Padre siguió observándome atentamente.

—Los seres humanos son como son. Unos son buenos y otros malos. Otros se hacen malos simplemente porque se sienten desesperados. La envidia, ejem, no te vayas a creer que la envidia no es una fuerza enorme en lo que hacen muchos hombres. Es una enfermedad que encontrarás en todas partes; sí, en todas partes. Tu madre también lo sabe. Yo lo he visto. Lo único es que ella se cree que sabe qué hacer al respecto. ¿Para qué se cree que estoy vivo yo?

Aquello me dejó perplejo. No lo comprendía y se lo dije.

Hundió la barbilla en el cuello y la meneó como un gallo de pelea.

—¡O-ho! ¿Te crees que yo os hago venir a todos para el Año Nuevo y no es para encargarme de vosotros? ¡O-ho! si así es como hacéis las cosas en Aké, no es así como nos tomamos la vida aquí. En el mundo hay algo más que el mundo de los cristianos, o el de los libros. Bueno, basta por hoy. Tú y yo tenemos cosas que hacer mañana.

Me sentí emocionado ante la expectativa. Quizá fuera otra excursión a los campos de labor, esta vez a los del propio Padre. Como de costumbre, no pude evitar el preguntar:

—¿Qué cosas, Padre?

Se puso en pie.

—Ah, sí, se me olvidaba. Me habían dicho que nunca paras de hacer preguntas. Vete a jugar con tus amigos. Ya lo he organizado todo con tu padre, sólo que no había decidido qué día. Ahora creo que lo haremos mañana.

Me vio en la cara que yo estaba demasiado intrigado para marcharme sin recibir más explicaciones, pero negó con la cabeza:

—Mañana. Pero esta noche vas a volver aquí y aquí dormirás. Hale, vete.

En Isara ocupábamos una casa para nosotros solos. Es decir, la Cristiana Salvaje y los niños. Essay dormía en casa de Padre. De hecho, a partir del momento de nuestra llegada a Isara él había dejado de formar parte de la familia de Aké, había terminado lo de ser marido y mujer y había vuelto a las costumbres de Isara y a las obligaciones de su aldea natal. Había constantes consultas, reuniones de la aldea, reuniones de la familia, sesiones del consejo eclesiástico, asuntos de la Obadía... cientos de deberes que habían estado esperándolo durante un año, a veces menos. Pasaba gran parte de su tiempo con el *Odemo*, pero aquello no era solamente por deber. El *Odemo*, junto con una o dos personas más, como mi padrino, que era el marido de mi futura mujer, evidentemente aliviaban lo limitado del discurso que Essay experimentaba ahora en Isara. A menudo me preguntaba yo si el *Odemo* no sentía una necesidad igual de desesperada de la compañía de Essay.

No era un sistema rígido: muchas veces, uno o más de nosotros acampaba en casa de Padre y se quedaba a dormir allí. Siempre había esteras y espacio en el piso enlucido con boñiga de la habitación que servía de cuarto de estar. Pese a los emisarios de la Cristiana Salvaje, la mitad de las noches que pasábamos en Isara yo dormía en casa de Padre; sin embargo, aquella era la primera vez

que se me ordenaba dormir allí. Yo estaba lleno de curiosidad cuando me dormí, lo cual no ocurrió hasta bien entrada la noche.

Cuando me desperté a primera hora vi que Padre se inclinaba sobre mí, con una lámpara de aceite en la mano. Todavía no había amanecido, pero ya había otras dos figuras en la casa. Vi sus formas en un rincón de la habitación: uno era evidentemente un anciano y el otro un muchacho joven, poco más alto que yo. Instintivamente miré en mi derredor, para ver si estaba por allí mi padre, pero no. Supuse que seguiría durmiendo en la habitación de dentro.

Como seguía pensando en una excursión, pregunté:

—¿Dónde vamos?

—¿Estás despierto del todo?

Asentí.

—Vete a lavar. He dejado en el patio un cubo con agua.

Obedecí. Al pasar junto a las dos figuras advertí en el suelo, entre las dos, un plato de arcilla, un frasco de aceite de palma, varios recipientes pequeños de hojalata llenos de polvos, casi todos ellos de colores oscuros. En un plato llano había unos instrumentos de metal y algo parecido a un pedazo de concha. Todo perplejo me bañé, mientras el aire fresco de la mañana me hacía tiritar, y tuve una sensación de premonición.

Cuando volví, advertí que se habían cambiado de sitio los taburetes y las sillas. El tallo recto de palmeto había pasado de estar colocado contra la pared a casi el centro de la habitación. Delante de él se había colocado un taburete bajo, un *ipeku*, y en él se estaba sentando el anciano desconocido. El muchacho estaba arrodillado a su lado, volviendo a poner en orden frascos, jarras, bandejas y aquel extraño surtido de instrumentos.

—Ven a sentarte aquí —ordenó Padre, señalando hacia la silla de hojas de palma. Obedecí.

Estaba junto a la puerta y se desplazó para mirarme a la cara:

—¿Te acuerdas de lo que estábamos hablando ayer?

—Sí —repliqué.

—Bien. Ahora escucha atentamente. Vas a tener que sufrir un cierto dolor, pero... ¡MÍRAME A LOS OJOS!

Dejé de mirar hacia aquella bandeja siniestra y le miré a los ojos. Estaban ardientes.

—Así es. Nunca pienses en algo que te pueda causar dolor. Mira, este muchacho tiene la misma edad que tú. Ahora depende de ti el decidir si quieres pasar por la vergüenza de gritar delante de él. —Hizo una pausa y me miró de modo penetrante. Como parecía esperar una respuesta, respondí:

—No, no voy a gritar.

—Ya lo sé. Sólo quería recordártelo por si lo olvidabas. Claro que vas a sentir dolor, no eres de piedra, de manera que tienes que sentir dolor. Pero no tienes que gritar.

Yo estaba totalmente paralizado de miedo, pero aquello no impedía que el corazón me latiese a toda velocidad. Esperé a que ocurriese lo peor. Todavía no tenía ni idea de lo que me iba a pasar. Sólo que no tenía que gritar, por mucho daño que me hicieran. Y después me acordé de algo:

—Cuando se murió Folasade, lloré.

Padre se quedó inmóvil. El desconocido también hizo una pausa y miró a Padre con gesto de extrañeza. Vi que Padre también se extrañaba y no sabía cómo interpretarlo. Por último dijo:

—¿Folasade? Ah, sí. Ejem. —Y se sumió en una reflexión íntima—. Aquella niña era *abami*. Ya se lo dije a Ayo entonces: «¡*abami gidi!*». Mira que marcharse el mismo día de su cumpleaños, ejem. En todo caso, aquello era diferente. Un hombre no puede discutir con su alma. Ibanuje, ko m'omode, ko'm'ag-ba' [La pena no distingue entre niños y viejos.]

Hizo un gesto abrupto al desconocido. De pronto sentí que me agarraba el tobillo izquierdo una garra que me apretaba el talón contra el suelo. Con la misma velocidad, la mano pasó al empeine, que

apretó hacia abajo mientras mantenía la presión del talón contra el suelo. El muchacho me mojó el tobillo con una tela empapada en algo, y «un momento después el anciano había agarrado el objeto metálico que más se parecía a un escalpelo, lo había metido en el plato de arcilla y entonces me empezó un dolor agudo en el tobillo que me recorrió el cuerpo hasta llegar al cerebro. ¡Di un grito! La mano izquierda me mantenía el pie firmemente contra el suelo. Al gritar, habría retorcido el cuerpo, salvo que ahora había dos manos fuertes, las de Padre, que me tenían los hombros apoyados contra la espalda de la silla.

Como en sueños, miré hacia abajo y vi que la misma hoja bajaba relampagueante al plato una vez tras otra, hasta que el dolor que sentía en la carne ya no se podía definir por momentos. Los mordiscos de la hoja se fundían unos con otros y contemplé fascinado aquel arco de incisiones, aquella pulsera de gotas de sangre que se me iba formando en torno al tobillo. Tras aquel primer grito, mi cuerpo se obligó a mantenerse en silencio, pero las lágrimas que no pude contener en aquel momento siguieron fluyendo mientras yo rechinaba los dientes y me tragaba los gritos. Los dedos de Padre se me hundían en los hombros y el cuerpo se me contraía a cada incisión. Ya no podía seguir mirando. Cerré los ojos, apreté los dientes y esperé a que terminase el final de aquella tortura. Las lágrimas seguían fluyendo sin control.

Una banda se me ciñó al tobillo y me alivió. Cuando miré, advertí que había un surco ancho en medio del plato. El tobillo estaba ahora envuelto en el pedazo de paño que se había empapado en aquella mezcla. El muchacho actuaba con gran suavidad. Mientras yo me hundía en la delicia de la interrupción del dolor, la hoja me empezó a morder en el otro tobillo. Pero ya había pasado la primera impresión y con ella había desaparecido la sorpresa del dolor. Después de los tobillos, ambas muñecas padecieron incisiones iguales. De vez en cuando, yo hacía una mueca, pero por lo menos ya no tenía que apretar las mandíbulas. Observé cada uno de los movimientos, e incluso empecé a admirar la destreza clara y precisa de quien blandía el cuchillo.

Cuando se terminó, no pude creer que hubiera pasado tan poco tiempo. Fuera, el sol empezaba a crear sombras en nuestro umbral. El desconocido habló en voz baja desde la esquina de la habitación, mientras Padre asentía y gruñía, aparentemente para manifestar acuerdo. Después el anciano volvió y empezó a guardar sus instrumentos; mientras el muchacho enjugaba el plato justo al otro lado de la puerta, el anciano limpiaba los cuchillos, echaba el resto de los polvos en unas jarritas que trasladaba a una bolsa enorme que ahora advertí estaba colgada junto a la puerta. Padre los despidió y cerró la puerta.

Vino hacia mí, se sentó en el taburete recién desocupado y dijo:

—Wole, has sido... muy fuerte. Has actuado como un auténtico Akin. Y ahora escucha. Escucha con gran atención y hazlo pese a cualquier cosa que, nadie,

NADIE te diga... Si te dicen lo contrario, diles que te lo he dicho yo...

Sin prisas, tomando su tiempo, como si el absorber rapé fuera la operación más peligrosa del mundo, alargó la mano hacia el estante inferior de la mesilla, sacó la lata de rapé, la abrió, se puso un poco en la mano izquierda, la volvió a tapar, con cuidado de mantener la mano izquierda ahuecada para no tirar nada al suelo, volvió a poner la lata en su lugar y procedió a tomar un poco de la palma de la mano y a llevarse la misma cantidad a cada una de las ventanillas de la nariz. Por algún motivo, probablemente debido a la iniciación imprevista que acababa de sufrir, yo tenía todos los sentidos dolorosamente alerta, y todos y cada uno de los gestos de él adquirirían una vida propia, de manera que parecía que lo estuviese viendo por primera vez.

También mi sentido del oído se había agudizado extraordinariamente. Cuando estornudó, salté de la silla y su voz me resonaba en la cabeza al mismo tiempo que hablaba él:

—Quienquiera que te ofrezca de comer, tómalo. Cómelo. No tengas miedo *siempre que tu corazón te diga, Come*. Si te inspira temor, aunque sea un momento, no lo tomes, y nunca vuelvas a

entrar en esa casa ¿Comprendes lo que te acabo de decir?

No pude hacer más que asentir en silencio.

—Te he dicho que si alguien te ofrece de comer o de beber, si no titubeas mentalmente, adelante. Soy yo quien lo dice. Sin embargo, si experimentas aunque sólo sea un momento de duda, da la espalda a ese sitio y no vuelvas nunca. Después: nunca vuelvas la espalda a una pelea. Dónde vas a ir, quizá el año que viene, quizá al siguiente, no lo sé. Que yo sepa, es posible que no te dejen volver aquí antes de ir a esa escuela, pero no importa. Dondequiera que te encuentres, nunca huyas de una pelea. Es probable que tu adversario sea mayor, que te dé una paliza la primera vez. La vez siguiente que te lo encuentres, vuelve a desafiarlo. Te volverá a pegar. A la tercera vez, y esto te lo prometo yo, o lo derrotas o se echará a correr él. ¿Estás escuchando lo que te digo?

—Sí, Padre.

—La primera vez, la segunda vez, no te importe que te venza. Pero sigue volviendo a la carga. Al final lo avergonzarás: o le pegas una paliza o se echa a correr. —Se levantó—. He enviado a tus padres y a los demás niños a Sagamu. Ya tendrían que haberse ido, y allí hay mucha gente a la que no han visitado. Así que estamos solos.

Me di la vuelta hacia el otro cuarto.

—Creí que ahí dentro estaba Papá.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Ah, no; esto es entre nosotros dos. Ahora tengo que ir a una reunión. Alguien te traerá el desayuno. No comas nada más. Hoy y mañana no comas más que lo que yo te envíe. ¿Comprendes?

Le aseguré que sí. Me sentía vacío. La cabeza me daba vueltas y me latían las muñecas y los tobillos. Sentía las manos curiosamente lejanas, como si ya no me pertenecieran.

Entonces me oí a mí mismo preguntar:

—¿También le hicieron cortaduras en los tobillos a Papá? Quiero decir, cuando tenía mi edad.

Padre levantó la vista a las vigas.

—Ya me lo habían dicho. Me advirtió Ayo y también Eniola. Cuando dije que te dejaran hoy conmigo me advirtieron que tuviese cuidado. Que me ibas a matar a preguntas.

Se fue a su habitación. Oí que seguía riendo a solas mientras se mudaba y de vez en cuando lanzaba aquel grito prolongado de asombro, típico de él, que iba terminando suavemente, poco a poco. Me quedé sentado un rato allí, tratando de averiguar si los tobillos soportarían mi peso o si se me caerían en el momento en que levantara los pies. Fue como si mi pregunta se le hubiera transmitido a él en la habitación, porque casi inmediatamente oí aquella voz que exclamaba:

—Trata de andar con los lados de los pies, primero los de fuera y después los de dentro. Cuando te fallen los dos, puedes tratar de andar normalmente con los dos pies, sólo que con un poco más de cuidado. Generalmente eso da buen resultado.

Y entonces, al ponerme en pie, vi que me estaba riendo, porque estaba seguro de que Padre no creía que yo lo pudiera comprender.

HAN desaparecido los olores. En su lugar quedan sobre todo ruidos, e incluso éstos constituyen deformaciones frenéticas de las voces tranquilas e íntimas, tanto de seres humanos como de objetos, que llenaban Aké desde el amanecer hasta el atardecer, cuyas versiones rebajadas a lo largo de la noche eran para nosotros como rompecabezas que reconstruía, mientras yacíamos en nuestras esteras combatiendo el sueño. Incluso los olores menos agradables de todos, como el ligeramente nauseabundo de una chinche reventada, matizado por el aroma del alcanfort que hubiera debido impedir su presencia, formaban parte de la red invisible de la *persona* extendida de Aké; aquello pertenecía a la misma categoría que los gruñidos nocturnos de Sorowanke, la loca que vivía junto al mango y que hablaba en sueños. Era el mango de la plaza, casi frente a la iglesia. Por la noche oíamos claramente cómo exorcizaba a sus demonios o se peleaba con su amante lunático, Yokolu. Al mismo tiempo que se oía el chisporroteo de la aguja caliente que utilizaba la Cristiana Salvaje en sus batallas nocturnas contra las chinches, se oía a los grillos y las cigarras que a su vez combatían los largos ensayos de los coros de la iglesia de San Pedro, probablemente en vísperas de una fiesta religiosa. Sorowanke marcaba el ritmo del himno que alguien ensayaba con gritos y golpes repentinos contra sus muslos agrietados y esqueléticos mientras el reloj de la torre iba dando solemnemente las doce campanadas de la media noche. Por encima de todo aquello, mientras íbamos quedándonos dormidos, notaba el fermento picante de la pulpa de maíz que llegaba desde el rincón más oscuro de la cocina, el olor del *ojojo* de la sartén de una mujer que servía de comer a los noctámbulos hambrientos, del vino de palma del mismo puesto de noche que servía una cena de *eko* y *ojojo* y, sobre todo en los fines de semana, el ruido de las cuerdas perezosas de Dayisi, el guitarrista de la banda de juju que volvía de una función, o que sencillamente cantaba una serenata a la noche. Aquellos olores están derrotados. Y su conquistador, el ruido, no es ni siquiera el de los tañidos medidos del reloj de la torre, ni el del baile de los *egun-gun*, el desfile de la policía, los gritos del mercado o los timbres de las bicicletas, sino una confusión de bandas electrónicas y el tintineo ronco de campanillas que anuncian saldos de productos de importación. El camino polvoriento que antes separaba solemnemente el muro de nuestro patio del de la iglesia se ha vuelto ahora más pequeño: la mitad, junto al muro de la vicaría de San Pedro la comparte una serie de tiendas que venden los productos de una industria mundial del despilfarro: chales llenos de moscas, peines, espejos, grandes antenas de radio, adornos de cromo o de gomaespuma para automóviles, frascos pintados, vasos disfrazados de arreglos florales, mantelillos orientales que llevan etiqueta de Manchester, relojes, bisutería de «oro», marcos para fotos con un fondo de cuerpos voluptuosos de mujeres blancas... Raquel Welch, Marilyn Monroe, Diana Dors, Jane Russell, Greta Garbo. A veces las figuras corresponden a varones gesticulantes que también son estrellas del mundo del celuloide. Adoptan una pose de masculinidad consciente, pero, pese incluso a sus agresivos bigotes el resultado es... andrógino. Por el mismo camino que recorría a media noche Dayisi el guitarrista, corre ahora el joven buhonero que lanza a los oídos de los paseantes, al apoyar el dedo en el timbre, los sonidos dulzones de otros timbres para las puertas Hechos-en-Hong-Kong.

También yo cantaba cuando recorría el Paseo de Dayisi, pero sólo las raras veces en que me enviaban por la noche a llevar un recado a Pa Solatan o a algún otro miembro del círculo de amistades de nuestros padres en dirección al Aafin o a Iporo, o a casa de nuestra Tita la Sra. Lijadu. Cantaba para darme valor contra los peligros de la oscuridad. Contra las figuras que pasaban a mi lado en la oscuridad y, que yo supiera, lo mismo podrían ser espíritus que secuestradores. Había añadido un arma formidable a mi panoplia de hechizos contra lo desconocido, tras haber

desempeñado el papel de El Mago el día que se concedieron los premios de la Clase III en San Pedro. Aunque la mayor parte de los espíritus peligrosos no hablaban inglés, no había forma de que pudieran confundir la feroz voluntad de la contrafuerza que desfilaba por el Paseo de Dayisi cantando a voz en grito:

*Pues soy un mago
Todos debéis saberlo
Oiréis mi nombre donde quiera que vaya
Veréis mi nombre en letras enormes
Me veréis actuar ante aves enormes
Pues Anthony Peter Zachary White
Es un hombre que siempre os alegrará...
Amigos míos, venid a ver
Qué clase de brujo soy yo
Venid todos y cada uno
Venid con vuestra gente
Y levantad las voces con cálidos elogios...*

¿Por qué hablaba de aves? Ese era uno de los detalles enigmáticos de aquella ópera para niños. Sin embargo, los poderes del mago no eran extraños, aunque pertenecieran al reino de lo misterioso.

Centenary Hall acogía constantemente a un desfile de magos que, invariablemente, habían «estudiado en la India». Quemaban incienso, dormían a voluntarios salidos del público y cortaban a sus ayudantes en dos. Una vez se produjo un choque aterrador con uno de los espectadores, casi un segundo Paa Adatan. Había respondido a la petición de voluntarios salidos del público con los cuales el mago demostraría sus facultades hipnóticas. Sin embargo, aquel voluntario agresivo y musculoso se había negado a que lo hipnotizaran. El Doctor Mago utilizó todos sus poderes y quemó tiras y tiras de incienso, murmuró cientos de Abracadabras y recibió las terribles declaraciones contenidas (según susurró alguien a nuestro lado) en los Libros Séptimo y Noveno de Moisés; el voluntario se limitó a volverse hacia el público, semilevantarse de su posición recostada y hacer una mueca de desdén. El Doctor roció su agua mística de Jerusalén en torno al sofá, chasqueó los dedos ante quien allí yacía y abanicó el aire en torno a la cara del voluntario con las palmas de las manos; aquel egba terco se negó a dormirse, pero por fin llegó el éxito, los ojos del voluntario se pusieron vidriosos y el Doctor quedó erguido ante su forma inerte, con gesto de triunfo. Pero después puso un gesto feo. Aquel enfrentamiento lo había rebajado de categoría y ridiculizado su competencia a ojos del público, y empezó a pasearse furioso por el escenario. Gritó frases en el sentido de que el derrotado y él habían estado empeñados en un combate a muerte, de modo que el enfrentamiento sólo podía concluir con aquel resultado. El público pareció ponerse nervioso. De pronto, el Doctor se lanzó sobre la figura dormida y se levantó el *dansiki*. Y era verdad, llevaba a la cintura una tira de cuero llena de amuletos. Se la arrancó y la mostró a la audiencia; comprendimos que aquella era la forma en que el Doctor explicaba la prolongada resistencia de aquel hombre. Lo siguiente que hizo fue lo más aterrador de toda la velada. Se lanzó hacia la larga espada con la que había partido en dos a su ayudante, la levantó y corrió hacia el sofá con intenciones indudables. Parte del público se echó a correr, otros se taparon los ojos y gritaron. Yo me había limitado a abrir la boca, horrorizado, pues no podía creer que un espectáculo de magia para pasar la tarde estuviera a punto de terminar de forma tan violenta. Había tal confusión que ni vi ni nadie me pudo explicar cómo había terminado todo aquello.

A mis ojos aquel enfrentamiento se explicaba, incluso mientras estaba teniendo lugar, como una simple pelea entre el mago y el osó, el brujo o hechicero. El mago era el agente del misterioso Oriente: la India, Egipto, los Tres Reyes Magos, Moisés y el Faraón y las plagas. El brujo era nuestro

propio campeón, armado con encantamientos locales contra las fuerzas foráneas del Oriente. Pero había salido derrotado y, que yo supiera, aquel hombre furioso del Oriente lo había cortado en dos para vengarse. Mi recuerdo de aquel choque quedó para siempre impregnado del olor a incienso, que de algún modo lo vinculaba con el aura de los tres reyes que habían llegado al Niño con dones de oro, incienso y mirra. Sin duda se trataba de una fuerza maligna y vengativa, aterradora e implacable. Por lo tanto, el hacer el papel de El Mago, que confesaba ser al mismo tiempo «mago» y «brujo», resultaba ser una contradicción bastante enigmática, pero eso precisamente era lo que les daba más fuerza a las canciones. Era el idioma de una doble fuerza, que las brujas y los secuestradores comprenderían. Las canciones de aquella opereta se convirtieron en mis guardianes sempiternos siempre que tenía que enfrentarme con el pasaje entre el muro de nuestro patio y el patio de la iglesia donde, para que la oscuridad resultara todavía más amenazadora, existía también un cementerio, por no mencionar el enorme mango cuya copa era suficiente para albergar cien *ewélé, oro, iwin* y otros *ánjbnnú*.

Pero los himnos que ensayaba el coro para cada estación también me servían para ejercitar la voz. Se oían con toda claridad las melodías, pero no las letras. Estas últimas aparecían como un idioma extraño, una mezcla de inglés, yoruba y algún lenguaje celestial que no podía ser sino el que hablaban los querubines de las vidrieras de la iglesia, de cuyas bocas salían hojas y ramas mientras trazaban círculos en torno a las caras beatíficas de los santos y los arcángeles. Aquellas letras indescifrables llevaban a extrañas interpretaciones, y estaba yo ocupado en cantar algunas de éstas últimas cuando tropecé con el Sr. Orija, el organista, que acababa de salir por la puerta trasera del recinto de la iglesia. Me detuve cuando vi aparecer a aquel hombre desgalichado que, dondequiera estuviese, siempre parecía a punto de enfundarse la sotana y la casulla y echarse a correr a la iglesia con sólo unos segundos de margen antes de que empezaran los oficios. Me detuve, dije: «Buenas noches, señor», sumido en el pánico, y me eché a correr. Ya no podía recordar qué versión confusa de la Cantata de Pascua había estado cantando, pero esperaba que no hubiera sonado lo bastante blasfema como para que se lo comunicara a Essay al día siguiente.

Me equivocaba. El Sr. Orija vino de visita a la casa casi con el canto del gallo a la mañana siguiente. Pero no había venido a denunciarme por ninguna infracción, sino a preguntar a Essay si podía yo cantar en el coro. Siguió una conversación bastante larga que yo escuché a partir del momento en que vi que la figura enorme del organista se acercaba a la puerta principal. Essay opinó que yo era demasiado pequeño, pero el Sr. Orija insistió en que mi voz era la justa para cantar soprano. Al final, llegaron a un acuerdo. Habría que hacerme una túnica especial para cuando llegara el momento, pero tenía que empezar a asistir inmediatamente a las sesiones de ensayo del coro.

Edun, que vivía del otro lado del mercado matutino de Ibarapa, ingresó al mismo tiempo que yo. Celebramos aquello como otro paso en la liberación de las tareas domésticas. Aparte de las clases, las salidas de los boys scouts y unas cuantas cosas que nos inventábamos, ahora existía la excusa legítima de ir a los ensayos del coro. Y aunque yo vivía más cerca de la iglesia, se aceptó, no sé por qué, que era yo quien debía ir junto a la iglesia, cruzar la calle entre la plaza de Aké y el mercado de Ibarapa, cruzar el mercado, encontrar el camino por en medio de los *agbole* siguientes y volver con Edun por ese mismo camino hacia la iglesia para ir a los ensayos del coro y, cuando empezamos a ponernos nuestras túnicas especiales, para los oficios celebrados en la iglesia.

Cada vez cambiábamos de recorrido. Normalmente el mercado de la tarde no estaba en nuestro camino, pues se hallaba al otro lado de la carretera de Iberekodo, pero a las horas de los ensayos del coro, el mercado de la mañana solía estar vacío y carecer de interés. El pasar por el otro mercado no nos retrasaba más que diez o quince minutos, y yo me encargaba de salir con tiempo suficiente para compensarlo. Por las tardes surgían en su plenitud los aromas del mercado, que nos hacían gastar los últimos *onin* y medios peniques que habíamos logrado ahorrar durante la semana. Pues allí estaban

todas juntas, la vendedora de *jogi* que pasaba, con sus gritos líricos, bajo el muro del patio siempre a la misma hora de la mañana, seguida sólo momentos después por la vendedora de *akara*, cuyos pasteles de alubias fritas seguían goteando subrepticamente y llenando el aire con el perfume de aceite de cacahuete. En el mercado nos quedábamos contemplando los dedos diestramente ahuecados de las ancianas y de sus aprendizas que sacaban la pasta blanca de las alubias de un mortero en cantidades cuidadosamente medidas para llevarlas a las sartenes anchas y casi planas donde freía el aceite. El montón de pasta se hundía inmediatamente en el aceite, pero a una profundidad que no pasaba de una o dos pulgadas, volvía a salir instantáneamente a la superficie y se volvía de un color de rosa al contacto con el aceite. Lanzaba hacia arriba gruesos glóbulos que a veces saltaban por encima del borde de la sartén si la mezcla contenía demasiada agua. Después se iba formando lentamente la corteza externa, crujiente, clara y rasposa de color marrón que escondía el núcleo interior de pasta de alubias rellena con pimientos verdes y rojos y trozos o harina de cangrejo.

Incluso cuando el *akara* se freía solo, sus aromas impregnados de aceite llenaban los mercados y competían para conseguir la atención de todos con el aroma de las rajadas de coco que se asaban en los pasteles de harina a los que llamábamos *kasada*, con la carne magra bien frita de *tinko*, con el olor «pasado» de queso rancio del *ogiri*; con el maíz al horno y la verdura fresca del *gbegiri*. Se sacaba a cucharadas el *akamu*, puré de maíz para la tarde, para meterlo en los cuencos que lo esperaban, salidos de una calabaza lisa y marrón montada en bandejas de esmalte que se asentaba en trípodes de bambú, propiedad de las mujeres que a cada día improvisaban nuevos cánticos en elogio de sus productos. Ni con un *onini*, ni siquiera con medio penique, bastaba para satisfacer todos los deseos, pero los espectáculos y los olores eran gratis. Los ensayos del coro se hicieron inseparables de la excursión por en medio de la suntuosa resurrección de aromas que se producía todas las tardes en Ibarapa. Cuando, unos meses después, terminó nuestro aprendizaje y nos convertimos en miembros del coro de pleno derecho, seguí saliendo temprano los domingos y otros días de iglesia para ir a buscar a Edun, camino tanto de los oficios de la mañana como de los de la tarde. El mercado de la mañana no se abría los domingos, pero había una mujer que parecía haber absorbido todos los olores y todas las texturas, tanto del mercado de la mañana como del de la tarde, en su olla de estofado, una mezcla de grandes pedazos de cangrejo de río y de alubias grandes, que complementaba con arroz y diversos tipos de ñame. Era la única, salvo unos cuantos puestos de verduras frescas, que desafiaba a las pretensiones del domingo de que el mercado le diera una muestra de respeto. La consecuencia era predecible. En casa, el desayuno no era escaso, de modo que no era una cuestión de tener hambre. Los domingos incluso era especial: ñames, estofado de pescado, tortilla, pan, mantequilla y la inevitable infusión de té o de citronela. Pero el desayuno del domingo no terminaba hasta que yo me abría camino entre los puestos de Ibarapa, con la túnica y la casulla al hombro, rescataba a Edun de su casa y desnudando a Dios para vestir a Iya Ibarapa, utilizaba los peniques que nos daban para la colecta en aquella explosión de hígado caliente, picante, glutinoso, de pedazos retorcidos de callos de vacuno que servía la anciana mientras las campanas de la iglesia señalaban que faltaba media hora para enfrentarnos con Dios. Una vez o dos, quizá unas cuantas más, sentimos miedo de que Dios objetara a aquella forma de privarlo una vez por semana de lo que le correspondía a El, pero creo que alivié nuestros temores al sugerir que después de degustar la riqueza de aquellos mercados cantábamos mejor que si nos hubiéramos contentado con sólo las golosinas de la vicaría. En todo caso, estuvimos alerta para ver si había indicios de desaprobación del propietario legal de aquellos peniques dominicales, pero no los hubo.

Cuando pregunté a Ibidun, la sobrina de la Sr. Lijadu, lo que ponía nuestra Tía en sus estofados para que tuvieran un sabor tan propio, dijo que *pasmnja*. Se trataba de una palabra rara, pero perfectamente adecuada para el sabor de las comidas que tomábamos con nuestra Tía que, según habíamos decidido, pertenecía a la parte vagamente brasileña de nuestra parentela. Entre ella y

nuestra abuela, la hermana de Daodu, que vivía sola en Igbein, casi al otro extremo de Abeokuta, se formó un eje de gustos y olores. No la visitábamos con mucha frecuencia, pero cuando lo hacíamos yo advertía asombrado (y no sólo a las horas de comer), que no estaba en casa de la Sra. Lijadu, sino en la de nuestra abuela materna, la misteriosa hermana mayor del Rev. A. O. Ransome-Kuti. Aquello seguía siendo uno de los misterios de los vínculos familiares que la Cristiana Salvaje pasaba tanto tiempo en tratar de explicarnos. ¿Eran los Olubi primos nuestros, y significaba aquello un parentesco sanguíneo o político? Yo escuchaba, sin comprender nada de aquella historia familiar complicada e intrincada.

Los vínculos se formaban con cuestiones mucho más tangibles. Nuestra abuela Igbein no tenía nada en común, que yo pudiera comprender, con su formidable hermano Daodu. Era igual de seria y quizá de afectuosa, pero yo estaba más dispuesto a aceptar, y de hecho seguí creyendo durante mucho tiempo, que era la madre de Beere. Y pensaba que ella y la Sra. Lijadu eran hermanas porque las dos cocinaban con *pasmenja*; ambas casas estaban siempre llenas del olor a *pasmenja*. Incluso los bollos y el *chin-chin* que hacían tenía el mismo sabor; en cuanto a la comida en ambas casas, sólo la habían podido cocinar personas que no fueran únicamente hermanas, sino hermanas de toda la vida. A Beere, la mujer de Daodu, nunca la relacioné con ningún tipo de guiso. La comida era otra cosa.

Beere era una apasionada del *moin-moin*, y tanto le gustaba el *moin-moin* que hacía la Cristiana Salvaje, que muchas veces enviaba a uno de sus hijos mayores, a Koye o Dolupo, nada menos que desde Igbein a Aké a buscar el *moin-moin* de la Cristiana Salvaje. Cuando llegaba en persona y se sentaba a la mesa con nuestros padres, lanzaba un grito de espanto si una criada demasiado celosa había sacado de las hojas aquella golosina hecha al vapor. A su modo de ver, las partes sublimes del *moin-moin* eran precisamente aquellos pedazos finos como obleas que se hundían entre los pliegues de las hojas y que salían después en pedacitos leves e independientes a los que había que sacar con toda calma de sus lechos estriados y chupar suavemente con los labios, entre los grandes bocados del *moin-moin* en sí o al final del todo. La pobre criada traía el *moin-moin* en toda su gloria humeante, pero desnuda, y Beere insistía tercamente en que se recuperasen las hojas. No había peligro; sabía perfectamente que no habían caído al cesto de la basura. La observábamos inspeccionar meticulosamente cada una de las hojas, mientras registraba entre las que estaban pegadas con el mismo cuidado que un cirujano plástico. Iba separando las venas asadas de las hojas que servían de envoltura, sacando cuidadosamente las obleas aceitosas y lamiéndose los labios con un placer ostentosos. En reconocimiento de nuestras miradas mudas de protesta observaba en voz alta (si estaba de humor) que si alguien se creía que tamañas golosinas se debían dar a los niños, tenía que ser un idiota o un inglés. Después, con una mirada picara en la cara, tras las gafas, cortaba cuidadosamente una raja del centro del *moin-moin*, la ponía a un lado para nosotros y hacía un guiño, y después observaba que prefería renunciar al trozo principal antes que a aquellas obleas etéreas, con su aroma a Cristiana Salvaje, escondidas en lugares secretos que ella penetraba astutamente con dedos bien entrenados.

Todavía resuenan en partes de Aké y en restos del pueblo las canciones de los vendedores de *moin-moin* envuelto en hojas, pero en el Paseo de Dayisi, también existe una tienda con escaparate de cristal, iluminado por lámparas de neón de color verde mar, que vende *moin-moin*. Está al lado de las hamburguesas de McDonald, el Pollo Frito de Kentucky, los perros calientes y los bocadillos de salchicha deshidratada. Se ha guisado en latas de leche vacías y recipientes parecidos, se saca y se parte en rajadas de formas limpiamente geométricas, como pastillas de jabón. Y en las casas de los nuevos ricos le añaden huevos, sardinas portuguesas en lata y carne salada de la Argentina. El destino del *wara*, entre otras cosas, es distinto, no obstante, pues no ha gozado ni siquiera de este dudoso indulto. Al vendedor de cuajada, que la llevaba flotando en calabazas de gran tamaño, lo han expulsado las cajas de cromo con grifos relucientes que lanzan unos fluidos amarillos a unos conos

frágiles. ¡Si por lo menos fuera *helado!* pero no. El importador de máquinas instantáneas, que quiere enriquecerse de inmediato, se satisface con echar a sus jóvenes clientes los restos de un orinal cuyo contenido procede de unos gatos diabéticos y ver cómo lamen ruidosamente y siguen mordisqueando en el cono. Hasta los niños de la Escuela Dominical de Pa De-lumo tenían mejor gusto; el rey de los helados del Paseo de Dayisi se hubiera visto destronado, por torpe, por la reina del *wara*.

Nosotros cambiamos los dientes mordisqueando *robo*, pelotas fritas de puré de pipas de melón, y con *guguru-y-epa*, el amigo y el sustento de los trabajadores en los críticos días antes del de paga. Un puñado de *guguru* con agua, vino de palma o de palmito, y se quitaba el hambre para el resto de la jornada de trabajo. Al atardecer todo quedaba dominado por el departamento de *konkere*, potaje de alubias con una salsa del aceite de palma lo más oscuro posible y pimientos, y de una densidad sólidamente intransigente. Mezclado con *gari*, justificaba plenamente el nombre corrupto de «concreto», que soportaba orgullosamente. Las mujeres hausa que vendían *guguru* clasificaban cuidadosamente el maíz por calidades; en nuestras compras combinábamos el totalmente tostado que le rompía a uno los dientes, los flotadores blandos de color hueso y los de mitad y mitad, e inducíamos variaciones en las papilas con rajadas de coco o cucuruchos de cacahuets. Hoy día las mandíbulas que se ven en el Paseo de Dayisi no parecen menos activas, de hecho se pasan el tiempo masticando, pero es chicle. Entre las tiendas de artículos de fantasía iluminadas con neón y baterías de bombillas de colores, también hay una máquina para comprar palomitas de maíz, que tienen siempre el mismo tamaño. Los chicos de la calle ofrecen ese nuevo producto, bien envuelto en bolsas de plástico, a los pasajeros cuyos vehículos se detienen aunque sólo sea un momento en el camino. El ruido de las bocinas de los coches compite con un estallido de alto contenido decibélico de rock y de funk y de punk y de otros zunk-zunk de países donde se fabrican héroes culturales instantáneos. Los nuevos aficionados, con ojos vidriosos y mandíbulas en movimiento constante y automático, murmuran el batiburrillo de letras que los asalta desde cada una de las tiendas mientras mueven los brazos arriba y abajo como aves heridas del bosque. De uno en uno, o en grupos de gemelos, cuadrillizos o quintillizos idénticos, van entrando en las tiendas de los estéreos, acarician las fundas de los últimos discos y suspiran. Un trío sale con un radiocasette inmenso que toca a todo volumen y que empieza a competir, pero en movimiento, con la fila de tiendas que ya emiten ruidos dementes.

Avanzan hacia la tienda de bisutería y perfumería, mientras con las mandíbulas destrozan implacablemente los comederos de pasto gomoso y sintetizado en todos los modos posibles, hacen una pausa en el McDonald, entierran en las bocas los cadáveres de bocadillos de salchichas y ahogan toda esa papilla con Coca-Cola. Una chica decide por fin cuál de las diversas marcas competidoras de cremas de «tono para la piel» va a comprar, y ya se imagina que tiene la piel más clara, si es que el brillante cartel de la pared cumple sus promesas. Se produce una intrusión afortunada de un sonido más local, o por lo menos eso es lo que parece al principio. Pero, ¡ay!, no es más que otra imitación local de una música popular foránea, incongruentemente revestida de algunas frases pías y beatas y de restos inconexos de proverbios y dichos tradicionales. Pero esos músicos conocen bien a su público: los nuevos ricos, los importadores y los contratistas, los gerentes de «grupos de empresas». Bañados por el brillo de esa piedad instantánea, con las mentes y los sentidos relajados por líneas melódicas lineales y por el acorde único que vale para todo, abrazan y compran ostentadamente la nueva música y apenas si reconocen la identidad de la nueva: «fuji», «fu-ji-rock», «apola-disco», «afro-reggae», con sus precursoras igualmente vacuas.

Con sus opciones igualmente tranquilas, pero sintonizadas con mentores lejanos, los hijos de los nuevos profesionales (médicos, abogados, ingenieros, burócratas y clérigos) pasan detrás de los terrenos de la vicaría por el Paseo de Dayisi aferrados a las últimas cassettes «del extranjero» y se congregan en el Pollo Frito de Kentucky para comparar notas. Una muchacha se para en la peluquería y al cabo de un momento un chisporroteo se suma a los ruidos de disco, seguido por el olor a pelo

frito cuando el peine eléctrico calienta el cerebro de la joven consumidora sin por ello encenderle la imaginación. Al final de la operación la belleza oficial de la parroquia de San Pedro examina el brillo satinado que lleva en la cabeza, le da unos toquecitos acá y allá y aprueba su propio aspecto. Ha llegado el momento de juntarse con los demás en el restaurante del Coronel para compartir el «rico pollo».

A veces, el Paseo de Dayisi estallaba en extrañas crueldades. En la época de los mangos, la Plaza de Aké estaba llena de olores especialmente penetrantes. No eran sólo las frutas, aunque éstas emitían sus propios perfumes pegajosos, además de atraer a montones de mariposas y una plaga de moscas y de moscones cuando con palos y piedras se empezaba a derribar la fruta madura. En temporada, sin embargo, el árbol daba tanta sombra que las vendedoras de comida se iban a refugiarse bajo él muy contentas. Todo el día los trabajadores, los oficinistas de las dependencias oficiales locales, los estudiantes y los pasajeros de los camiones se iban a acucillar entre las raíces del árbol, en bancos improvisados, o simplemente se quedaban allí mientras hacían unas comidas en las que se combinaban más de cien variedades. Otra atracción era Sorowanke. A veces le daban algo de comida, incluso alguna ropa; otras veces era objeto de insultos, de bromas bienhumoradas o a veces de algún proyectil anónimo.

Sorowanke había construido su choza contra los arbustos a cierta distancia del mango; para aquel hogar improvisado bastó con unas cuantas planchas pequeñas de hierro ondulado, algo de cartón, unos trapos y unos palos. Su amante, Yokolu no tenía residencia fija; recorría todo Abeokuta y se lo podía encontrar a cualquier hora en cualquier rincón del pueblo. Un día vimos que compartía una comida con Sorowanke. Empezó a venir con frecuencia cada vez mayor hasta que advertimos que entre los trapos que Sorowanke colgaba a secar después del lavado, había algunos que evidentemente pertenecían a un hombre. Yokolu empezó a desaparecer cada vez menos, a pasar casi todo el día cerca del mango y a compartir la comida que se le solía dar a Sorowanke.

Aquel acontecimiento causó una cierta consternación entre la población del mango. Nuestros propios estudiantes de San Pedro traían a diario noticias de la marcha de aquella relación entre los dos marginales, así como de las reacciones entre las vendedoras de comida y sus clientes. Al principio de modo imperceptible, la multitud en torno al mango empezó a disminuir, a pesar de que la sombra del árbol seguía siendo fresca y cada vez mayor. Las vendedoras de comida que se quedaron se apartaron más del tronco del árbol hacia la iglesia y optaron por nuevos lugares casi en el perímetro de la sombra. Sorowanke y su amante ocuparon el espacio abandonado. Sus botes, sus latas, sus cestos destartados empezaron a aparecer entre las raíces donde antes comían los clientes. Después apareció su colada en las ramas más bajas del árbol. Poco después, Sorowanke y Yokolu siguieron a sus posesiones debajo del árbol. A mediodía se los veía adormilados apoyados en el árbol; ahora tenían el fuego siempre colocado en un triángulo bien cómodo formado por dos raíces del árbol que estaban al aire, y las pócimas que cocinaban emitían un olor penetrante que competía con los olores familiares de cerdo frito y potaje de ñame, *leki* y la miríada de otras golosinas de las vendedoras habituales de comida. Se oían gruñidos, pero parecía como si la nueva demarcación del territorio estuviera ya tácitamente reconocida.

Y entonces empezó a hincharse el estómago a Sorowanke. Fue haciéndose cada vez mayor y Sorowanke fue hablando cada vez menos, ni siquiera de noche, y se quedaba en cuclillas entre las raíces, metiéndose cada vez más en la sombra. Ya no seguía gritando contra el universo, como era su costumbre, sobre todo cuando Yokolu salía en misteriosos viajes para dar la vuelta al mundo, y se contentaba con murmurar fórmulas mágicas que nadie sabía descifrar. Un día desapareció su consorte. Sorowanke se retiró todavía más del mundo. Como siempre miraba hacia abajo cuando hablaba, parecía que estuviera hablando a la hinchazón que tenía en la barriga. Una mañana, de pronto, oímos gritos, chillidos, el ruido de proyectiles que daban en planchas de hierro. Fui

corriendo con otros a la escalera y vimos a algunos de nuestros compañeros de escuela que pegaban a Sorowanke con piedras y palos. Se les sumaron algunas de las vendedoras de comida, mientras que unos hombres que iban a su trabajo se limitaron a detenerse y mirar, mientras se reían y la llamaban bruja. Hacía sólo unos días que había vuelto de una ausencia desusada (como mucho de unas horas) y se había encontrado con la choza humeante, con sus pertenencias dispersas bien lejos de la base del árbol. Desde entonces se había quedado sentada en la misma postura mientras murmuraba, casi sin comer. En todo caso, no le quedaba mucha comida ni dinero; quizá fuera aquello, para empezar, lo que la había hecho alejarse unas horas. Y ahora llovían las piedras sobre ella. Un palo bien apuntado hizo caer la única olla de estaño que le quedaba del rudimentario hogar en el que había encendido un fuego y no cayó nada más que agua. Vi que sangraba por una sien y se pasaba la mano por la cara como si tratase de ahuyentar a una mosca. Pero las piedras y los palos eran duros y de pronto Sorowanke tocó el tronco del árbol y se levantó como pudo. Los niños avanzaron, le deshicieron el fuego, tiraron los trapos y las cajas de cartón que le quedaban a la maleza donde antes había estado su choza. Las vendedoras de comida terminaron el trabajo, barrieron la tierra hasta dejarla limpia y volvieron a sus antiguos puestos. Aké no tardó más que una semana en olvidar completamente a aquella loca embarazada, Sorowanke.

LO único que observé yo era que cada vez pasaba más tiempo en su habitación, que comía menos veces al día, y casi siempre en su habitación y que cuando salía de ella parecía mirarnos de forma más penetrante y menear la cabeza con gesto triste. No había cambiado nada de aspecto. Venían menos visitas. Cuando llegaban se quedaban sólo un rato y a veces no veían a Essay, pues les decían sencillamente: «El Jefe de Escuelas está descansando.»

La Cristiana Salvaje pasaba más tiempo en casa y dejaba la tienda en manos de la criada y de los primos. Pasaba gran parte del día entrando y saliendo de la habitación de él, llevándole comida y té, hablando con él en voz baja. Ninguno de ellos castigaba ya nuestras pequeñas travesuras, y éstas a su vez fueron disminuyendo, de modo que ya no quedaban motivos de reprimenda. Sobre la casa se cernía un manto de somnolencia general, una dispensa pacífica que repelía los gritos. Nadie tenía que pedirnos que no levantáramos la voz, que no tirásemos cosas al suelo. No sentíamos ninguna inclinación a hacer novillos, a retrasarnos en los recados ni a juntarnos con nuestros otros compañeros de juego en desafíos furtivos. Después de la escuela, yo corría a casa, impulsado inconscientemente por la necesidad de estar con la familia, de compartir la callada intimidad del contacto, de las miradas, del estar juntos que resultaba tangible en los más sencillos de nuestros actos.

Y, sin embargo, apenas si comprendía aquello. Ni siquiera cuando una vez me encontré repentinamente con él entre sus flores, con aquella mirada que cada vez se perdía más en la distancia. Di la vuelta a una esquina de la casa y lo sorprendí hablando solo en voz baja, con un gesto irritado de la cabeza:

—¡Ay!, Dios mío, qué muerte tan triste.

Ocurrió varias veces. No había duda de lo que decía. Tenía la misma sonrisa medio de pesar medio de irritación, quizá también con un leve toque de expectativa curiosa, pero no cabía duda de lo que estaba diciendo. A veces echaba atrás la cabeza y sonreía con una cierta indulgencia, como si estuviera riñendo a un niño precoz y travieso.

—Sí, qué muerte tan triste.

Después, un día, me llamó a su habitación. Estaba recostado en la cama y me hizo sentar en su silla, al lado de la ventana. Nunca lo había visto sonreír ni de forma tan insistente.

—No puedes dejarte vencer por nada —empezó—, porque eres el hombre de la familia, y si tú no eres fuerte, ¿qué puedes esperar que hagan Tinu y los demás? Lo que debes seguir en todo momento es tu educación. No la puedes descuidar. Ya sabes que siempre he querido que fueras a la Escuela Superior del Estado.

Sin comprender nada, pero ya muy inquieto, hice un gesto afirmativo.

—Es cierto que ya estás en la Escuela Media. Pero debes seguir presentándote a los exámenes de la Escuela Superior del Estado. Y no sólo para aprobarlos, sino para ganarte una beca. Los colegios estatales tienen varias becas para los niños que las merecen, y eso es a lo que debes aspirar tú. Aspirar a un puesto en la Escuela Superior del Estado. Mira, pase lo que pase, el Estado apoyará a sus becarios; no lo olvides nunca.

Prometí presentarme a una beca. Parecía ser algo muy importante para él y de pronto me sentí atrapado en la sensación de que estaba pasando por una transición importante debido a una promesa que me vincularía para siempre. Era evidente que no podía permitir que nada se interpusiera entre el cumplimiento de aquella promesa y yo, aquella promesa hecha entre dos personas en un plano desconocido y hasta entonces inexplorado. Asintió como si hubiera reconocido mi propio acto de reconocimiento y estuviera satisfecho.

—Las cosas no suceden siempre como uno las planea. En la vida hay muchas desilusiones. Siempre hay cosas inesperadas. Haces unos planes cuidadosos, decides una cosa tras otra, y después... Bueno, así es la vida. No somos dioses. De manera que ya ves que uno no puede permitirse el dejarse frenar por lo imprevisto. Ya verás que la determinación es lo único que puede llevarlo a uno adelante, la determinación y ella sola. Y la fe en Dios... No te olvides nunca de rezar. Tú eres el hombre de la familia, recuerda que los demás van a considerarte como tal. No debes fallarles nunca. —Meneó la cabeza con gesto enfático—. ¡Nunca les falles, jamás!

Aquella noche me dio una fiebre muy alta. Duró toda la noche y el día siguiente. No empezó a bajar hasta el tercer día. Mientras deliraba, sólo tenía conciencia de las dos caras (las de padre y madre) que se inclinaban preocupadas sobre la cama. Y la voz de la Cristiana Salvaje que decía, cuando empezó a remitir la fiebre:

—¿Qué pasa? ¿Es por la conversación que tuviste con tu padre?

No dije nada, pues sabía que lo que ella había sugerido era la verdad, pero no lograba comprender cómo era posible que una cosa llevara a la otra.

Cuando me recuperé, vi que el fotógrafo andaba por la casa. Según parecía, mi enfermedad había retrasado una orgía fotográfica prevista, que ahora empezó con una especie de intensidad calmada. Essay había registrado su armario en busca de su mejor *aso oke*. Le hicieron fotografías a solas, con cada una de las plantas de su jardín, con los ricinos y las rosas, con la Cristiana Salvaje, con cada uno de sus hijos, después con todos nosotros, después en varios grupos de familia. Volvió a su habitación y se mudó de ropa y le hicieron fotos contra el sol poniente, contra las paredes del dormitorio, sentado, de pie... pero siempre con aquella amplia sonrisa en el rostro. Iba de un lado para otro animadamente dando instrucciones al fotógrafo, colocándonos a cada uno de nosotros tal como él quería, primero en sus rodillas, después de pie a su lado; yo me preguntaba lo que pensaría el fotógrafo de aquella repentina orgía de retratos. Lo último que le encargó Essay aquella tarde fue que le trajera los resultados cuanto antes. Pese a las protestas sorprendidas del fotógrafo, insistió en que las placas se revelaran, se imprimieran y se trajeran a la casa a la tarde siguiente.

Me volví a la cama cansado, con una leve recaída de la fiebre.

Y después, de forma tan gradual que casi ni me di cuenta, pasó la sombra. Poco a poco observé que volvía la rutina de antes, que aumentaban los ruidos, la animación, las bromas, las visitas a la salita y las ausencias normales de casa de la Cristiana Salvaje para ir a la tienda. Cuando se restableció la normalidad, empecé a creer que todo aquello había sido una alucinación resultado de la fiebre. Aquel período inerte en que parecíamos esperar... a no sé qué... había pasado. Los días recuperaron su definición y su pauta. Se restableció un sentimiento de liberación, un alivio psicológico profundo, una sensación de indulto duradero. Salvo algunas ocasiones en que me di cuenta de que contemplaba a Essay con una intensidad atónita, salvo la prueba de las fotografías que se habían enmarcado y que ahora colgaban de las paredes, acepté aquella nueva dispensa como algo natural, quizá con una sensación de gratitud a una Fuerza Invisible por habernos librado de la Amenaza sospechada, pero sin nombre.

EL Abuelo tenía razón: en la Escuela Media de Abeokuta (EMA para casi todo Abeokuta) no todos eran hombres, pero había muchos que sólo se distinguían de los profesores porque llevaban las camisas azules y los uniformes caqui de los estudiantes. En todos los demás aspectos estaban ya listos para ser cabezas de sus propias familias, y algunos de ellos ya lo eran.

Casi la mitad de mis estupendos nuevos libros de texto, cuadernos, lápices, gomas, secantes y demás materiales desapareció en la primera semana que pasé en la EMA. Sin embargo, lo que más lamenté perder fue un estuche nuevo de dibujo lineal, el primero que jamás había visto ni tenido. Abría panoramas de formas completamente nuevas de conocimientos y prometía grandes emociones. El que desapareciese antes de que yo pudiera ni siquiera comprender lo que pretendían impartir los tiralíneas, los compases, el cartabón y aquel semicírculo translúcido lleno de signos extraños, me resultó mucho más doloroso que el castigo que acompañó a su pérdida. Ni siquiera su sustitución por un estuche igual de nuevo podía compensar la pérdida de aquel primer estuche metálico plano, al que tanto había reverenciado yo que hice caso omiso de todos los consejos y me negué a desfigurarlo con la inscripción de mi nombre en él. El chico mayor que me lo había robado, que todo el mundo sabía que lo había robado, y que sabía que todos lo sabíamos, ya había raspado su nombre en el estuche, por dentro y por fuera. Aquello establecía que el propietario era él y que nadie podía hacer nada, ni siquiera el profesor de la clase a quien comuniqué la pérdida y mis sospechas.

Hubo algunos actos más de iniciación en el nuevo mundo y, antes de que terminara el año, no necesitaba yo ya oír los comentarios de la Cristiana Salvaje para reconocer que ya me sentía menos inclinado a soñar despierto y respondía con un cierto entusiasmo a un medio ambiente ruidoso. El estuche de dibujo lineal me lo habían robado en mis propias narices, en plena clase. Tal acontecimiento hubiera sido inconcebible en la escuela de San Pedro. Empecé instintivamente a estudiar a mis nuevos compañeros atentamente y a idear medios de sobrevivir entre ellos. Ansiaba volver otra vez a Isara; suponía que incluso aquel anciano que lo sabía todo tendría algo que aprender acerca de los habitantes de la EMA que salían y entraban de su casa en búsqueda de conocimientos.

Cuando ingresé en la escuela, Daodu estaba de viaje. Formaba parte de un grupo de profesores seleccionados de toda África occidental para ir a Inglaterra; en su ausencia, actuaba como director el Sr. Kuforiji, profesor de matemáticas. Tenía como apodo Wéé-wéé, nombre que no significaba nada hasta que se encontraba uno con aquel Director Interino de voz chillona y vestido con un traje de gabardina muy ajustado, con unas gafas que lo hacían mirar por encima de la cabeza de quienquiera que estuviese hablando con él, y con una forma de andar que sugería a una gallina interrumpida en el acto de picotear el maíz que le habían tirado. Cuando recorría la escuela y aparecía repentinamente en el aula, en la que se quedaba varios minutos para ver cómo iba la clase, nunca se separaba de su bastón. Aparte de la información que tuviera que impartirle el profesor de la clase acerca de la marcha y la conducta de cada uno, Wéé-wéé también hacía su propia valoración inmediata de las apariencias y la aplicación, apartaba a los que no encajaban con sus criterios y administraba el correctivo delante de toda la clase.

Incluso así, se consideraba que no era demasiado rígido. Se le podía manejar, e incluso manipular, y muchos lograban hacer con él casi lo que les daba la gana. Incluso la cumbre dramática de su carrera como Interino, escándalo en el que estuvo implicado uno de los prefectos, terminó con el climax equivocado, y ni siquiera con un susurro.

A la EMA se la calificaba, con razón, de escuela de endurecimiento, de campo de entrenamiento

para sobrevivir más adelante en la vida. Muchas veces no parecía estar dirigida por los profesores, sino por una coalición de fuerzas anónimas que se hallaban en alguna parte del enorme dormitorio del pensionado, en los sótanos y los pasillos de aquella mansión llena de arcos de piedra y a lo largo del perímetro de árboles, de arbustos y de setos, que rodeaban los campos de juego. Por encima de aquellas vallas que nos separaban del mundo exterior se producían transacciones de índole misteriosa durante los períodos de juegos, durante los recreos y después de las clases. En seguida me dio la sensación de que era allí, y no en las aulas ni en el salón de reuniones, ni en el despacho del Director, donde verdaderamente se organizaba la marcha de la escuela. No existían límites de salida y entrada para algunos de los pensionistas, que habían organizado un sistema para confundir a todos los profesores de guardia que vieran, cuando hacían su ronda de noche, una cama vacía y que seguía vacía hasta la mañana. Al final de su investigación la mayor parte de las veces ya no estaban seguros de haber visto ni siquiera esa cama, ni de que la cama que habían visto tan evidentemente vacía, estuviera en aquella fila concreta.

No era infrecuente el ver que alguno de los chicos mayores estaba repartiendo cosas entre sus amigos; sencillamente, había roto la caja fuerte de su padre y la había vaciado. Llegaba el padre inquieto, se convocaba al futuro Enemigo Público Número Uno ante Wéé-wéé para someterlo al comienzo de un asedio moral. Cuando el padre tenía suerte, el resto de su fortuna aparecía en el colchón de su hijo, en una de las «cajas fuertes» individuales que había metidas en las paredes de los diversos edificios o enterradas en una caja a prueba de termitas debajo de un árbol en el huerto de la escuela. Una vez, desaparecieron así todos los ahorros de un cultivador de cacao. El pobre hombre llegó al borde del colapso, y hubo que llevarlo en brazos hasta la oficina del Director. Al saber que su padre había llegado a la escuela, el chico se limitó a hacer la maleta y huir. Nunca volvió a la escuela y, según nos enteramos, tampoco volvió a su casa. Logró desaparecer en Lagos, obtuvo un empleo y volvió de vez en cuando a su vieja escuela, vestido a la última moda y mostrando gran generosidad para con sus antiguos discípulos. Un día volvió para despedirse definitivamente. Su padre había vuelto a ahorrar y ahora lo enviaba a Inglaterra a «ampliar estudios».

Pero el auténtico escándalo se produjo cuando un chico de la última clase, que era prefecto de ella, dejó embarazada a una muchacha. No era nada raro, pero sí fue la primera vez en que los padres de la chica insistieron en que al culpable se lo expulsara de la escuela. Normalmente, de esos asuntos se ocupaban los padres de las dos personas interesadas, que los resolvían. El prefecto era popular. Era cojo de una pierna, pero eso no le planteaba ningún problema. La firmeza con que manejaba la escuela estaba tan impregnada de humor que nadie le tenía mala voluntad. Siempre iba muy acicalado, incluso cuando llevaba el uniforme de la escuela, e incluso había ido creándose una forma de andar, pese a su cojera, que parecía más bien como si fuera un dandismo, que un impedimento. De hecho, algunos de los chicos más pequeños trataban de imitar, de forma menos exagerada, aquel contoneo peculiar suyo cuando ascendía a la tarima y todos gritaban su apodo (A-Keenzy) para anunciar algo o para preparar a los reunidos para la llegada del Director Interino. Fue pura mala suerte que le tocara tropezar con una familia «importante» de Abeokuta, que exigió su libra de carne. Al Sr. Kuforiji no le agradaba expulsar a un estudiante y fastidiar el historial, sobre todo en su último año, pero el delito era lo bastante grave como para merecer un castigo ejemplar. Se le ocurrió darle de palos en público, ante toda la escuela reunida. Para uno de los prefectos, aquello, incluso en la EMA resultaba una grave humillación. Y el número de golpes carecía de precedentes: ¡Treinta y seis!

Se convocó a una asamblea especial. El personal docente fue entrando solemnemente a la primera fila del auditorio y el Sr. Kuforiji ascendió a la tarima. Con los tonos formales del caso, anunció el objetivo de la reunión, expresó el escándalo de toda la comunidad académica ante el deshonor que había caído sobre nosotros y ante la deshonor que había infligido a la familia de la chica el acto irreflexivo de uno de nuestros propios miembros. Después dijo quién era el infractor,

ordenó que se levantara y que fuera a la tarima. Kuforiji se volvió hacia él y anunció que había decidido darle otra oportunidad en la vida al brindarle una opción. Podía dejar la escuela en calidad de expulsado, con su nombre manchado para siempre, o podía recibir treinta y seis palos ante la asamblea. El muchacho escogió esto último.

En la mesa estaban colocados tres palos. Se ordenó al prefecto que «se tocara las puntas de los pies» y comenzó el castigo. Se designó a uno de los profesores para que llevara la cuenta.

Wéé-wéé cambiaba de palos al final de la primera docena de golpes; A-Keenzi no movió ni un músculo. A mitad de la segunda docena, Wéé-wéé había empezado a sudar. Cuando cambió de palos al llegar a los veinticuatro, vimos que tardó algo más en volver a empezar y que sus palos habían empezado a perder fuerza. La sala se sumió en un silencio que no interrumpía más que el ruido de los palos. Advertí que se estaba haciendo historia. Todas las miradas estaban pegadas al cuerpo de A-Keenzi, sin poder creer que nadie pudiera absorber veinticuatro palos en la espalda y en las nalgas sin cambiar de posición una sola vez, sin el más mínimo movimiento visible de un solo músculo. Empecé a preguntarme si A-Keenzi se había forrado de algún modo, cuando recordé que Wéé-wéé primero le había bajado los pantalones al prefecto y había mirado para asegurarse de que no se podía hacer trampa. Kuforiji administró los seis golpes últimos por pura fuerza de voluntad. Estaba bañado en sudor. A-Keenzi se levantó tranquilo, imperturbable, hizo una inclinación con una gracia impecable y entonó la respuesta ritual a la administración de un castigo corporal:

—Gracias, Director.

Y entonces el techo de la sala de asambleas resonó con un aplauso atronador. En vano golpeó el Director la mesa para exigir orden, tras recuperarse de su sorpresa. Su ayudante agarró la campanilla y la tocó furiosamente. Aquello no hizo sino aumentar los ruidos de júbilo. Todos los profesores se sumaron a la tentativa de contener aquella explosión espontánea de aplausos, pero continuó, oleada tras oleada, hasta agotarse. Cuando se produjo el silencio, Wéé-wéé estaba demasiado escandalizado para hablar. Miró por encima de las cabezas de sus alumnos indisciplinados, en busca de las palabras adecuadas. Por fin masculló:

—¡Eyin orno Satai! [Sois hijos de Satanás] Idiotas desvergonzados, incorregibles, ¿os creéis de verdad que eso era algo que aplaudir? ¡Awon orno alaileko! [No estáis civilizados] Vuestras almas están corrompidas por dentro y por fuera. ¡Fuera de aquí! ¡Terminó la asamblea!

Wéé-wéé se quedó muy contento cuanto volvió a impartir la clase de matemáticas al regreso de Daodu de su misión en Iglaterra. En Abeokuta le dieron la bienvenida multitudes que deben haber dejado vacías todas las casas del pueblo. Daodu fue en un caballo blanco hasta Aké, donde se celebraron unos oficios de Acción de Gracias en la Iglesia de San Pedro, flanqueado por trompeteros, tamborileros y una columna de boy scouts. Su agbada parecía, si ello era posible, más voluminosa que de costumbre, como si estuviera diseñada especialmente para trazar un arco que se proyectaba sobre la ancha grupa del caballo, en contraste con la esbeltez del velomotor que lo había llevado al hospital hacía dos o tres años. De sus hazañas en Inglaterra nos habíamos enterado en gran parte de oídas: cómo se había opuesto vigorosamente a los planes británicos de establecer una sola universidad para todas las colonias del África occidental y había insistido en una universidad para cada país. Su oposición terca y casi aislada fue objeto de gran aplauso; nuestro Daodu era el único que podía actuar así.

Sin embargo, a casi todos nosotros resultaba imposible comprender aquello, aunque no resultaba difícil entender el principio de que era mejor tener varias escuelas que una sola. Pero lo que importaba era que Daodu había desafiado a los submarinos de Hitler, que, según decía todo el mundo, no discriminaban entre los barcos de guerra y los pacíficos. Daodu había sobrevivido a los bombardeos diabólicos de Hitler, había cruzado a salvo los mares dos veces, pese a aquellas horribles minas de las que estaban sembradas las ruta marítimas. Entré en Aké, convertido en una

presencia gigantesca y ardorosa que, según se rumoreaba, había impresionado muchas veces incluso al Oficial de Distrito del gobierno colonial y al Alake de Abeokuta, a cuyo paso, a su vez, se postraban los hombres y se arrodillaban las mujeres. El profesor de música compuso un himno de bienvenida; yo lo cantaba constantemente en casa.

Una semana después de su regreso empecé a preguntarme por qué Hitler había cometido el error imperdonable de permitir que el Rev. A. O. Ranso-me-Kuti escapara ileso cuando lo tenía a su merced. No llegué al extremo de desear que hubiera naufragado, pero sabíamos que cuando bombardeaban o interceptaban a buques mercantes, también tomaban prisioneros. Desde luego, no había ningún motivo para que Daodu no hubiera corrido la misma suerte. Según todos decían, había abandonado su profesión de clérigo por la docente; yo creía que Dios había perdido una ocasión sublime de rectificar, que debería haber reorganizado el itinerario de Daodu para que incluyese unos cuantos años de servicio como capellán en un campo de prisioneros de guerra.

Una parte integrante de la educación en Aké era el segar el césped del recinto, y que supiéramos, lo mismo ocurría en todas las escuelas. Se trataba de una ocupación sencilla y reglamentada con horas fijas y con parcelas bien demarcadas para cada clase. De vez en cuando, también era posible que a un estudiante se le asignaran horas adicionales de siega como castigo. Excepcionalmente tenía que salir todo el cuerpo estudiantil, *oja agba* [Machete hecho con duelas de barriles] en mano, para segar el recinto de la escuela de un extremo al otro, desplazarse como un ejército bien adiestrado en línea recta y no dejar tras de sí nada que pudiera agitarse, por fuerte que soplara el viento. Después seguían los profesores, buscando puntos que no estuvieran bien segados.

Era cierto que yo había segado menos césped que la mayor parte de los niños en mis primeros años, pero aquello se había debido al lamentable incidente que casi me había costado el ojo derecho. Había dejado una cicatriz permanente, un recordatorio visible para todos los profesores de algo que, a juicio de todo el mundo, no era ni más ni menos que un milagro. Los profesores, impresionados por aquella muestra singular de la protección divina y renuentes a volver a tentar al destino, se limitaban a ordenarme que volviera al aula cada vez que llegaba el momento de segar el césped. En consecuencia, yo estaba muy retrasado en cuanto a aprender el arte del *oja agba*, pero logré ponerme al día en mi último año de la escuela primaria, cuando el incidente casi había quedado olvidado.

Aquello de cortar hierba era, lógicamente, algo que carecía de toda gracia. Había que mantener la hoja bien afilada, evitar las piedras para que la hoja siguiera afilada, el segador tenía que inclinarse hacia el suelo, con una rodilla doblada, flexionar con el brazo el *oja agba* en un arco armonioso y continuo y terminar el golpe al otro lado del cuerpo, cortando el espacio correspondiente y dejando el montón de hierbecillas al pie del segador. Naturalmente, los maestros de aquel arte eran los presos. Los había visto muchas veces cuando trabajaban en las praderas delante del palacio del Alake. Se designaba a uno, y a veces a dos de ellos, para que dirigiesen la canción. Con un trozo de metal y una lata, o con una punta clavada en su *oja agba*, establecían un ritmo que seguían los demás con sus hoces:

N'ijo itoro —¡Gbim!
N'ijo i sisi —¡Gbim!
O o ni lo l'oni —¡Gbim!
O o ni se b'emo —¡Gbim!
Won gba e l'eti —¡Gbim!
Ewon re d'ola —¡Gbim!
Tin tinni gba tin tin tin gba
Tin tinní gba tin tin tin gba

[*El día de tres peniques*
El día de seis peniques (o sea, lo que se ha robado)
Te agarran bien fuerte
Nunca lo volverás a hacer
Te dan de golpes
Tu sentencia empieza mañana.]

Sin embargo, en la EMA la hierba tenía un sentido «bueno» y otro «malo». No se trataba de que hubiera hierba que fuese buena ni tipos peligrosos de malas hierbas con espinas o con raíces puntiagudas o retorcidas. Ahora a la hierba normal, suave, de un verde lujuriente que yo había tomado como lo más natural en las praderas y los campos de juego de Aké se la dividía en dos categorías: la buena y la mala. En consecuencia, nuestras praderas no se cuidaban con *oja agba* ni con guadañas sino meticulosamente, a mano. Había que arrancar los matos de malas hierbas uno por uno. El reconocer la hierba que era buena y la que era mala resultaba fácil al cabo de poco tiempo, pero el escoger entre las dos y en consecuencia actuar al respecto tal como se nos exigía era algo que cada vez me resultaba más difícil. ¡No podía comprenderlo! Lo peor era que el resultado de aquel extraño procedimiento, que no se complementaba con nuevas plantaciones de buenas hierbas en las zonas limpiadas a fondo, había convertido todas las praderas y los céspedes en una cuadrícula de hierbas mezcladas con el desierto. Cuando se miraba al campo de fútbol desde el piso alto del edificio, parecía estar sometido a un ataque especial de algún tipo de hongos u otro tipo de enfermedad contagiosa de la piel.

El campo de fútbol estaba entrecruzado de líneas invisibles que lo dividían en parcelas asignadas a cada una de las clases. Después seguían otras divisiones en el interior de cada parcela que señalaban los trozos asignados a cada grupo de tres o cuatro alumnos. Era evidente que Wée-wée no compartía la extraordinaria obsesión de Daodu por la hierba; su inspección de los viernes por la tarde consistía en pasearse por el campo como un sonámbulo apresado y mirar por encima de las cabezas de todos los estudiantes, pero desde luego nunca bajar la mirada al césped. Sin embargo, con el anuncio de la inminente llegada de Daodu, cambiaron las actitudes. Se dieron instrucciones a los profesores encargados de clases. Se reintrodujeron muchas tareas y muchos rituales olvidados hasta entonces. El apoyarse en la pared, especialmente con las manos, provocaba un castigo desusado. La mayor parte de aquellas tareas eran irritantes, algunas molestas, pero ninguna producía aquel bloqueo especial que el corte de la hierba me ha creado a mí. Infecté a varios compañeros de clase, y mi propio grupo perecía mientras que los otros rascaban en el suelo como poseídos. Éramos nuevos en la escuela, nunca habíamos conocido a Daodu profesionalmente y creíamos que todo se estaba exagerando mucho. Ningún monstruo podía ser tan meticuloso como decían de él. ¿No era el mismo Daodu que se había caído de su velomotor, al que habían llevado a la cama de mi padre y después al hospital? No podía creerme que perdiera el tiempo en olisquear el suelo en busca de una sola hoja de aquello que llamaban malas hierbas y fuese a armar un jaleo porque se encontrase con alguna acá o allá.

Ransome-Kuti se reintegró a sus funciones como si no hubiera estado ausente más que un día o dos. Aquello me inspiró mis primeros temores: era raro que un hombre que acababa de pasar por un infierno de bombardeos volviera directamente a presidir la asamblea escolar, a inspeccionar los techos en búsqueda de telas de araña y a quejarse de que cantábamos mal. Y el primer viernes también lo encontró como de costumbre en la pradera, haciendo precisamente lo que nadie se podía esperar que fuera a hacer un recién llegado de aventuras internacionales. Daodu, seguido por todo el claustro de profesores, iba cruzando y recruzando atentamente el campo y, si bien no era verdad que se pusiera a cuatro patas, andaba ligeramente inclinado hacia adelante, con las manos dobladas a la espalda y la mirada alerta recorriendo yardas a izquierda y a derecha, como un faro. Se detenía

abruptamente y miraba con más atención. Después echaba una risita que era como su firma, y que entonces escuché por primera vez. Demasiado tarde descubrí que estaba a años luz de distancia en cuanto al significado de aquellas estentóreas risas de Daodu a las que estaba acostumbrado yo. Esta empezaba por debajo del pecho, le subía hasta la mandíbula inferior y allí se quedaba parada, y después de salir ronca, en gorgoteos hondos y satisfechos, por unos labios que se abrían en una sonrisa como un medio melón, sin mostrar ninguna alegría. Era una risa que decía: «¡Aja, se creían que iban a escaparse, pero es que no me conocen! ¡Al cabo de tantos años y siguen sin conocer al extraordinario Daodu!»

Aparentemente, aquello también era una pista para la escuela. Cuando se oyó aquella risa me asombró el oír también, de todos los rincones del campo, una respuesta coreada. Adoptaba la forma de una sola palabra que se alargaba mucho: «¡Dao-o-o-o-o-o-o-o-o!»

Salvo un mero vistazo en dirección de la víctima para ver quién era, los alumnos de Daodu no prestaron más atención. Entre tanto, él había saltado al lugar del delito y había arrancado y levantado en la mano el «mal» ejemplo.

—Y, ¿a quién le tocaba esta parte?

El culpable daba un paso al frente, Daodu miraba en su derredor para ver si se habían producido más descuidos en la misma zona, hacía un gesto de satisfacción y anunciaba:

—¡Tres!

El muchacho sabía lo que tenía que hacer. Doblaba la cintura. Daodu alargaba la mano y en ella le ponían un palo. El *ta-a, ta-a, ta-a* del palo sobre una piel tensa amenazaba nuestras orejas, seguido por la frase obligatoria del muchacho: «Gracias Director», y continuaba la visita.

Los desesperados esfuerzos que realizó entonces mi grupo para extraer las hierbas que odiaba

Daodu llegaron demasiado tarde. Arrancamos las que pudimos, nos llenamos los bolsillos con ellas, tratamos de peinar las hojas de la hierba «buena» sobre sus repulsivas compañeras, pero por fin hubimos de detenernos cuando el grupo se acercó. Las lentes de las gafas de Daodu relucían de felicidad cuando llegó a nuestra parte. La risa salió de su lugar habitual, le llegó a la garganta, después le bajó al estómago y se quedó hirviendo allí un rato antes de deshacer camino hacia su sádica liberación por conducto de aquella sonrisa impasible de medio melón. De todas las esquinas del campo surgió al aire el grito:

«¡Dao-o-o-o-o-o-o-o-o!»

Y continuó como si nunca fuera a terminar, ajustado proporcionalmente a la misma intensidad que la risa del propio Daodu. Este no necesitaba preguntar quiénes estaban encargados de aquel trozo descuidado, pues era inconfundible el gesto de culpabilidad del grupo de cuatro novatos que se hallaba separado de los demás, en espera de lo peor. Cuando lo anunció, me sentí inclinado a echarme a correr. Estaba convencido de que aquel hombre era un asesino en potencia, y ya me veía transportado fuera del campo, muerto.

—Veinticuatro —dijo, y todos hicimos un gesto de incredulidad. Hizo una pausa y nos miró a los cuatro. Detuvo su mirada en mí y después pasó al chico más alto de los cuatro, que casi medía el doble que yo, y continuó—: Bueno, aquí tenemos a cuatro compañeros en la delincuencia. ¿Cómo comparten normalmente las cosas si se puede saber? ¿Por igual? ¿O por estaturas?

Me sentí tan aliviado al descubrir que no íbamos a recibir veinticuatro golpes cada uno, sino que se dividirían entre nosotros, que no titubeé en insistir:

—Por igual —y di un paso al frente al mismo tiempo. Una cosa que no estaba dispuesto a compartir con los otros era la agonía de quedarme mirando y esperando me llegara el turno. Aquello se lo cedía gustoso a los mayores. Mantuve la mirada y el pensamiento fijos en la hierba y reflexioné sobre lo absurdo de la distinción que me obligaban a hacer entre ellos, con lo cual logré no pensar demasiado en el dolor, salvo el primer golpe, que me reverberó por todo el cuerpo. Era evidente que

Daodu pegaba muy fuerte. No quise oír los golpes, sólo la cuenta. Terminó en seguida, me enderecé y justo a tiempo recordé lo que había de decir:

—Gracias, Director —cuando lo que sentía por él era cualquier cosa menos agradecimiento.

Fue la única vez que Daodu me dio con el palo en la espalda, y la última en que deseé que estuviera en los campos de concentración de Hitler. Tardó menos de una semana en recuperar su lugar habitual en mi admiración. Todo lo que hacía Daodu no sólo adquiría dimensiones mayores de las acostumbradas, sino que incluso las cosas más superficiales adquirirían un tamaño descomunal y todos los acontecimientos resultaban dramáticos. La «disciplina» se convertía en una aventura. A veces parecía que el lema de «todo el mundo es inocente salvo que se demuestre su culpabilidad» se había creado especialmente para él o lo había creado él, pues lo llevaba hasta los extremos del absurdo. No bastaba con reconocer una culpa, había que demostrarla contra el acusado. O, si no, el acusado tenía que probarla contra sí mismo y aducir las circunstancias atenuantes al mismo tiempo. Si su argumentación era convincente, no sólo quedaba libre, sino que su acusador podía recibir el castigo que hubiera debido corresponder al otro, especialmente si se consideraba que aquél había expuesto el caso con incompetencia.

Una vez, el propio Director agarró in fragante a tres muchachos en uno de los muchos setos que había al extremo del campo. Uno de ellos era el famoso «Iku». Estaban asando un pollo, al que acababan de matar, en una pequeña hoguera. A su lado estaban la cabeza y las plumas, de modo que a Daodu no le costó ningún trabajo identificar de dónde procedía el pollo. Daodu tenía los pollos más enormes que hubiera visto yo jamás, y muchas veces había oído decir a los chicos mayores cómo les encantaría echarle mano a uno de ellos. Evidentemente, éstos tres por fin lo habían logrado.

El juicio se celebró en el mismo sitio de costumbre, en el pasillo del comedor, que recorría toda la fachada de la casa. El pasillo, que daba al comedor y hacía un ángulo de noventa grados, servía de aulas para lo que parecía ser la sección primaria de la EMA, pero de hecho era una sección independiente dirigida por la Sra. Kuti y que llevaba el nombre de Clase de la Sra. Kuti. Los Kuti vivían en la parte del edificio que empezaba a la mitad del pasillo principal, y la otra mitad servía de comedor para los pensionistas de la Sra. Kuti. Así las secciones de alojamiento y de enseñanza y la zona en que residían los Kuti se entremezclaban las unas con las otras, y una pantalla separaba el comedor de los internos de la parte donde comían los Kuti.

Los acusados, precedidos por la prueba de su delito: la cabeza, las plumas y el pollo a medio asar, llamaron a la antepuerta, donde estaba la pantalla antimosquitos, y los dejaron pasar. Después, se dejó abierta la antepuerta para que todos los espectadores interesados pudieran mirar o participar en el proceso desde la zona en que comían los internos. Como el propio Daodu era el principal acusador, los muchachos estaban obligados a presentar ellos mismos los cargos, las pruebas y su propia defensa.

Como habíamos previsto, el portavoz era «Iku». Aquel apodo, que significaba Muerte, era uno de los más adecuados que se había puesto a ninguno de los chicos de la escuela. Iku desafiaba constantemente a la muerte por los caminos que escogía para escaparse todas las noches del dormitorio, cualquiera de los cuales hubiera podido llevarlo a romperse el alma. Parecía seguro de sí mismo.

—Director, lo que pasó fue lo siguiente: Yo estaba allá en la parte baja de los campos, Director, a punto de iniciar un experimento académico con mis amigos. Para ser exactos, Director, un experimento químico, relacionado con la teoría flogística de la combustión espontánea. Y tuvimos éxito, Director. Para gran felicidad científica nuestra se encendió una pequeña hoguera en las astillas y el *oguso* que habíamos reunido para el experimento, Director. Estábamos a punto de apagarla, pues ya había servido para nuestro fin de demostrar una cuestión científica, cuando se presentó un pollo, cuyos contoneos y cuyo porte majestuoso demostraban sin duda que no podía venir más que del

gallinero privado de la Señora.

»E1 segundo acusado, Aki Bode, me dijo: 'Iku, por ahí se está paseando un pollo que pertenece a la señora del Director. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?' a lo cual, Director, repliqué: 'a este respecto soy tan ignorante como tú'. Ante lo cual, el tercero de los acusados (Akinrinde, Director), dijo: 'no tenemos por qué razonar sino actuar; utilizar nuestra iniciativa como nos dice constantemente el propio Director'. Entonces, Director, yo manifesté mi acuerdo, y como no hay que dejar para mañana lo que puedas hacer hoy, y un acto dice más que cien palabras y la oportunidad nunca llama dos veces y más vale pájaro en mano que ciento volando, Director, y por último, como no hay que dejar pasar la ocasión, con aquellas ideas para orientarnos, nos desplegamos, nos lanzamos contra el pollo para atraparlo y devolverlo al gallinero del que había escapado.

»Director, era un pollo muy vivaz. No era uno de esos polluelos esqueléticos y tímidos que se ven en casi todas las casas. Era, Director, un pollo lleno de vida, bien alimentado, agresivo, un pollo con sus ideas propias, Director; ¿cómo iba a ser de otro modo si lo habían criado, alimentado y mimado las manos del propio Director y las de su esposa, Beere? El pollo se lanzó contra el segundo de los acusados y lo tumbó a tierra (si el Director lo desea puede examinar las cicatrices de aquel combate. Aquel terrible pollo le dio una paliza con las alas, le hirió en las muñecas). Segundo acusado, ¿quieres dar un paso al frente y mostrar tus heridas?».

Bode dio un paso al frente, enseñó las muñecas a Daodu y les dio la vuelta. Efectivamente, estaban marcadas por unas heridas largas, que aparentemente sólo podían haber infligido unos espolones. Daodu las inspeccionó solemnemente e hizo un gesto a Iku para que continuara.

—Entonces, Director, cuando el segundo de los acusados cayó de espaldas para protegerse, el impulso con que el difunto se lanzó sobre él lo llevó naturalmente hacia adelante e infligió, como ya hemos dicho, Director, las heridas mencionadas en las muñecas que el segundo de los acusados había extendido para protegerse. Entonces, Director, es posible conjeturar lo que hubiera ocurrido de haberse tratado de una hoguera normal. Pero no lo era, Director.

Se trataba de una hoguera que había surgido conforme a la teoría flogística de la combustión espontánea y total. De ello se seguía que no sólo daba muchísimo calor, sino que lo daba por todas partes. El impulso del pollo lo llevó justo al centro de aquel voraz incendio, donde inmediatamente perdió la conciencia, abrumado por la intensidad del calor e hizo su propia contribución a la validez del experimento que nos había llevado a aquel lugar escondido del campo en búsqueda de la verdad científica, lo cual nos dejaba sin otros testigos que nosotros mismos, Director.

»Por lo tanto, Director, nuestro delito no consiste en un acto voluntario y abierto, sino en la falta menor y pasiva del disimulo, Director. Pero la cosa estaba hecha, agua pasada no mueve molino, no hay mal que por bien no venga y todas esas ideas, por no mencionar nuestro temor a comunicar el asunto nosotros mismos y a que quizá se nos interpretara mal, nos hicieron mantener el silencio. Por ese leve error de criterio, y hablo por mí mismo en primer lugar y también por el segundo y el tercero de los aquí acusados, Director, solicitamos la clemencia del tribunal.

Reinó el silencio. Los acusados esperaban su suerte. Daodu sorbió el té, que ya estaba tibio, y se puso a reflexionar. A mí me pareció que en mi vida había oído sinsentidos tan desvergonzados, y esperé convencido de que se les iba a asignar una serie de castigos corporales que empezarían, como mínimo, con dieciocho palos cada uno. Todavía me quedaba mucho por aprender de cómo juzgaba Daodu las pruebas y la culpabilidad. No bastaba con rechazar cualquier defensa, por fantástica o ridícula que fuera, como una muestra de descaro: el problema era que el acusador tenía que *demostrar lo contrario*. Y aquello se refería incluso a la explicación de la existencia de la hoguera (¿en todo caso, qué era aquello de la teoría flogística? Dudo que la conociera ni siquiera el propio Director; no era especialista en física). Por fin levantó la vista sin la más mínima huella de una sonrisa.

—Absueltos de todos los cargos.

—¡Gracias, Di-rec-to-o-o-o-o-o-r!

Interrumpió aquellos gritos cuando levantó la mano:

—Me refiero únicamente a los cargos que se os habían hecho inicialmente, ¿que eran...? —y se quedó esperando.

—Apropiación indebida de un pollo, propiedad del reverendo Rasome-Kuti y señora, y asar el mismo a sabiendas con la intención de consumirlo en secreto, Director.

—Muy bien. Pero con vuestra defensa habéis planteado una nueva acusación. Encubrimiento y ocultación de un accidente.

—Correcto, Director.

—De cuyo cargo,- simultáneamente, os habéis confesado culpables.

—El Director tiene razón una vez más.

—De manera que ahora sólo me queda pronunciar sentencia.

—Sí, gracias, Director.

—Entonces, esta es mi sentencia: vosotros tres os vais a volver a llevar el pollo y a terminar lo que estabais haciendo con él. Y eso es todo lo que vais a comer (los tres) en la próxima semana.

—¡Gracias, Directo-o-o-o-o-o-r!

—Esas mismas órdenes recibirá la cocina. Se levanta la sesión.

—¡Gracias, Directo-o-o-o-o-o-r!

¿Un pollo para tres chicos mayores en toda una semana? No parecía bastante. Me pregunté si no hubieran preferido que les dieran de palos y les asignaran otras tareas. Sin embargo, no creí que él esperase de verdad que pasaran hambre, pues sabía perfectamente que vivirían gracias a su ingenio y con la ayuda de otros. Más adelante descubrí que Iku era un veterano de otros muchos casos. De hecho, nunca los exponía ante ningún profesor, pues insistía en su derecho a que lo escuchase el Director. Los profesores se habían cansado de él hacía tiempo y le permitían que hiciese prácticamente lo que quería. Los otros dos eran sus cómplices habituales de cientos de aventuras, algunas de las cuales se producían en el pueblo y llevaban a la celebración de sesiones de identificación de los sospechosos, en las cuales nunca lo reconocían a él.

Daodu era un maniático en materia de música. Cuando dirigía a toda la escuela en cualquiera de los múltiples himnos que interpretábamos periódicamente, aquel corpachón se galvanizaba y debajo la sisa de la chaqueta aparecía una mancha de humedad que iba aumentando hasta llegarle al pecho. Tenía un oído que identificaba infaliblemente las fuentes de una nota falsa. Sin embargo, a mí me asombraba que no se limitara a eliminar a quienes evidentemente carecían totalmente de oído para la música. Por el contrario, después de una mala interpretación, seleccionaba a la fila, o la clase, que lo había hecho mal y se dedicaba a darles de palos. La solución era evidente y sencillísima, pero nunca parecía tenerla en cuenta. La escuela tenía que cantar, cualquier parte de ella que no supiera cantar bien tenía que recibir un castigo. Yo pasaba las horas del almuerzo con la familia, en el piso de arriba, y las otras comidas las tomaba con los internos. Una tarde estaba jugueteando con el piano cuando Daodu me preguntó por qué no aprendía a tocarlo bien y se ofreció a darme lecciones. Le aseguré a toda velocidad que mi padre ya había empezado a dármelas, pues temía el impacto de su palo cuando fallara una nota. Aquello no era ni siquiera una verdad a medias, pero la causa la justificaba aunque hubiera sido una mentira total. Yo ya había adoptado una posición clara con respecto a las deficiencias de racionalidad de los mayores y me preguntaba, por ejemplo, cómo un pedagogo y veterano viajero como Daodu podía comportarse igual que la Cristiana Salvaje, que basaba toda su autoridad en la frase bíblica que decía: «La letra con sangre entra».

Antes del regreso de Daodu se había ido formando un grupo en torno a la Sra. Kuti. Era una reunión sin complicaciones, que empezó con tres o cuatro mujeres, cuyo número después fue en aumento. Se reunían y hablaban de problemas relativos a la comunidad y también de cuestiones de sus casas respectivas. La Cristiana Salvaje formaba parte de aquel grupo, y siempre que venía a casa de los Kuti a una reunión, yo me quedaba esperando después de la clase y volvía a casa con ella. Ellas no hacían caso de mi presencia por las intermediaciones mientras charlaban y tomaban té. Todas eran cristianas, mujeres de «profesionales»: maestros, pastores protestantes, farmacéuticos, etc. Cuando no estaban hablando de problemas de saneamiento, de los desabastecimientos o la subida del precio de algún producto, o de planes para algún tipo de aniversario, parecía que su preocupación más absorbente era el problema de las muchachas que acababan de adquirir responsabilidades domésticas. Una vez tras otra observaban que «no saben nada»; «parece que no saben quedarse en su puesto»; «no saben recibir a las visitas»; «hasta la boda de tal o cual fue de vergüenza»; «algunas de ellas no saben nada de limpieza, ni siquiera de puericultura», y otras frases por el estilo. Se quejaban de que cuando trataban de ayudar a alguna de ellas, la reacción era violenta. Se sugería que podían ir juntas a las casas de las recién casadas y ofrecer discretamente sus consejos. Otra sugerencia era que se invitara a aquellas señoras «con problemas» a sus reuniones, sin darle importancia, para impartirles instrucción.

Yo creía saber exactamente de qué tipo de mujeres hablaban. Recordaba la boda más triste que hubiera presenciado jamás en la Iglesia de San Pedro de Aké. Todo el mundo iba vestido de blanco: guantes, velo, sombrero, flores, vestidos, etc. Si se consideraba cada cosa por separado, en el conjunto colonial de la ceremonia no faltaba nada. El novio llevaba un traje igual que el de su padrino, con el pañuelo del bolsillo y el clavel en su sitio exacto. La madrina, los pajes y las damas de honor se repartían a ambos lados de la pareja nupcial, todo el mundo perfectamente vestido, con zapatos lustrosos y con medias de un blanco immaculado. La cola de la novia quedaba muy lejos de ella en el patio de losas de San Pedro, cuando se detuvieron en los escalones para la fotografía. No había más que una cosa que estuviera mal: nadie llevaba una sola prenda de su talla. Era como si hubieran recogido los atavíos en una serie de tiendas distintas y se los hubieran dado al azar a una masa de niños, hombres y mujeres que jamás hubieran visto una ciudad ni hubieran escuchado un órgano. La novia parecía estar a punto de tener un hijo, con su embarazo bien abultado delante de ella, como una explicación del gesto de sufrimiento que llevaba el novio y de la actitud aburrida e incómoda de los pajes y las damas de honor. Todo el espectáculo tenía algo de sórdido que iba más allá de lo mal que les sentaba la ropa; era la falta de alegría en todos los rostros, el gesto de culpabilidad furtiva, pese a la tentativa de imponer un aspecto externo (y extranjero) a una ceremonia que carecía de alma, de amor y de identidad, o quizá incluso reforzado por todo ello.

Yo esperaba seriamente que eso fuera en lo que estaba pensando el grupo de mujeres, y esperaba a que lo mencionaran concretamente, a que manifestaran su desaprobación de una escena que me había dejado desasosegado durante varias días. Sin embargo, nadie lo planteó y tuve que contentarme con esperar que todas ellas estuvieran pensando en lo mismo. Sin embargo, igual les preocupaban los problemas de la mortalidad neonatal, de cómo conseguir que las mujeres fueran más a las clínicas después de tener un hijo, que confiaran menos en los medicamentos para los que no hacían falta recetas y que escogían al azar. Además, de forma vaga y general, querían que las mujeres interviniesen en más actividades cívicas, como las obras filantrópicas.

Una tarde iba Daodu dando su paseo cuando llegó junto a donde estaba el «Grupo» y se detuvo a escuchar. Después interrumpió:

—¿Sabéis una cosa? Tenéis muy buenos objetivos, pero parece que no sabéis cómo lograrlos. Ya lleváis algún tiempo reuniéndoos y nunca veo que venga nadie más que las *onikaba* [Mujeres que

llevan túnica] La gente que de verdad necesita vuestra ayuda son las *aróso* [Mujeres que sólo llevan falda], pero no vienen. Olvidad los problemas de los buenos modales de las recién casadas. Concentraos en las *aróso*. Haced que vengan a vuestras reuniones. Esas son las que necesitan vuestra ayuda.

Y siguió con su paseo.

La señora del pelo blanco, que era la de aspecto más venerable de todas ellas, fue la primera en hablar cuando se marchó.

—Daodu acaba de decir una verdad importantísima. Nuestro grupo está incompleto. Para la próxima vez, que cada una de nosotras traiga a la reunión por lo menos a una *aróso*.

LA Cristiana Salvaje llevó a su amiga Mamá Aduni a la reunión del Grupo. Las reuniones ya eran demasiado grandes para el comedor de la Clase de la Sra. Kutu, y se desplazaron al patio de abajo. En las caras de las mujeres que ahora venían en grupos a la reunión, las mujeres del mercado que vendían pimientos, gari, aceite de palma y productos hechos en sus casas, identifiqué la misma fatiga interna que había visto en nuestras comerciantes itinerantes de Isara, en nuestras acompañantes que, cuando estaban en su casa, ponían todo lo que tenían a nuestra disposición. Las ventanas de la galería, con sus grandes arcos, daban directamente al patio.

Los días que se reunían, yo subía las escaleras, escuchaba y observaba. Siempre estaba ocurriendo algún drama, había en marcha alguna controversia que se había de solventar y que normalmente solventaban Beere, la señora del pelo blanco (que ya sabía yo que se llamaba Ma Igboire), o la Cristiana Salvaje. A veces, una de las mujeres se ponía a cantar o contaba algún chiste atrevido. La reunión adquiría el aspecto de un Tribunal de Consultas o de un festival espontáneo. Algunas de ellas llegaban temprano, para preparar la comida.

El traslado al patio empezó a raíz de otra sugerencia de Daodu. Este se había acostumbrado a pasar junto al grupo y escuchar un momento. En todo caso, desde su dormitorio y su estudio se podía oír lo que pasaba, y yo sospechaba que no se daba su paseo «por casualidad» hasta que las conversaciones habían llegado a un punto que le provocaba alguna idea, pues casi nunca pasaba por allí sin sugerir algo. Un día dijo:

—¿Sabéis cuál es el problema de verdad de las *aróso*? Son analfabetas. No saben leer ni escribir, y por eso las explotan. Si dedicáis a eso media hora de cada una de estas reuniones, podríais terminar logrando que al cabo de un año todas las mujeres de Egbalandia supieran leer y escribir —soltó una risa ante su propio optimismo desmesurado y siguió con su paseo.

Le aceptaron la idea. Se dijo a Mamá Aduni y al puñado de *aróso* que ya se habían sumado al Grupo que difundieran la noticia. Se compraron pizarras y pizarrines, lápices y cuadernos. Cuando el primer goteo se convirtió en un torrente, pasaron al patio. Cada *oníkaba* se ocupó de un grupo al que impartía una enseñanza intensiva durante entre media hora y una hora en cada sesión. Después, mientras continuaban las conversaciones sobre higiene, desarrollo de la comunidad, programas de autoayuda, precios del mercado y de los productos básicos, seguían copiando las letras o los monigotes, y no hacían una pausa sino para sumarse a la conversación. Desde el balcón no se veía más que una serie de espaldas encorvadas de concentración, encima de las cuales se veían los pañuelos por entre los cuales, en algunos casos, se escapaban guedejas de pelo blanco. Durante aquella primera media hora trabajaban en un silencio casi total, con repentinos estallidos de risas, mientras primero iban haciendo un palote y después otro. Muchas veces era el parloteo de la Cristiana Salvaje el que provocaba la risa. Por ejemplo, tomaba una de aquellas manos tensas en la suya y la guiaba por la pizarra mientras instruía en voz alta:

—Así. Mira, haz este palote; no, no, haz que sea un palo bien recto, como un poste de la luz, pero no de los que se están cayendo. ¿O te crees que estás dibujando la pierna de tu marido? Ahora, ponle algo así como un camino con curvas; no, no, así no. ¿Es que no sabes ni siquiera cómo se te pone la barriga cuando tú y tu marido habéis estado haciendo sabe Dios qué? ¡Aja!, ya sabía que esto lo comprenderías. Bueno, pues eso es una «b». Un poste de la electricidad y tu barrigón que se apoya en la parte de abajo: «b» bente-bente... asikun bente-bente... bente-bente, asikun bente-bente... —mientras iba pasando lentamente a una canción y un baile que improvisaba sobre la marcha. El patio estalló en carcajadas mientras Mamá Aduni, o sea, la señora del pelo blanco, se la llevaba arrastrando

y se quejaba:

—¡Para ser la mujer de un profesor, la verdad es que logras distraer la concentración de las alumnas de una manera admirable!

Eran unas alumnas muy atentas, en su mayor parte jóvenes, y fueron las más atentas las que pusieron en marcha en Igbein el Gran Levantamiento que terminó en Aké. Siempre eran las primeras que llegaban, ayudaban a poner los bancos y las sillas, barrían el patio cuando hacía falta, estudiaban una hora más ellas solas antes de que llegaran las otras. Me convertí por puro accidente en un orgulloso maestro en aquellas sesiones previas a las reuniones. Hacía tiempo que habían movilizad a Dolupo y Koye, que eran los dos hijos mayores de los Kutí. Un día estaba yo en mi sitio de costumbre en la galería cuando vi que estaban luchando con las palabras, pues habían llegado a la fase en que sabían juntar letras, pero casi siempre de forma desordenada. Les grité una corrección, me contestaron con otro grito y me preguntaron si era demasiado pere2oso para bajar a enseñarles de qué se trataba. Bajé como un rayo. Vi que casi todas ellas eran de las aldeas de los alrededores, y no del propio pueblo principal de Abeokuta; quizá aquello explicara su afición a las clases.

Y después dejaron de venir; llegaban tarde incluso a la sesión principal. A veces no llegaban en absoluto. No eran sólo las mejores alumnas, pues también faltaban otras, y no sólo de los suburbios. Era la época de la cosecha; se trataba sobre todo de mujeres de agricultores, de manera que las jefas supusieron algún tiempo que eran las tareas del campo las que las impedían asistir. Ocupaban sus puestos llenas de excusas y trataban de ponerse al día con sus lecciones a medida que iba avanzando la reunión. Pero por fin les hicieron la pregunta que importaba, o escucharon con más atención aquellas excusas que las recién llegadas murmuraban en medio de un debate. Las reuniones dedicadas a la enseñanza mutua fueron cambiando de carácter a partir del momento en que una voz siguió a la otra para explicar:

—Me han detenido los de los Impuestos.

—Los vigilantes se han quedado con la mitad de mis productos para cobrarse el impuesto del mercado. He tenido que ir a ver a los concejales a pedir ayuda.

—Nos estaban esperando a la salida de los campos. La Policía Local nos dijo que teníamos que pagarles el veinte por ciento de todo como impuesto.

—Traté de escapar de los uniformados. Me metí en un sendero que creía conocer y me perdí. Si no hubiera sido porque Dios me salvó, todavía estaría andando por el bosque.

—Esos hombres no tienen corazón. Te miran como si no fueran de carne y hueso, hasta que les das lo que quieren.

—Nosotras pasamos la noche en una celda de la comisaría. Se quedaron con todas nuestras cosas, y no quieren devolvérnoslas hasta que les llevemos los papeles de los Impuestos. Pero, si ni siquiera hemos ido al mercado, ¿cómo vamos a pagarlos cuando se han quedado con lo que tenemos para vender?

—Son los jefes. Están todos metidos en el asunto. Mandan a los *adana* a que hagan el trabajo sucio porque no se atreven a establecer un impuesto de consumo sobre los productos agrícolas.

—No, es el Alake. He oído decir a uno de los *adana* que no nos fuéramos a quejar a él. «Vete a Ka-biyesi, que es el que nos manda», dijo.

—Los que nos torturaron a nosotras dijeron que era el hombre blanco. Dijeron que la orden le habían llegado al ajele del otro hombre blanco, el de Lagos. Todos ellos están a las órdenes del hombre blanco de Lagos.

—¡BASTA!

Quien había hablado no era otra que Kem-beri. Era típico de las «esposas» más jóvenes de una casa, y encima de unas atrevidas, reflexioné, el dar ese apodo a una mujer que en realidad, y además había sido bautizada, se llamaba Amelia. Era posible que para el grupo de mujeres al que asistía

aquella mujer tan temida, tan osada y tan parlanchina fuera la Sra. Amelia, pero hacia la época en la que empecé a pegarme al Grupo como una sanguijuela, oía que tanto la Cristiana Salvaje como Beere la llamaban Kemberi. Cuando poco después entregué un recado y dije que me lo habría dada la Sra. Kemberi, la bofetada de la Cristiana Salvaje casi me separó la cabe2a del cuello. Beere protestó y señaló que no se me podía castigar por repetir el nombre que me habían dicho. Hasta entonces no me habían explicado que «Kemberi»- era el apodo especial por el que la designaban las «esposas» de su recinto. Las únicas que la llamaban así eran sus amigas íntimas, como Beere y la Cristiana Salvaje, y únicamente lo hacían cuando estaban a solas.

—¡Basta! —repitió Kemberi, y empezaron a amainar los murmullos de indignación—. De hecho, lo que estáis diciendo es que las mujeres de Egbalandia ya no pueden pasearse por las calles de su propia tierra, ni ganarse la vida yendo de los campos a la casa y de los campos al mercado sin que las molesten esas sanguijuelas. ¿Es así o no?

—Y, ¿qué estábamos diciendo, más que eso?

Kemberi levantó las manos y se volvió hacia la Sra. Ransome-Kuti:

—Beere, ya las has oído. ¿Qué vamos a hacer? Dijiste que les enseñábamos el alfabeto, y eso es lo que hemos estado haciendo. Y también les hemos dicho que mantengan sus casas limpias para sus hijos, y que se hernien para darles una buena educación. Y eso es lo que han estado haciendo. Precisamente por esos hijos se niegan a quedarse sentadas en casa, esperando a que los vagos borrachos de sus maridos aprendan la misma lección. Después de todo, las mujeres de Egbalandia no están acostumbradas a los trabajos fuertes. Pero ahora les hemos dado un motivo nuevo: sus hijos. Y han empezado a trabajar y a consagrar su pequeños ahorros a la educación de sus hijos. Y, gracias a lo poco que hemos aprendido juntas, esos inútiles de hijos ya no vuelven a casa a contar la mentira de que son los primeros de la clase, cuando lo único que han hecho es hacer novillos y sacar una nota que es como el ojo de un pescado: Cero. Por lo menos algunas de nosotras sabemos cuál es la diferencia entre 100 y cero, entre ser el primero y ser el trigésimo cuarto. Cuando llegan a casa las notas de la escuela, aunque algunas de nuestras mujeres no lo sepan leer todo, sí que saben leer lo suficiente en esa tarjeta como para saber si ese niño les está tirando el dinero. Y, si no saben leer, sí que saben dónde traer la tarjeta, que es ¡AQUÍ MISMO!

»Ahora esas mismas mujeres nos dicen que ya no pueden venir aquí libremente. Las calles de Egba están bloqueadas por la misma gente contra la que hemos tratado de darles protección. ¡Impuestos! ¿Impuestos sobre qué? ¿Qué es lo que queda cuando una mujer ha dado de comer a sus hijos, les ha dado el uniforme de la escuela y les ha pagado la matrícula? ¿Sobre qué establecen esos impuestos?».

Una serie de voces ofendidas soltó un rugido unánime. Kemberi volvió a exigir silencio:

—Ya es hora de que se lo digamos. Basta de impuestos. Si quieren desangrarnos, vamos a decirles: Basta de Impuestos.

El patio se llenó de gritos de aprobación. Se restableció el orden. Se autorizó a la Sra. Ransome-Kuti a transmitir al Oficial de Distrito y al Alake de Abeokuta y a su Consejo de Jefes la exigencia. Fue la sesión más larga que habían celebrado las mujeres hasta entonces, y el Grupo se quedó en el piso de arriba hasta mucho después de que se hubieran marchado las demás. Aquella noche era imposible que yo me fuera a casa; comprendía que se estaba iniciando algo extraordinario y me sentía presa de la emoción. El Oficial de Impuestos quizá fuese junto con el Inspector de Sanidad, el personaje más temible de Abeokuta, aunque sin gozar de la tolerancia que en general se concedía al otro. Los Oficiales de Impuestos habían invadido nuestra casa en algunas ocasiones. Aunque se habían comportado cortés e incluso rutinariamente, habían logrado transmitir tal aura de poder que yo siempre me sentía aliviado cuando la Cristiana Salvaje abría uno de los cajoncitos de arriba y sacaba el recibo amarillo. Una vez, en una redada de las tiendas pequeñas, un tipo excesivamente

celoso la había incluso acompañado a casa para verificar que efectivamente había pagado el impuesto. Los primos mayores habían querido echarlo por la fuerza. En consecuencia, la declaración de Kemberi parecía la de una aliada en una de aquellas guerras civiles que parecían llenar los libros de historia, tanto yoruba como inglesa, de nuestros textos. Además, estaba el recuerdo de las mujeres de Isara, que recorrían sus cuarenta y tantas millas desde Isara, cargadas como *omolanke*, como las carretillas que habían empezado a competir con los porteadores humanos. Las veía acechadas por los *adana*, obligadas a entregar una parte de sus mercancías ante las puertas de Abeokuta, después de haberlas transportado a lo largo de una distancia inhumana. Y, naturalmente, el insulto a mis propias discípulas favoritas, que ya no podían llegar temprano a sus clases por culpa de los hostigamientos de los consumidores, se convirtió en una afrenta personal. Antes de dormirme, ya había decidido que cuando yo creciese no iba a haber un solo funcionario uniformado de caqui que me fuera a sacar en concepto de impuestos ni uno solo de los peniques que tanto trabajo me había costado conseguir.

El Grupo se quedó reunido hasta tarde. Hacía mucho rato que yo me había quedado dormido en el comedor, y me desperté a la mañana siguiente en una cama del dormitorio de la Clase de la Sra. Kutí. Aquella mañana, a la hora del desayuno, escuché por primera vez el término «Unión de Mujeres de Egba». Parecía que habían estado discutiendo una serie de títulos posibles, pero por fin parecía haber surgido un nuevo movimiento, que llevaba oficialmente aquel nombre: Unión de Mujeres de Egba.

Poco después Beere se fue a Inglaterra; con guerra o sin ella había conferencias en las que participar: cuando no era la Misión Cristiana, era la Misión Colonial. La tienda de Aké de la Cristiana Salvaje pasó a ser el centro de las mujeres de todos los rincones de Abeokuta. Mamá Aduni se convirtió en una especie de Comisaría Volante, que se presentaba a cualquier hora con mujeres de todos los oficios: las tintoreras, las tejedoras, las cesteras y las pequeñas comerciantes que siempre había en los mercados iban llegando de a una, de a dos, en grupos, desde aldeas remotas cuyos nombres yo ni siquiera había oído hasta entonces. Olían a sudor del viaje, a tintes, a pescado seco, a harina de ñame, a laterita y al aceite de coco de sus trenzas. Algunas llevaban tatuajes en las piernas y en los brazos, y tenían cicatrices en las caras. Además del pañuelo que llevaban a la cabeza también tenían puestos chales en los hombros, bien doblados huecamente sobre las cabezas para protegerse mejor contra el sol.

Lejos de eludir las tareas de ayudar en la tienda, ahora casi era imposible mantenerme alejado de ella. Algunas de aquellas mujeres venían primero a los terrenos de la vicaría, porque era más fácil de encontrar que la tienda. Antes de que empezaran siquiera a exponer lo que las traía, yo me apartaba de mis libros de un salto y las escoltaba a la tienda. A lo largo del camino entre la casa y la tienda, liberado de los vistazos acostumbrados de reprobación al interrogador «compulsivo», me dedicaba tranquilamente a satisfacer toda mi curiosidad. No hubo más que una de ellas que me traicionara sin saberlo. Sugerí, sin poder apartar la vista de aquella espalda encorvada cuya postura, estaba yo convencido, sólo se podía deber a haber transportado toda aquella mercancía nada menos que desde Isara:

—¿Por qué no sacas los caballos del jefe ése de Itoko? Te podrían transportar la carga.

La mujer se echó a reír y prometió que pediría a Mamá Aduni que lo planteara en la próxima reunión. Pero se lo contó a la Cristiana Salvaje a los pocos minutos de que empezara la reunión. Para gran sorpresa mía, madre se limitó a menear la cabeza y decir: «Ya me lo hubiera debido suponer.»

Se produjo un largo intervalo de calma. Nadie sabía decirme si las mujeres habían efectivamente dejado de pagar impuestos o no. Ahora escuchaba, sin ninguna tentativa de subterfugio, las conversaciones entre Essay y la Cristiana Salvaje: ésta le pedía consejo acerca de muchos de los problemas que le planteaban las mujeres. Cada vez más, la rutina diaria en los terrenos de la vicaría se iba centrando en torno al nuevo Movimiento de Mujeres. La Cristiana Salvaje viajaba, hacía

discursos ante grupos, recibía a mujeres a todas horas. A veces las visitas que hacían ellas a la tienda no duraban más que un minuto: al momento siguiente, la Cristiana Salvaje agarraba el chai, se ponía un pañuelo en la cabeza, agarraba el bolso con un grito de «O ya», me decía: «cuídate de la tienda» y se llevaba a las denunciante hacia el lugar donde se había originado el problema. Yo, invariablemente, cerraba la tienda cuando oscurecía. Muchas veces ella volvía tarde e incluso entonces, mientras hacían una cena que duraba horas, ella y Essay comentaban la táctica en torno a un problema inmediato y la estrategia futura para resolverlo de manera definitiva en pro de las mujeres explotadas.

Essay se fue convirtiendo en un falso viudo, aunque, que yo pudiera ver, le iba muy bien así. Se ponía a idear nuevos enfoques de los problemas, y después enviaba una nota a la Cristiana Salvaje que estaba en la tienda. Yo siempre advertía cuándo se trataba de una «nota de crisis». Si en aquel momento no estaba ella en la tienda yo la abría y la leía. Si sabía dónde había ido, y aquello constituía la perfecta excusa para hacer que el mensajero se quedara en la tienda mientras yo me iba corriendo y señalaba, con la mayor tranquilidad que podía, que aquello me parecía urgente. A veces traté de recordar cómo había adquirido yo aquel hábito y me preguntaba por qué la Cristiana Salvaje nunca hacía objeciones. Sin embargo, nunca me llevaba voluntariamente a aquellos lugares de crisis, y mi curiosidad se sentía incontrolablemente excitada siempre que ella salía corriendo con las denunciante. Me bastaba con prestar una estrecha atención aquellas breves conversaciones para localizar fácilmente los lugares de crisis después de haberse marchado ellas. Cuando no había notas de Essay, toda visitante *aróso* constituía una excusa todavía mejor. Me limitaba a cerrar la tienda y me llevaba a la visitante a buscarla.

Por primera vez salí de Abeokuta sin que me acompañaran mi padre ni mi madre. Padre, pese a su participación cada vez mayor en el Movimiento de

Mujeres, nunca había renunciado a la ESI, la Escuela Superior del Estado de Ibadán, donde me había apuntado para una beca. Me pareció sorprendentemente insensible por tratar de sacarme de Abeokuta en una época en que sucedían cosas tan emocionantes. Sin embargo, se había ocupado de que mis tareas nunca se vieran interrumpidas. En los intervalos de ir a buscar a la Cristiana Salvaje a los lugares de crisis, siempre había páginas de ejercicios que terminar y que llevar a casa después de la tienda. Hice los exámenes, pasaron semanas y después llegó la carta en la cual se me convocaba a celebrar una entrevista en Ibadán. Conocí a Oye, que también había llegado al nivel de la entrevista, y planeamos juntos la Gran Aventura, pero mis padres redujeron sus dimensiones al insistir en que debía acompañarme algún mayor. En vano les recordé que ya tenía diez años, que era un veterano que había pasado un curso de supervivencia en la EMA, pero no había forma de que cambiasen de opinión, ni siquiera mi historial de chico para todo con el Movimiento de Mujeres. Aunque el otro chico era mayor, los padres de Oye no habían consentido en que éste viajara hasta que se enteraron que lo haría con el hijo del Jefe de Escuelas. Discutí la falta de sentido que tenía todo aquello con Joseph, a quien habían designado para que me acompañara. Si los padres de aquel chico me consideraban una garantía suficiente de seguridad, ¿no era aquello tanto más prueba de que se podía confiar en que yo me las arreglara solo?

Joseph me miró con una especie de compasión:

—Espero que a esos hombres blancos de tu nueva escuela les gusten los chavales discutidores.

Cuando se publicaron los resultados definitivos, en la lista figuraba mi nombre. Había conseguido ingresar, pero no una beca. Aquello significaba esperar otro año más para volverlo a intentar. Joseph lo sintió enormemente y se pasó mucho tiempo sumido en la melancolía; después fue a ver la Cristiana Salvaje:

—Mamá, por favor, dile que no discuta con el hombre blanco. Ya ves que tenían que darle el ingreso, saben que es muy listo. Pero, ¿crees que el hombre blanco va a dar de comer a un indígena

que con eso no va a hacer más que sacar fuerzas para quitarle la cabeza de un machetazo?

Me sentí desilusionado. Antes de asistir a la entrevista la idea de la Escuela Superior del Estado no era más que una curiosidad que me revoloteaba vagamente por la cabeza. El obtener una entrevista y viajar solo hasta Ibadán hubiera sido un clímax satisfactorio, pero yo no había contado con los atractivos físicos de la escuela. Los terrenos de la vicaría se quedaban enanos en comparación, y lo mismo ocurría con la EMA. Le faltaban los peñascos de Abeokuta, pero aquello quedaba más que compensado por los bosques, los huertos, los riachuelos, los campos y la caza menor. Los candidatos procedían de las cuatro esquinas del país, o por lo menos eso parecía. Llegamos, tal como nos habían dicho, con nuestras propias mantas y almohadas y nos alojaron a todos juntos en un largo dormitorio donde surgieron rápidamente a partir del primer encuentro amistades que fueron muy duraderas. Asustado ante mi propia ignorancia de tal diversidad de nombres, tipos faciales, lugares y temperamentos, me quedé mudo y, por una vez, no hice preguntas. Y, una vez más, Padre tenía razón: casi todos eran HOMBRES. Pero la proporción de quienes tenían edades más parecidas a la mía era reconfortantemente alta. Aquel grupo se unió instintivamente mientras los «abuelitos» que nos rodeaban nos miraban con mal gesto. Uno de ellos tenía bigote.

Había otros dos chicos que habían llegado juntos del mismo pueblo. También eran ijebu, pero no de Isara. Apenas llevábamos dos horas en Apatagan-ga, el suburbio de Ibadán donde estaba la escuela, cuando los demás nos advirtieron que tuviéramos cuidado con ellos. Habían llegado con *oogun* [Medicina (sobrenatural, mágica)], con objeto de que los otros no supiéramos qué contestar mientras ellos ocupaban los primeros lugares sin ningún rival. Un muchacho de Edo juró que los había visto enterrar algo en el rincón del aula en la que íbamos a hacer los exámenes. Otra prueba más de sus siniestras intenciones era que habían llegado un día antes de lo necesario. Si bien aquello era de esperar de quienes habían de hacer largos recorridos: Benin, Awka, Makurdi, etc., no había ninguna excusa para que alguien de la cercana provincia de Ijebu saliera de su pueblo más de un día antes de la Entrevista. No podía haber más que un motivo: ¡Habían llegado antes para «reventarle el terreno a los demás»!

Este último argumento resultaba muy persuasivo, y no dejaba más que una respuesta. Alguien propuso que les registráramos el equipaje durante su ausencia y recibió aplausos vociferantes. Yo no me lo había creído de verdad, pero encontramos toda una serie de objetos extraños: amuletos, polvo negro envuelto en un trozo de papel, anillos como los que he visto a Paa Adatan y una hoja de papel con extraños diagramas y palabras que a mí me parecían deformaciones de nombres bíblicos del Antiguo Testamento.

El chico en cuyo equipaje se habían encontrado aquellos artículos fue objeto de una recepción tosca. Si bien yo había participado de buena gana en el registro, sentía bastantes dudas acerca de que fuera correcto enfrentar a aquella pareja con nuestro trofeo. *Sabía* que no teníamos ningún derecho a registrarle el equipaje, pero reconocía que *teníamos* que hacerlo. El enfrentarlos con nuestros descubrimientos era otro asunto: para empezar, ¿qué significaba todo aquello? ¿por qué iba nadie a estar en posesión de amuletos, polvo negro y un papel lleno de signos cabalísticos? Recordé a Bukola, la *abiku* y me pasé los dedos por la muñeca donde el visitante de Padre me había metido en la sangre pócimas misteriosas a fuerza de incisiones. No parecía existir una diferencia cualitativa entre aquellas diversas «posesiones».

Los dos muchachos vieron el círculo solemne de acusadores, pero sólo un par de ojos miró directamente al rincón para contemplar los artículos puestos en su cama. Empezó a gesticular rabioso y acabó estallando:

—Por esto podéis ir todos a la cárcel. Sois ladrones, saqueadores. Ya veréis cuando os denuncie a la policía.

El muchacho Edo que había sido el primero en alertarnos dijo:

—Mi padre es de la policía. El mes pasado detuvo a alguien por utilizar juju malo contra otro. El otro casi se murió.

El muchacho acusado reaccionó a aquel desafío volviéndose a su paisano, como para pedir ayuda. Su amigo parecía estupefacto y no saber qué hacer exactamente. Al instante siguiente el hacedor de juju se dio la vuelta y salió corriendo a la noche.

—¡Qué no se escape! —gritó su principal acusador y todos salieron corriendo detrás de él. Yo no me moví. El ritmo de los acontecimientos me dejó en una situación de tanta incertidumbre como al otro muchacho de Ijebu, con el cual me encontré casi a solas en el dormitorio, pues sólo se quedaron dos o tres más. Fui hacia él:

—¿Crees tú en este juju?

Se encogió de hombros.

—El sí —con un gesto hacia la puerta por la que habían salido todos.

—Pero, ¿y tú?

—No sé. Me paso el tiempo empollando. Necesito una beca, o si no, nunca vendré a la escuela.

—Pero, ¿no te hace juju tu padre?

Negó con la cabeza.

—Antes era musulmán. Ahora es cristiano. Que yo sepa, nunca ha utilizado juju. Quizá por eso es tan pobre.

Había sacado un libro y se preparaba a leer. Decidí arriesgarme a molestarlo con una pregunta más:

—¿Qué es lo que enterró en el rincón del aula?

—Ah de manera que nos vieron.

—¿Quieres decir que lo enterraste tú con él?

—No, pero lo estuve mirando —mientras negaba con la cabeza.

—Y, ¿no trataste de impedirselo?

—¿Para qué? ¿Tú te lo crees?

—No estoy seguro del todo —con un encogimiento de hombros.

—Bueno, pues ya ves. Nadie está seguro.

Poco después volvieron los otros, que lo habían perdido en la noche. Le conté al chico de Edo lo que me había dicho el amigo del fugitivo.

—Muy bien —dijo—. Vamos a hacer que mañana venga un cura a decir oraciones encima de todo eso.

Lo miré sorprendido:

—Y, eso, ¿de qué sirve?

—Destruiría su poder —replicó.

Yo no me sentía satisfecho:

—¿Cómo va a saber qué oración decir? No sabe de qué tipo de juju se trata.

Entonces intervino otro:

—Sólo hay dos tipos de *oogun*: el malo y el bueno. Cualquier oración basta para deshacer el poder del malo.

Entonces otra voz sugirió que sería mejor que lo desenterráramos juntos y lo tirásemos a un montón de la basura.

Surgieron voces aterradas:

—No sabes lo que dices —¿Quién va a atreverse? —¿Acercarse a algo así y que se le caigan a uno las manos?— Conmigo no contéis.

Antes de darme cuenta de lo que decía estaba yo presumiendo:

—A mí me no se me van a caer las manos.

—Ah, ¿sí? —me respondieron burlones—. Seguro que tu padre te ha «cocido y sazonado», ¿eh?

—No, mi padre no. Fue mi abuelo.

Inmediatamente me empezaron a mirar de modo muy raro. Algunos de los chicos se apartaron más de mí, mientras que otros, curiosos, se acercaban:

—¿Hablas en serio o en broma?

—Vamos a sacar eso y ya veréis.

Me sentía muy animado cuando agarré el farol. Me siguió el muchacho de Edo y al cabo de poco rato estaba yo a la cabeza de un desfile de cinco o seis muchachos camino del aula. El chico de Edo nos llevó al rincón, cogimos unos palos y empezamos a cavar.

Apenas si habíamos excavado hasta tres pulgadas de profundidad cuando encontramos un bulto blanco del tamaño aproximado de una naranja. Lo cogí por la punta de un nudo y lo llevé al camino que había al lado del césped.

Alguien preguntó:

—¿Qué vamos a hacer con eso? —a lo cual el chico de Edo respondió inmediatamente.

—Quemarlos, claro. Eso es lo que hacen en el tribunal cuando confiscan un juju malo.

Entonces desatornillamos la tapa del farol, empapamos el paquete en queroseno y le echamos encima una cerilla encendida. El trapo se encendió inmediatamente, siguió ardiendo un rato y después comenzó una serie de pequeñas explosiones desde dentro. Saltó de él un pedazo de algo que cayó muy cerca de los pies de uno de los muchachos. Mientras que los demás nos limitamos a echarnos atrás instintivamente, él se sintió aterrado y se puso a gritar:

—¡Epe lo fo ja'de yen! [* ¡Está echando encantamientos peligrosos por la boca!]

y se echó a correr. La infección fue instantánea. Todos nos dimos la vuelta y volvimos corriendo al dormitorio, algunos con gritos de «Jesu, Jesu Gbami», durante todo el camino. Sin embargo, durante todo el tumulto oí que el chico de Edo murmuraba reiteradamente «SDM, SDM...», como un encantamiento místico. Cuando, de vuelta al dormitorio, todos recuperamos algo de cordura, le pregunté lo que decía:

—SDM —contestó—. ¿No lo habíais oído nunca? significa «Sálvame, Dios Mío». Cuando verdaderamente tienes prisa, lo mejor es utilizar las iniciales.

La causa de todo aquel nerviosismo debe de haber vuelto durante la noche. Cuando amaneció había desaparecido su equipaje y nadie había dormido en su cama. En la entrevista no lo vimos. Mejor, fue lo único que pensé yo, pero el muchacho de Edo se levantó a medias en la cama, agarrándose la cabeza con ambas manos. Le pregunté:

—¿Estabas pensando todavía en hacer que lo detuvieran?

Meneó la cabeza muy nervioso:

—No entiendes. Fíjate lo idiotas que hemos sido al dormirnos así, sin ningún cuidado. ¡Podría habernos matado con su juju durante la noche! Si mi padre se enterase...

—¿Por qué? ¿Qué haría?

—Me daría una paliza por descuidado. Así es como lo matan a uno. O lo dejan inválido para toda su vida. —Miró en su derredor lentamente, se hundió en la mayor desesperación y hasta se puso a hablar en inglés pidgin.

—Mira, hemos dormido como lirones ni siquiera sabemos dónde ese hijoputa fue.

—¿Para qué te preocupas? Sigue diciendo SDM.

Se le iluminó la cara, hizo un gesto de total asentimiento y nos fuimos a duchar.

La curiosidad de Ransome-Kuti no conocía límites. Admiraba las escuelas estatales en algunas cosas

pero, en general, sentía dudas acerca de la capacidad de los profesores blancos para impartir una educación buena a un africano.

—Para empezar —me decía—, no saben impartir carácter al estudiante. No el *carácter* adecuado. Lo que hace una escuela como la EMA es dar carácter a nuestros muchachos. No hay otra escuela que se le acerque. ¿Qué te parecieron esos profesores blancos?

Le recordé que no nos habían dado ninguna clase, sino sólo entrevistado y hecho nuevos exámenes.

—Sí, sí, pero han hablado contigo. Tú has hablado con ellos. ¿Qué opinión te han merecido?

—Parecían simpáticos. Pero me resultaba difícil comprenderlos todo el tiempo... a todos nos pasó lo mismo. Eso de que hablen por la nariz...

—Ya te acostumbrarás. Yo mismo me acostumbré. Ejem. Conozco al hombre blanco en su país, que es donde de verdad se le puede llegar a conocer. Me alegro de haber ido a Inglaterra. Así queda uno mejor equipado para enfrentarse con esos chavales que nos envían aquí en plan de oficiales coloniales. Claro que algunos no son malos. Pero como profesores... No, todavía no entiendo por qué quiere Ayo que vayas a su escuela.

Exclamé, desleal:

—Ahora ya me gusta.

Se le abrieron los ojos:

—¿De verdad? ¿Prefieres eso a seguir aquí?

—Creo que me va a gustar de verdad, Tío.

Me contempló como si me viera por primera vez.

—Qué curioso. Eso sí que es curioso. De verdad prefieres... —Y después se recuperó rápidamente—. Pero ni siquiera has terminado un año aquí. No has terminado la Escuela Media.

—Me gusta esa escuela —insistí—. Espero que me den una beca.

—¡Claro, eso es! —estalló—. Estaba tratando de recordar qué ventaja podría tener esa escuela. Sí, es verdad que dan becas. Muy bien, si obtienes una beca, muy bien, estupendo para Ayo. Pero tienes que venir a verme todas las vacaciones. Quiero saber cómo enseñan.

Le prometí que lo haría.

—En esas escuelas te enseñan a decir «Sí, señor». Los únicos que dicen «Sí, señor» son los esclavos. Esa es una de las formas que tienen de quitarle el carácter a los muchachos a una edad en que son impresionables: ¡Sí, señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor!, muy mal. De manera que tienes que venir a vernos durante las vacaciones. —Se acordó de otra cosa y con aire melancólico meneó la cabeza—. Y además casi nunca aplican castigos corporales, cosa que es un grave error.

—Yo no lo creo, Director.

—No. ¿Tú no crees que los castigos corporales sean buenos para formar el carácter?

—No, Director.

—Ay Dios mío, ay Dios mío. ¡Y que digas esto tú, el hijo de Eniola!

—No, Director.

Suspiró, volvió a menear la cabeza con aire triste y se fue pasillo abajo.

Beere estaba en alta mar, camino de casa. Una mañana aparecieron los periódicos llenos de denuncias de sus actividades en Inglaterra. Había afirmado en una conferencia (o en una reunión pública) que las mujeres de Egbalandia llevaban una existencia miserable. Eran pobres, carecían de todo y estaban explotadas implacablemente. El periódico, que tenía cuatro páginas, publicaba una larga carta en la cual se combatían sus declaraciones y se reprendía su temeridad por decir tamañas mentiras contra

las nobles mujeres de Egba. Aquello era deplorable y Beere había traicionado a sus propias compatriotas. La carta invitaba a los británicos a visitar Abeokuta para ver por sí mismos. Allí verían a mujeres prósperas, e incluso la mujer media de Egba vivía con comodidad y esplendor.

Había hospitales por todas partes. El pueblo estaba immaculado y las viviendas eran suntuosas. Se aconsejaba a la Sra. Ransome-Kuti a que se atuviera a los negocios que la habían llevado a Inglaterra y dejara la preocupación por el bienestar de las mujeres de Egba al hombre que siempre se había ocupado de aquello con toda su benevolencia, al padre de todo Egba: el Alake de Abeokuta.

Justo cuando las mujeres se estaban agrupando para asistir a una reunión organizada por el Grupo para decidir cómo responder a este ataque, el mismo periódico publicó una carta en defensa de ella, enviada por alguien que se firmaba «Espectador». El autor confirmaba las afirmaciones de Beere detalladamente, remitía a sus lectores a las innúmeras chozas que había ocultas en Ikereku, Iberekodo, Ago-owu, etc., donde las mujeres excavaban como ratas para sobrevivir miserablemente. En la reunión, el nuevo periódico corrió de mano en mano. Incluso las que no sabían leer querían verlo. Por fin Ma Igboire, la señora del pelo blanco, tomó el periódico y le dio lectura al mismo tiempo que lo iba traduciendo. Rasgaron el aire gritos de aprobación. Después tomó la palabra Kemberi:

—La otra carta, la que dice que sois todas mi-lionarias, la firmó el Salón Atupa, junto con algunas de las putas del Alake. Porque unas cuantas de ellas hayan acumulado algo de riqueza fraudulenta y salgan y entren contoneándose del palacio llenas de bisutería de oro, se olvidan de que siguen viviendo entre personas que ni siquiera pueden dar de comer a sus hijos dos veces al día. Bueno, Beere está en camino. Cuando llegue, la gente de Egba va a saber quién es el auténtico *odale* pero hay algo que no debéis olvidar: ¡la letra de la carta es la de Jacob, pero... ya sabemos quién es Esaú!

Se levantó otra mujer:

—Claro. Eso lo puedo confirmar yo. Fue el Alake el que lo sugirió y el O.D., quien se lo metió en la cabeza al Alake. El O.D. seguía en el palacio cuando Kabiyesi mandó a buscar a Atupa y a sus amiguitas ricas. Cuando llegaron, la carta les estaba esperando, y lo único que tuvieron que hacer fue poner su huella dactilar al final: Atupa no sabe hacer ni la o con un canuto. Esa carta no la escribieron ellas. ¿Desde cuándo han sabido las de Salón Atupa poner dos palabras juntas salvo para decir: «Espera, deja que me quite la falda.»?

En medio de las carcajadas de irrisión que siguieron, entró Daodu, que también llevaba un ejemplar de la carta del «Espectador».

—Lo que deberíais hacer las mujeres —dijo— es imprimir cien copias de esto. Os las lleváis cuando vayáis a buscar a Beere y las distribuís en el puerto.

Aclamaron la idea. Daodu siguió dándose su paseo mientras continuaban la reunión. Volvió al cabo de diez minutos.

—Haced que sean mil. Sí, mil. Se las entregáis a toda la gente que esté desembarcando y se las distribuís a quienes hayan ido a buscarlos.

Las mujeres volvieron a manifestar su aprobación a coro. Daodu no había llegado al otro extremo del sendero cuando ya había vuelto, con gesto decidido, y entrado rápidamente en la reunión: «Haced que sean diez mil. Sí, imprimid DIEZ MIL. Ya encontraremos el dinero en alguna parte. Tiradlas al aire, metédselas en la cara al gobierno colonial de Lagos. ¡Sí, que sean diez mil!»

No había tiempo que perder, Daodu se hizo cargo de la dirección de las disposiciones para dar a su Beere la bienvenida al regreso de Inglaterra. No olvidó ni un detalle. Encargó que se comprasen cántaras enormes, del mismo tamaño de las nuestras de Aké y que se enterrasen por todo el recinto y se llenaran de agua. Se reunió con la Cristiana Salvaje y con las demás líderes del Grupo para ver cómo se iba a dar de comer a la multitud de gente que sin duda llegaría al recinto para la bienvenida.

Yo creía comprender hasta cierto punto lo que estaba pensando: Daodu quería que la bienvenida que le diesen a su mujer fuera todavía más triunfal que la suya, que empezara en Lagos y fuera adquiriendo cada vez mayor magnitud a fin de abrumar a sus detractores y dejarlos totalmente fuera de combate.

EL regreso de la Sra. Kuti convirtió el recinto de la EMA en un terreno de fiesta. Además de las cántaras de agua, Daodu había encargado centenares de lámparas de aceite. Se cortaron palos de bambú de cuatro pies de largo que se enterraron a lo largo de los caminos, en torno a los campos, en los recintos de las cocinas, y en el centro pusieron las lámparas de aceite. También los pasillos de la vasta mansión, las repisas de los pilares, los bancos, las mesas de los jardines, tenían su ración de lámparas. Cuando se encendieron por la noche, parecía que el recinto estuviera invadido por millones de luciérnagas gigantes. Entre las filas de luces entraban y salían enormes bandejas, cántaras y cuencos y cestos llenos de comida. Sonaban canciones, repentinos rugidos de «Dao-o-o-o-o-o-o-o... Bee-re-e-e-e-e-e-e...» cada vez que el uno o la otra aparecía en alguna parte del recinto. A éste llegaban incesantemente grupos de mujeres, algunas de ellas precedidas por sus propios tamborileros. Apenas terminaba de pasar un grupo cuando otro entraba desde una dirección totalmente opuesta. Dos o tres se encontraban a lo largo del mismo camino, se producía una mezcla de ritmos y melodías y luego se fundía o se volvían a separar y mantenían sus propias identidades, se filtraban entre la multitud o subían bailando al piso de arriba para saludar a la recién llegada. De vez en cuando un grupo caía en silencio. Por encima del sonido de las canciones y los gritos en otras partes del recinto se levantaba la voz de un sacerdote que ofrecía otra plegaria de acción de gracias por el feliz regreso de Beere. Yo nunca había visto a Daodu tan orgulloso; él que era tan enorme, ahora reventaba visiblemente de satisfacción y de orgullo ante lo que estaba ocurriendo. Yo lo contemplaba atentamente cada vez que me acercaba a él; me parecía que estaba viendo un espectáculo desusado: un adulto que se sentía totalmente feliz y no se avergonzaba de ello. Aquel pecho de tonel estaba proyectado, si era posible, todavía más hacia afuera que nunca. Parecía como si los hombros se le hubieran ensanchado unas cuantas pulgadas, y andaba balanceándose con la enorme *aguada* que había seleccionado para la ceremonia bien ajustada. Casi todo el tiempo se quedó arriba, pero a menudo miraba por las ventanas, veía todo lo que estaba ocurriendo y se volvía a dar órdenes y señalar en una u otra dirección. Era evidente que la Unión de Mujeres tenía en Daodu un aliado verdaderamente formidable.

Hacia medianoche pareció que disminuía la multitud; sin embargo, cuando me paseé por el recinto advertí que lo que había ocurrido era que las mujeres habían reducido sus actividades. Estaban sentadas y dormidas por todos los rincones y los nichos, por todos los corredores, decididas a seguir allí hasta el amanecer. Me quedé dormido poco después, pero pronto me despertó una conmoción en las puertas. Oí gritos y pies que corrían. Cuando salté de la cama y fui corriendo a una ventana, vi que ya había llegado un hombre, envuelto en un enorme camisón. Era Daodu. Estaba contemplando a la multitud que había junto a la puerta, donde estaba el jaleo. Dio una voz.

La multitud giró y se paró. En medio, de ella, indefensa en las garras de otras mujeres, había una muchacha totalmente desnuda. Sus captoras empezaron a llevarla hacia el edificio, mientras la llenaban de insultos y de golpes. Llevaba en la cabeza una calabaza de sacrificio. Entre las luces temblorosas vi que llevaba el cadáver de un perro hendido en dos de un hachazo de la cabeza a la cola. Iba cubierto de una sustancia que podría estar hecha de sangre, aceite de palma, cenizas o algún tipo de polvo. En torno a él había esparcidas nueces de cola, algunas monedas (casi todas de penique y de *onini*), conchas de cauríes y vainas de nueces de palma. La mujer ya tenía el cuerpo lleno de verdugones donde la habían dado de golpes. Pero era la cara lo que me fascinó. Tenía un aire irreal, de modo que, igual que el cuerpo no parecía advertir los golpes que le daban, la cara no registraba nada del dolor que sufría. Brillaba vividamente a la luz de las lámparas de aceite, pero no expresaba

nada. Con ojos luminosos miraba al frente, salvo una vez, cuando una mujer excitadísima se le puso delante y le gritó:

—¡Dahun! ¿Tani ran e? [¡Responde! ¿Quién te envía?]

Entonces se detuvo, vio a la mujer y se la quedó mirando inexpresiva, hasta que el desfile siguió avanzando hacia nosotros.

Cuando estaban bajo la ventana, Daodu les volvió a preguntar qué pasaba y ordenó que dejaran de dar golpes a aquella mujer. Les recordó que Beere estaba cansada después de su viaje y de la tensión de la acogida y les exhortó a que hablaran más bajo. El guardián de noche dio detalles de lo que había pasado. Había encontrado a la mujer dentro del recinto con la calabaza del sacrificio en la cabeza. De hecho, la había encontrado muy cerca de la casa. No lejos de donde estaba ahora mismo él, e indicó el lugar. Cuando le dio el alto, ella se echó a correr, escapó por un hueco de la valla y corrió hasta la puerta, donde volvió a tratar de depositar el *ebo*. Las otras mujeres ya habían despertado ante los gritos que daba él y lo ayudaron a capturar a la intrusa. Y nada más.

Daodu se volvió hacia las mujeres:

—¿La conocéis alguna de vosotras?

Las mujeres se miraron las unas a las otras, miraron a la cautiva y negaron con la cabeza. Se dieron de palmadas, silbaron, suspiraron y maldijeron. Estaban desconcertadas ante el misterio de aquella repentina materialización. El sendero era ancho y estaba muy bien iluminado. Aquella noche dondequiera que diese uno un paso se encontraba con alguien. Y sin embargo, aquella muchacha, totalmente desnuda, con una calabaza muy visible en la cabeza había penetrado hasta los muros de la mansión, donde hubiera depositado su maligna carga de no haber sido por la vigilancia del guardián nocturno. Nadie la conocía, y ella no hablaba. De hecho, advertí que nadie se esforzaba por tratar de que hablara. Era como si, en algún momento, todas las mujeres hubieran comprendido sin lugar a dudas que no se podía obligar a hablar a aquella chica.

Una mujer dijo:

—Debe de haberla enviado el Salón Atupa.

Aquella sugerencia se convirtió en un hecho aceptado antes incluso de que terminara de expresarla. Se elevaron voces para execrar aquella conspiración diabólica a perjudicar a Beere por medios satánicos. En algún momento también se habló del Alake, pero el veredicto general era que aquella mujer la había enviado el Salón Atupa.

Daodu parecía estar perplejo. Eran sólo las cuatro de la mañana y no había resuelto qué hacer con aquella mujer desnuda que había bajo su ventana. Yo advertí que aquella noche no iba a dormir más, de manera que confié en que decidiese celebrar un juicio como los que solía hacer con los alumnos que habían cometido una falta. Traté de imaginar las acusaciones, pero todas ellas se quedaban cortas, incompletas. Yo nunca había visto ningún caso en que se atrapase a una mujer desnuda merodeando por la EMA con una calabaza en la cabeza. Me pregunté cómo la defendería Iku.

Por fin, Daodu ordenó que la mantuvieran bien vigilada hasta el amanecer y después mandasen a buscar a la policía.

Las mujeres la llevaron a la pradera que había detrás de la cocina. Formaron un círculo en torno a ella y la hicieron quedarse de pie, con la calabaza en la cabeza, hasta el amanecer. Después la empujaron para que se echara a andar y la llevaron por las calles, todavía desnuda, hasta la comisaría de la policía, mientras cantaban:

*Atupa Parlour on ngb'ebo ru
Gbogbo oloye n'tagbure*

[El Salón Atupa hace ofrendas por todas partes,

Evidentemente, antes del amanecer, también ellas habían decidido que los jefes de Egba tenían algo que ver con aquella tentativa. Incluso cuando amaneció, no cambió la expresión neutra que mostraba aquella mujer en la cara.

Al día siguiente, y durante varios días después, hubo múltiples explicaciones. La más frecuente parecía ser que a la mujer la habían bañado en un filtro para hacerla invisible, y por eso tenía que ir desnuda. Sin embargo, al filtro debía faltarle algo, pues los efectos se pasaron antes de que hubiera terminado la misión, y por eso había aparecido de repente, como caída del cielo, frente a las paredes de la mansión. Nadie sabía qué se pretendía hacer con aquel *ebo*, salvo que estaba dirigido en contra de Beere, y que desde luego, quienquiera que lo hubiese enviado, no lo había hecho como gesto de amistad y bienvenida. En el camino de regreso de la comisaría, las mujeres se desviaron para pasar junto a la casa del Salón Atupa, en Ikereku. Allí rompieron varias ventanas y tiraron por ellas desperdicios hacia su famoso «Salón». Se decía que la propia Atupa se había refugiado con carácter permanente en el Aafin.

Las reuniones de las mujeres, probablemente como resultado del atentado contra la salud (o incluso la vida) de Beere quedaron galvanizadas con una nueva sensación de urgencia. Casi cada dos días se imprimían folletos sobre un tema u otro. La Cristiana Salvaje redactaba algunos de ellos, o, para ser más exactos, le contaba en voz alta sus ideas a Essay, que iba tomando notas, lo volvía a escribir todo con aquella letra suya tan clara y después le pasaba las hojas de papel y le decía: «¿Por qué no haces que las mujeres hablen de esto mañana?». Yo ya estaba plenamente poseído de mi papel de Correo Especial y me desplazaba rápidamente entre Igbein y Aké, la tienda, la casa de Mamá Aduni, la de Mamá Igbore y la de Kemberi, y me quedaba más tiempo cuando parecía que había alguna promesa de acción. Continuaron las reuniones generales, se reanudaron las lecciones de lectura y escritura y yo empecé a preguntarme si una de mis pupilas no sería mejor esposa que la Sra. Odu-fuwa. Era una chica más joven, animada y me gastaba bromas constantemente. Además, no estaba casada, lo cual, según descubrí entonces, era algo bastante importante para adoptar una decisión así. Y, encima, tenía la costumbre de decir que tenía muchas ganas de aprender, con objeto de hablar gramaticalmente conmigo cuando nos casáramos. Como yo no le había mencionado a ella aquel tema, consideré que era un tanto a su favor, ya que respondía, sin ninguna sugerencia por mi parte, a algo que ya se me había ocurrido a mí. Por desgracia, algunas de las otras también habían declarado sus intenciones de casarse con su «joven profesor». Le decían constantemente a la Cristiana Salvaje que tenía que darme bien de comer, para que creciese más rápido, me pusiera tan alto como ellas y continuara dándoles clases en una casa bien cómoda, digna del matrimonio. Tenían la costumbre de hacer gestos muy confidenciales cuando decían todo aquello, de modo que las mujeres en su derredor reían a mandíbula batiente. Todas adoptaban un aire de saberlo todo, entre ellas mi alumna favorita, de un modo que mi primera-futura-esposa jamás se hubiera permitido. Resultaba al mismo tiempo vergonzoso y curioso, aunque nunca pude decidir cómo interpretarlo, y sin embargo suponía que aludían a los ritos secretos que se celebraban entre marido y mujer. Tenían una energía inagotable, y parecía que nadie las pudiera intimidar, ni siquiera Beere, la Cristiana Salvaje ni Daodu. Sin embargo, en el «aula» se transformaban. Cuando una de ellas se ponía demasiado animada, las otras procedían rápidamente a reprenderla, y la favorita era mi aliada más constante. Decidí que nos casaríamos en cuanto yo fuera médico.

Ahora el Grupo celebraba unas reuniones regulares propias, aparte de las generales. En una de aquellas reuniones debió de decidirse que, igual que se había asignado una hora a la lectura, la escritura y la aritmética, otra a las cuestiones de salud, etc., también debería asignarse un período a exponer los problemas fiscales. Un día llegué a mi puesto de observación y vi que la reunión estaba

ya celebrando una de aquellas sesiones. Empezó como todas las otras, pero culminó con la primera marcha de las mujeres sobre el Aafin.

Varias mujeres habían hablado de sus experiencias con los funcionarios del fisco. Según parecía, la resolución inicial de las mujeres se había visto rechazada, o sencillamente no la habían hecho caso. En cada una de las reuniones se presentaba un informe acerca de lo que había pasado con la exigencia de Basta de Impuestos. No era necesario; la realidad se manifestaba en el hostigamiento constante de que eran objeto en los caminos, en los mercados, en sus pequeños comercios. Recordaban aquellos actos de hostilidad con todo detalle, con gritos de indignación. Se prepararon nuevos textos. Se eligieron nuevas delegaciones. Bombardearon al Oficial de Distrito con peticiones, exigencias y amenazas. La Sra. Kuti había ido a Lagos incontables veces, y había recorrido el país para obtener apoyo a las exigencias de las mujeres. En algún momento, mucho después, nos enteramos de que se había formado la Unión de Mujeres de Nigeria. El movimiento de las *onikaba*, iniciado en torno a unas tazas de té y unos bocadillos para resolver el problema de las recién casadas que carecían de los modales necesarios en sociedad, se estaba convirtiendo en algo popular a escala nacional. Y se iba confundiendo con el movimiento encaminado a poner fin a la dominación de los hombres blancos en el país.

Porque de pronto apareció ¡Oge-e-e-ed!

Y apareció ¡Ze-e-e-ek!. Nos enteramos de que su oratoria podía mover montañas.

Algunos nacionalistas jóvenes y radicales estaban yendo a la cárcel por sedición, y el término sedición se había convertido en el equivalente de exigir que los hombres blancos nos dejaran gobernarnos a nosotros mismos. Cada vez iban apareciendo más nombres nuevos.

Se estaba preparando una nueva agrupación para visitar Inglaterra, igual que habían hecho Daodu y Beere. No iban a exigir sólo instituciones superiores para todos los países coloniales, sino que se pusiera fin al gobierno del hombre blanco. Sus miembros recorrían todo el país a fin de recaudar dinero con este objetivo. La Unión de Mujeres los respaldó en sus esfuerzos. Se celebraron conciertos. Renunciamos a nuestra paga semanal, pues comprendíamos hasta cierto punto que incluso nuestros medios peniques tenían importancia en la gran causa. Oged, Zeek, Tony, Ibiam, Ojike, no eran más que nombres, pero en Abeokuta todo el mundo conocía a Beere y a la Unión de Mujeres. Y tanto las *onikaba* como las *aróso* habían dicho «Sí» a un cierto movimiento que tenía el nombre más largo jamás escuchado por ninguno de nosotros: El Consejo Nacional de Nigeria y los Camerúnes. Queríamos ayudarlos a hacer el viaje.

Pero la Unión de Mujeres seguía enfrentada con el Problema Fiscal. A la hora de recitar las experiencias se levantó a hablar una anciana. Era tan vieja que tenían que ayudarla a levantarse. Era la primera reunión a la que asistía y había llevado como podía su débil cuerpo hasta la asamblea, como última esperanza contra la amenaza que ahora le pendía sobre la cabeza.

Empezó diciendo:

—Vengo de cerca de Owu. Me he enterado de que aquí hay alguna gente que está haciendo algo acerca de los sufrimientos que la gente de los Impuestos nos hace padecer. A lo mejor me podéis ayudar.

Empezó a registrar entre los pliegues de la falda, al cabo de la cual había hecho un nudo. Trató de deshacerlo, y evidentemente era incapaz de desatarlo del todo, de manera que otras manos se apresuraron a ayudarla. Se deshizo el nudo y salió un trozo de papel.

—Aquí está —dijo—; ésta es la causa de todo el problema. Yo misma he hecho que me cayera el desastre en la cabeza... Voy a contaros. «Yo tenía un hijo, mi único hijo, y murió hace unos tres años. Dejó trece hijos, ¿sabéis? Trece hijos de diferentes esposas. Eran todos pequeños. Cuando me trajeron los niños, me dije: "¿Qué voy a hacer con estos niños?" No tengo marido y era mi único hijo superviviente. Incluso ahora tengo que pensar en cómo sobrevivir.

»Bueno, en resumen, daba la casualidad de que mi hijo tenía unas tierras, y con eso se ganaba la vida. Entonces la gente me dijo: "Iya, no te quedes ahí sentada mirando cómo sufren esos niños. Vete y hazte cargo de las tierras. Llévate las esposas que no le tengan miedo al trabajo, haz que te ayude quien pueda, cultiva las tierras y utiliza los productos para educar a los niños." Entonces me dije: "Bueno, más vale trabajar que pedir." Me fui a las tierras. Hemos venido logrando apenas vivir con eso, sólo vivir, nada más. Sufre incluso la educación de los niños. No pueden ir a la escuela más que uno de cada vez.

»Bueno, yo creía que esa vida ya era lo bastante dura para alguien de mi edad. Eso hasta hace dos semanas. La gente de los Impuestos me trajo este papel y dicen que como tengo muchas tierras, tengo que pagar una tasa especial. Dicen que soy *Gbajumo* porque tengo muchas tierras, pero no dicen nada de los trece niños y las cuatro mujeres que dependen de esas tierras para comer su *gari*, no. Dicen que soy *Gbajumo* con muchas tierras. Bueno, ése es el papel que os traigo. ¿De dónde se creen que voy a sacar el dinero que han escrito en ese papel? Eso es lo que quiero que me digáis. Decidme dónde está el dinero para ir a buscarlo, porque os digo que en los tres años que venimos sacando la comida de las tierras, nunca he visto tanto dinero. Yo, mis "esposas", mis hijos, ninguno de nosotros ha visto tanto dinero en nuestras vidas.»

En medio del silencio de la reunión ayudaron a la anciana a sentarse otra vez. En el Grupo, que estaba sentado a la mesa de costumbre, de cara a las reunidas, no se produjo ninguna deliberación, no se veía más que el trozo de papel que pasaba de una mano a la otra y que después la Sra. Kutí, con el ceño fruncido, dejaba en la mesa y alisaba. El silencio continuó y continuó, como una caricatura de las resoluciones, las delegaciones, las consultas, las organizaciones altisonantes que siempre había en la reunión o en torno a ella. No resultó raro que fuese Kemberi quien rompiera el silencio. De pronto se levantó de tras la mesa y echó atrás la silla con el cuerpo. La Sra. Amelia Osimosu, conocida por las esposas más jóvenes del recinto de Osimosu por el nombre de Kemberi, miró en torno a la mesa y salió de detrás de ella:

—¡Basta! ya hemos oído bastante. ¡O ya, e nso l'Aké! [* Ya es hora. ¡Marchemos sobre Aké!]

Las mujeres se levantaron como una sola. Las manos volaron a las cabezas y se quitaron los pañuelos, que desplegaron en el aire como centenares de banderas. Los pañuelos bajaron, se convirtieron en fajas y formaron un arco en torno a las cinturas que aseguraban con una decisión sombría. Con Kemberi a la cabeza salieron del recinto de la escuela media, llenaron las calles y marcharon hacia el palacio de Aké.

El palacio de Aké tiene delante una explanada: consiste en un ancho campo de forma casi cuadrada que rodea todo el palacio. Ese campo actúa como una especie de divisoria entre los muros del palacio y la calle pública. La tienda de la Cristiana Salvaje estaba situada frente al lado de Aké de esa explanada, al otro lado de la calle. La explanada estaba bien mantenida, bordeada por las piedras, encaladas de costumbre y sombreada por árboles plantados a intervalos precisos a lo largo del perímetro, y por ambos lados la recorría un ancho camino que salía del arco de la puerta del palacio. Encima del arco se veía la figura de un elefante dormido, símbolo de la casa real de Egbalandia.

Al borde de la explanada, y en ángulo recto del lado de Aké, había una estructura larga y baja de madera y adobe. Estaba interrumpida a intervalos regulares por arcos desiguales que estaban cerrados hasta dos tercios de su altura por rejas de madera, y encima de los cuales había un tejado bajo de hierro ondulado. Uno de los lados corría a lo largo de la misma carretera pública que la explanada del palacio; el otro, en ángulo recto, sencillamente desaparecía en medio de un laberinto

de casas y recintos de adobe. Los dos muros ocultaban a las calles los pasillos del enclave de los *ogboni*. Desde la tienda los veíamos pasar a todas las horas del día cuando iban a asistir a una reunión de jefes en el Aafin o a sus propias reuniones periódicas en el recinto de los *ogboni*. Parecía que para pertenecer a esta sociedad misteriosa había que ser viejo, pero varios de ellos también se paseaban con gran salud y vigor y hacían sus saludos con voces estentóreas, con más aspecto de guerreros que de participantes en sesiones llenas de astucia, experiencia y sabiduría.

A cada uno de los *ogboni* se lo veía invariablemente envuelto en un solo paño ancho que llevaba como una toga, con un hombro cubierto por los lazos de arriba. En el otro hombro, que por lo demás llevaba al descubierto, se ponía el chai distintivo, una pieza estrecha de paño grueso tejido, con borlas en los extremos, y en el medio una sección de dibujos multicolores en relieve. Algunos de ellos, especialmente los *ogboni* de más edad llevaban un *buba* bajo el ancho paño de arriba. Algunos pasaban descalzos o con las cabezas al aire, otros llevaban zapatillas de cuero o de paño y la gorra de diario de paño blando, un pliegue de la cual les caía sobre una oreja. Un criado portaba ante ellos un bastón de mando de hierro o de cobre, o lo llevaban ellos mismos en la mano derecha. El abanico ancho, circular, de cuero parecía pertenecer a su atavío de ceremonia, pero la prenda más distintiva de los *ogboni* de Egba era el sombrero ancho y cónico, generalmente de cuero rígido, decorado con franjas de colores de cuero o de rafia, trozos de tela o cuentas. Los *ogboni* se deslizaban por Aké como espíritus de la antigüedad, silenciosos, oscuros y sabios, una bolsa curtida de historia de Egba, de sus misterios, sus recuerdos y sus percepciones, o marchaban con pasos ruidosos de guerreros, desafiantes y sonoros, anchos y compactos, con una violencia contenida. Les teníamos miedo. Entre otras sugerencias y susurros furtivos, habíamos oído decir que tenían a su servicio a secuestradores de niños, cuyo botín era indispensable para algunos de sus ritos y ceremonias. Desde luego, eran ellos quienes controlaban el culto del *oró*, el sonido de cuyas carracas hacía que todas las mujeres se metieran en el primer refugio disponible. No era frecuente que se oyera la carraca a la luz del día y sin advertencia, pero una vez ocurrió cuando estaba yo en la tienda con la Cristiana Salvaje. Ella cerró rápidamente la puerta de la tienda hasta que pasó el peligro. Sus extraños cánticos llegaban muchas noches a los terrenos de la vicaría, acompañados rítmicamente por golpes concertados que, según supimos, era el ruido que hacían con los golpes que daban con los bastones en el piso de adobe mientras daban vueltas en torno a su enclave secreto. Aquellas cuestiones no se enseñaban en la escuela, pero nos enteramos de que el verdadero poder del rey y del país, no el poder que parecía manifestarse en la postración de hombres y mujeres a los pies del rey, sino el poder *verdadero*, tanto sobrenatural como cabalístico, el poder misterioso de medianoche que podía hacer que incluso el rey se despertara una mañana y se encontrara con que los postes de su casa habían desaparecido roídos mientras él dormía, reposaba en los *ogboni*. Los observábamos con una mezcla de terror y de fascinación.

Sin embargo, para llegar a su propio enclave los *ogboni* tenían que pasar por el arco central donde estaba el elefante, y después girar a la izquierda hacia el sendero privado que llevaba a su propio sector. El camino central llevaba directamente al complejo palaciego, por un pasillo bajo el largo edificio de dos pisos que formaba la línea exterior de las estructuras del palacio. Aquel edificio contenía las oficinas y las salas de consejos de la Administración Indígena, que presidía el Alake. Y del lado de dentro del muro de aquel edificio, que salía desde el túnel bajo él a un patio, desaparecía el mundo exterior.

Aquel túnel bajo y corto, sobre el cual se erguía el piso alto de las oficinas, era una cápsula del tiempo que nos lanzaba hacia un espacio porticado bordeado por los ojos observadores y luminosos de deidades y antepasados petrificados. Pues aquella fue mi primera impresión al salir de la breve sombra del túnel al patio soleado. De la sucesión humana de librería, iglesia, cenotafio, academias de costura, cobertizos de reparación de bicicletas, barberías, puestos de pequeños comerciantes, la masa

de piedra y de cemento de Centenary Hall, las cabras vagabundas y los buhoneros gritones, los campos rodeados de árboles y los edificios de oficinas, de pronto nos veíamos metidos en aquella arquería de observadores silenciosos, de guerreros a caballo, de a uno o en grupos, de sacerdotisas arrodilladas, de escenas de sacrificio, de desfiles reales. Después se empezaban a conocer los nombres: los ojos de Ifa, Sango, los sacerdotes de los oráculos, Ogun, Obatala, Erinle, bastones de hierro de Osanyin con sus anillos de pájaros augúrales disecados... Incluso los *ogboni* en procesión, con el movimiento congelado. Rodeaban el patio, representados en un muro bajo que formaba el semicírculo de aquél y que estaba protegido por un techo inclinado, apoyado a su vez en postes con complicadas tallas de figuras humanas y de animales. El muro bajo no era sino la línea exterior de un pasillo en curva, cuya pared interior alojaba grutas llenas de más tallas de residentes del mundo de los antepasados. A él se abrían pasillos que llegaban de los diversos interiores del palacio, en distribución radial, y éstos a su vez estaban llenos a intervalos de presencias votivas, cada vez más sumidas en las sombras a medida que los pasillos iban avanzando.

Uno de aquellos pasillos, hacia la izquierda, según se avanzaba desde el túnel, era más amplio que otros. Iba elevándose en planos escalonados cada vez más anchos y desaparecía en una columnata encima de la cual se erguía una unidad independiente con una reja de madera tallada desde donde se veía el patio principal: allí vivía el Alake. Cuando celebraba audiencia pública, la multitud se reunía en el patio de abajo. En el momento en que el Alake aparecía tras la reja, los hombres se postraban en tierra y las mujeres hacían *yinrinka*, movimiento que implicaba el ponerse de rodillas con los codos en tierra y después hacerse a un lado hasta tocar en el suelo con un costado y después con el otro antes de volver a la posición inicial. Entonces uno de los secretarios o de los jefes del Alake iba llamando por turno a los peticionarios o a quienes tenían una queja, se pronunciaban sentencias, se daban consejos, se recomendaban o se instituían sobre la marcha soluciones o arbitrajes.

Yo había presenciado la escena varias veces. La primera vez que nos llevaron a visitar al Alake a Tinu y a mí fue una vez a la salida de la iglesia. Yo apenas si había empezado a ir a la escuela, y la impresión que más tiempo me persistió en la mente fue la de un cementerio sin tumbas, sin mármoles, sin lápidas encaladas, sólo figuras de madera que no coincidían exactamente con las formas habituales de ángeles y querubines que llenaban el cementerio que había al lado de la iglesia. Pero también había visto el entorno familiar del jardín privado del Alake, que era casi tan frondoso como el de Essay, pero tenía una serie de plantas que nunca había visto yo antes. Sin embargo, lo más memorable de todo, fue el acuario, el primero que había visto yo en mi vida. Estaba al final de un camino enlosado, en una especie de patio interior, y contenía peces de colores y grises. Nos advirtieron de que uno de ellos nos provocaría una sensación desagradable si se lo tocaba. A la primera oportunidad, salí del salón y fui a tocarlo, y casi me caí adentro. La sensación fue aterradora: no me quedó más opción que callármela, por temor a que nunca me volviesen a permitir la entrada al palacio. El Alake daba gran importancia a la familia del Jefe de Escuelas, debido sobre todo a nuestra madre, a quien tenía mucho cariño. En visitas ulteriores nos agarraba a Tinu y a mí de la mano, nos llenaba de preguntas y decía que éramos sus *yekan*. Cuando le pregunté a madre lo que significaba *yekan*, no estaba preparado en absoluto para recibir la noticia de que significaba que éramos parientes suyos. El mundo de los terrenos de la vicaría y el del Aafin estaban tan distantes que yo no entendía cómo podían estar vinculados del modo que fuera. El rey, pese a sus apariciones periódicas en la iglesia, donde tenía su propio reclinatorio, se veía obligado por su cargo a seguir el *orisa*. El convertirse en rey era «je oba», y según se nos dio a entender, aquello era algo que tomar literalmente. Cuando el rey viejo moría, le sacaban el corazón y el hígado y el nuevo rey tenía que comérselos. Jamás me sentí tan perturbado al enterarme de algo, aunque fuese de modo no oficial, como al saber que aquel hombre que me había subido en las rodillas y había dicho que yo era su *yekan* había comido carne humana, aunque fuese para llegar a ser rey. Después, cuando íbamos a

visitarlo, observaba al Alake y me preguntaba si podía detectar las manchas de sangre humana en sus labios, y me sentía doblemente confuso al no ver más que una sonrisa cálida que le hacía arrugas en la cara. Nunca tuve suficiente valor para hacerle la pregunta directamente; parecía ser una de aquellas pocas cosas del mundo que uno no se atrevía a preguntar. ¡No pude hallar el valor para hacérsela!

Yo sabía a qué hora celebraba audiencia el Alake, y a veces, cuando éramos dos los que estábamos en la tienda, me atrevía a irme a contemplar a los diversos peticionarios. Una vez me vio y me llamó cuando yo me hallaba al final de la fila. Temí que quizá quisiera enviar un mensaje a la Cristiana Salvaje, lo cual revelaría mi presencia allí, y me eché a correr. Después volví muy raras veces, y con grandes precauciones para que no me vieran. Los casos eran muy variados, y muchos de ellos tragicómicos. Algunos no tenían nada de cómico, salvo en lo que respectaba a los miembros del séquito o algunos jefes secundarios que parecían reírse a carcajadas con cualquier situación. También fue en aquellas sesiones cuando descubrí, por primera vez, que uno de los pasillos que salían del corredor de los arcos estaba bordeado de celdas para presos. Había visto policía «indígena» en torno a la embocadura de aquel pasillo, pero había supuesto que eran puramente parte de la guardia de palacio. Sin embargo, en una de aquellas sesiones se abrió una puerta del pasillo y los policías sacaron a un grupo de acusados, hombres y mujeres. Los tiraron al polvo del patio, bajo las ventanas del Alake, cuya voz fina y quejumbrosa bajó flotando desde el balcón y les preguntó:

—¿Por qué no pagáis nunca los impuestos más que cuando se os obliga por la fuerza?

Fue aquella escena la que me vino de forma más vivida a la cabeza cuando di la vuelta media milla antes de llegar a la Librería de las Misiones para tomar un atajo que me llevaría a la trasera de la parroquia de San Pedro, por el cementerio, después por el recinto de las escuelas, por Bishops Court, para salir por la puerta más cercana frente a la casa de Pa Solotan, después pasar por la trasera de la iglesia hasta llegar a la tienda de la Cristiana Salvaje y pararme a dar la noticia a Bunmi, que estaba de servicio en aquel momento. Obtuve un buen puesto de observación nada menos que cinco minutos antes de que llegara la vanguardia de las mujeres al palacio y al patio a exigir una audiencia inmediata con su «Baba». El *akoda* que estaba a la entrada del túnel empezó enfrentándose con ellas con una actitud de gran altivez:

—¿Quiénes sois? ¿Quién os envía? ¿Qué queréis? ¿Habéis visto alguna vez que Kabiyesi conceda audiencia a esta hora? Dad la vuelta y advertir a esas gritonas que vienen detrás de vosotras que...

Cuando las «gritonas» cruzaron las puertas y llenaron la explanada que había frente al palacio y la ocuparon en su totalidad, al *akoda* se le atragantaron el resto de sus preguntas y sus órdenes. Abrió mucho los ojos y empezó a andar de espaldas hacia el palacio, mientras lo sustituía un pelotón apresurado de jefes menores. Los reconocí como miembros del séquito, algunos de ellos con pequeños títulos palaciegos, que solían estar tumbados en esteras en el patio delante del pasillo que llevaba a los aposentos del Alake. A algunos de ellos también los había visto actuar como funcionarios durante las audiencias del rey, seleccionar al siguiente peticionario al que escuchar y llevar recados como si fueran los secretarios de un tribunal. Su urgente misión parecía consistir en persuadir a la vanguardia de que impidiese que las mujeres entraran en el patio principal del palacio. Las mujeres replicaron que la multitud se quedaría en paz en la explanada siempre que Kabiyesi saliera a recibir a la delegación de mujeres que se estaba acercando. Los jefes les dieron las gracias y volvieron para entregar su mensaje al rey.

Poco después llegaron las líderes oficiales: Mamá Igbore, que me asombró al ver que corría tanto como las otras con objeto de llegar rápidamente, la Cristiana Salvaje, Mamá Aduni, dos o tres mujeres y, naturalmente, Kemberi. Cuando apareció el Alake, hicieron una reverencia y se hincaron de rodillas, pero nada más. Evidentemente, el Alake había decidido recibir con cortesía a aquellas emisarias. Les habló con un tono paternal y bien educado, revistió su voz chillona con un tono de

preocupación persuasiva, les habló como si fueran sus propias hijas, amigas o parientes y les invitó a compartir con él sus preocupaciones cívicas.

—Ah-ah, Moroun, *yekan mi...* y la Sra. Owo-dunni... veo que también ha venido Igbore, por no mencionar al clero... Bien, debe de tratarse de algo importante. Pero incluso la mera composición de vuestro grupo, que de hecho refleja a la ciudad, me asegura que no existe nada que no podamos resolver. Es imposible que haya algo irresoluble con este grupo que veo ante mí, de manera que vamos a ello. ¿Qué pasa en nuestra bien amada Egbalandia?

Kemberi volvió a arrodillarse y lo saludó: «Kabiyesi o Kabiyesi», cambió de rodillas y se puso en pie:

—Kabiyesi, el mensaje que te traigo hoy es el mensaje de todas las mujeres que han abandonado sus puestos, sus casas y sus hijos, sus campos y sus pequeños negocios para venir a visitarte hoy. Forman la multitud que sufre y que está reunida en tu explanada; puedes verlas tú mismo, Kabiyesi: son todas las mujeres de Egba y han venido a decirte: «¡Basta ya!». La voz con la que hablo es la voz de nuestra Beere, la Sra. Kutí. Las palabras que me oyes decir son las palabras de la Sra. Kutí. Me ha pedido que te diga, en nombre de todas esas mujeres que ves ahí fuera, que las mujeres de Egba están hartas. Tienen hambre, sus hijos tienen hambre, están enfermas, no tienen esperanzas de educación ni de un futuro mejor, y sin embargo a sus madres cada vez se les imponen más cargas. Y ahora las mujeres dicen: «¡basta!».

»Hubo tiempos, Kabiyesi, en que los *parakoyi* de los mercados formaban una institución honrada y reverenciada. Mantenían la paz, su presencia nos daba una sensación de seguridad, incluso la sensación de estar en nuestras propias casas durante las largas horas del mercado. Lo que dábamos lo dábamos contentas. Nos fijamos una cantidad que contribuíamos para que ellos pudieran comer y vestirse. Pero en estos últimos años han ido más allá del nivel de la codicia. Meten las manos en nuestro *gari*, en nuestro *elubo*, en nuestra sal, nuestras verduras, nuestro maíz y nuestro aceite, las meten hasta los codos y lo hacen como si fuera su derecho. Dicen que están autorizados por los jefes, por el consejo o por lo que se les ocurra. A nosotras no nos importa de dónde les venga esa autorización; decimos: «¡Basta!». No queremos que sigan viniendo a los mercados. Queremos que se marchen. Traen *akoda* y policía a detener a nuestras mujeres, a encerrarlas, incluso a darles de latigazos. No queremos seguirlos viendo en los mercados.

»Y después, cuando los *parakoyi* se han llenado las barrigas, a cambio de lo cual no hacen nada, la gente de los Impuestos acecha a nuestras mujeres en los caminos, se lanzan sobre ellas en los mercados, en sus casas, se las llevan al calabozo (incluso a las madres lactantes) hasta que pagan el impuesto. La Sra. Kutí me ha dicho que tengo que decirte que hemos escrito peticiones, celebrado reuniones, protestado por todas partes acerca de la injusticia de muchos de estos impuestos que se utilizan para oprimir a nuestras mujeres. Dice que hemos dicho al consejo que controle a sus agentes, que estudie este asunto de exigir impuestos a mujeres que no tienen qué dar de comer a sus familias. Ahora el asunto ha llegado al *gongo*. Especial o, ordinario o, gravamen o, capitación o, nuestra Beere dice que tengo que decirte: «Basta». Las mujeres de Egba dicen: BASTA DE IMPUESTOS. ¡Los que sean! Sencillamente: «basta de impuestos». ¡A partir de ahora, rechazamos todas las formas de impuestos!».

Al llegar a este punto había ido elevando la voz de manera que llegaba a las mujeres que estaban en los lugares más cercanos de la explanada. Inmediatamente corearon su grito que fue adquiriendo volumen y recorriendo toda la explanada y llenó todo Aké con ese solo grito:

—¡Basta de impuestos! Las mujeres decidimos: ¡Basta de impuestos!

El Alake esperó a que se produjera una pausa, mientras seguía sentado pensativo, ponderando el problema con una concentración total, como si fuera la primera vez que se enteraba de él. Por fin habló:

—Ejém, es algo que has expresado muy bien, Amelia; te lo agradezco mucho. Os lo agradezco a todas y se lo agradezco a la Sra. Kutí, que no está presente.

—Está en camino —le aseguró Kemberi.

—Ah, ¿sí? —y me pareció que el Alake se preocupaba un momento, pero se recuperó en seguida —: Ah, bueno, así tendremos más cabezas para reflexionar juntos sobre la cuestión. Pero ahora mismo, permitidme que os pregunte, mujeres: ¿Creéis que es posible? Los impuestos son algo tan antiguo como la sociedad humana. ¿Es posible eliminarlos así, de un golpe?

La Cristiana Salvaje le respondió:

—Kabiyesi, te pido que en este asunto te lo pienses muy bien. *Muy* bien. Las mujeres dicen: «Basta de impuestos». No es momento para empezar a preguntar si los impuestos empezaron con nuestros antepasados o no. De lo que estamos hablando es de nuestras mujeres de hoy, de las mujeres con las que nos vemos todos los días. No pueden pagar los impuestos.

—Es muy posible —replicó el Alake—. No digo que no comprenda sus problemas. Pero sigo preguntando: ¿Puede hacerse? ¿Es verdaderamente posible tener hoy día una sociedad en la cual mujeres no paguen impuestos? En todo caso, no es una decisión que pueda tomar yo solo. No es el Alake el que establece los impuestos, es un consejo del Gobierno. A él es al que hay que llevar el asunto. Y lo que os pregunto a todas vosotras es si de verdad creéis que puede haber un órgano rector de una comunidad, que no utiliza arena, sino dinero, si creéis que verdaderamente puede hacer eso, abolir los impuestos sin más.

Intervino Kemberi, que meneaba la cabeza vigorosamente:

—Ngh-ngh, Kabiyesi, ngh-ngh. Venimos a ti como nuestro Baba, como alguien a quien conocemos. No conocemos a ningún consejo de Gobierno más que a ti. Tú eres el Gobierno y el Gobierno eres tú. A quien hemos venido a hablar es a ti, no a jefes ni a consejos. Eres tú quien ha de reflexionar con mucho cuidado sobre este asunto. Como ha dicho la *Aya* Jefe de Escuelas, te lo tienes que pensar *muy* bien.

—Claro, claro —la tranquilizó el Alake—. Pero tengo que convocar a una reunión del consejo. Ya lo he hecho. Incluso he enviado a buscar al *ajele* porque, tenéis que entenderlo, todo eso forma parte de lo que os digo: este asunto va más allá del palacio, no es algo que podamos hacer nosotros solos. Y no se puede hacer de golpe. De manera que os digo: dadme tiempo. Decídselo a vuestra gente, que he prometido estudiarlo. El consejo se va a reunir y examinaremos toda la situación.

Dio un suspiro, después giró, me pareció que con un gesto un tanto melancólico, en dirección a la Cristiana Salvaje y dijo:

—Moroun, permíteme que te pregunte una cosa. Eres la esposa de un profesor, del Jefe de Escuelas. Está encargado de las escuelas, supervisa las actividades, decide la política que se ha de seguir, todo eso. Ahora, imagínate una situación que requiere una decisión que va a afectar profundamente a la orientación normal de las escuelas. No me refiero a una cuestión de si se ha de cambiar la forma de desfilar o de celebrar la asamblea de la mañana, ni siquiera de declarar fiesta escolar o no. Hablo de algo que llega hasta las raíces de lo que es administrar las escuelas: subir o bajar los precios de las matrículas, cambiar el programa de estudios, cosas así. Lo que quiero preguntarte es: ¿puede hacerlo el Jefe de Escuelas por sí solo?

Mi madre replicó:

—No, Kabiyesi. Convocaría una reunión del claustro.

El Alake asintió cuidadosamente.

—Hasta aquí estamos de acuerdo. Ahora viene la pregunta más difícil. Supongamos que en la reunión el Jefe de Escuelas propone una medida y todo el claustro se opone. Es algo de lo cual él está convencido, algo que considera necesario, quizá una petición de los padres de los alumnos con la cual él mismo está de acuerdo. La reunión dura todo el día, sigue hasta el día siguiente, dura toda una

semana. El expone sus argumentos con todo cuidado, trata de convencerlos, pero no están de acuerdo. Nada de lo que diga puede hacerles cambiar de opinión. Es verdad que el jefe es él, pero no es más que uno entre muchos. Ha hecho todo lo que ha podido y tiene la conciencia tranquila. Bien, ¿qué es lo que debe hacer un hombre prudente en ese momento?

La Cristiana Salvaje siguió mirando al suelo y meneó la cabeza con tristeza, diciendo:

—Kabiyesi, esta pregunta que me has hecho es algo que se debería preguntar a *agba-igba*, no a un niño, que es lo que somos todas ante ti.

—Pero te he hecho la pregunta en relación con un asunto entre marido y mujer —siguió diciendo el Alake.

—Bueno —dijo la Cristiana Salvaje—, en tal caso, y dado que has hablado de quedarse con la conciencia tranquila, yo le diría: «Si no puedes cumplir con los dictados de tu conciencia, entonces es que no merece la pena seguir en ese puesto». Eso es lo que diría yo al Jefe de Escuelas.

Todas las mujeres del Grupo asintieron gravemente. El Alake miró al frente, en medio del silencio total de la explanada. Pasó un momento interminable y después suspiró, se levantó y entró en la casa.

El final de la audiencia se señaló por separado desde fuera cuando llegó Beere, lo cual provocó el grito ya conocido de «Bee-e-e-e-e-e-re» de la multitud que estaba en la explanada. La rodeaban por todas partes y durante un rato fue imposible pasar al patio principal. Como si se tratara de complicar las cosas, llegó el Oficial de Distrito, acompañado de policías que intentaron vanamente abrirle camino. Las mujeres que estaban en los márgenes de la multitud, es decir, cerca del arco de entrada, lo reconocieron y empezaron a gastarle bromas bñenhumoradas. De hecho, su actitud era sumamente amistosa, como si advirtieran que, con su llegada, quedarían plenamente al descubierto las actividades de los agentes represores del Alake. Sin embargo, al joven inglés se le fue poniendo la cara cada vez más encendida, pues reconocía que se estaban riendo de él y se sentía resentido ante tamaña ofensa contra su autoridad. Ordenó a los policías que utilizaran la fuerza para abrir camino entre la multitud, lo cual lograron fácilmente, pues las mujeres cooperaron, pero después llegó a donde estaba la Sra. Kuti, rodeada de mujeres preocupadas que la asaeteaban a preguntas.

Las mujeres que rodeaban a la Sra. Kuti no eran tan pacientes como las anteriores. Se quedaron firmes donde estaban, evidentemente previendo que el grupo del Oficial del Distrito hiciera lo mismo. Cuando los policías trataron de ejercer presión sobre ellas para abrirse camino, se enfadaron y empezaron a lanzar gritos de burla al Oficial. Este, al que se le estaba poniendo la cara y el cuello de color casi de remolacha, cruzó las filas entre insultos hasta conseguir acceso (y eso únicamente gracias a la intercesión de Beere) al patio de palacio. Me pareció indudable que fue aquella sensación de humillación que había sufrido lo que le llevó, una vez a salvo en el palacio, a subirse a la galería de las oficinas que daban a la explanada y gritar a la Sra. Kuti:

—Mira, Sra. Kuti, estamos tratando de celebrar una reunión seria. ¿Tendrías la amabilidad de mantener el orden entre tus mujeres?

La Sra. Kuti respondió:

—También nosotras estamos celebrando una reunión seria. ¿O te crees que hemos venido aquí a divertirnos?

El tipo, todavía más furioso, gritó:

—¡Bueno, pues diles que cierren la boca!

Se produjo una pausa. La Sra. Kuti parpadeó tras las gafas al mirar al hombre y después preguntó:

—Perdona, ¿me estabas hablando a mí?

—Sí, naturalmente, ¡QUE CIERREN LA BOCA TUS MUJERES!

En el repentino silencio que cayó sobre las mujeres impresionadas, la Sra. Kuti dio la respuesta

que se repitió por toda Abeokuta durante varias semanas después por ser la «gramática» que había aplastado al malhadado Oficial de Distrito y lo había domeñado. A veces lo calificaban del KO técnico gramatical de todo el levantamiento. Y otras veces simplemente se decía que era la ocasión en que la Sra. Kuti «fi grammar re l'epa» u «o gba n'stud», «o gbe fun», y otra serie de variantes. Es innegable que el Oficial de Distrito se quedó mudo ante la airada respuesta de la Sra. Kuti que resonó por enmedio del silencio:

—Quizá hayas nacido, pero no te has educado. ¿Podrías hablarle así a tu madre?

La retirada del Oficial de Distrito, boquiabierto, se vio acompañada por un nuevo resurgir del murmullo colérico de las mujeres. Gritaron al Alake que se deshiciera inmediatamente de aquel hombre blanco insolente, en cinco minutos. Si no salía, entrarían ellas, le cortarían los órganos genitales y se los enviarían a su madre. Aparecieron en el mismo balcón varios jefes a los que echaron a gritos con una sola exigencia: que aquel hombre blanco saliera inmediatamente del recinto del palacio, pues su mera presencia era una abominación, no sólo para las mujeres, sino para el palacio, que pertenecía al pueblo de Eg-balandia. Los ánimos se habían puesto violentos, el Grupo estaba perdido entre la multitud y trataba en vano de aplacar a las mujeres.

Era imposible predecir lo que habría ocurrido después. Yo me había retirado al borde de la explanada, pero seguía cerca de los bloques de oficinas, pues temía que me aplastaran en una estampida. Una vez, entre el gentío, pasé junto a la Sra. Kuti y la vi sonreír por primera vez en aquel día cuando me dijo:

—Hm, l'oogun, ¿o ti ya de'bi? [Ejém, combatiente, ¿ya estás aquí?]

Me preguntó dónde estaba mi madre sin darse cuenta de que ella y Mamá Aduni habían estado casi a su lado durante la conversación, antes de que la presión de la multitud las hubiera vuelto a separar.

La tensión no bajó inmediatamente, pero su centro cambió cuando (afortunadamente para el hombre blanco) llegó uno de los *ologboni*. Habían ido llegando de uno en uno y de dos en dos para conferenciar sobre la crisis con el Alake y habían pasado sin ningún problema. Entonces llegó el Balogun de uno de los distritos de Egba, un personaje arrogante y pagado de sí mismo, o quizá era sencillamente que se sentía obligado a actuar de conformidad con su título, que era el de jefe de guerra, ante aquel disturbio civil. Sin arredrarse ante aquella masa ni ante el estado de ánimo de los asistentes, y de hecho probablemente provocado por aquello mismo, decidió afirmar su autoridad viril y pronunciaba murmullos sibilantes mientras pasaba contoneándose por la retaguardia de la multitud, acompañado de su séquito. En una voz tan maciza como su figura, pero sibilante, dijo:

—¡Hm-hm-hm, pshee-aw! El mundo está al revés, el mundo va a llegar a su fin cuando estas mujeres, estas *agb'eyin-to*, pueden asediar el palacio y perturbar la paz —y continuó, elevando más la voz—: Fuera, a casa, a ocuparos de vuestras cocinas y dar de comer a vuestros hijos. ¿Qué sabéis vosotras de lo que son los asuntos de Estado? ¡Mira que no pagar impuestos! Lo que necesitáis es una buena patada en el culo, so perezosas.

Lo que ocurrió después constituyó el segundo momento culminante del levantamiento. Después de aquelln, nadie podía dudar de la fuerza psíquica colectiva de las mujeres y, específicamente, de la de Beere. Ahora se decía de ella que tenía poderes sobrenaturales (a lo cual se había atribuido ya el descubrimiento de aquella porteadora cuya invisibilidad había desaparecido cuando estaba a punto de depositar su carga maligna en la puerta de Beere). Pues cuando el Ba-logun quiso llevar a la práctica su amenaza y amagó una patada en la dirección general de las mujeres, algo le pasó en el muslo. Cuando bajó la pierna, ésta cedió bajo él, que cayó al suelo. Avergonzado, se puso rápidamente en pie como pudo, pero volvió a caerse otra vez cuando trató de descansar su peso en ella. Había venido con unos seis hombres de su séquito (quizá fuera también aquello lo que le había hecho atreverse a tanto), y ahora éstos corrieron hacia él de manera bien entrenada y se lo llevaron. Todo ocurrió a gran

velocidad y con mucha precisión, como si fuera algo que ya habían practicado, y me recordó los relatos de la guerra civil en Yorubalandia, cuando los ayudantes del jefe de guerra corrían a rescatarlo si éste caía herido, aunque hubiesen de desafiar el fuego enemigo. Las mujeres también se quedaron como hechizadas (al menos de momento) por su caída. De hecho, las que estaban más cerca de él se habían echado atrás, pues no sabían cuál era el motivo de su repentino ataque. Cuando se recuperaron, ya se habían llevado al Balogun y los otros *ogboni* tenían problemas.

A partir de aquel momento toda figura vestida de forma que se pareciera aun remotamente a un *ogboni* era objeto de ataque. Le quitaban y destrozaban el chai, le quitaban la falda, el abanico; el bastón de mando y el gorro desaparecían. Pegaban a los *ogboni* con los propios chales y abanicoc de éstos, y cuando por fin pasaban entre una serie de insultos al palacio o se volvían hacia sus casas no les quedaban más que los calzoncillos.

Y entonces oí el desafío cumbre de las mujeres, pues ahora ya no se trataba de una canción para darse ánimos ni siquiera de una canción de guerra corriente, sino de que las mujeres se habían apropiado del culto exclusivo de los hombres: el *oró*, en un desafío a todos los hombres, *ogboni* o no. Yo no podía estar seguro de si las mujeres me considerarían un «hombre» ni de que, en caso afirmativo, por lo menos recordarían a su «joven profesor», correo extraordinario, explorador y *factótum* general. Cuando vi que los temibles *ogboni*, corpulentos, de mediana edad o ancianos, hombres curtidos, abandonaban sus sombreros, sus chales, sus bastones de mando y se echaban a correr con el viento, a más velocidad que la que había visto yo correr ni siquiera a Osiki, y vi que incluso los hombres que no eran *ogboni* y andaban por los alrededores de palacio se metían en sus tiendas, y por fin entendí lo que decían con su nuevo cántico:

Oro o, a fe s'oro Oro o, a fe s'oro E ti'lekun mo'kunrin A fe s'oro [Oro-o, vamos a realizar oro. Encerrad a todos los hombres, traemos oro], decidí acercarme más al santuario de la tienda de la Cristiana Salvaje, sin más demora.

Al llegar a la tienda ya estaba ella allí, dando instrucciones de que se cerrara. Parecía estar preocupada, muy preocupada. Desde que comenzó el movimiento de las mujeres, nunca la había visto tan desanimada. Entonces fue cuando descubrí algo increíble: ¡La Cristiana Salvaje aborrecía profundamente la violencia! Era una revelación asombrosa. Todo su temperamento, sus violentos estallidos sobre nuestras pobres cabezas, me había llevado a suponer que estaría en medio del tumulto, que yo mismo había abandonado de muy mala gana y sólo ante el temor por mi propia seguridad. De hecho, yo había esperado que ella volviera a casa con los trofeos arrebatados a las apariciones cómicas de aquellas figuras aterradas y desinfladas. Mencionó que me había estado buscando para enviarme a buscar a Bunmi a que cerrase la tienda y, hablando más bien a solas que conmigo, observó que la situación se había desbocado, que las mujeres ya no distinguían entre un tipo como el Balo-gun y los otros *ogboni* que de hecho las habían ayudado, las habían alentado en su lucha contra los impuestos e iban al palacio a hablar en pro de ellas. Pero no se preocupaba sólo de los que se habían portado amistosamente. Toda aquella escena de violencia le repugnaba.

Mientras ella supervisaba cómo íbamos guardando los productos que estaban expuestos delante de la tienda, pasó confiado al lado, en dirección al Aafin, un *ogboni* retrasado, que no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. La Cristiana Salvaje lo contempló, incrédula, durante un momento y después exclamó:

—¡Baba! Baba, ¿dónde vas?

El jefe se paró, se aseguró de que era a él a quien hablaban y anunció:

—Al Aafin. Nos han llamado para arreglar algún problema... Sí, incluso desde aquí se oye.

—Baba, vuelve atrás rápido, si te ven..

La forma en que se reanudaron los gritos que llegaban de la puerta de palacio me hizo comprender que las mujeres habían visto al anciano. También los oyó la Cristiana Salvaje. Salió

corriendo y lo metió en la tienda, cerró una de las medias puertas y dijo:

—Rápido, Baba. Quítate las túnicas, quítate todo el vestuario de *ogboni*.

El tono de urgencia con que le hablaba sólo logró que se sintiera todavía más asombrado:

—¿Enh? ¿Enh? ¿Ewo lo tun de yi? ¿Enh? [* ¿Qué novedades son éstas?]

La Cristiana Salvaje lo empujó detrás de la puerta, le quitó el chai y el sombrero y los tiró detrás del mostrador.

—Baba, kia-kia, tu falda; quítatela. Tírala atrás con todo lo demás. Quédate sólo con los calzoncillos.

Poco después llegaron las mujeres, que serían unas veinte. El *ogboni* al que habían visto con toda claridad sólo podía haber desaparecido en una dirección. Y era la tienda de la Cristiana Salvaje. Se agruparon frente a ella, mientras nosotros seguíamos guardando las mercancías que había en las esteras y las mesas de exposición. La Cristiana Salvaje no trató de negar que aquel hombre estuviera en su tienda.

—Si estáis buscando a ese anciano, está dentro cambiándose. No es un *ogboni*.

Se oyó un corro de desaprobación:

—Ah, Mamá Wole, ¿cómo puedes decirnos eso cuando lo hemos visto con nuestros propios ojos?

—Bueno, cuando lo visteis sí que lo era, pero ahora se está cambiando. Le he dicho que se quite sus cosas de *ogboni* porque hoy ya no queremos que haya más *ogboni* aquí. ¿Qué más queréis?

—Siguen siendo enemigos —interpuso una de las mujeres—, que lleven esos chales idiotas o no, son nuestros enemigos. ¿No son ellos quienes nos han estado haciendo pagar impuestos? Mamá, déjanos que le demos a éste su propia *seria* antes de dejarle que se vaya.

Las demás lanzaron gritos en su apoyo. Otra añadió:

—Hoy les ha llegado el día del juicio. Mamá, sácalo.

Y sonó otra voz:

—Somos las *agb'eyin-to*, ¿no? Se olvidan de que a todos ellos los parieron las mismas *agb'eyin-to*. ¡Hasta al más anciano de ellos! Bueno, ahora les toca a sus madres enseñarles algo.

La Cristiana Salvaje se echó a reír:

—¿Eso es lo que te molesta? ¡Todo porque un *ogboni* idiota nos ha llamado *agb'eyin-tol*! Escuchad, ¿hemos venido aquí por eso o por cosas más importantes? El que os insultó ha tenido que volver en andas a casa, medio paralizado, eso es lo que es la justicia del cielo. Yo no conozco a este hombre, y si no que ente una de vosotras a preguntárselo. Como mucho, sólo conozco a dos o tres de los *ogboni*, de manera que no vayáis a creer que lo protejo porque es pariente mío. Pero no me gustan los jaleos, no me gusta toda esta violencia. No era esto lo que pretendíamos.

Parecieron ablandarse algo, o en todo caso, su ardor inicial se había enfriado algo. Pero una de ellas exigió:

—Que se quite todo el uniforme. No queremos volverlo a ver en las calles de Abeokuta ni hoy ni mañana, ni nunca.

La Cristiana Salvaje metió la cabeza en la tienda:

—Baba, dobla bien todas tus cosas, ponías en este paño y vete a casa.

El hombre suspiró:

—Ah, no tengo prisa. Me quedaré aquí hasta que se tranquilice todo y después me iré a casa exactamente igual que dices.

La Cristiana Salvaje se volvió hacia las perseguidoras :

—Ya veis, ¿qué más queréis? El Baba sigue sospechando de vosotras. Marchaos. Ya lo acompañaré yo cuando os hayáis ido.

Pero ellas seguían insistiendo:

—Queremos verle la cara. Hay varios de ellos que estamos buscando en especial. Vamos a verle la cara para asegurarnos de que no es uno de ellos.

Así que el anciano tuvo que mostrar la cara, presentarse y jurar que nunca había hecho nada en contra de las mujeres. Que iba a votar por la abolición de los impuestos y que las mujeres podían contar con él para que se adoptaran las medidas que querían. En cuanto a los *paraMoyi*, él había dicho innumerables veces a Kabyesi que eran sanguijuelas y parásitos, y no porque lo hubiera oído decir, sino que se había fiado de su propia mujer, que vendía en el mercado como la mayoría de aquellas a las que estaba hablando entonces...

Por fin se marcharon, y el anciano se postró muchas veces y dio gracias y bendiciones profusas a la Cristiana Salvaje. Salió corriendo en calzoncillos, con el paquete en mano, y dejó su bastón de mando. Dijo que lo enviaría a buscar al día siguiente.

Empezó a llegar la calma cuando se acercaba el atardecer. En algún momento se había adoptado la decisión de que las mujeres seguirían asediando el palacio hasta que se accediera a todas sus exigencias. La calma se vio propiciada por algo que parecía un movimiento orquestado desde todos los caminos y los senderos que llevaban hacia el palacio. Aquel movimiento contrastaba mucho con la violencia y el caos anteriores, pero no parecía constituir un acontecimiento separado; unas cosas sencillamente sucedían a las otras, afectaban a lo que habían sustituido y daban nacimiento a un nuevo estado de ánimo, a un nuevo clima de comunión y cohesión.

Empezaron a llegar de Iporo, Iberekodo, Ibara, Lantoro y Adatan, y de otras zonas en el centro de la ciudad misma. Las filas humanas iban pasando a través de *agbole* escondidos para sumarse a las otras multitudes en el camino final a lo largo de la carretera que llevaba hasta las puertas del palacio. Eran como las caravanas de Isara, cargadas de productos y de alimentos, sólo que llegaban en ríos y torrentes. A partir de una hora, más o menos, antes del anochecer, como si les hubieran hecho una señal, llegaron procesiones de mujeres con comida y saludos de las aldeas cercanas; llegaron las mujeres del mercado, que habían cerrado ya sus puestos y corrían a enterarse de los acontecimientos del palacio. Los gritos de bienvenida empezaron a ser mayores que los de ofensa y los de caza del hombre. Las recién llegadas reconocían caras, comunicaban su llegada a las dirigentes que, por este medio, empezaban ahora a recuperar el control de sus seguidoras. Las mujeres llevaban esteras en la cabeza. Se inició una transformación, no sólo de la explanada en sí, sino de las formas y los movimientos de las mujeres reunidas. Se encendieron hogueras; por primera vez se pensó en agua y comida. Se llamó a las mujeres más jóvenes y se les asignaron diferentes tareas.

Había caído el crepúsculo sobre la explanada cuando, como si se tratara de seguir realzando y consolidando este nuevo estado de ánimo, llegó la noticia de que una mujer estaba a punto de dar a luz. La Cristiana Salvaje, que ya había enviado a Bunmi a casa con la canasta de la tienda y vuelto a la explanada, se echó a correr hacia allí con su lugarteniente, Mamá Aduni. Reconocieron a la mujer y decidieron que había que llevarla al hospital a toda prisa. Era demasiado tarde. Los nervios de las últimas horas, las prisas, los ruidos, los empujones, habían sido demasiado para la neonata, pues nadie se sorprendió al ver que era una niña. Casi fue mi primera oportunidad de presenciar un nacimiento pero, aunque con el pánico y los nervios la Sra. Kutí, que llegó corriendo cuando le dieron la noticia, casi no me había visto, ahora me vio tan tranquilo en medio del círculo de mujeres y me echó de allí. Pero las vi enterrar la placenta bajo uno de los árboles de la pradera. No podía ocurrir nada tan profundamente propicio como un nacimiento, ¡y encima de una niña! El estado de ánimo general, que ya había ido apaciguándose y convirtiéndose en el de una reunión pacífica, se llenó ahora de alegría radiante. Limpiaron al bebé, le ataron el cordón umbilical (no me permitieron ver nada de aquello, pero los constantes comentarios, instrucciones, consejos, constituían una transmisión más que vivida) y, por fin, llevaron tanto a la madre como a la niña al Hospital Católico, a cien yardas de distancia: Oke Padi.

Y seguían llegando cada vez más caravanas. Cuando le estaban dando la bienvenida a un grupo más, Mamá Igboore meneó la cabeza y dijo:

—Es como si se hubieran abierto los cielos mismos, como si se hubieran abierto las tumbas y llegasen a sumársenos aquí todos los pueblos muertos y olvidados de otros mundos.

De puntos que cambiaban con gran rapidez en los diversos grupos surgían voces que cantaban, pero ahora de alegría y únicamente de festejo. Las canciones que parecían religiosas (inspiradas por el *orisa*, por Alá o por Cristo) las iniciaban las fieles de la religión que fuese, pero las demás las seguían, independientemente de sus creencias, y continuaban cantando en la noche.

La-illah-il-allah
Anobi gb'owo o wa
On'ise nía gb'owo o wa
Anobi gb'owo o wa
A te'le ni ma ya gb'owo o wa
Anobi gb'owo o wa
La-illah-il-allah

[Señor, toma nuestras manos
Tú que haces grandes obras, toma nuestras manos
Tú que sigues sin desertar, toma nuestras manos
Sefior, toma nuestras manos.]

LAS mujeres se prepararon para un largo asedio. Escuadras de choque recorrían la ciudad, movilizando a todas las mujeres. Se ordenó que se cerrasen los mercados y las tiendas de las mujeres. A las que desafiaron la orden se les confiscaron sus mercancías y se las envió a la explanada ante el palacio. Antes incluso de que se formalizara la concesión, habían desaparecido los *parakoyi* de los mercados, y en cuanto los últimos que quedaban divisaban a las militantes que se acercaban se apresuraban a abandonar sus puestos y buscar otros lugares donde practicar sus exacciones. Los hombres empezaron a participar más, o al menos a participar de forma más abierta. En todo momento habían dado voces de aliento a las actividades de las mujeres, y en algunos casos incluso echado de la casa a las mujeres que titubeaban, indignados de que aquellas mujeres no se dieran cuenta de que la causa también las afectaba a ellas y de que la victoria les traería un alivio muy necesario. Una mañana, uno arrastró por la fuerza a su mujer al palacio, le dio dinero para comprar comida y le aseguró que él se encargaría de los chicos hasta que terminase el combate. También habían llegado muchas mujeres con sus hijos, que acampaban a cielo abierto con ellas y compartían las dificultades. Pero ahora el movimiento de grandes multitudes hacia el

Aafin comprendía a muchos hombres. Llegaban desde sus campos; muchos de ellos incluso habían ido a sus campos para llevar a las mujeres ñame, frutas y vino de palma. De vez en cuando, un cazador se detenía a dejar lo que había cazado en el bosque durante el día y a bromear con las mujeres.

Beere y El Grupo negociaron con el nuevo Oficial de Distrito, pues al anterior lo habían retirado. Celebraron reuniones con el Consejo del Alake, casi todas las cuales terminaban sin ningún género de acuerdo. Al final de cada reunión rendían un informe a la asamblea, que respondía con cantos y bailes de desafío.

La mañana siguiente a los disturbios iniciales se habían enviado de Lagos refuerzos de policía armada. Estos se quedaron fuera del palacio, pero bien visibles, acampados en el Centenary Hall, y hacían la instrucción ostentosamente en aquel terreno. Un grupo de muchachas se fue al camino cerca del campo de instrucción y se dedicó a imitar sus movimientos y a hacer formaciones cómicas. Se reunieron multitudes que convirtieron los ejercicios «de demostración» en una farsa. El comandante instructor sudaba al sol de la mañana y trataba en vano de mantener algo de dignidad y de impresionar a las mujeres con su autoridad. Por fin renunció, dio una orden y la policía se dispersó y se retiró al otro lado del Hall, sin dejar más que un centinela en los escalones para vigilar las actividades de las mujeres.

Y otra escuadra de choque había ido a Ikere-ku, al edificio de dos pisos del Salón Atupa. Lo saquearon totalmente, tras primero poner en fuga a la media docena de policías que estaban asignados para custodiarlo. Por suerte, Atupa no había vuelto a la casa desde que ocurrió el episodio del *ebo*. Volvieron al campamento ondeando unas cuantas prendas de ropa interior que habían sacado de la casa y cantando con insolente alegría otra canción:

Obo Atupa lo d'ija s'ile Alake oloko ese [La vagina de Atupa empezó la lucha Alake tiene el pene de una rata venenosa]

Evidentemente, algún tiempo después de las primeras conversaciones corteses, las mujeres habían atribuido al Alake el papel del archivillano; ya no iba a haber más diplomacia. Cuando llegó el grupo que había llevado a cabo la incursión se le sumó todo el campamento, que se paseaba en torno a los trofeos pinchados en unos palos largos, se reía y se daba la mano y marcaba el ritmo de la canción con gestos obscenos. Traté de imaginarme a su prisionero, el Alake, encerrado con su

acuario y su pez eléctrico, sin posibilidades de hacer que dejaran de cantar aquello ni otras canciones insultantes que las mujeres habían ido inventando a su respecto, y vi a un hombre asustado y solo. No podía imaginármelo comiéndose el corazón ni el hígado de nadie, y no comprendía por qué se negaba a adoptar la medida más sencilla, que era acceder a cada una de las peticiones de las mujeres. Concluí, no sé cómo, que quizá era tan esclavo del Oficial de Distrito (si no el actual, por lo menos el anterior, el insolente) como prisionero de las mujeres.

Ahora la multitud procedió a aislarlo todavía más. En un determinado momento se adoptó una decisión que se anunció en voz alta de modo que la oyera todo el mundo, incluso quienes pasaban por allí por casualidad: en adelante no debería haber ninguna mujer, por el motivo que fuera, en el palacio. El Grupo ni siquiera se excluyó a sí mismo, pues, como descubrí más adelante, había adoptado la medida de designar a un jefe varón como futuro intermediario. La verdad era que la Sra. Kuti y sus colegas habían llegado a un punto en el cual consideraban que ya no se podía conseguir nada con la continuación de las conversaciones en el palacio. Se había convertido todo en una guerra de voluntades.

Y las negociaciones continuaron, pero ahora adoptaron una forma cuyos resultados no se podrían conocer hasta mucho después. Para gran desilusión mía, yo ya no podía asistir a ninguna de aquellas reuniones, ni siquiera a las restringidas que celebraba el Grupo a solas. El veterano mensajero siguió llevando recados, sobre todo entre Beere y la Cristiana Salvaje, pero ahora ya no le quedaban más que vagas ideas de los contactos que se establecían, las negociaciones y los proyectos de acuerdo que se firmaban para la aprobación ulterior de toda la asamblea, procesos que ocurrían a horas y en lugares que no se decían. Por ejemplo, el Grupo y algunos de los jefes celebraron una reunión con el nuevo Oficial de Distrito en la oficina de éste. Fue en aquella reunión, según se reveló más tarde, cuando el «otro bando» propuso por primera vez la abolición de la Cuota Especial pagadera por todas las mujeres, y también que se disolvieran los *parakoyi*. El Grupo anunció aquello a la asamblea al mismo tiempo que le daba seguridades de que a su juicio aquellas concesiones eran mínimas.

Y después se celebró otra reunión secreta, de la cual no se rindió informe desde los tejados, pero que sin embargo fue comunicándose entre las bases al cabo de pocos minutos de haberse celebrado. Había ocurrido en el enclave de los *ogboni*. Los ancianos habían enviado un mensaje a la Sra. Kuti y habían declarado olvidadas las humillaciones sufridas a manos de las mujeres.

«Venid a hablar con nosotros», decían ellos. «Nos consideramos los hijos de *Majeobaje*; no podemos quedarnos tan tranquilos y ver cómo las cosas van de mal en peor y se deshacen totalmente en nuestras manos. Venid a vernos con una lista de todas las cosas que queréis las mujeres. Os sentiréis sorprendidas al ver en cuántas estamos de acuerdo.»

En la reunión, los *ogboni* les aseguraron de que todo estaba ocurriendo como ya estaba escrito, que nada los extrañaba a ellos, los ancianos, porque Ifa lo había visto y lo había dicho todo. La Cristiana Salvaje recitó sus discursos a Essay durante la cena del día siguiente, la primera cena en casa en la que había estado presente yo (con ella y con Essay) desde hacía días, e incluso semanas.

—Estuvieron muy simpáticos, muy corteses. Ni siquiera pretendieron que les presentáramos excusas por lo mal que los habían tratado las más lanzadas de las nuestras. Sólo nos advirtieron que fuéramos prudentes, que mirásemos a dónde íbamos, que nos asegurásemos dónde queríamos de verdad que nos llevara todo esto. «En cuanto a nosotros», nos dijeron, «no estamos sorprendidos ni alarmados. Ifa lo dijo todo antes y, cuando empezó, volvimos otra vez a consultar, e Ifa dijo: 'Ahora está pasando lo que ya os había dicho'.» Los *ogboni* dijeron que las cosas pasan por ciclos, cada catorce reyes, ¿o dijeron cada trece? Se me olvida... estoy cansadísima. Dijeron que cada trece o catorce reyes que se sientan en el trono de Egbalandia, siempre pasan cosas así. Dijeron muchas cosas, muchas cosas raras. Pero lo principal que querían decirnos era que debíamos estar

convencidas de que no permitirían que las cosas se derrumbaran en Egbalandia. No querían que pensáramos que estaban tan tranquilos y sin hacer nada.

Aquella noche pasaron mucho tiempo encerrados juntos y hablando en voz baja. Yo no me creía que de verdad la Cristiana Salvaje estuviera cansada físicamente. En el enclave de los *ogboni* había ocurrido algo que la había conmovido profundamente: se veía en la forma en que narraba los acontecimientos. Su cansancio no parecía ser corporal, sino mental, deberse a alguna nueva forma o sugerencia de comprensión, o quizá sencillamente a una nueva forma de mirar las cosas. Reflexioné sobre lo poco que había escuchado y concluí que los *ogboni* debían ser muy descuidados u olvidadizos. Si todo ya se había predicho y lo sabían (según decían), entonces ¿por qué no habían previsto cómo los iban a tratar las mujeres? Y me pregunté si el Balogun había previsto su destino; a él le iban peor las cosas, estaba totalmente paralizado de un lado, y ahora lo estaban tratando en la clínica de un curandero tradicional, lejos de Abeokuta.

No me pareció que las afirmaciones de presciencia de los *ogboni* estuvieran muy bien fundadas.

Había llegado el momento de hacer otro ataque a los anchos campos y los huertos de la Escuela Superior del Estado. Durante la agitación había vuelto a presentarme a los exámenes; me volvieron a llamar para una entrevista. Essay me daba clases implacablemente, y si no hubiera sido por las posibles consecuencias, le hubiera dicho: «No te preocupes, esta vez voy a ganar la beca, estoy seguro». Pero él ya había empezado a reñirme por exceso de confianza, aunque a mí me parecía que se equivocaba. No había forma de explicarle que había algunas cosas acerca de las cuales, sin ningún motivo, de pronto me sentía totalmente seguro. Por ejemplo, mientras continuaba el combate de las mujeres y Essay me hacía quedarme sentado ante el escritorio principal de la casa cuando volvía de la escuela, muchas veces me quedaba allí sentado y estudiaba sin tener la sensación de estarme perdiendo nada de importancia. Cuando volvía él, me miraba con un brillo de burla en los ojos y me preguntaba cómo marchaba la guerra de las mujeres sin mi presencia. Muchas veces replicaba sin pensarlo:

—Bueno, ahora mismo no está pasando nada. No va a pasar nada en dos días.

Nunca sabía por qué decía aquellas cosas, pero tenía razón más veces de las que se equivocaba. Me daba la sensación de que aquello lo irritaba inmensamente.

Tras una asamblea de cierre de la escuela para el fin de semana, subí al piso de arriba a decir adiós a Daodu y a Beere, porque me iba a Ibadán al día siguiente. Antes, la asamblea alternaba entre dos tipos de himnos como última canción: uno era el Himno Nacional de Egba, el otro, una especie de «Dios Salve al Rey», en la cual, naturalmente, el rey era el Alake, y no el otro que había al otro lado del océano. Desde hacía algunas semanas se había abandonado este último himno. Sin embargo, cuando salíamos de la sala oí que lo cantaban oficiosamente varios grupos, cada uno por su lado. Durante un momento pensé que se trataba de un acto de desafío a Daodu, hasta que escuché la letra. La antigua letra de saludo y promesas de lealtad se había sustituido por otra esrofa:

*Kabiyesi, oba on'ike Ademola
k'eran Orno eran j'ogun ila
Orno ote lo l'obe Kabiyesi,
baba eran Kabiyesi o
Kabiyesi oba iwin Kabiyesi o*

*[Ave, rey de los jorobados,
Ademola trae problemas
Hijo de un animal que hereda okro
Hijo de la intriga que se lleva la olla de sopa*

Pobre Alaké, pensé, ¡estaba totalmente derrotado!

Cuando subí, Beere estaba al teléfono, que era uno de los tres o cuatro teléfonos que había en toda Abeokuta. Hablaba con tono enfadado. Nunca la había visto tan furiosa con nadie.

—Pues entérate, señor Oficial de Distrito, que no nos impresionas. No nos impresionas en absoluto; no, tampoco nos sorprendes. Ya sabía que iba a llegar y cuando me enteré en la radio lo único que se me ocurrió pensar fue: es típico de ellos, es típico de los blancos. Teníais que tirarla en el Japón, ¿verdad? ¿Por qué no la tirasteis en Alemania? Ahora dímelo. Respóndeme honestamente si puedes: ¿Por qué no en Alemania?

Se produjo una pausa mientras escuchaba a lo que replicaba el interlocutor.

Se echó a reír con un ruido seco y amargo:

—Os reconozco la inteligencia, pero no la honradez. Eso no ha sido más que una respuesta inteligente, no honesta. Sabes perfectamente bien por qué cono. Porque Alemania es un país de raza blanca, los alemanes son primos vuestros, mientras que los japoneses no son más que un sucio pueblo amarillo. Sí, eso es verdad, ésa es la verdad, ¡no la niegues! Habéis lanzado esa arma inhumana sobre seres humanos, sobre ciudades muy pobladas...

Fue haciendo gestos cada vez más agitados mientras escuchaba y después volvió a interrumpir:

—Sí, sabes perfectamente bien qué cono hubierais tenido que hacer si de verdad quisierais que se rindieran. La podíais haber tirado en una de sus montañas, incluso en el mar, en cualquier parte para que viesen lo que ocurriría si seguían con la guerra, pero en cambio habéis preferido tirarla en ciudades habitadas. Ya os conozco a vosotros, a la mentalidad blanca: los japoneses, los chinos, los africanos, somos infrahumanos. ¡Si os conviniera tiraríais una bomba atómica en Abeokuta o en cualquiera de vuestras colonias!

Aquella vez pude oír por el teléfono cómo se reía el otro. Siguió hablando mucho tiempo mientras yo observaba la forma en que la Sra. Kuti iba cambiando de expresión. Primero se ablandaba y sonreía y después se ponía tensa, incluso hosca al volver a hablar.

—No, no te he llamado por eso. No quería más que enviar un mensaje a los supuestos Aliados, y tú eras su representante más próximo. Pero ahora, dado que planteas el asunto, déjame que te diga una cosa: Vuestro rey... me refiero al de aquí... No, no, no me interrumpas, tengo derecho a decir que es vuestro, porque le habéis salvado la vida esta vez. Por lo que respecta a nosotras las mujeres, ya ha caído. Pero escúchame, no hay mucho de qué hablar. Ya te he enviado nuestra lista de quejas. Ha renegado de todo lo que ha dicho, de todas las promesas y todos los acuerdos que firmó antes de que decidiéramos no insistir en que abdicara. Bueno, pues le puedes decir de mi parte que si no ha aprendido la lección de Hitler... no, no me hables de comparaciones... Dile nada más que debe aprender la lección de Hitler. En cuanto a vosotros, es decir, al Gobierno Colonial, más vale que vayáis preparando vuestra bomba atómica, porque la próxima vez se va a ir. Diles que lo ha dicho Beere, que tiene los días contados. ¡Se tiene que MARCHAR!

Vi que se quedaba escuchando un momento, se encogía de hombros y se limitaba a añadir: «Bueno, ya os he advertido. Adiós», y volvía a colgar el teléfono.

Se volvió a mirarme y se quedó contemplándome largo rato:

—Sí, ahora me acuerdo de que te vas a la Escuela Superior del Estado. Espérame. Tengo algo para ti.

Desapareció en el dormitorio y volvió con un paquete pequeño y aplastado. Parecía una camisa, pero nunca vi lo que era, porque inmediatamente tuve que corregirla:

—Todavía no me marchó. No voy más que a una entrevista. La escuela no empieza el nuevo

curso hasta enero.

Se quedó reflexionando un momento:

—Claro. ¿Cómo es que he cometido este error? Entonces, todavía no te lo voy a dar —y volvió a poner la camisa en la mesa del comedor.

—Y ¿qué pasa si después de todo no me escogen? —pregunté.

Sonrió, e hizo como si ya hubiera pensado también en aquello:

—Ejem, eso plantearía algunas dificultades. Esto lo tenía reservado para tu marcha. Bueno, vamos a ver... Muy bien, empecemos por el principio. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera para esa entrevista?

—Tres días.

Sacó una moneda de seis peniques.

—Esto es para que te compres algo. Bueno, vamos a suponer que te aceptan... Espera, ¿no tiene que sacarte una beca además?

Asentí y ella continuó: «Bueno, si te aceptan, pero no te dan la beca, te doy la camisa. ¿Vale? Y si te sacas la beca, a ver si adivinas...

—Un par de zapatos —repliqué inmediatamente.

Exclamó:

—¡Qué! —y después recordó y se echó a reír—. Ah, sí, ya recuerdo. Muy bien, un par de zapatos.

Un día había yo enfrentado a mis padres con el hecho de que nunca nos compraban zapatos. Resultaba especialmente irritante en la Cosecha, Navidad y el Año Nuevo, cuando nos hacían trajes especiales, ver que los zapatos eran un artículo que se omitía de la forma más resuelta en casa del JE. Yo no podía comprenderlo, dado que ellos dos llevaban zapatos y zapatillas con toda naturalidad. Aproveché la ocasión de una comida de fiesta, cuando el comedor estaba lleno: Tinu, Femi y yo, los diversos primos e incluso algunos de los niños de las casas de al lado, y pregunté en voz muy alta:

—¿Por qué nadie nos compra nunca zapatos a nosotros?

Essay parpadeó y se hizo el sordo, mientras la Cristiana Salvaje se limitaba a responder:

—Los niños no llevan zapatos.

Observé que durante algún rato, se me quedaron los dos mirando, a ver qué contestaba yo, pero no dije nada. Por fin, Essay preguntó:

—Wole, ¿no quieres ni siquiera saber por qué no llevan zapatos los niños?

Negué con la cabeza, pues sabía perfectamente que ya habría pensado una respuesta adecuada, cuando tanto insistía. Yo prefería con mucho el argumento que había escogido, improvisadamente, la Cristiana Salvaje, y no hacía más que espera mi oportunidad.

Esta llegó poco después, en la residencia de los Kuti, un domingo que estábamos de visita. La Cristiana Salvaje se estaba sentando a comer con Dao-du y Beere mientras en una mesita auxiliar Tinu y yo estábamos sentados con nuestros primos, que acababan de volver de la iglesia y que, según de quien se tratara, llevaban chaquetas, vestidos largos, corbatas, zapatos y calcetines. Escogí un momento de silencio en medio de la animada conversación (lo cual me resultó difícil, porque Daodu nunca paraba de hablar) y dije en voz alta:

—Mamá, ¿no habías dicho que los niños no llevan zapatos? —y seguí comiendo.

Se apagó la conversación durante un momento. Después, Daodu echó atrás la cabeza, se dio un golpe en el muslo y soltó la carcajada más atronadora que jamás se hubiera oído en aquel pasillo. Siguió riéndose, se secó los ojos, chascurrió, se tomó un trago de agua y siguió riéndose esporádicamente durante mucho rato. La Sra. Kuti se limitó a sonreír y a decir:

—Eniola, owo ba e Pote yi [Eniola, esta vez te han atrapado] —y añadió, dirigiéndose hacia mí —: Wole, cuando veas un par de zapatos que te gusten, ven a decírmelo. Te daré el dinero para

comprarlos.

Koye se ofreció inmediatamente:

—Tengo unos cuantos que se me han quedado chicos. Me lo llevo a mi cuarto después de comer y vemos si le va bien algún par.

Dolupo también se ofreció a llevar a Tinu a su habitación. Miré a la Cristiana Salvaje. La sonrisa que se le advertía en la cara tenía más bien aspecto de una mueca congelada, pero a mí ya no importaba. En todo caso, aunque volviéramos a casa con bolsas llenas de zapatos, yo sabía que nunca nos los pondríamos. Essay era inflexible a ese respecto. A su juicio, el ponerles zapatos a los niños era el último gesto de una actitud que sólo servía para producir niños mimados. Los niños enviados a casa del Jefe de Escuelas por parientes y amigos para recibir «formación» lo habían descubierto para gran sentimiento suyo. Sus zapatos iban criando moho en las cajas, y con el tiempo se les iban quedando chicos. Una vez apareció en su escuela un nuevo alumno trasladado desde Lagos que llevaba un par de zapatos de lona. No sólo no lo dejaron entrar, sino que sus padres verdaderos tuvieron que venir desde Lagos a rogarle durante todo un día que volviera a admitirlo.

A la Sra. Kuti le encantaban las pequeñas conspiraciones; comprendía perfectamente a qué me refería yo, de forma que empezamos a planear la estrategia de la operación. Evidentemente, los zapatos sólo se podían poner durante el curso en la Escuela Superior; tendrían que quedarse allí durante las vacaciones, y jamás podría llevarlos en casa. Y, naturalmente, cuando mis padres vinieran a verme en Ibadán, no podrían verlos, por lo menos al principio. Ella estaba segura de que cuando yo llegara a los últimos cursos ya no importaría.

Una vez eliminado aquel problema, le pregunté por qué se había enfadado tanto por la bomba que les habían tirado a los japoneses. ¿No eran amigos de Hitler?

—El hombre blanco es un racista —respondió—. Ya conoces bien la historia de la trata de esclavos; pues bueno, para él el negro no es más que una bestia de tiro, un burro de carga. En cuanto a los asiáticos (y eso incluye los indios, los chinos, los japoneses, etcétera), no están más que un poquito poi encima de nosotros. Por eso, el tirarles encima esa arma horrible, el experimentar con algo tan aterrador con seres humanos (con tal de que no sean blancos) es lo mismo que hacer experimentos con ganado.

Durante la conversación había vuelto a casa Daodu, que venía de la oficina, había dejado unas carpetas en un estante y, al advertir por dónde discurría aquella animada charla, se acercó y se sirvió un té, asintiendo al oír algunas de las cosas que decía la Sra. Kuti. Señaló con el índice hacia mí:

—Yo nunca enviaría a Koye ni a ninguno de sus hermanos a una escuela dirigida por hombres blancos. Pero tienes que comprender una cosa, y es que no es porque sean blancos, sino porque son colonialistas. Tratan de destruir el carácter de nuestros chicos... ¿Te acuerdas de lo que te dije el año pasado, cuando fuiste a hacer tu primera entrevista?

—Sí, Tío.

—Muy bien. ¿Tenía yo razón o no?

—Pero ya te dije, Tío, que la escuela estaba de vacaciones, estaba vacía. Lo único que hicimos fueron los exámenes.

Se volvió hacia Beere:

—¿Sabes de lo que me he enterado? ¡Esos profesores no permiten que los chicos lleven bolsillos en los pantalones!

Evidentemente, Beere se sintió asombrada:

—¿Es verdad? —me preguntó.

Lo confirmé.

—Bueno, y ¿por qué te crees que lo prohíben? ¿Por qué diablos no puede un chico llevar bolsillos en los pantalones? La verdad —y meneó la cabeza con un gesto de auténtica preocupación—

es que el hombre blanco es un ser extraño. En su país, en sus propias escuelas (y recordad que visité una serie de sus escuelas «públicas» durante nuestra conferencia: Eton, Harrow, etcétera), bueno, pues allí los estudiantes llevan trajes, y todos ellos con bolsillos. A partir de la clase más pequeña. Y lo que me pregunto es lo siguiente: ¿por qué viene después uno de ellos aquí como director y prohíbe que sus alumnos negros lleven bolsillos en los pantalones? ¿por qué!

Reflexioné sobre el asunto. Volví a sentirme impresionado por algo que ya había observado acerca de los dos, sobre todo de Daodu. Cuando estaba con ellos, nunca tenía que hacer muchas preguntas. Siempre estaban dispuestos a hablar conmigo (o de hecho con cualquier niño que lo quisiera) igual que con otros adultos. Muchas veces Daodu me agarraba y me preguntaba si había oído una noticia reciente de Lagos o de otra parte, y me pedía mi opinión. Podía tratarse de un problema laboral, de la formación de una asociación, de algún proyecto de alianza a medida que avanzaba la guerra, de un nuevo invento científico... Y si yo todavía no me había enterado de aquella noticia meneaba la cabeza con tono de reprobación:

—¿Tienes que interesarte por esas cosas! No te limites a meter las narices en ese libro muerto que estás leyendo. ¿No entiendes? Si Mussolini logró socavar la independencia de Abisinia, ¿qué oportunidad tiene el nuevo Consejo Nacional de Nigeria y los Camerunes de obtener el éxito con su exigencia de un mínimo de autonomía? ¿Crees probable que la gente que ha logrado derrotar a Mussolini vaya alguna vez a ceder lo que ya tiene? ¿Qué opinas de Winston Churchill?

Aquella vez recuerdo que solté:

—De hecho, tú me lo recuerdas mucho.

La verdad era que no lo había pensado antes de decirlo, pero en aquel momento sí que advertí un gran parecido, muy fuerte. Se detuvo en su recorrido, se cruzó los brazos sobre el pecho y se puso las manos bajo los sobacos, como si se estuviera abrazando. Podía ver que por dentro de la cabeza estaba trabajando con todos los elementos que debían de haberse combinado para llevarme a hacer tamaña declaración.

—Sorprendente, sorprendente. Siempre me ha parecido notable la capacidad de observación de los niños. Ahora tienes que decirme *por qué* has llegado a esta observación. No, no ahora mismo. Pero tienes que recordármelo. Quiero saber cada uno de los detalles que te han llevado a formar esa opinión.

Era por aquella expresión persistente, de bull-dog, que ahora volvía a adoptar al preguntar por qué. ¿Por qué iba un director blanco de escuela a prohibir que los chicos de la Escuela Superior llevaran bolsillos en los pantalones? A mí se me ocurrían algunas ideas al respecto, pero primero tenía que darle una buena noticia:

—Nos hemos enterado de que Powell se va dentro de poco. Se jubila. A lo mejor el nuevo director nos deja llevar bolsillos.

Daodu se volvió hacia su esposa y explicó:

—Powell es el director que hay ahora. Todo un boy scout. ¡Aja! Esa acusación es todavía peor. Los boy scouts necesitan todos los bolsillos que les quepan. ¿Has conocido alguna vez a un boy scout?

—Bueno, fui cachorro en San Pedro. Teníamos un profesor muy aficionado a los boy scouts. Lo llamábamos Actividad.

Se echaron a reír los dos. Yo añadí:

—Pero se fue y no lo sucedió nadie.

Daodu asintió en señal de aprobación:

—Bueno, lo de ser boy scout también sirve para desarrollar el carácter. Sería interesante saber si ese entusiasta de los boy scouts que no permite a sus alumnos llevar bolsillos en los pantalones por lo menos fomenta el scoutismo en su escuela.

Logré confirmar sus peores temores: la ese no tenía un programa de boy scouts. En mi entrevista anterior yo había señalado el scoutismo en la sección del cuestionario en la que se pedía que expusiéramos nuestras aficiones. Una de las caras blancas que formaba parte del grupo de examinadores había sonreído y lamentado que no hubiera scoutismo en la escuela. Cuando transmití a Daodu aquella información, levantó los brazos con un gesto de auténtica preocupación y me miró con un gesto de conmiseración:

—¿Ves? ¿Comprendes ahora? Y, ese Powell... no, ¿cuáles son esas iniciales tan raras que tiene?

—M. M. M. P.

—Exactamente, M. M. M. Powell... —meneó la cabeza—. Sabe Dios lo que significan todas esas letras...

—Muy Mal Muy Pobre —anuncié tan tranquilo, y él y Beere se quedaron un rato riéndose. Les dije que uno de los candidatos tenía un hermano que ya estaba en la escuela y que nos había comunicado aquella, interpretación secreta de las iniciales de Powell.

—Me parece un juicio muy justo —comentó Daodu—. Siempre está posando a la cabeza de las reuniones nacionales de scouts con un uniforme de scout todo lleno de etiquetas y condecoraciones. De manera que fijaos en el gran scout que prohíbe el scoutismo en su escuela —frunció los labios y me contempló de los pies a la cabeza, como si yo fuera a meterme en un peligro mortal. Incluso Beere parecía verse igualmente infectada por aquella visión repentinamente pesimista de mi futuro. Comentó:

—Claro, los dobles raseros de siempre. Es lo que le estaba diciendo a ese Oficial de Distrito antes de que llegaras: tiran la bomba atómica en Hiroshima, pero no en la blanca Alemania. En cada hombre blanco habita un racista.

El Reverendo Kuti suspiró. Tenía un gesto verdaderamente pesaroso, y empecé a preguntarme si no me habría equivocado por querer ir a la Escuela Superior del Estado. Después se le iluminó algo la cara y me preguntó:

—¿Qué edad tienes ya? ¿Cuántos años, cuántos años?

—Once —respondí.

—Mmm... Bueno, no está mal. Cuando llegues, en enero, tendrás once y medio. Y has pasado dos años en la Escuela Media... Me supongo que debe de bastarte. ¿No crees? —volviéndose hacia Beere en busca de confirmación.

—Sí, sí —lo tranquilizó ella—. Y no hay que olvidar que lo han educado Ayo y Eniola. Creo que podrá hacerles frente.

Daodu asintió. Se estaba animando visiblemente, y soltó un respingo desafiante:

—Bueno, ya veremos. Un ex profesor de escuela «pública» que les cose los bolsillos a sus estudiantes y les hace decir: «Sí, señor- Sí señor-Sí, señor», como esclavos. Un jefe de scouts que está en contra del scoutismo. Y nada de castigos corporales, tampoco, quizá dos o tres casos en un año... sí, sí, ya lo he descubierto. Casi siempre castigos puramente de forma. ¡Dudo mucho que ningún alumno de esa escuela se haya llevado jamás a casa ni una sola cicatriz! ¿Cómo diablos esperan formar bien a nuestros muchachos así? Ah... Casi se me olvidaba: nada de zapatos.

Ahora me tocaba a mí asombrarme:

—¿Estás seguro, Tío?

Repitió tajante, apretando los labios:

—Nada de zapatos. Desde que fuiste a la primera entrevista me he interesado mucho por esa escuela. Tienen unas ideas muy extrañas acerca de cómo formar la personalidad. Nada de zapatos. Salvo los prefectos de las clases superiores: éstos pueden llevar zapatillas de tenis. O sandalias. Si no, ni bolsillos, ni zapatos... Aja, y otra cosa, nada de calzoncillos. No entiendo por qué ha de ser ésa una política de la escuela. Mientras el uniforme esté limpio y en orden, no entiendo por qué los directores

se han de meter en si los chicos llevan calzoncillos o no. Sobre todo los mayores...

Yo ya no le prestaba atención. Había ido girando lentamente la vista hasta tropezar con la mirada de Beere, que sonreía con las cejas levantadas en gesto burlón de perplejidad. Aquello era tan cómico que me eché a reír, y ella también, lo cual hizo que Daodu se interrumpiera y se pusiera a mirar de ella hacia mí. mientras fruncía el ceño para tratar de recordar qué era lo que había dicho tan divertido. Beere puso voz de solidaridad y preguntó:

—¿Nada de zapatos?

—Nada de zapatos —suspiré, sintiendo el peso opresivo de mis pocos años. Había llegado el momento de iniciar los cambios mentales del ingreso a otro mundo irracional de adultos y de la disciplina de éstos.